

POLITICA EXTERIOR



Vol. I - Núm. 4

Otoño 1987

Ante el acuerdo Reagan-Gorbachov

Henry Kissinger □ Raymond Barre □ Melvyn Krauss

General Galvin □ Salvador López de la Torre

Edward Rowny □ Bernard Bonilauri □ Ronald Lehman

La Revolución de Octubre, setenta años después

Mijaíl Gorbachov □ Michel Tatu

Vuk Draskovich □ François Fejtö

El lunes negro

Sir James Goldsmith □ Malcolm Fraser □ Juan Velarde

El español en el mundo: doble indefensión

Miguel García-Posada

800 ptas.

Bélgica, 322 FB; Francia, 51 FF; Italia, 10.750 L; Reino Unido, 5,50 £; RFA, 15,50 DM; Suiza, 13 FS; EE. UU., 11 \$

POLITICA EXTERIOR



OTOÑO 1987

Carta a los lectores	3
ANTE EL ACUERDO DEL 7 DE DICIEMBRE	
Para salvar la Alianza	Henry A. Kissinger 6
El lugar de Francia en el mundo	Raymond Barre 18
Las fuerzas nucleares de los europeos y los próximos acuerdos de desarme	Melvyn Krauss 32
Respaldar las negociaciones, fortalecer la OTAN	John R. Galvin 50
Balance sobre la Iniciativa de Defensa estratégica (SDI)	Salvador López de la Torre 57
Una disuasión más racional	Edward Rowny 94
Este-Oeste: La impotencia de la democracia imperial	Bernard Bonilauri 100
La disuasión nuclear sigue siendo necesaria.	Ronald Lehman 115
LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE, SETENTA AÑOS DESPUÉS	
Mijail Gorbachov y las Fuerzas Armadas soviéticas	Michel Tatu 131
Otra vez los Balcanes	Mira Traykovich/Vuk Draskovich 145
Gorbachov y las democracias populares	François Fejtö 160
EL LUNES NEGRO	
América vacila	Sir James Goldsmith 178
Seis medidas para devolver la confianza económica en el mundo occidental	Malcolm Fraser 183
Perspectiva internacional del «lunes negro»	Juan Velarde Fuertes 186
El español en el mundo: Notas sobre una doble indefensión	Miguel García-Posada 203

Notas: 219
Documentación: 228
Libros: 303

VOLUMEN I - NÚMERO 4

Carta a los lectores

Dos acontecimientos –uno esperado, otro caído del cielo– marcan este otoño. No son dos hechos aislados: desencadenan dos procesos que se prolongarán durante años. Afectarán inevitablemente a España, a su economía, su defensa y su política exterior. El acuerdo que casi con total seguridad firmarán Ronald Reagan y Mijail Gorbachov en los primeros días de diciembre cambia en su raíz los supuestos de nuestra seguridad como nación europea; la commoción financiera que sacudió a la Bolsa de Nueva York el 19 de octubre ha extendido su onda a todas las economías occidentales. Lo sucedido aquel lunes –imprevisible pero previsible, como los seísmos– nos hizo parar las máquinas y rehacer el índice de este número. El retraso, por el que pedimos disculpas a los lectores, nos ha permitido incluir un documento necesario: la versión íntegra del largo discurso de Gorbachov en el LXX aniversario de la Revolución de Octubre, un documento indispensable hoy para conocer los avances y frenos de la reforma soviética.

Como siempre, hay otros grandes asuntos que merecerían la atención de una revista como la nuestra: por, ejemplo, el esfuerzo europeo (también español) por alcanzar a los Estados Unidos y a Japón en la competición de las telecomunicaciones; o bien la presión demográfica del África del Norte sobre la Europa meridional; y además, las noticias alarmantes e incompletas que nos llegan desde algunos países del Este, Rumanía sobre todo, y además...

Una revista como POLÍTICA EXTERIOR debe seleccionar lo que considera más útil para los lectores. Hemos agrupado en este número los trabajos de Henry Kissinger, Raymond Barre, Bernard Bonilauri y Edward Rowny sobre el giro histórico que comienza con la nueva relación americano-soviética. Uno de los mejores analistas norteamericanos, el profesor Melvyn Krauss, de la Universidad de Nueva York, ha analizado para nosotros un problema capital: las dificultades de relación entre Estados Unidos y sus aliados europeos, cuando Norteamérica reconsidera el enorme esfuerzo económico que representa su aportación a la defensa europea. El nuevo comandante en jefe de la OTAN, general

John R. Galvin, estudia las incertidumbres que puede representar la retirada de los misiles de alcance medio desplegados sobre el suelo europeo. Completa este grupo de trabajos un estudio de excepcional interés,

realizado para la revista por Salvador López de la Torre. Nuestro colaborador vuelve de Washington y de once ciudades norteamericanas en cuyos laboratorios y centros de investigación se desarrolla el primer tramo de la Iniciativa de Defensa Estratégica (Strategic Defense Initiative, SDI). El informe de López de la Torre nos da noticia de las posibilidades con que cuenta hoy el Pentágono, empeñado en desarrollar ese nuevo sistema defensivo, altamente costoso y políticamente arriesgado. Si Estados Unidos logra completar la investigación en curso y articular el complejísimo conjunto de proyectos, nos encontraríamos con una red electrónica de dispositivos antibalísticos que haría en buena parte invulnerable el territorio de América del Norte, Canadá y Alaska incluidos, frente a los misiles intercontinentales del adversario. La revolución estratégica adquiriría tal alcance que nos hallaríamos ante el primer cambio ontológico de la guerra nuclear desde la primera explosión del desierto de El Alamo. El autor no pierde su tiempo en despliegues teóricos ni en pequeñas filosofías; nos ofrece un inventario puntual de lo que hay, de lo que falta y de las oportunidades con que Norteamérica cuenta para llegar algún día a este sistema de protección que haría inútil, tal como hoy lo entendemos, el chantaje nuclear.

Sobre el otro gran negociador que se sienta a la mesa publicamos el estudio de uno de los grandes expertos europeos, Michel Tatu, que expone la difícil relación de Gorbachov con la maquinaria militar de la URSS. El ensayista húngaro François Fetjö escribe sobre la nueva relación de Moscú y sus aliados del Pacto de Varsovia. Mira Traykovich y Vuk Draskovich describen la situación de Yugoslavia y su relación con la Europa del Este.

Tres artículos redactados a una de caballo abordan la crisis financiera occidental. Al trabajo de sir James Goldsmith, presidente del grupo "Express", de París, unimos un texto de Malcolm Fraser, anterior primer ministro de Australia, y otro estudio, más extenso y analítico de Juan Velarde, catedrático de la Universidad Complutense.

Un trabajo, de excepcional calidad a nuestro juicio, sobre el idioma español en el mundo y sobre la ausencia de una política de defensa de nuestra lengua, completa este número de otoño. El análisis de Miguel García-Posada, catedrático de Literatura, es crítico, pesimista y lúcido: se trata, creemos, de uno de los más útiles ensayos publicados en estos años sobre la desarbolada y gloriosa lengua castellana.

Darío VALCARCEL

P. S.—En el encabezamiento del artículo “La transición política exterior, asignatura pendiente”, de Leopoldo Calvo Sotelo, publicado en el número 3 de POLÍTICA EXTERIOR, se omitió involuntariamente indicar que este trabajo del anterior presidente del Gobierno se basaba en una conferencia pronunciada en el Club Prisma de Barcelona.

Para salvar la Alianza

Henry A. Kissinger

Naci en Europa y llegué a ser secretario de Estado del país que me dio asilo, una aspiración impensable en cualquier otra parte del mundo. He conocido a fondo ambos lados del Atlántico, y el mantener lazos íntimos entre ellos ha sido siempre una prioridad especialmente importante para mí. Y durante mucho tiempo tuve la gran suerte de llevar a cabo una política americana basada en ese mismo principio. Los norteamericanos están en su perfecto derecho de sentirse orgullosos de lo que sus líderes han construido en cuarenta años de esfuerzo bipartito en las relaciones atlánticas. América, la hija de Europa, devolvió su herencia aportando idealismo y recursos al Viejo Continente en su hora más oscura. Y añadió a los valores que había heredado de Europa – dignidad humana y libertad– una inocencia y un idealismo que hicieron de ella la luz que guía a los pueblos oprimidos de todas partes.

Para ser sincero, al igual que muchos otros norteamericanos, yo también me he sentido a menudo exasperado por las acciones europeas sin visión de futuro y por la tendencia de algunos de nuestros aliados a cargar a Estados Unidos con el peso de las decisiones difíciles. Con el paso del tiempo se ha hecho cada vez más evidente que la Alianza no puede depender siempre del capital acumulado en la gran década de creatividad que dio paso al programa de ayuda greco-turco, al Plan Marshall y la Alianza Atlántica. En 1973, siendo secretario de Estado, insté que ambos lados del Atlántico estudiáramos un nuevo planteamiento. “La próxima generación de líderes en Europa, Canadá y Norteamérica –señalé– no tendrá ni los recuerdos personales ni el compromiso emocional con la Alianza Atlántica que tenían sus fundadores... En ambos lados del Atlántico nos enfrentamos con la anómala situación de que la mente pública identifica cada vez más el éxito de la política exterior con las relaciones con los adversarios...”

Ese esfuerzo de renovación fracasó debido al miedo europeo a una dominación norteamericana y a errores tácticos por mi parte. Pero la situación que predije hace diez años se está produciendo ahora. Se ha producido una grave crisis de confianza. La preocupación sobre las intenciones de Norteamérica ha estado siempre presente en el desequilibrio mili-

Henry A. Kissinger fue secretario de Estado norteamericano entre 1973 y 1977, con los presidentes Richard Nixon y Gerald Ford.

tar entre los dos lados del Atlántico y su separación geográfica. Lo que la situación actual tiene de nuevo es que ahora quien duda de América no son sus tradicionales críticos, sino sus más viejos amigos. La crisis se ha desencadenado debido al inminente acuerdo para eliminar los misiles nucleares de medio y corto alcance de los arsenales de las dos superpotencias. Sus estipulaciones serán sin duda debatidas en profundidad cuando el acuerdo se someta al Senado para su ratificación. Pero el debate pasará por alto un punto crucial. El apoyo político interno para la instalación de misiles norteamericanos en el continente ha desaparecido en todos los países europeos. En este sentido, las negociaciones han creado ya una nueva realidad. Por eso, la no ratificación no constituye una opción.

La misión de la política exterior norteamericana será la de encontrar formas constructivas para hacer frente a esa nueva realidad. En este momento, los grupos que más constantemente han apoyado una estrecha cooperación atlántica están confundidos. Durante más de una generación han aceptado como dogma de fe que las armas nucleares norteamericanas eran necesarias para contrarrestar la superioridad convencional soviética, y que el despliegue, de misiles norteamericanos en el continente era un componente necesario de esa estrategia. Ahora se encuentran con que la Administración norteamericana más conservadora de la **posguerra** emplea argumentos contra las armas nucleares casi idénticos a los del Comité para el Desarme Nuclear. Experimentaron el susto de Reikjavík, donde las superpotencias estuvieron a punto de ponerse de acuerdo sobre la eliminación de todos los misiles (incluidos los de nuestros aliados). Han visto cómo se ha ejercido una enorme presión sobre la República Federal de Alemania para que aceptara el desmantelamiento no sólo de los misiles norteamericanos de alcance medio en su territorio, sino también de los Pershing 1A, misiles controlados por los alemanes y colocados allí hace quince años. El hecho de que hasta los cuatro últimos comandantes de la OTAN se sintieran *muy* nerviosos ante el acuerdo contribuye a la ansiedad de los europeos. El debate político interno dentro de la Alianza no volverá a ser el mismo.

La Administración justifica el acuerdo pendiente señalando que los soviéticos van a renunciar a más cabezas nucleares que Estados Unidos. Pero la Unión Soviética no tiene por costumbre suscribir acuerdos desequilibrados. Su *quid pro quo* es un objetivo que los soviéticos han perseguido a lo largo de toda una generación: separar a Norteamérica de sus aliados europeos.

Este es un problema especial en la República Federal de Alemania. Ningún otro país se encuentra en una posición geográfica, política y psicológica tan precaria. Alemania occidental es todavía un Estado relativamente nuevo, con una capital artificial y unas fronteras esencialmente arbitrarias que surgieron de la conmoción y la desesperación de una guerra monstruosa. Al otro lado de los campos minados y alambradas de espino no tiene al menos a 20 divisiones soviéticas con un alto grado de preparación militar. Ningún otro país necesita tan desesperadamente la firmeza y la sensibilidad de sus aliados. Sustos frecuentes amenazan su frágil con-

fianza en sí mismos y la estabilidad que tanto costó conseguir. Un eminente líder europeo dijo poco después de Reikjavik: "Los misiles (de alcance medio) eran un corsé que unía Alemania con Occidente. Ahora estáis destruyendo ese corsé y nos va a tocar a nosotros pagar por ello."

Además, si el presidente persiste en su ataque contra las armas nucleares y establece la desnuclearización como objetivo norteamericano preeminente, es segura una crisis con las potencias nucleares europeas, Gran Bretaña y Francia. No aceptan su proposición de que su seguridad aumentará si se eliminan las armas nucleares, ni creen tampoco que sea posible defender Europa sólo con fuerzas convencionales. Bajo el "shock" de Reikjavik consintieron el desmantelamiento de las armas norteamericanas estacionadas en Alemania, más que nada para evitar así la presión norteamericana para que renuncien a sus propias fuerzas nucleares. Si se equivocan en esa suposición, resistirán fieramente cualquier ataque contra sus fuerzas nucleares.

La crisis de la OTAN puede, por tanto, resumirse así:

El aparente cambio en la doctrina militar seguida por las cinco últimas administraciones coloca la carga principal de la defensa nuclear en Estados Unidos o en el mar. Esto sucede en un momento en el que las presiones presupuestarias del Congreso han puesto en duda los planes para desarrollar las nuevas armas necesarias para una estrategia más flexible.

Muchos europeos están convencidos de que, mientras tanto, se está creando un vacío que con el tiempo proporcionará a la Unión Soviética la capacidad de amenazar a Europa sin tener que preocuparse de los Estados Unidos. Utilizando términos más técnicos, las defensas de ambos lados del Atlántico estarán desvinculadas.

Este temor es aun mayor debido a que la superioridad convencional soviética no ha disminuido. A causa de ese desequilibrio, las manifestaciones de horror de la Administración por la guerra nuclear hacen estremecerse a los europeos, preocupados por la posibilidad de que Norteamérica se eche atrás ante sus compromisos nucleares.

Todo esto hace probable que Europa busque otros caminos en los próximos años. Algunos países se sentirán tentados de maniobrar entre el Este y el Oeste y de extender la retórica de desnuclearización de la Administración a las armas en el campo de batalla. Otros seguirán la dirección opuesta e intentarán aumentar sus propias fuerzas nucleares. En cualquiera de los casos, el viejo patrón de la tutela de Estados Unidos se acabará. Mientras que Estados Unidos no puede impedir por más tiempo estas tendencias, debería intentar canalizarlas en una dirección más constructiva. Debería respaldar las fuerzas nucleares europeas existentes, apoyar su coordinación y estimular una mayor identidad europea en asuntos de defensa y de control de armamentos. Donde sea posible, puede reforzar la cooperación política entre los dos lados del Atlántico. Donde no lo es, puede al menos poner un límite hasta el que puedan llegar los desacuerdos.

¿Cómo surgió la crisis?

Desde un principio, la OTAN se ha enfrentado con un dilema fundamental: hacer frente a la amenaza de un solo país, mientras que la Alianza está compuesta por muchos (últimamente 16) Estados soberanos, el más fuerte de los cuales está a más de cuatro mil millas de distancia de la mayoría del resto. Una coalición, por muy estrecha que sea, no puede estar –o aparentar estar– tan unida como un solo Estado. Estados Unidos ha actuado como si un compromiso legal pudiera hacer de la OTAN una sola unidad. Pero los europeos, con su experiencia en alianzas frágiles, han buscado siempre garantías más tangibles. Incluso en los primeros días de la OTAN, cuando Estados Unidos poseía una clara superioridad nuclear, los aliados insistieron en una presencia militar norteamericana importante en el Continente. Tenía poco sentido en términos de la doctrina militar imperante de “represalia nuclear masiva”, pero ofrecía garantías porque se pensaba –al menos subconscientemente– que Estados Unidos no tendría más opción que defender sus propias fuerzas.

En los años sesenta, la Unión Soviética inició su avance hacia la paridad y en los setenta, Estados Unidos y la Unión Soviética entraron en unas negociaciones para el control de armamentos encaminadas a hacer que un ataque nuclear fuera militarmente infructuoso. Hasta cierto punto han tenido éxito en ese aspecto. Pero un alejamiento nuclear pone en clara desventaja a la parte que puede escapar a la derrota sólo mediante el uso del armamento nuclear. Cuando la guerra nuclear pierde su base lógica, surge la inevitable pregunta de si cualquier nación se arriesgaría al suicidio nacional por un aliado, independientemente de lo íntimos que sean los lazos entre ellos.

Los europeos nunca han creído que las armas convencionales por sí solas fueran elementos disuasorios de confianza; demasiadas, guerras europeas han estallado cuando las fuerzas estaban aproximadamente al mismo nivel. Por consiguiente, la OTAN llegó a depender de las fuerzas nucleares norteamericanas para contrarrestar una amenaza soviética convencional más allá de cierto límite. Pero, inseguros en cuanto a una dependencia total de un arsenal norteamericano situado tan lejos, nuestros aliados querían tener derecho a influir en las decisiones norteamericanas. Para los europeos interesados por los temas de defensa, la cuestión no ha sido si Estados Unidos tenía la capacidad técnica de alcanzar a la Unión Soviética desde Norteamérica o desde el mar. La cuestión radica en si América utilizaría o no esa capacidad para la defensa de los intereses y la supervivencia europeos. Los europeos atlantistas decían que las armas nucleares de largo alcance en Europa proporcionarían el lazo indispensable entre la estrategia americana y la defensa europea.

Para ser sincero, este punto de vista nunca fue unánime. Una parte significativa de la opinión europea creyó siempre que Europa debía depender menos de los Estados Unidos y, sin embargo, servir como mediadora entre el Este y el Oeste. La polémica se hizo virulenta cuando Estados Unidos intentó desplegar misiles americanos de alcance medio en Europa

al principio de los años ochenta. Al final, estos misiles sólo se introdujeron después de revueltas y manifestaciones que durante meses alteraron la tranquilidad interna de muchos países. Es imposible entender la reacción europea ante el próximo acuerdo INF si no se tiene en cuenta lo que los actuales dirigentes tuvieron que superar cuando se instalaron los misiles. Y el hecho de que algunos americanos de la línea dura apoyen el acuerdo con argumentos que hablan adelantado los que se oponían al despliegue ha aumentado la confusión psicológica.

Equilibrio de poder

La confusión y el enfado han sido especialmente acentuados en la República Federal Alemana. Alemania fue el último gran Estado europeo que se unificó. Su fundación no fue resultado de un movimiento popular; fue una decisión tomada por los principes de varios Estados alemanes bajo la dominación de Prusia. Precisamente debido a que la democracia y el nacionalismo fueron conceptos opuestos durante más de un siglo, el populismo alemán siempre ha estado dotado de un romanticismo abstracto y ha carecido del sentido de la proporción. Esto hizo que los problemas estratégicos creados por la situación geográfica de Alemania se convirtieran en una fuente permanente de inestabilidad para Europa. Antes de la unificación, Alemania había sido durante siglos el campo de batalla en el que sus vecinos se batían para mantener el equilibrio de poder en Europa. Después de la unificación, Alemania intentó –de forma comprensible, aunque insensata– alcanzar la seguridad enfrentándose con todos sus vecinos simultáneamente. Pero este esfuerzo dio lugar, de forma paradójica, a la peor pesadilla de Alemania: una coalición de Estados vecinos. Si Alemania era lo suficientemente fuerte como para derrotar a todos sus vecinos simultáneamente, estaba claro que era lo bastante fuerte como para arrollarlos individualmente. De este modo, los esfuerzos alemanes para escapar a su situación estratégica hicieron inevitable la primera guerra mundial. Durante siglos; Alemania ha sido o bien demasiado débil o bien demasiado fuerte para garantizar la paz en Europa.

Fue una enorme suerte para Occidente que, en el período que siguió a la segunda guerra mundial, el nuevo Estado alemán occidental estuviera bajo la dirección de un auténtico gran hombre, el canciller Konrad Adenauer. Adenauer comprendió que Alemania sólo podía encontrar sus raíces emocionales y superar el legado de desconfianza si resistía a las tentaciones creadas por la geografía y se unía firmemente a la Alianza Occidental. La actuación de Adenauer fue valerosa y difícil, mientras la Unión Soviética estaba convirtiendo una tercera parte del país en un puesto avanzado comunista, y mientras la apasionada oposición interna le acusaba de renunciar a la opción de la unificación en favor de la Alianza Atlántica y de la conexión americana.

Kurt Schumacher, el dirigente del Partido Socialdemócrata (SPD), era el máximo defensor de este punto de vista. Su partido había resisti-

do heroicamente a los nazis y había introducido a algunos de sus hombres más valiosos en la política alemana. Pero precisamente porque el SPD representaba uno de los pocos elementos de continuidad histórica, defendía una política que equivalía a disfrazar el nacionalismo tradicional con atavíos neutrales es decir, cambiar los lazos occidentales por la unificación.

Los que se oponían a la OTAN terminaron por aceptar la integración de Alemania a Occidente. El legado de Adenauer fue tan fuerte que, en la década de los setenta, dos distinguidos cancilleres socialdemócratas, Willy Brandt y Helmut Schmidt, pudieron hacer importantes contribuciones a la política occidental (en parte debido a que un núcleo de la opinión pública alemana, incondicionalmente prooccidental, forjado durante los amargos debates de los años cincuenta, proporcionó una defensa contra el aventurismo).

El legado de Schumacher fue tan duradero como el de Adenauer. Sus discípulos nunca llegaron a superar totalmente sus dudas, y cuando el canciller Schmidt propuso el despliegue de misiles americanos de alcance medio en suelo alemán, el cataclismo que tuvo lugar dentro de su partido contribuyó a su caída. Desde entonces el SPD ha llevado a cabo un programa mucho más cercano al espíritu de su primer dirigente que al de su último canciller, un programa que insiste en las cuestiones nacionales, las políticas antinucleares y la autonomía alemana. Y como el tercer partido alemán –la Democracia Libre– sólo puede sobrevivir maniobrando entre los democristianos y los socialdemócratas, cualquier debilitamiento de los democristianos puede poner en peligro el curso estable de la política alemana.

He conocido a los dirigentes democristianos que durante décadas han sido responsables de la política exterior y de defensa. Después de haber prestado un apoyo incondicional a las políticas norteamericanas, se encuentran a la deriva en un mundo desconocido en el que los representantes americanos repiten las consignas antinucleares de sus adversarios. Se sienten resentidos por las presiones que les obligaron a renunciar a sus propios misiles de 450 millas de alcance, los Pershing 1A. (La verdad es que Washington negó haber ejercido ninguna presión. Sin embargo, al decir que estaba a punto de alcanzar un acuerdo histórico, implícitamente hizo responsable a Alemania en caso de que las conversaciones fracasaran.) Después de que el acuerdo INF entre en vigor, los misiles nucleares que queden en Alemania no podrán alcanzar objetivos fuera de Alemania occidental u oriental. No parece probable que ningún Gobierno de Bonn apoye una estrategia según la cual los alemanes son los únicos que están amenazados por una represalia nuclear que partiera de suelo alemán.

A medida que crece su desencanto con Estados Unidos, los alemanes que hasta ahora habían sido proatlantistas pueden buscar un consuelo emocional fomentando la llamada “cuestión alemana”. La Unión Soviética y sus aliados de Europa oriental no tienen ningún interés en la unificación de hecho. Pero no necesitan estar de acuerdo con la unificación para influir en la política alemana. La idea de que la situación

de Alemania se aliviaría con un régimen comunista está ganando terreno. Manipulando esta consigna, los comunistas podrían hacer que la República Federal desista de acercarse más a Occidente sin pagar el precio de la unificación.

La mayoría de los dirigentes europeos comparten esta valoración de la situación alemana. Y los dirigentes de Gran Bretaña y de Francia seguramente se preguntarán si sus propias fuerzas nucleares se verán sujetas a las mismas presiones que los Pershing IIA en Alemania, en caso de que las conversaciones START progresen. La confusión dentro de la Alianza sería entonces total.

¿Qué debería hacerse?

Nadie puede pretender que exista un remedio sencillo para una crisis que lleva gestándose una década o más. Ni tampoco va a funcionar el viejo recurso de las múltiples promesas. Una cumbre de la OTAN –que se está discutiendo actualmente en Washington– podría, en el mejor de los casos, actuar como un tranquilizador momentáneo. Antes de que los jefes de Gobierno de la OTAN se reúnan, Estados Unidos debe decidir qué quiere decir y cómo lograr un consenso fiable a largo plazo.

Aquí podríamos enumerar algunos principios:

Es esencial para los Estados Unidos establecer una relación entre su retórica y su estrategia, y entre su defensa y su política de control de armamentos. El presidente Reagan no puede seguir insistiendo en el objetivo de la desnuclearización del mundo sin minar aún más el compromiso nuclear americano con Europa. Además, alguien debe hacer frente al hecho de que es imposible cumplir los eslóganes de la desnuclearización –y que por lo tanto son irresponsables–. Se han fabricado tantas armas nucleares y el territorio de las dos: superpotencias es tan amplio que sería imposible garantizar que todas estas armas han sido eliminadas. Ningún acuerdo: sobre desarme podría borrar el conocimiento de cómo hacer esas armas. Cualquier negociación tendría que tener en cuenta programas tanto abiertos como clandestinos en nuevos países nucleares. En resumen, no interesa a las democracias seguir confesando objetivos que son más sentimentales que realistas y descalificar unas armas que, hasta donde se puede ver, tendrán que ser la base de la defensa occidental.

El deporte popular de vapulear a Europa debe acabar. No es el momento de arreglar viejas revanchas, aunque sean reales. Los amigos tradicionales de América necesitan que se les trate con amabilidad, no que se les den lecciones. En concreto, una época de desarme nuclear no es la ocasión apropiada para insistir en lo que se denomina “carga compartida” amenazando con retirar las fuerzas convencionales. Lo que falta sobre todo es un acuerdo sobre qué carga es precisamente la que se supone que hay que compartir.

Es urgente revisar la doctrina estratégica aliada, La relación entre fuerzas convencionales y nucleares se está perdiendo. He defendido

durante treinta años que el umbral en el que las armas nucleares deben utilizarse debería ser mucho más alto. Pero hay que enfrentarse a unas cuantas realidades: Estados Unidos no va a obligar a hacer el servicio militar. Y ninguna nación occidental aumentará significativamente su presupuesto de Defensa, (de hecho la tendencia va en sentido contrario). Por lo tanto, el problema práctico es definir un umbral realista para las fuerzas convencionales y por una vez hacer can de él.

En la actualidad, el potencial para la desconfianza entre los dos lados del Atlántico es paralizante y profundo. Un número cada vez mayor de europeos, especialmente en Alemania, quiere retirar las armas nucleares de su suelo. La consecuencia práctica de esto sería trasladar totalmente los riesgos de la disuasión nuclear del país más amenazado al aliado más distante. Al mismo tiempo, la sugerencia de la Administración de que las armas de campo de batalla pueden sustituir a los misiles de alcance medio crea una impresión contraria en las mentes de muchos europeos –a saber, que América intenta confinar la destrucción nuclear al territorio europeo–. La Alianza no puede eludir por más tiempo una definición precisa de quién asume responsabilidades en tiempo de crisis y en qué plazo de tiempo.

Las fuerzas nucleares americanas asignadas al comandante de la OTAN deberían estar definidas de forma más precisa. Ahora que cualquier respuesta nuclear importante a una agresión soviética contra la OTAN tendrá que venir del mar o de América, algunas de las armas destinadas a este fin deberían colocarse bajo control de la OTAN de forma más inmediata y visible. Actualmente, las armas estratégicas americanas “asignadas” a la OTAN pertenecen a la Alianza sólo teóricamente. Un número concreto de ojivas entra dentro de esta categoría, pero no un número específico de submarinos, y los submarinos en los que están estacionadas las ojivas están en constante rotación. Pero como ha observado el ex comandante de la OTAN Bernard Rogers, los soviéticos no podrán distinguir las fuerzas asignadas a la OTAN del conjunto de la fuerza estratégica de Estados Unidos. Por lo tanto, se está haciendo casi imposible una respuesta nuclear flexible. Es imprescindible tomar algunas medidas concretas que otorguen al comandante de la OTAN un papel mayor y continuado en la supervisión de las armas destinadas a la defensa europea, así como un método que clarifique qué parte de las fuerzas estratégicas de Estados Unidos sirven para la respuesta flexible.

La política de defensa debe estar relacionada con la política de control de armamentos. Se puede predecir que la Unión Soviética aplicará el modelo de Reikjavík a las fuerzas convencionales, y más bien pronto que tarde. Se adelantará un esquema numérico ventajoso en apariencia para los Estados Unidos –por ejemplo, para empezar, la retirada de dos divisiones soviéticas por cada división americana–. Pero ese esquema no puede alterar la realidad de la proximidad soviética a Europa. Y el corolario inevitable sería congelar las fuerzas convencionales de la OTAN que queden. Si no se diseñan con cuidado, esos esquemas podrían reforzar la ventaja convencional soviética obligando a fuerzas de la OTAN más pequeñas a dispersarse para hacer frente a un agresor que tendría la op-

ción de concentrar sus fuerzas. Hasta que la Alianza no llegue a un acuerdo sobre el umbral convencional deseable, no existe ningún criterio para valorar las reducciones convencionales.

De forma similar, es seguro que la presión para establecer zonas desnuclearizadas dentro de la Alianza aumentará. En mi opinión, la desnuclearización de Europa central abriría las puertas: de la neutralidad, fomentando doctrinas contra la utilización el primer lugar, lo que implicaría que la Alianza prefiera ser derrotada por fuerzas convencionales antes que utilizar armamento nuclear. Esto explica, sin lugar a dudas, por qué la primera ministra Margaret Thatcher ha rechazado que se lleven a cabo más reducciones nucleares en Europa hasta que exista un equilibrio entre las armas convencionales y químicas de los aliados y del bloque soviético. Ha visto que la Alianza iba peligrosamente a la deriva hacia una impotencia militar autoimpuesta, en la que las negociaciones START eliminaran la lógica de la represalia con armas estratégicas, las negociaciones INF previenen la represalia desde territorio europeo y las conversaciones convencionales amenazan con congelar un equilibrio convencional desfavorable.

Estados Unidos debería fomentar un mayor sentido de identidad europea en materia de defensa. A raíz de Reikjavik y de la tentativa de acuerdo INF, es seguro que los europeos buscarán una mayor dependencia en sí mismos. La única incógnita que queda por despejar es si sus esfuerzos se materializarán en una postura de neutralidad o en una defensa común europea. Los actuales Gobiernos en Gran Bretaña y Francia acelerarán, casi con toda seguridad, su rearme nuclear, dando a éste prioridad sobre un refuerzo convencional; en el resto de Europa, los individuos interesados en temas de defensa intentarán fomentar un concepto de seguridad específicamente europeo. Estados Unidos debería apoyar estas tendencias, ya que la otra alternativa es la neutralidad.

Identidad europea

Si se deja que Europa asuma una mayor responsabilidad en su propia defensa, a la larga se reforzarán los lazos atlánticos y se ayudará a Alemania a superar su sentido de aislamiento. A lo largo de una generación, Washington ha apoyado al Mercado Común, que supone una competencia frente a Estados Unidos. Por consiguiente, debería abandonar sus reservas históricas y acoger favorablemente una identidad europea de defensa, que al fin y al cabo acabará por estimular la cooperación atlántica. No existe un conflicto Este-Oeste previsible del que Europa pueda salir mejor librada sin el apoyo norteamericano. Esta es la razón por la que, si los británicos y los franceses pueden llegar a un acuerdo para coordinar sus fuerzas nucleares, Estados Unidos debería animarlo como un importante primer paso hacia un mayor papel europeo en la defensa nuclear.

Para simbolizar su confianza en el nuevo orden, Estados Unidos debería permitir que el comandante militar de la OTAN sea un europeo.

Por otro lado, el secretario general, el representante político de la OTAN, podría ser un norteamericano, una inversión de los papeles tradicionales que demostraría que la Alianza se va adaptando a las nuevas condiciones políticas.

Hace unas pocas semanas, un europeo que desempeña un cargo de responsabilidad me dijo que, aunque estaba de acuerdo con mi análisis, había llegado a la conclusión de que la oposición a algo que era inevitable reduciría su eficacia. “Recuerde –dijo– que hasta Churchill se habría quedado sí Hitler no hubiera sido tan estúpidamente impaciente.”

Mi sabio amigo europeo tenía razón. Los soviéticos no van a ser tan estúpidamente impacientes. Las democracias van a tener que salvarse a sí mismas. Si hacen frente a las nuevas realidades con creatividad, todavía están a tiempo de revitalizar su Alianza.

El lugar de Francia en el mundo

Raymond Barre

Cualquiera que se interrogué sobre el lugar que hoy ocupa Francia en el mundo, más aún, sobre el lugar que debería ocupar Francia en el próximo futuro, no puede dejar de contemplar el camino recorrido, valorando las posiciones perdidas, las posiciones conservadas e incluso a veces las conquistadas, con el fin de juzgar mejor cómo retomar o proseguir el avance.

Mirada sobre el pasado

No me voy a detener aquí sobre el pasado más que en tanto que permita arrojar luz sobre el presente. ¿Cuál era la situación de Francia hace dos siglos, en 1787? Aparentemente era considerable.

Era considerable, en primer término, la situación de nuestro idioma, que, de hecho, ocupaba el primer lugar; reinaba, incontestablemente, de un extremo al otro de Europa, de San Petersburgo a Madrid, de Berlín a Nápoles. Y junto con la lengua, la cultura francesa, el pensamiento francés. No es dar muestras descaradas de vanidad afirmar que esa cultura y ese pensamiento impregnaban los espíritus europeos; y aún más allá, en esos Estados Unidos de América a los que Francia acababa de ayudar a conquistar su independencia. La población de nuestro país, con 26 millones de habitantes, estaba lejos de ser la más numerosa. Por lo que se refiere a nuestra potencia militar, si bien ya no era, sin duda, la que había sido un siglo antes, no era menos temible. Francia era, en resumen, la mayor potencia del continente.

Sin embargo, los franceses que sin más hubiesen aceptado con cierto optimismo estos criterios habrían dejado de tener en cuenta dos fenómenos. Por una parte, la fragilidad de sus instituciones, incapaces de adaptarse al espíritu de los tiempos. Por otra, el retraso ya adquirido en la in-

Raymond Barre, catedrático de Economía de la Sorbona y diputado por la circunscripción del Ródano en la Asamblea Nacional francesa, fue primer ministro bajo la presidencia de Giscard d'Estaing y ostenta el liderazgo del sector político calificado como independiente. Según todos los indicios, será el candidato del centro derecha en las próximas elecciones presidenciales de 1988.

dustrialización, nueva fuente del poderío; retraso que pesaría gravemente sobre nuestro destino nacional.

Un siglo más tarde, en 1887, los franceses, al pensar igualmente sobre el lugar ocupado por su país en el mundo, hubieran podido, por el contrario, dar muestras de cierto pesimismo. El Ejército francés acababa de experimentar una humillante derrota en duelo singular con los prusianos; el territorio nacional había sido dolorosamente amputado con la pérdida de Alsacia-Lorena. La constitución del Reich imperial hacía pasar a la potencia alemana al primer rango en Europa. Las poblaciones de Alemania y Gran Bretaña eran más numerosas que la de Francia. En el continente, nuestro país carecía de aliados, estaba aislado. Y sin embargo, los franceses de 1887 que se hubiesen dejado arrastrar por el pesimismo se habrían equivocado. Porque hubieran ignorado la existencia de dos fenómenos que, a pesar de todo, contribuirían a devolver a nuestro país un lugar central en el mundo. Estaba en primer lugar la tenacidad, el prodigioso vigor del espíritu nacional –aquí quiero, recordando la obra de Jules Ferry, rendir homenaje al magnífico Cuerpo de nuestros profesores de instituto y decir que si Francia remontó victoriamente la terrible prueba de la primera guerra mundial fue en gran parte debido a que nuestros maestros supieron exaltar durante cerca de dos generaciones el sentido del deber patriótico y eso que hoy llamarnos espíritu de defensa–. Y, a continuación, el creciente compromiso de Francia en África, en ese África que no solamente llegaría a ser, durante algún tiempo, el corazón de un imperio colonial, sino que, más allá de la propia supervivencia de éste, constituiría uno de los más vivos y dinámicos focos de la presencia de Francia, de su lengua, de su cultura, en el mundo.

Medio siglo más tarde, en 1937, ¿cuál es el panorama? Una estimable mayoría de franceses, al valorar el papel y el lugar de su país en el mundo, experimentan aún un cierto sentimiento de seguridad. Creen todavía que el Ejército francés es el más potente de Europa; creen todavía que apoyándose en él, con ayuda de todos los recursos de su imperio, confiados en su alianza con Gran Bretaña, nuestro país puede disuadir a Hitler de cualquier aventura. Sin embargo, están subestimando trágicamente su potencia en la misma medida en que subestiman su amenaza. Viven en una falsa seguridad, minimizan la terrible ambición nacionalista y la atroz pasión ideológica de Hitler. Ignoran las advertencias del coronel De Gaulle y se consideran, parapetados tras su línea Maginot, al abrigo de toda invasión.

De este recorrido sobre el pasado extraeré una lección muy simple. Existe siempre el riesgo de que, ofuscados por ilusiones de falsa grandeza o de falsa seguridad, nos neguemos a contemplar de cara las realidades e ignoremos las verdaderas amenazas. Pero también existe el riesgo inverso de que ante la escalada de nuevas fuerzas en el mundo nos abandonemos descorazonados al pesimismo, siendo así que de hecho poseíamos los recursos físicos, intelectuales y morales para dominar las dificultades y, cuando sea necesario, remontar la pendiente y ocupar el rango que nos es debido.

Estamos hoy en un periodo en que nos acechan tanto uno como otro de dichos peligros; por ello, valorar nuestra situación con realismo y sin complacencia, pero con confianza, de forma tan exacta como sea posible, nos permitirá avanzar de la manera óptima.

Luces y sombras del presente

En 1987, de todos los datos sobre los que se basa el poderío, uno de los más preocupantes es el de la demografía. Es cierto que, en caso de prolongar las actuales curvas demográficas, en el horizonte del año 2025, con 58 millones de habitantes –es decir, un poco más que en la actualidad–, Francia, con excepción de la URSS y a reserva de que el mapa político del continente no se modifique, sería el país más poblado de Europa. Pero no sería menos cierto que habría descendido del puesto decimoséptimo, que hoy ocupa, al vigésimo séptimo. Es decir, que una política demográfica vigorosa y voluntarista es un verdadero imperativo de supervivencia; mas no hay política demográfica que se aplique con éxito si no lleva junto a sí una política de la familia.

Pero Francia la forman también los franceses residentes en el extranjero, que constituyen un elemento fundamental de nuestra presencia en el mundo. La irradiación de nuestro país ha sido largamente, a través de la Historia, el hecho de la residencia de nuestros compatriotas fuera del hexágono, sea en nuestro antiguo imperio, sea en países independientes, tanto en Estados francófonos como en los que no lo son. Corresponde, pues, a la metrópoli la tarea de proporcionarles todo el apoyo necesario en términos de protección social, de escolarización de sus hijos, de seguridad, de empleo, de retorno eventual, para que sientan que forman una parte viva del gran cuerpo patrio. Hoy, el número de franceses establecidos en el extranjero se eleva a un millón y medio. Es insuficiente. Constituye un deber nacional crear las condiciones precisas para confortar y reforzar dicha presencia. Debería ser nuestro objetivo contar dentro de medio siglo con un mínimo de dos millones de compatriotas que vivan fuera de Francia y que constituyan esas “colonias sin bandera” que son en definitiva los mejores agentes de nuestra expansión económica y de nuestra irradiación intelectual.

Con independencia de los franceses de Francia y del extranjero, el campo de la francofonía en el conjunto del planeta no alcanza aún los cien millones de seres humanos. Comparados con los 350 millones de anglofonos o con los 210 millones de hispano-hablantes, es poco, aunque dicha aportación, sobre todo por lo que se refiere a nuestros amigos africanos, contribuya a mantener nuestro idioma como lengua universal. Pero aún más grave puede ser el retroceso que el conocimiento de nuestra lengua experimenta en ciertas élites para las cuales otrora constituía un elemento natural de la cultura. Esto está ocurriendo sobre todo en los países del contorno mediterráneo y de América latina. No es sólo la esca-

lada del inglés la razón de este retroceso. Existe también una cierta disminución de nuestra fuerza de atracción.

Sin embargo, no es que la sociedad francesa haya dejado de ser un foco de cultura, de arte y, contrariamente a lo que se afirma, incluso a veces de ciencia. Pero tal vez haya que tener en cuenta un fenómeno más general que consiste en cierta dificultad para formar hombres en las disciplinas y en las técnicas más modernas. Prestemos atención a esta imagen de Francia: un país delicioso, tal vez aquel en el que resulta más placentero vivir; un país de libertad perfecta, de tolerancia, acogedor, un país de asilo; un país sin reivindicaciones, que no mantiene querellas con nadie en el mundo; un país celoso de su independencia y que se dota de los medios para mantenerla, pero también un país que no se decide del todo a modernizarse. ¡Imagen falsa!, protestarán muchos. ¡Pero, sin embargo, imagen, y que no deja de tener una cierta parte de verdad!

¿Es también esa la razón por la que nuestra participación en la economía internacional no sea tan satisfactoria como podría ser?

Consideremos nuestras inversiones en el extranjero y recordemos que antes de la primera guerra mundial, Francia ocupaba el segundo puesto en cuanto a capitales invertidos en el extranjero, detrás de Inglaterra. Antes de la segunda guerra mundial: todavía ocupaba el tercer puesto. Hoy está situada en el sexto puesto con un 5 por 100 del total. Constituye una prioridad incitar a nuestros compatriotas a invertir en el extranjero.

En cuanto a nuestro crecimiento, que es un factor importante en el dinamismo general de la economía mundial, fue antes del impacto petrolífero uno de los más sostenidos del mundo occidental. Pero lo que se olvida con frecuencia es que incluso después de ese impacto, entre 1934 y 1980, nuestro producto nacional aumentó en el 17,6 por 100, colocando a nuestro país en un segundo puesto inmediatamente detrás de Japón (30,9 por 100), pero delante de los Estados Unidos (16,8 por 100), de la República Federal Alemana (16,4 por 100) y de Gran Bretaña (8,1 por 100). Por contra, entre 1980 y 1986, quedamos detrás de todos esos países con sólo un 8 por 100, habiendo alcanzado la República Federal Alemana el 9 por 100, Gran Bretaña el 9,6 por 100, los Estados Unidos el 15,4 por 100 y Japón el 24,2 por 100.

Enlazando todo ello, Francia ha perdido en este mismo período de 1980 a 1986, en términos de comercio internacional, cerca de tres puntos en su cuota de mercado, mientras que la RFA gana 12,7 y Japón 14,5. Esta creciente debilidad de nuestro comercio exterior es particularmente perceptible en lo que concierne a nuestras exportaciones de productos manufacturados. En tanto que Francia continuó mejorando su posición hasta 1979, perdió a continuación todo el terreno ganado entre 1967 y dicho año. Por lo que se refiere al palmarés sectorial, si bien sigue siendo la primera en el sector alimentario, no deja de descender en la mayor parte de los restantes sectores, singularmente en los textiles y pieles, en los que entre 1979 y 1985 su cuota de mercado ha descendido del 8 al 5 por 100, y en las maderas y papeles, en los que ocupa actualmente la cola del pelotón. En productos metálicos, informáticos y materiales de precisión,

material eléctrico y electrónico, también existe retroceso. En algunos sectores indudablemente mantenemos un buen puesto: aeroespacial, telecomunicaciones y en industrias relacionadas con la defensa. Pero, globalmente, Francia, que en 1979 había llegado a ser el tercer exportador mundial, ocupa hoy un cuarto puesto que está en trance de perder. Por muy satisfactorios y a veces incluso brillantes que sean los balances de nuestras actividades en el sector servicios, no pueden borrar ese descenso global de nuestras industrias exportadoras, reflejo de una competitividad que se va degradando de forma peligrosa.

Inversamente, la participación extranjera sobre nuestro mercado nacional no deja de crecer. Entre 1982 y 1986 ha ganado tres puntos, pasando del 30,1 al 33 por 100. En bienes de equipo doméstico ha alcanzado en 1986 una cuota de casi el 60 por 100.

Este cuadro contiene más sombras que luces, no podemos ocultarlo. La debilidad demográfica, serias deficiencias industriales, un insuficiente potencial de investigación, Universidades cada vez menos prestigiosas, todo ello afecta gravemente a nuestra presencia en el mundo. Es en primer lugar, por tanto, por un esfuerzo nacional de rectificación, de reagrupación de nuestras fuerzas, de movilización de nuestras energías, por donde debemos recuperar nuestra posición y reforzar la irradiación de nuestro país con el fin de que vuelva a ser lo que ya fue, lo que no ha dejado de ser: un polo incontestable de energía, de progreso, de cultura.

Me pregunto a menudo si la pereza que parece afectar a demasiados de nuestros compatriotas, si su resignación, manifiesta a través del deseo de jubilarse lo antes posible, no proviene en buena medida de que sienten la penosa impresión de formar parte de una Francia que ya no tiene grandes ambiciones y que, partiendo de un gran destino, se ha deslizado poco a poco a lo largo de la escala de las naciones, de escalón en escalón, y que acepta sin reaccionar el abandonar a otros la suerte del mundo, el cuidado de decidir la paz o la guerra y que recibe por uno y otro lado distintas humillaciones sin encontrar ni la voluntad ni los medios de réplica.

Dar sentido a nuestro destino

Si, como me temo, es este el caso, la tarea es imperiosa y urgente: necesitamos encontrar, en un mundo en plena evolución, qué sentido dar a nuestro destino. Desconfiamos de las sendas muchas veces trilladas, desconfiamos de las fórmulas usadas. No basta, como veo que se hace con frecuencia, subrayar con satisfacción la continuidad, lo permanente de nuestra actitud, sea en política exterior, sea en política de defensa. Por supuesto que esto nos permite reafirmarnos, nos autoriza a hablar de consenso, lo cual es muy cómodo en la fase que atraviesan actualmente, y malamente, nuestras instituciones. Pero ¿no procede esto también de una cierta negativa a encarar los cambios y sacar las consecuencias? Y esto ¿no nos condena a un cierto inmovilismo?

La IV República, ciertamente, estableció las bases: la reconciliación franco-alemana, garantía de paz en Europa; la Comunidad Económica Europea, garantía de prosperidad; la Alianza Atlántica, garantía de seguridad. Desde este punto de vista, cualquiera que sea el descrédito en que haya caído la IV República, dada la debilidad de sus instituciones, debemos reconocer su obra fundamental que culminó con coraje y lucidez.

Con la V República, el general De Gaulle dotó a Francia de una fuerza de disuasión, garantía última de nuestra defensa; aseguró, a través de la reforma económica, monetaria y financiera de 1958, nuestro lugar en la Comunidad Europea; consagró nuestra amistad con la RFA; transformó nuestras relaciones con África; mantuvo, en fin, por doquier bien alto el prestigio y la voz de Francia. Sus sucesores han continuado esa línea. Sin embargo, hoy no basta con continuar. Donde sea necesario, es preciso también saber acometer una nueva fase de acción que implica verdaderas mutaciones. En caso de no actuar a tiempo nos arriesgamos a soportar los acontecimientos en lugar de controlarlos. Esto último me parece particularmente evidente en lo que concierne a nuestra situación en Europa.

En efecto, contrariamente a lo que un análisis superficial pudiera dejar creer, es en Europa donde nuestra posición –nuestra posición económica, nuestra posición de defensa, nuestra posición política en definitiva– está más amenazada. Las amenazas se perfilan ya en el horizonte. Existe la amenaza de que, en una comunidad que tiende a convertirse en un espacio cada vez más libre, nuestra economía esté condenada, por falta de competitividad, a una elección dramática entre el retorno al proteccionismo o la sumisión a los productos, las técnicas y los capitales de nuestros aliados. Existe la amenaza de que, en una Europa occidental sobre la cual la Unión Soviética acentúa de más en más la presión y de la que los Estados Unidos puedan estar tentados de retirarse, Francia no sepa agrupar a sus aliados alrededor de un mismo concepto de la defensa y de la seguridad. Existe la amenaza, en fin, de que en nuestro continente, bajo los efectos conjugados de la estagnación económica, del paro persistente, del neutralismo y el pacifismo demoleedores, de un general “dejar hacer”, la democracia y la libertad, lejos de avanzar desde el Atlántico hacia los Urales, retrocedan desde los Urales hacia el Atlántico. Estos son los datos y es ahí, en Europa misma, donde necesitamos aportar lo mejor de nuestros esfuerzos y el testimonio de una firme determinación.

Para hacer frente a estos desafíos, lo digo muy claramente, Francia no debe dudar en emprender la marcha en las tres siguientes direcciones:

- La unión económica y monetaria en el seno de la Comunidad.
- Una política de defensa marcada por una creciente solidaridad con nuestros aliados europeos y muy en primer lugar con la RFA.
- La transformación progresiva de nuestra Comunidad en una confederación política, y en primer término con aquellos aliados nuestros que quieran acompañarnos sobre esa vía.

Estoy convencido de que si está claro que estos son los objetivos de Francia y estamos resueltos a ponerlos en práctica nuestro país volverá a encontrar su papel de piloto de Europa. Estoy igualmente convencido de

que cuanto más nos aproximemos a esos tres objetivos, nosotros, europeos del Oeste, más nos aproximaremos igualmente al objetivo último, que no puede ser otro que el de eliminar progresivamente, en paz y en libertad, la división de nuestro continente.

Europa

El camino que lleva a la unión económica en el seno de la Comunidad lo emprendimos, hace treinta años, con el Tratado de Roma. Fue la IV República quien concibió y firmó ese tratado. Fue la V República, y en primer lugar el general De Gaulle, quien lo puso en práctica. Contrariamente a lo que muchos temían entonces, ese Tratado, al abrir nuestras fronteras a las mercancías de nuestros aliados en la Comunidad, *no* significó la ruina de nuestras industrias ni de nuestra agricultura. Ocurrió precisamente lo contrario. Nuestras industrias y nuestra agricultura aprovecharon aquella competencia, se han endurecido, han conquistado nuevos mercados solventes; han establecido ententes fructíferas con aliados europeos. ¡Pues bien! No experimentemos, treinta años más tarde, los mismos temores en el momento en que la Comunidad emprende resueltamente la senda del mercado interior único, es decir, del mercado sin fronteras, en el que no sólo las mercancías, sino también los servicios y los capitales circularán libremente, en el que la competencia se jugará a tope, no solamente entre las empresas industriales, sino entre las de servicios, las de transportes, entre los Bancos y las compañías de seguros, donde las normas estarán unificadas y donde las legislaciones fiscales se armonizarán. Todo esto debe hacerse para 1992, y 1992 es ya mañana. Ahora, muchos comienzan a decir que la fecha no se mantendrá y que miles de derogaciones y excepciones serán solicitadas y conseguidas por unos u otros; es posible. Pero estemos advertidos para no dejarnos sorprender. Nuestros principales aliados, Gran Bretaña y la RFA, se preparan seriamente para esa ocasión; debemos prepararnos también con el mismo rigor. La realización del mercado interior comunitario exige una verdadera movilización de los agentes económicos; exige también, y no dejará de exigirlo, por parte de todo el Gobierno, un esfuerzo incesante para que el calendario previsto se respete.

Hay en todo ello un gran desafío y quisiera estar seguro de que somos todos conscientes de ello: al final está la unión económica que implica mutua apertura, interpenetración de las actividades y transparencia de las economías; ciertamente con sus riesgos, pero también con sus promesas. Porque la unión económica es también el nacimiento de una verdadera economía europea que ha de permitir alcanzar por fin la capacidad de existir a escala mundial frente a las economías continentales de Estados Unidos de América, de Japón y mañana de China. Una economía europea que debe asociar ampliamente a los doce países miembros de la Comunidad con los otros países de Europa occidental con los que la Comunidad se encuentra ya en relación de libre cambio industrial. Pero nosotros que-

remos que ese espacio económico esté dotado de una fuerte personalidad. La Comunidad no puede ser una especie de ectoplasma sin columna vertebral. Los Estados Unidos o Japón han alcanzado su rango porque han conseguido mantener a lo largo de los decenios de la era industrial su propia identidad, nítidamente dibujada. Así debe ocurrir con nuestra Europa, que sin dejar de ser uno de los participantes más activos y más abiertos en el sistema de intercambios internacionales no debe por ello perder sus esencias. Es por ello, por otra parte, por lo que en un mundo fuertemente turbado por el desorden monetario y por los movimientos erráticos de capital que éste engendra, constituye una prioridad la afirmación de la cohesión monetaria en los países europeos. Partiendo de un sistema monetario europeo debe surgir una verdadera unión monetaria en el seno de la cual circule una verdadera moneda europea. El día en que los europeos nos aprestemos a defender una moneda común, nacerá entre nosotros una nueva y pujante solidaridad.

Al recorrer este camino, los franceses deben saber adaptarse a paisajes nuevos y a nuevas competencias. Muchas de las decisiones que aún pertenecen a las autoridades nacionales se tomarán en el marco comunitario. Tal vez nuestro ámbito de soberanía resulte algo mermado. Pero sometiéndonos a las disciplinas comunes adquiriremos, por contra, derechos sobre espacios más vastos y será una tarea nuestra la de utilizarlos para invertir, para producir, para comerciar, en una palabra, para reforzar la presencia económica, industrial y financiera de Francia. Porque, no lo dudemos, es en el terreno comunitario, en el terreno europeo, donde se ganará o se perderá la batalla económica; es allí donde nuestro país podrá confirmarse por fin como una potencia moderna de primer orden.

Es cierto que vivimos en una era económica en la que un país que no consiga mantener su economía al nivel de la competencia mundial verá cómo se acumulan contra él todas las fuerzas de la regresión económica, pero también vivimos en un período y sobre un continente profundamente marcado por la obligación de que nosotros, europeos del Oeste, democracias, estamos forzados a consagrarnos a nuestra seguridad enormes recursos para hacer frente a la presencia y a veces a la coacción del sistema dominado por la Unión Soviética.

Esto último lo hemos hecho con eficacia suficiente para conseguir preservar la paz, y ahí está el gran éxito de la Alianza Atlántica, que no es sino una alianza entre Estados Unidos y Europa.

Sin embargo, debido a que la Unión Soviética ha adoptado hoy una nueva dirección más móvil, más audaz y quién sabe si por eso mismo, tal vez, más amenazadora, debido a que los Estados Unidos atraviesan grandes dificultades, la Alianza parece flotar y aparecen por doquier las divergencias. Este es el momento en el que Francia debe agrupar a sus aliados europeos y constituirse, como ya lo había deseado al principio de los años setenta, en un polo europeo de defensa y de seguridad en el seno de una Alianza Atlántica que ha querido mantenerse siempre firme y de volver así el equilibrio a las relaciones entre Europa y los Estados Unidos, dando a este gran país razones suficientes para mantener su compromiso en Euro-

pa. Veo ahí un papel de primer orden para nuestro país. Un papel que, sin duda, es el único que en Europa puede jugarlo.

Pero esta empresa exige también, por nuestra parte, una evolución en la manera de considerar nuestro propio problema de seguridad.

Hoy Francia posee una fuerza nuclear de disuasión cuyo constante perfeccionamiento constituye un elemento esencial de nuestra seguridad. Pero cuidemos de no caer en un nuevo complejo de línea Maginot y no nos encerremos en una estrategia que sea a fin de cuentas puramente nacional. Ahora que hemos edificado nuestras propias fuerzas, ahora que hemos adquirido nuestra propia personalidad de defensa, debemos abordar la nueva etapa, que no es otra que la organización del espacio estratégico común. Nuestro espacio estratégico ¿no es en realidad el espacio europeo? Es de la búsqueda de los instrumentos de una mayor solidaridad con nuestros aliados europeos, y en primer término con la RFA, de donde debemos partir. En otros términos, ¿somos lo suficientemente fuertes, lo suficientemente seguros de nosotros mismos para tomar la iniciativa en la puesta en marcha de una mayor solidaridad europea en materia de defensa? Estoy convencido de que nuestros aliados esperan de nosotros tal iniciativa que debe conjugar la audacia y el realismo.

No partimos de cero. Por una parte existe, entre Francia y la RFA, el tratado del Elíseo. Concluido por el general De Gaulle y el canciller Adenauer, en él se pusieron las bases de la cooperación en materia de defensa. Por otra parte, la organización de la Unión de Europa Occidental proporciona un marco útil para la cooperación entre europeos. Sin embargo, ni el Tratado del Elíseo, ni la UEO han sido aún utilizados en la plenitud de sus capacidades, a pesar de ciertos laudables esfuerzos recientes por parte francesa. Es necesario ir más lejos. Entre Francia y la RFA, en particular, podrían contraerse nuevos compromisos mutuos de cooperación. Soldando entre sí, como primera medida, las defensas de ambos países. Me parece que incluso podríamos llegar a contemplar órganos comunes permanentes. De esta forma tomaría cuerpo un "núcleo europeo duro" y, si otros miembros de la UEO se sumaran, surgiría al fin un pilar europeo de defensa que reforzaría la Alianza Atlántica en lugar de debilitarla.

Una vez que la dinámica de la unión económica y monetaria en el seno de la Comunidad esté irreversiblemente lanzada, una vez que la solidaridad de los europeos en materia de defensa esté asentada sobre estructuras y órganos comunes, el paso político deberá ser necesariamente franqueado. Llámese Unión, llámese Confederación, una organización política debe ligar entre sí a nuestras viejas naciones de la Europa occidental. Francia no perderá con ello ni su identidad ni su independencia. Por el contrario, por haber mostrado el camino, su papel y su influencia en Europa se habrán reafirmado.

Este es el destino que debemos asumir en Europa y en el que debemos mantenernos sin desviación. Las primeras etapas serán seguramente las más difíciles, porque son las que han de soportar las mutaciones más valientes. Pero al menos, si las recorremos sin desfallecer, pondremos a nuestro país en condiciones de abordar el siglo XXI con confianza y opti-

mismo y sin temer que se encuentre, tras tantos siglos de gloria y autoridad, entre los perdedores de la Historia.

La solidaridad internacional

El destino de nuestro país no puede reducirse a conseguir una Francia fuerte en una Europa unida, por esencial que este objetivo sea. Por dos razones. La primera de ellas es que como potencia política, como potencia nuclear y como miembro permanente del Consejo de Seguridad le incumben responsabilidades de carácter general. Francia no puede rehuirlas replegándose a actitudes únicamente regionales, tiene el deber de influir, tanto como pueda, sobre los grandes equilibrios mundiales.

En primer lugar al servicio de la solidaridad internacional.

Solidaridad, he ahí una palabra que con frecuencia se ha lanzado al viento. En particular ha formado parte del pensamiento socialista. Pero también ha sido barrida por ese viento. Es necesario tratar de darle un sentido concreto a la solidaridad y no hacer, bajo su cobertura, cosas sin sentido.

La segunda de aquellas razones es que precisamente esos grandes equilibrios mundiales se encuentran más que nunca sometidos a presiones que, si no son contenidas y controladas, corren el peligro de engendrar riesgos catastróficos. Explosión demográfica, escalada de la miseria en poblaciones enteras, polución y ¿cómo no citar a Chernobil?, endeudamiento vertiginoso y, por supuesto, la ruptura siempre posible del frágil equilibrio sobre el que, desde hace más de cuarenta años, reposa la paz mundial. Para hacer frente a esos desafíos el lugar de Francia no puede ser otro ¿cómo dudarlo? que el de la vanguardia.

La solidaridad consiste en primer término en la fidelidad a nuestros amigos tradicionales, a aquellos que se vuelven naturalmente hacia nosotros cuando tienen necesidad. Pienso en primer término en África, en el África francófona y también en el África magrebí. Oigo decir a veces que nuestra ayuda se concentra excesivamente sobre estos países y que convendría expandirla. Pero no olvidemos que a todas las razones históricas, afectivas y políticas de dar un trato privilegiado a esa zona se agrega el argumento mayor de que África, sobre todo al sur del Sahara, es el continente más pobre. Desde el momento en que nuestros mejores amigos son también los más pobres ¿cómo no habrían de ser los primeros en recibir nuestra ayuda? La gran familia africana cuenta con Francia. No debemos decepcionarla.

En segundo término, la solidaridad consiste en una acción política y económica que apunte a resolver determinadas situaciones que son particularmente agudas en el seno del Tercer Mundo. Pienso fundamentalmente en la deuda de los países de muy débiles recursos. Pienso también en el desfondamiento de la cooperación en los productos básicos. Francia no debe cruzarse de brazos frente a esas situaciones a veces dramáticas, y en ello será también tanto más fiel a su vocación cuanto más interceda,

en las organizaciones internacionales, para que sean buscadas soluciones concertadas y eficaces.

El servicio de la paz

Y por último, evidentemente, necesitamos ocupar la vanguardia al servicio de la paz. He aquí de nuevo otra palabra que con frecuencia se vacila en pronunciar por lo mucho que ha sido mal empleada, por las muchas políticas ambiciosas, léase egoístas, que apoyándose en efectos de propaganda han jugado con los nervios de los pueblos. Pero ¿por qué dejar a los otros ese monopolio? Por el contrario, ¿por qué no ha de intentar Francia dotar a la búsqueda de la paz de un contenido tan claro como sea posible?

Por mi parte, pienso que en el periodo actual dicha búsqueda puede ordenarse alrededor de tres grandes objetivos.

En primer lugar un objetivo de justicia. Los escépticos sonreirán, tal vez, en nombre de la “realpolitik”. Pero la “realpolitik” tiene sus límites. Aunque a veces tenga que aceptarlos, Francia sabe también sustraerse a ellos, y hoy sabemos bien dónde están las injusticias. Es injusto que Afganistán sea ocupado por la Unión Soviética, injusto que Camboya se encuentre bajo la férula del Vietnam, injusto que el Chad sea agredido por Libia, injusto que los negros de África del Sur estén aún sometidos al **apartheid**, injusto que la ausencia de regulación del conflicto árabe-israelí no permita garantizar la seguridad y los intereses legítimos de los contendientes y gravite con todo su peso sobre la suerte del pueblo palestino, injusto que el Líbano sea permanentemente un campo cerrado en el que se enfrentan ambiciones exteriores. La corrección de estas injusticias no puede ser sólo tarea de Francia. Pero es su deber atraer sin cesar la atención de la comunidad internacional sobre esos focos de injusticia.

Un segundo objetivo es propio de nuestro continente. Europa está dividida, y lo está por razones que no se derivan de la voluntad del pueblo. Debe estar claro que no podemos encontrar satisfacción en, esa división ni en la negativa permanente a permitir a esos pueblos vivir una vida más libre y a los hombres y mujeres de esos países gozar de sus derechos. No se trata aquí ni de una cruzada ni de una reconquista. Pero me gustaría que, frente a esa otra Europa, Francia practicase una política más activa de contacto, de presencia, de intercambios, que testimonie su voluntad de remontar esa división. El ejemplo de “Solidaridad”, en Polonia, es un testimonio de la vigencia de las aspiraciones de esos pueblos que son una parte de nuestra familia europea. Lo cual vale también, por supuesto, para el pueblo alemán, dividido, y al que nosotros, los franceses, por razón de nuestros vínculos privilegiados con ellos, debemos apoyar en su derecho a la reunificación en libertad y en condiciones generales de seguridad.

Seguridad, he aquí el tercer objetivo. Ciertamente depende en gran parte de la capacidad que manifiesten los Estados Unidos y la Unión Soviética para encontrar las vías de un acuerdo. Pero no todo depende ni

debe depender de ellos solos. Reikjavik nos ha mostrado, por si era necesario, la ausencia de Europa. La tarea de Francia consiste en contribuir a la transformación de esa ausencia en presencia para que no se vea nunca más como ahora a los europeos mudos, para que sepan definir conjuntamente sus propios intereses, para que los defiendan conjuntamente y para que, a lo largo de las negociaciones sobre reducción de armamento, sean respetados los equilibrios indispensables a su seguridad.

En materia de desarme, Francia goza de una larga tradición, y jamás se la ha podido acusar de implorar por un sobre armamento. Pero nuestra seguridad, la de Francia y la de los europeos, no se define sólo por el equilibrio entre las dos superpotencias. Si bien es esta una condición necesaria, no es una condición suficiente. Nuestra Europa occidental no podrá sentirse segura más que si el proceso de limitación y de reducción de armamentos nivela también y sobre todo el formidable escalón que existe entre el potencial situado sobre su territorio y aquel de que continuará disponiendo la Unión Soviética, porque nuestra seguridad no puede reposar sólo sobre la buena voluntad de esta última. Para que Europa entera llegue a ser un día esa mansión común de la que tan gustosamente habla el señor Gorbachov es preciso que Moscú lo comprenda. Por consiguiente, ese es el sentido del verdadero y necesario diálogo que hay que establecer con la URSS.

Las fuerzas nucleares los europeos y los próximos acuerdos de desarme

Melvyn Krauss

Al ofrecer disociar las negociaciones sobre misiles nucleares de alcance intermedio en Europa de otras cuestiones de la agenda de control de armamentos (incluida la iniciativa de defensa estratégica), el líder soviético. Mijail Gorbachov ha demostrado poseer una consumada habilidad para explotar la actual debilidad política de los EEUU en provecho de los soviéticos.

El señor Gorbachov sabe que un acuerdo de control de armamentos – especialmente la llamada opción cero, que eliminaría todos los misiles nucleares soviéticos y americanos de alcance intermedio en Europa– sería para el presidente Reagan, que se encuentra sitiado por un escándalo interno y que está cada vez más preocupado por su sitio en la Historia, algo tentador. El señor Gorbachov también sabe que la opción cero favorece muchísimo los intereses estratégicos soviéticos por la sustantiva ventaja que tienen en Europa en cuanto a armas convencionales, químicas y misiles de corto alcance. Sin duda, si se consumara la opción cero sin acuerdos complementarios, ésta incrementaría la habilidad de los soviéticos para intimidar a los aliados de América en Europa occidental, conduciría a su subsiguiente “finlandización”, desengancharía a Europa de América y, por último, mermaría la firmeza de los EEUU hacia la URSS al tener que ocuparse de restaurar al mismo tiempo la unidad transatlántica con una Europa debilitada. Incluso aquellos que como yo favorecemos la retirada de los EEUU de la defensa de Europa, no queremos verla llevada a cabo de esta manera.

Melvyn Krauss es profesor de Economía de la Universidad de Nueva York y miembro de número de la Institución Hoover. Su libro más reciente es *How NATO weakens the West* (Simon & Shuster, 1986).

El problema real

El verdadero problema en la situación presente que se le plantea a los intereses de la seguridad occidental no está en los misiles de los EEUU en Europa, sino en las tropas de los EEUU.

¿Cómo puede justificarse que cuarenta años después de la segunda guerra mundial todavía permanezcan las tropas de los EEUU en Europa?

La intención original de estas tropas era, por supuesto, la de apaciguar las inquietudes europeas y disuadir a un potencial agresor. Pero, según el ex presidente Dwight D. Eisenhower, primer comandante supremo de las Fuerzas Aliadas en Europa (SACEUR), las tropas de los EEUU debían permanecer en Europa sólo por un periodo de tiempo limitado. Cuando se recuperaran las economías de los aliados europeos estaba previsto que las fuerzas americanas volvieran a casa.

“Cuando volví a Europa en 1951 para mandar las fuerzas de la OTAN”, escribía el presidente Eisenhower en 1963, “los Estados Unidos acordaron aportar el equivalente a seis Divisiones de Infantería, que debían ser consideradas como un refuerzo de emergencia de Europa, mientras nuestros aliados, gravemente dañados, reconstruían sus economías y capacidades para apoyar a la defensa. Hoy, doce años después, esas fuerzas, parcialmente reforzadas, todavía están ahí”¹.

Hoy, en 1987, cerca de treinta y seis años después de que el presidente Eisenhower asumiera su mando OTAN, más de 340.000 soldados de los EEUU permanecen en Europa, a pesar del hecho de que el importe del Producto Nacional Bruto europeo iguala ya al de los EEUU. El coste de estas tropas para el contribuyente americano es enorme. Se estima que el Gobierno de los EEUU gasta actualmente entre 130 y 160.000 millones de dólares al año para mantener la OTAN². Si los EEUU se retiraran de Europa, una parte significativa de este dinero podría ahorrarse y podría ser utilizada para otros fines. Por ejemplo, como resultado del ahorro derivado de la retirada de las tropas de los EEUU, los impuestos podrían ser reducidos, o el déficit del Presupuesto Federal podría ser disminuido, o un sistema antimisil, como la IDE, podría ser financiado.

Estos ahorros, claro está, serían temerarios si se pudiera probar que de lo invertido por los EEUU en la OTAN se derivan suficientes beneficios; esto es, si pudiera demostrarse que los beneficios rentados por la OTAN son superiores a su coste. Lo que argumentan en los EEUU los partidarios de la OTAN es que el más importante beneficio producido por las tropas americanas en Europa es el de que juntos han mantenido la paz en el continente europeo durante cerca de cuarenta años; un argumento dudoso, que contiene el elemental error de confundir correlación con causalidad. Verdad es que ha habido paz en Europa durante cuarenta años. Es igualmente verdad que las tropas de los EEUU han estado en Europa occidental durante casi el mismo periodo de tiempo. Pero no porque un acontecimiento esté correlacionado con el otro puede deducirse una relación causal entre los dos.

Por ejemplo, el presidente Eisenhower escribió en 1963: "Creo que ha llegado el momento en el que debiéramos comenzar a retirar algunas de las tropas de los EEUU... Una sola División americana en Europa puede hacer "acto de presencia" tan decisivamente como puedan hacerlo varias"³. ¿Pretenden realmente los defensores americanos de la OTAN alegar que si los EEUU hubieran seguido el consejo de este preeminente experto en OTAN y se hubieran retirado las cinco Divisiones de Infantería de Europa hubiera estallado la guerra en el continente europeo?

Los OTANófilos también aseguran que la Alianza ha reforzado a nuestros aliados europeos. La verdad, no obstante, es la opuesta: al proveer a Europa con una garantía defensiva (simbolizada por las tropas en Europa) los EEUU han hurtado a sus aliados el incentivo para defenderse. En 1983, por ejemplo, los EEUU emplearon el 6,6 por 100 de su Producto Nacional Bruto en Defensa, mientras que el resto de la OTAN sólo gastó el 3,6 por 100 de su PNB.

Que la OTAN acabaría por debilitar las defensas de Europa fue algo que vieron claro tanto el presidente americano Eisenhower como el presidente francés Charles de Gaulle. El presidente Eisenhower escribió: "A no ser que tomemos parte en una acción disuasoria, el estacionamiento permanente de tropas en el extranjero seguirá acentuando el problema de nuestra balanza de pagos y, más importante aún, frenará o desanimará el desarrollo de la fuerza militar necesaria de la que debieran autodotarse los países de Europa occidental"⁴. En octubre de 1949, seis meses después de que se firmara el Tratado de la OTAN, Charles de Gaulle dijo: "Francia debe depender, en primer lugar, de ella misma, independiente de la ayuda exterior", y la OTAN "nos quita la iniciativa para construir nuestra propia defensa nacional"⁵.

Por consiguiente, no debiera sorprendernos que de todos nuestros aliados de Europa occidental, Francia, que es el que menos depende de los EEUU para su defensa, sea el menos condescendiente hacia la Unión Soviética; mientras Alemania occidental, que es el que más depende de los EE UUJ para defenderse, sea el más condescendiente.

La OTAN no sólo ha creado aliados débiles, cuando se suponía que los debiera crear fuertes, sino que, en gran medida, es responsable de que el mundo viva sobre el precipicio nuclear. Sintiéndose seguros con la garantía nuclear de los EEUU, los europeos desatendieron el rearme de su defensa convencional a la par que se recuperaban sus economías de la devastación de la segunda guerra mundial. Al mismo tiempo, la Unión Soviética rearmó sus fuerzas convencionales, hasta el punto de que en la actualidad disfruta de una ventaja de 3 a 1 en tanques, de 5 a 1 en vehículos de combate de la Infantería, de 5 a 1 en artillería, una situación mejor que la prioridad en aviones de combate, un monopolio en lo que al control de fuego automatizado de contacto se refiere, una ventaja de 1,5 a 1 en hombres, una ventaja enorme en armas químicas y un monopolio de hecho en misiles balísticos de alcance entre 50 y 500 millas.

Sin duda, dado el presente desequilibrio de fuerzas convencionales, que tan acentuadamente favorece a la Unión Soviética, si Moscú lanzara

un ataque convencional contra Europa occidental, según el anterior comandante supremo de la OTAN, Bernard Rogers, la OTAN podría luchar durante “días, no semanas” antes de afrontar la decisión final de rendirse o lanzar el primer ataque nuclear. Esto es lo que se ha dado en llamar el problema del bajo umbral nuclear. La única manera en que podría aumentarse el umbral nuclear sería la de que Europa gastase más en fuerzas convencionales, pero Europa se resiste a hacerlo mientras que permanezcan en suelo europeo las fuerzas de los EEUU; o sea, mientras dure el símbolo de la garantía defensiva de los EEUU.

El bajo umbral nuclear desmiente la frecuentemente oída afirmación de los partidarios de la OTAN de que las tropas de los EEUU en Europa procuran a América una “defensa avanzada”. El argumento de la “defensa avanzada” (que en caso extremo equivale a intentar quedarse con todas las bazas en juego) supone que en el caso de un ataque convencional del Pacto de Varsovia es mejor para los EEUU que la lucha tenga lugar en suelo europeo que en suelo americano. “La defensa avanzada”, en cualquier caso, es un mito. A la vista del desequilibrio en fuerzas convencionales, un choque prolongado de esta especie no es muy verosímil, pues empezada la lucha convencional, ésta escalaría rápidamente a las armas nucleares. La triste verdad es que gracias a la OTAN, Occidente posee poca, si alguna, disuasión convencional en Europa.

¿Qué disuasión existe, entonces, para prevenir una invasión soviética? La pieza clave de la OTAN, por supuesto, ha sido el paraguas nuclear de los EEUU. Pero al haberse acercado la Unión Soviética (y quizá haber sobrepasado) a la paridad nuclear con los EEUU, la credibilidad de la garantía nuclear americana se ha puesto en duda. ¿Serviría la destrucción de las tropas americanas por las tropas invasoras soviéticas como mecha para desencadenar un ataque nuclear americano contra Moscú? “Enfáticamente, no”, dice Angelo Codevilla, de la Institución Hoover, de la Universidad de Stanford. Según el Dr. Codevilla, la destrucción de las fuerzas de los EEUU en Europa destrozaría muchos corazones, pero no prendería ninguna mecha⁶. Irving Kristol está de acuerdo: “El paraguas nuclear americano es, hoy en día, noventa y nueve por ciento un farol”⁷.

En suma, las tropas americanas en Europa actualmente prometen a los europeos algo que los EEUU no tienen ninguna intención de dar. Pero las tropas sí desempeñan una importante función como símbolo político: le dan a los políticos europeos la excusa que buscan para justificar su poca disposición a reducir sus beneficios sociales y gastar más en Defensa. Mientras tanto, estos líderes brindan favores políticos y económicos a los soviéticos para ofrecerle a Moscú un interés creado en preservar el “status quo” en Europa. No debiéramos engañarnos, como lo hacen los partidarios de la OTAN, pensando que la disuasión nuclear ha preservado la paz en Europa durante estas dos últimas décadas. Paz ha habido, pero los europeos la han comprado con subvenciones que enriquecen al enemigo.

Las tropas americanas en Europa no sólo han creado aliados débiles, más aptos para apaciguar que para hacer frente al enemigo, sino que han avivado las llamas del fervor antiamericano en el extranjero. Esto es par-

ticularmente cierto en la República Federal de Alemania. Mientras que algunos germano-occidentales ven las tropas de los EEUU como protectores, otros, todavía traumatizados por su derrota en la segunda guerra mundial, ven las tropas como un permanente ejército de ocupación. "Los americanos hicieron mucho por Alemania", escribe el general francés Etienne Copel, "pero eso no cambia el que muchos alemanes perciban la presencia americana allí como una especie de ocupación. No han olvidado que fueron derrotados en 1945"⁸.

El argumento del general Copel es refrendado por el renombrado psicoanalista Bruno Bettelheim. Según el Dr. Bettelheim, las tropas americanas en Alemania recuerdan diariamente a los alemanes que ahora deben depender para su protección de las mismas fuerzas que los derrotaron en la primera y segunda guerra mundial. Cualquiera que sea la justificación racional de su presencia en la República Federal, a nivel emocional, muchos alemanes ven las tropas de los EEUU como un permanente ejército de ocupación que los convierte en un socio de segunda clase en la Alemania atlántica. En vez de hacerles sentirse (a los alemanes) parte del "equipo occidental" que se opone al imperialismo soviético, las tropas americanas les hacen desentenderse y estar resentidos.

Si las tropas americanas en Europa hacen un mal servicio a los intereses de los EEUU, ¿por qué, entonces, hay resistencia en los EEUU frente a las peticiones de retirarlas? Quizá por la asociación existente en la mente del público americano entre retirada de tropas y aislacionismo. Pero esta asociación es claramente errónea. Los aislacionistas afirman tradicionalmente que América no necesita aliados. No obstante, los abogados de una retirada de tropas americanas de Europa, como pueden ser Tom Bethell, Angelo Codevilla, Gregory Fossedal, Irving Kristol y yo mismo, reconocemos que los EEUU necesitan aliados fuertes y estamos preocupados con que la OTAN ha hecho débiles a nuestros aliados. Irónicamente, el sacar las tropas de Europa no es un argumento aislacionista, es un argumento internacionalista.

Una explicación más verosímil de la resistencia á la retirada es la de que simplemente los europeos están apasionadamente contra ella. El Departamento de Estado, por ejemplo, intenta complacer tradicionalmente a los aliados de los EEUU, incluso cuando esta actitud es menos que apropiada. Para justificar su complaciente conducta, los funcionarios del Departamento de Estado aducen que una retirada de tropas americanas produciría una separación o "desenganche" entre Europa y América –que es, según nos dicen, precisamente lo que quieren los soviéticos-. Es desde luego asombroso ver cuántos expertos en política exterior suscriben este punto de vista, a pesar del hecho de que hay muy poca evidencia que lo sustente. Los soviéticos no han realizado apostar ningún esfuerzo para sacar a las tropas americanas de Europa comparable, por ejemplo, al esfuerzo que han realizado para lograr la retirada de los misiles Pershing del continente o para cortocircuitar la Iniciativa de Defensa Estratégica del presidente Reagan. Esto no debiera sorprendernos. El eslabón de la OTAN

que une los EEUU con Europa ha funcionado, en gran medida, en provecho de los soviéticos.

“Nadie puede leer la literatura que circula entre Moscú y sus amigos europeos”, escribe Angelo Codevilla, “sin tener la impresión de que el primer objetivo soviético en Europa es el de convencer a los europeos para que usen su influencia en moldear la política de los EEUU. Sin duda, desde finales de los años sesenta, los europeos han sido el más destacado grupo de presión a la hora de convencer a los EEUU para que no se defiendan seriamente. Ya sea en el caso de que los americanos estén intentando decidir si construyen o no la bomba de neutrones, ya sea para confiar en misiles o tratados, ya sea para hacer frente a la conquista soviética de algún rincón del mundo, ya sea para construir un sistema de defensa antimisil, podemos contar con que “los europeos” harán sentir su peso en este proceso político con el siguiente mensaje: si hacéis esta cosa que estúpidamente creéis que aumentará vuestra fuerza y seguridad, nos “perderéis”. A nadie que lea literatura comunista puede escapársele que el mensaje principal de la Unión Soviética a sus seguidores en Europa no es el de “desenganchar” a los EEUU de la OTAN, sino el de usar ese enganche en provecho soviético”⁹

Adam B. Ulam, de la Universidad de Harvard, da crédito al argumento de Codevilla: “Aunque los soviéticos quieran fomentar las tensiones entre Europa occidental y los EEUU”, escribe Ulam, “puede que no quieran ver a los EEUU retirar, o reducir en gran medida, sus fuerzas de tierra en Europa. Un “shock” de esta especie podría hacer ver a los líderes de Europa occidental que no tienen otra opción que la de unirse políticamente. O podría hacer a Alemania occidental reconsiderar su decisión de no adquirir armas nucleares. En suma, la actual situación de incomodidad en las relaciones entre los EEUU y Europa occidental ofrece ciertos beneficios a la URSS. Los aliados europeos de América actúan normalmente como influencia moderadora sobre las actitudes e iniciativas antisoviéticas de Washington”¹⁰.

Finalmente, también nos llega la resistencia a la retirada de las tropas de los EEUU de conservadores como Norman Podhoretz, editor de la *Commentary Magazine*, Midge Dector, Steven Munsen y Alvin Bernstein, quienes temen que Europa se desmoronaría si América sacara sus tropas – como si la única cosa que separara a Europa de la total finlandización fuera el simbolismo político que representan las tropas americanas-. La asunción implícita en este razonamiento es la de que los valores de Europa se han deteriorado tanto que no podría –o no querría– mantenerse firme y hacer frente a los soviéticos. No obstante, la realidad no sustenta este punto de vista: los valores europeos parecen estar tan sanos hoy día como los valores de los EEUU.

Por ejemplo, el reciente y acentuado declive de la influencia y popularidad del Partido Comunista en varios países de Europa occidental – Francia e Italia, en particular–, evidencia que los valores occidentales en Europa se han fortalecido, no se han debilitado. La derrota, con medios legales, del terrorismo interior en Italia y Alemania occidental ha puesto

de manifiesto que los valores occidentales de proceso debido y democracia están vivos y fuertes en estos días. Los británicos demostraron que sus valores representaban para ellos más de lo que muchos hubieran esperado cuando, en 1982, libraron una guerra con Argentina para recuperar las islas Malvinas. Con esta acción los británicos mostraron que estaban dispuestos a luchar y morir por conservar unas Malvinas británicas. ¿Es que se atreverían a hacer menos por Gran Bretaña?

A diferencia de los presidentes Eisenhower y De Gaulle, los medios conservadores cercanos a *Commentary* no logran apreciar el papel que desempeñan los incentivos en política exterior. La OTAN ha dado a nuestros aliados un fuerte incentivo para ser débiles y han respondido en consecuencia. Cambiemos los incentivos y la conducta europea seguramente cambiará con ellos.

Con todas sus lamentaciones sobre la falta de decisión americana y el expansionismo del poder soviético, los conservadores del *Commentary* caen en la trampa soviética por su aparente voluntad de conceder mucha influencia política en la Alianza Atlántica a fuerzas que sirven a los intereses de la URSS. El mito de que Europa se desmoronaría si los EEUU retiraran sus tropas es una poderosa palanca que los europeos –y sus portavoces en los EEUU– usan para moldear la política exterior y militar de los EEUU. Porque las tropas en Europa son el símbolo que conserva vivas a la OTAN y a la doctrina de unidad aliada, una doctrina que los soviéticos pueden usar, y de hecho usan, para influenciar la política exterior americana en su propio provecho. Si la OTAN y la unidad aliada no existieran, un importante acceso para influenciar la política americana se cerraría a los soviéticos.

Dejemos a Europa negociar con Gorbachov¹¹

En vez de quitar los misiles Pershing, la Administración Reagan debiera simplemente dejarlos en Europa *bajo control europeo*. Occidente cosecharía al menos cuatro importantes ventajas de la entrega de los misiles nucleares a Europa.

Primero, es mucho menos verosímil que Europa, en el lugar de los Estados Unidos, negocie la retirada de los Pershing. Los europeos saben que, una vez desaparecidos los Pershing, tendrían que hacer sustanciosas inversiones en armas convencionales para estar seguros. Ellos, y no los Estados Unidos, tendrían que soportar los costes de un rearme convencional. En otras palabras, si quiere conservar los misiles en Europa, los Estados Unidos deben pagar el precio de ceder su control a los europeos.

Segundo, los europeos podrían conseguir un mejor acuerdo sobre misiles con los soviéticos que los Estados Unidos. Según el historiador de Harvard Adam Ulam, “la pesadilla soviética es que Europa occidental se una y se rearme vigorosamente, dejando así a la Unión Soviética frente a dos superpotencias en vez de una sola”. Los soviéticos estarían incluso más impacientes –y deseosos de pagar más, en términos de concesiones– por

librarse de los Pershing y los misiles de crucero si fueran los europeos quienes los controlan en vez de los Estados Unidos.

Tercero, al dejar los misiles nucleares a Europa haríamos a los aliados europeos de América más fuertes, minando así el neutralismo y pacifismo europeos. Debido al control americano sobre los misiles nucleares encalvados en suelo europeo –lo que afecta profundamente al destino de Europa–, los europeos se han visto forzados a sentirse menos como actores y más como espectadores en el enfrentamiento Este-Oeste. El neutralismo se alimenta de este tipo de sentimientos de “desenganche”. Peter Bender, un columnista político y neutralista germano-occidental, cifra la razón del crecimiento del neutralismo `alemán en un “sentimiento que tiene nuestro país de haberse, convertido en el campo de entrenamiento para una batalla en la que los alemanes tienen cada vez menos que ver”.

Abundando, la incapacidad europea de controlar las armas nucleares sobre su suelo le ha conducido a una hostilidad innecesaria hacia estas armas en general y hacia Estados Unidos en particular. Esto ha demostrado ser un lugar común de los movimientos pacifistas europeos. El mensaje es claro: Si los Estados Unidos quieren que los europeos se comporten como aliados responsables, deben darles responsabilidad en particular, en lo que respecta a las negociaciones sobre armas nucleares y convencionales en sus propios países.

Finalmente, al entregar los misiles de alcance intermedio a Europa se aliviarían tensiones en la Alianza occidental. En lo que a Europa se refiere, la posición americana es que se la maldice, tanto si hace como si no hace. Si los Estados Unidos consiguieran un acuerdo sobre la opción cero con los soviéticos, Europa sin duda gritaría “¡abandono!”; si los Estados Unidos no logran el acuerdo, la opinión pública europea tildará a los americanos de “belicistas”. El señor Gorbachov sabe esto y lo explota.

Por otro lado, los Estados Unidos no podrían ser acusados de abandonar a Europa si Europa misma fuera quién negocia una retirada de los misiles. Ni podría acusarse a los Estados Unidos de ser belicista, si Europa deseara quedarse con los misiles.

Aunque la propuesta de entregar los Pershing y misiles de crucero a los europeos es una idea nueva, la necesidad de conceder a los europeos un mayor protagonismo en la disponibilidad de las armas nucleares de los Estados Unidos ya situadas en suelo europeo ha sido apuntada por excelentes expertos en política exterior. Por ejemplo, en la revista *Time*, en abril de 1984, Henry Kissinger argumentaba que “Europa debería asumir las negociaciones de desarme sobre armas estacionadas en suelo europeo¹²”. (Las negociaciones INF son llevadas actualmente por americanos.) El Plan del señor Kissinger pretende que; el equipo negociador sea presidido por un europeo, con un presidente adjunto americano y una Delegación mixta, predominantemente europea.

La fuerza del Plan Kissinger consiste en que, al ser los europeos los que negocian con los soviéticos, es menos probable que se acuerde la retirada de los Pershing. Y, obviamente, desaparecerían las tensiones en el seno de la Alianza. Su punto débil, no obstante, sería que dejaría el con-

trol de los misiles que permanecieran en Europa en manos de los Estados Unidos. En definitiva, los serios problemas de “desenganche” europeo, neutralismo y pacifismo, que están asociados con la localización de armamento nuclear extranjero sobre suelo europeo, aún permanecerían, aunque quizá de una manera menos acentuada.

Sin embargo, los escépticos pueden aún pensar: ¿Pueden los Estados Unidos entregar armas nucleares a Alemania occidental? Esta es una pregunta sumamente importante, ya que un número sustancial de los Pershing existentes en Europa están localizados en Alemania occidental.

Cuarenta años después del final de la segunda guerra mundial, el período de rehabilitación de Alemania occidental ha llegado a su fin. Por supuesto que los Estados Unidos no pueden obligar a los europeos a compartir este punto de vista, pero pueden apuntar que América está dispuesta ya a tratar a Alemania como un miembro más de la Alianza, ofreciéndole misiles. Incluso el anterior presidente francés Giscard d'Estaing reconoce que Alemania, según sus propias palabras, “es un blanco sin escudo”. Escribe que: “No podemos permitir que Alemania mantenga esta posición durante mucho tiempo más o su apoyo a la Alianza occidental se destruirá¹³.”

El desaparecido y distinguido filósofo francés Raymond Aron coincidía en esto. Escribió en 1966: “Si la posesión de las armas nucleares tiene todo el valor que le atribuye el general De Gaulle, ¿por qué tienen que aceptar los alemanes el permanecer indefinidamente como nación inferior y desprovista de las mismas?... Francia está en el proceso de adoptar, con respecto a la República Federal de Alemania, una actitud similar a la que adoptaron los Estados Unidos y el Reino Unido con relación a Francia hace diez años (en 1956). Estamos condenando a la República Federal a una discriminación permanente¹⁴. ”

Los europeos pueden o no aceptar el liderazgo americano en esta materia; este es un asunto que deben decidirlo ellos, no los Estados Unidos. América, por su parte, debería ofrecer los misiles a las naciones-Estados donde actualmente están desplegados. Si los europeos quieren un acuerdo alternativo, los Estados Unidos deberán estar preparados para acomodarse a ellos.

Por ejemplo, puede que los europeos opten por una solución regional y decidan reavivar la moribunda Unión Europea Occidental, conocida como la UEO, como una alternativa al control por las naciones-Estados. La UEO se compone de Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia y los países del Benelux. A diferencia de la Comunidad Económica Europea, la UEO excluye a los que deben ser excluidos (Dinamarca y Grecia), y es totalmente independiente de la OTAN. Por otra parte, Alemania podría suscribir un acuerdo separado con Francia, o uno conjunto con Francia y Gran Bretaña.

¿Puede una defensa europea funcionar?

Dada la actual sensación, generalizada tanto dentro como fuera de la República Federal, de que una Alemania nuclear sería demasiado prematuro, la decisión Estados Unidos-Europa de colocar los Pershing bajo control europeo conduciría indudablemente a alguna forma de acuerdo regional europeo para acoger los misiles. El "desenganche" implícito en la opción cero ha sorprendido a muchos expertos, al fomentar un aumento de la cooperación militar entre las potencias europeas. Según un artículo del *The Wall Street Journal*, por ejemplo, "los temores acerca de la seguridad común, después de la "cumbre" Reagan-Gorbachov en Islandia, han impulsado a Alemania occidental, Gran Bretaña y Francia a un acuerdo sin precedentes para coordinar sus políticas en desarme nuclear... Bajo esta coordinación de esfuerzos de Bonn, Londres y París subyace el propósito de hablar con una sola voz con las superpotencias en las discusiones de control de armamentos".

The New York Times informa que la primer ministro Margaret Thatcher se ha acercado a sus socios europeos a resultas de Reykjavik e Irán: "La habilidad del presidente Reagan para manejar los asuntos de política exterior y lo duradero de los compromisos americanos – especialmente notable en el período posterior a la "cumbre" de Islandia– parecen tener mucho que ver con las prisas por reforzar el papel de Gran Bretaña en Europa... El temor común de que Washington pueda sentirse tentado de negociar el desmantelamiento de su capacidad disuasoria deja a Gran Bretaña y a Francia, las dos naciones de Europa occidental con armamento nuclear, con la sensación de tener intereses comunes de seguridad nacional."

Un paso concreto para aumentar la cooperación militar en Europa, como consecuencia de la opción cero, ha sido la Brigada Conjunta de tropas francesas y alemanas anunciada por los ministros de Francia y Alemania en julio de 1987. La Brigada Con-junta de 3.000 hombres será mandada por un general francés y se mantendrá fuera del Mando militar integrado de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Tanto Manfred Woerner, ministro de Defensa de Alemania occidental, como su homólogo francés, André Giraud, dijeron que la nueva Brigada Conjunta sería una eficaz fuerza militar para la defensa de Europa occidental. "Tendrá una misión esencial que todavía tenemos que definir", dijo el señor Woerner. "En el caso de una crisis combatirá junto con otras fuerzas europeas y atlánticas, pero no formará parte del Mando aliado de la OTAN¹⁵".

Aunque la Brigada Conjunta franco-alemana estaba proyectada desde hace tiempo, es dudoso que hubiera recibido la aprobación de los líderes políticos de ambos países de no haber existido los temores europeos de una retirada de los Estados Unidos de la defensa de Europa.

"Hay una preocupación cada vez mayor en, Francia conforme nos acercamos a una desnuclearización total de Europa –dice el anterior ministro de Relaciones Exteriores francés Jean-François Poncet–. Cuando ello suceda, puede que también se marchen las tropas americanas."

The Wall Street Journal afirma que "los temores europeos han traído nueva perentoriedad a la renovación de los lazos pacíficos franco-alemanes que comenzaron formalmente hace una década. Expertos de ambos lados de la frontera dicen que las relaciones entre París y Bonn son ahora las mejores desde la guerra, y que la cooperación europea, en defensa y otras materias, ha dejado de ser un sueño. Esta vez, con las dos naciones unidas por sus temores compartidos de seguridad, el acercamiento debiera durar¹⁶."

Pero ¿durará? Aunque no cabe duda de que la opción cero ha impulsado a las potencias europeas a una cooperación militar más estrecha, no está claro que esta cooperación pueda sostenerse mientras las tropas americanas permanezcan en Europa porque las tropas tenderán a consolar a los europeos cuando lo que necesitan, para crear una entidad autónoma de defensa, es ser provocados.

Zbigniew Brezinski, consejero nacional de Seguridad del presidente Carter, lo entiende así, y aduce que las tropas americanas en Europa constituyen un serio obstáculo para la aparición de una entidad autónoma europea de defensa, que él favorece. "Europa debe ser empujada si queremos que se mueva en la dirección de una mayor cooperación militar", dice el anterior consejero nacional de Seguridad. "Si la dejamos tal y como está, el hedonismo cultural europeo y la autocomplacencia política se asegurarán de que no se haga mucho. Incluso el modesto compromiso de la OTAN, en 1978, de perseguir un incremento anual del 3 por 100 en los gastos militares no fue cumplido por la mayoría de los Estados europeos. América debería, por tanto, iniciar un proceso, a largo plazo, para alterar gradualmente la naturaleza de su presencia militar en Europa, a la vez que hiciera comprender a los europeos que el cambio no es un acto de rabia o una amenaza, sino más bien el producto de una estrategia deliberada diseñada para promocionar la unidad europea y su restauración histórica¹⁷."

Sin lugar a dudas, Brezinski no se equivoca cuando dice que sin el catalizador de una retirada de tropas americanas la cooperación militar europea seguramente permanecerá, pero entrará a formar parte de una larga lista de "esfuerzos de cooperación" europeos que no aciertan a materializarse. La realidad de Europa, después de todo, es la división, no la unidad: los pueblos europeos están divididos por diferentes culturas, diferentes lenguas, diferentes religiones y diferentes intereses económicos. Es más, los antagonismos históricos han separado a un país del otro. Sólo un ignorante negaría la disonancia y discordia que han existido en el pasado entre los europeos y que sin duda continuarán existiendo también en el futuro.

¿Puede, entonces, decirse que las naciones de Europa están tan irremediablemente divididas que no pueden hacer causa común entre ellas bajo ninguna circunstancia? ¡Claro que no! Los que predicen las lecciones de la historia debieran recordar que la desconfianza mutua entre Francia y Gran Bretaña no impidió que las dos naciones unieran sus fuerzas para derrotar al Káiser en la primera guerra mundial y a Hitler en la segunda guerra mundial. Ni tampoco los mutuos antago-

nismos nacionales impidieron a los alemanes y a los rusos unir sus fuerzas para derrotar a Napoleón, etcétera. Aisladamente, las diferencias nacionales y los antagonismos tradicionales son malos factores para predecir cuán desesperada o disparatadamente actuarán las naciones en una situación dada. Si la Historia encierra algún mensaje para nosotros, es el de que, a pesar de las diferencias y antagonismos, las naciones europeas pueden unirse cuando hay intereses comunes para hacerlo. La fuerza que en la política europea más a menudo ha unido a los países ha sido la existencia de un enemigo común.

Si los soviéticos son el enemigo común de hoy en día, se nos plantea la cuestión de por qué permanecen desunidos los países europeos. La respuesta es que la enorme dependencia defensiva de Europa respecto a los Estados Unidos ha anulado el peligro común, que de no existir el compromiso defensivo de América con Europa podría unir a las naciones separadas en una causa común contra los soviéticos. Con poco acierto, los Estados Unidos han pacificado Europa frente a amenazas exteriores, desplazando así el potencial elemento aglutinante de la política europea. No obstante, si se interrumpiera esta pacificación, la unificación política, tan temida por el Kremlin, podría surgir. Claro que es cierto que el argumento de la fuerte dependencia de la defensa europea respecto a los Estados Unidos, responsable del desorden político europeo, es justo lo opuesto de lo que creen los defensores del "statu quo" en la OTAN. Su postura es la de que las tropas americanas en Europa han unido a los europeos, no les han desunido.

El antiguo secretario de Estado Dean Rusk, por ejemplo, parece haber dicho en 1967 que "la presencia de nuestras fuerzas en Europa bajo la OTAN también ha contribuido al desarrollo de una cooperación intraeuropea... Sin la visible seguridad de un importante contingente americano podrían reavivarse viejas fricciones y Europa podría volver a ser inestable¹⁸". En 1984, la idea de América como pacificador de las tensiones interiores y antagónicas de Europa fue resucitada por el periodista germanooccidental Josef Joffe, quien justificó la presencia continuada de las tropas americanas en Europa en cuanto que "el sistema europeo occidental de posguerra no ha sido estable, sino ultra estable. Mientras que cientos de guerras y guerras civiles han golpeado al resto del mundo, Europa occidental ha permanecido como una solitaria isla de paz... Los detractores de la OTAN ignoran el papel fundamental que ha jugado América en la pacificación de un sistema de Estados que casi se consumió a sí mismo en dos guerras mundiales¹⁹".

Es interesante señalar que al mismo tiempo que Joffe publicó su artículo "El pacificador americano de Europa", alabando "que la cooperación entre antiguos regímenes se hubiera convertido en rutina dentro del marco, en continua expansión, de la Comunidad Europea", esta misma Comunidad estaba a dos dedos del colapso total, a causa de una discusión sin salida sobre las contribuciones al presupuesto de la CEE y las subvenciones agrícolas. Así es como estaba la "cooperación" europea en la primavera de 1984, cuando Joffe publicó su artículo. Después de que la "cumbre"

de Atenas de diciembre de 1983 no lograra resolver la protesta británica de que estaba pagando más de lo que debía a los presupuestos del Mercado Común, el primer ministro de Grecia, Andreas Papandreu, presidente de la reunión, dijo que los presidentes de Gobierno no habían logrado alcanzar ningún acuerdo, a pesar de seis meses de trabajos preparatorios. "No fuimos capaces de alcanzar una posición unánime en ningún asunto"²⁰. El presidente Mitterrand predijo que "Europa se convertiría en un "paraje de construcciones sin terminar", si continuaba la disputa"²¹. También habló de la posibilidad de una Europa "de las dos velocidades" o "de la Europa de geometría variable", expresiones que han venido a significar la aceptación de una división entre los países del Mercado Común que quieren avanzar hacia una cooperación política y aquellos que –como el Reino Unido o Dinamarca– tienen considerables reservas sobre la oportunidad de aumentar los poderes de la Comunidad. Aquí, y entonces, estaba el Mercado Común al borde de disolverse, y Joffe va y se dedica a canturrear a la luz de la luna sobre la situación. "ultraestable" por la que atraviesa Europa, simplemente porque las naciones euro-peas no se han lanzado todavía a una guerra entre ellas.

El "nuevo militarismo" de Europa

La "cumbre" de Reykjavik y la subsiguiente propuesta de opción cero, aparte de crear un considerable aumento en la cooperación militar europea, han dado lugar también a los brotes de lo que pudiéramos llamar un "nuevo militarismo" en Europa, que está caracterizado por un sentimiento de que, si los Estados Unidos no quieren seguir defendiéndonos, tendremos que defender-nos nosotros mismos. *The Economist* de Londres escribe: "La izquierda europea es, generalmente, reacia a gastar más en nuestros soldados, porque quiere gastar más en salud y colegios. Es la mitad conservadora de los políticos europeos quien es más proclive a aumentar los gastos de defensa; pero los conservadores europeos no vieron razón alguna para hacerlo, mientras pudieran aceptar la contribución americana gratuitamente. Su inercia ha recibido ahora una sacudida. En la negociación sobre los euro misiles, entre América y Rusia, muchos conservadores ven una muestra de que los americanos se están lavando las manos respecto a Europa. En 1987, el ya tradicional debate de mejorar la eficacia de la defensa europea ha adoptado una nueva realidad. Los dedos nerviosos de los europeos pueden que estén ahora más dispuestos a abrir las carteras europeas."

Los nerviosos europeos puede que también estén mirando las armas nucleares con una nueva visión realista a resultas de la opción cero. Debemos recordar que no hace mucho tiempo había mucho discurso de moda en Europa; y no solamente en la extrema izquierda, acerca de lo deseable de un mundo libre de armas nucleares. Reykjavik y la opción cero han puesto fin a tales fantasías antinucleares –y de paso han arreado un duro golpe al movimiento pacifista europeo–. En Gran Bretaña, por ejemplo,

Margaret Thatcher ha ganado por tercera vez unas elecciones generales, lo que no tiene precedente, debido, en gran parte, a que el Partido Laborista quería desnuclearizar a Gran Bretaña.

La impresionante victoria electoral de la señora Thatcher es particularmente interesante en cuanto que nos indica qué grupos políticos es probable que se beneficien y cuáles sufrirán como resultado de una retirada de Estados Unidos de la defensa de Europa occidental. La mayoría de los comentaristas políticos del Reino Unido están de acuerdo en que el partido que era más prodefensa en Gran Bretaña –el Partido Conservador– ganó gracias a la opción cero, mientras que el Partido Laborista –antidefensa– perdió. Desde que parece posible un “desenganche” entre América y Europa, puede esperarse que los partidos de todo el espectro político sean menos hostiles que antes a gastar más en defensa. Es decir, que por primera vez en décadas parece que habrá votos en Europa a favor de mayores gastos en defensa.

La propuesta de retirada de los misiles americanos de Europa ha tenido también el efecto benéfico de concentrar la atención europea en el adverso desequilibrio de armas convencionales en Europa. Mientras permanecieron los Pershing en Europa, las implicaciones de este desequilibrio no fueron tomadas en serio por los europeos. Pero con la marcha de los Pershing, el desequilibrio intimida más que nunca.

Consiguientemente, Europa quiere ahora relacionar el control de armas nucleares con acuerdos sobre fuerzas convencionales.

Pero la única manera por la que parece verosímil que los soviéticos reduzcan su fuerza convencional en Europa sería que los europeos les brindaran¹ el incentivo adecuado, demostrándoles su propia voluntad de aumentar su potencial convencional. Y esto no parece posible mientras las tropas americanas –el símbolo de la garantía defensiva de los Estados Unidos– permanezcan en Europa. En suma, toda vez que la retirada de los Pershing ha hecho ya respetable políticamente el gasto en defensa en Europa, sin el incentivo adicional de la retirada de tropas americanas, es impensable que los europeos estén dispuestos a gastarse la suma necesaria de dinero para rectificar el actual y adverso desequilibrio convencional. Por ello, la opción cero seguramente llevará a los europeos a brindar mayores favores económicos y políticos a los soviéticos –esto es, a una mayor distensión–, lo que presumiblemente, y en primera instancia, llevó a Mijail Gorbachov a formular esta oferta.

Por otro lado, los europeos no sentirían la necesidad de intensificar la distensión si los Estados Unidos en vez de retirar los misiles de alcance intermedio los pusieran bajo control europeo, porque verían una creciente intimidación.

Resumiendo, la propuesta de opción cero demuestra que el “desenganche” entre la defensa de América y Europa puede llevar a esta última a una postura más militarista de la que ha tenido en el pasado: ha hecho respetables las armas nucleares en algunos países europeos; ha llamado la atención sobre el adverso desequilibrio de armas convencionales existente en Europa; ha demostrado a los políticos europeos que pueden conse-

girse votos siendo prodefensa. Todos estos acontecimientos son positivos. Pero, dado que la opción cero no implica un “desenganche” óptimo, bien pudiera ser que su resultado neto dañará la seguridad de Occidente. En vez de retirar los misiles y dejar las tropas, la Administración Reagan debiera simplemente colocar los misiles bajo control europeo.

NOTAS

1. Dwight D. Eisenhower, “Let's Be Honest with Ourselves”, *Saturday Evening Post* (October 26 1963).
2. Ver Melvyn Krauss, *How NATO Weakens the West*, capítulo II (New York: Simon and Schuster 1986).
3. Eisenhower, op. cit.
4. Eisenhower, *ibid.*
5. Citado en “Foreign Affairs: Poker As Played in Paris”, *New York Times* (February 23, 1966), por C. L. Sulzberger.
6. Angelo Codevilla, “American Soldiers in Europe: Hostages to Fortune”, *The National Interest* (W. 8/Summer 1987).
7. Irving Kristol, “What's Wrong with NATO?”, *New York Times Magazine* (September 25, 1983).
8. Etienne Copel, “Foreign Media”, FBIS (December 3, 1984).
9. Codevilla, *op. cit.*
10. Adam Ulam, “Western Europe Key Area for Soviet Power Dreams”, *Pittsburgh Press* (November 3, 1983).
11. Basado en “Let Europe Negotiate with Gorbachev”, *The Wall Street Journal* (March 9, 1987), por Melvyn Krauss.
12. Henry Kissinger, “A Plan to Reshape NATO”, *Time Magazine* (April 5, 1984).
13. Citado en “Giscard: Soviets Won't Allow W. German Nukes”, *Atlanta Journal* (December 11, 1984), por Dick Parker.
14. Raymond Aron, “Anarchical Order of Power”, *Daedalus*, 95:2 (Spring 1966), página 491.
15. Paul Lewis, “French-German Force Outside NATO Is Planned”, *New York Times* (July 18, 1987).
16. Thomas F. O'Boyle y Philip Rezvin, “Nuclear-Missile Talks Lend a New Urgency to Paris-Bonn Amity”, *The Wall Street Journal* (June 12, 1987).
17. Zbigniew Brzezinski, “The Future of Yalta”, *Foreign Affairs*, 63:2 (Winter, 1984/85).
18. Citado en Josef Joffe, “Europe's American Pacifier”, *Foreign Policy*, 54 (Spring, 1984). 19. Joffe, *ibid.*
19. 1984), por Paul Lewis.
20. Citado en “Cornmon Market Showdown Today”, *New York Times* (March 19, 1984), por Paul Lewis.
21. *ibid.* 22. “Europe's Braver Colours”. Editorial del The Economist (July 11, 1987)
22. “Europe's Braver Colours”. Editorial del *The Economist* (July 11, 1987).

Respaldar las negociaciones, fortalecer la OTAN

John R. Galvin

La eliminación a escala mundial de los proyectiles norteamericanos y soviéticos de alcance medio-largo (LRINF) y medio-corto (SRINF) con base en tierra –esto es, la opción “cero-cero” sobre la que puede haber acuerdo en Ginebra– no hará que deje de ser válida la estrategia de respuesta flexible; sin embargo, será preciso afianzar los medios que constituyen el soporte material de la estrategia de la OTAN.

Será necesario dicho afianzamiento por cuanto para sustentar un factor de disuasión digno de respeto la OTAN ha de mantener la adecuada combinación de fuerzas efectivas de tipo convencional y nuclear. Uno y otro tipo resultan indispensables. Por tanto, y en medio de los esfuerzos desplegados y que desplegaremos en busca de la reducción de las armas nucleares en Europa, es preciso tener presente que uno de los elementos esenciales que permiten a la OTAN disuadir al Pacto de Varsovia de toda agresión es la presencia de misiles, aviones y artillería capaces de lanzar cargas nucleares. Tampoco ha de olvidarse la importancia que tiene el que esos dispositivos armamentísticos se hallen repartidos por diversos países de la OTAN, pues de ese modo toda respuesta nuclear sería considerada una “respuesta total de la OTAN”.

Estoy convencido de que, si adoptamos esas medidas –esto es, si afianzamos debidamente las fuerzas militares de la OTAN–, ésta podrá disuadir la guerra de igual modo que lo ha hecho durante los últimos treinta y ocho años. Estoy por ello de acuerdo con las conclusiones a que llegaron los ministros de la OTAN en la reunión de junio de Islandia, y asimismo con las negociaciones que se desarrollan en Ginebra para la eliminación de las armas LRINF y SRINF norteamericanas y soviéticas.

Una vez establecido un acuerdo sobre INF, tendré la obligación, como comandante en jefe de las fuerzas de la OTAN en Europa, de formular mis puntos de vista sobre cuál deba ser la adecuada combinación de fuerzas nucleares y convencionales de la OTAN. Es de todos sabido que la estrategia de respuesta flexible y defensa avanzada de la OTAN prevé tres tipos de reacción a la agresión: la defensa directa, la escalada deliberada

John R. Galvin es comandante supremo aliado en Europa.

y la respuesta nuclear general. La defensa directa tiene por objeto derrotar a un atacante e inducirle a la retirada. La escalada deliberada tiene por objeto hacer frente a la agresión elevando la intensidad del conflicto de forma controlada y prevé la posible utilización de armas nucleares antes que el agresor. La respuesta nuclear general sigue siendo el factor último de disuasión. Esta estrategia de la OTAN está concebida de modo que se garantice que un atacante en potencia perciba en todo momento que los costes y riesgos de la agresión van a sobrepasar con mucho cualquier posible ganancia que pudiera obtener con ella. Como respaldo de esas respuestas contamos con la tríada de fuerzas convencionales, fuerzas nucleares con base en el teatro de operaciones y fuerzas nucleares estratégicas.

Un acuerdo “cero-cero” afectará directamente al soporte nuclear de nuestra tríada basado en el teatro de operaciones, porque reducirá de modo significativo capacidades militares que forman parte del fundamento de la estrategia de disuasión de la OTAN. Esto es obvio, pero no tengo reparos personales para aceptar cambios en las posiciones nucleares en Europa, pues confío en que al afianzar la combinación de los medios bélicos restantes conservaremos nuestra capacidad disuasoria y también la de combatir con armas nucleares en defensa de Occidente llegado el caso.

También hemos de tener en cuenta los efectos físicos y psicológicos de las reducciones paralelas por la parte soviética; esto es, la pérdida de ciertas armas y la caída de capacidades del aparato nuclear que le quedará a la URSS. La opción “cero-cero” redundará en un debilitamiento considerable y asimétrico de la capacidad nuclear soviética en teatro de operaciones. En contrapartida de la eliminación por nuestra parte de unos 350 Pershing II y proyectiles de crucero de lanzamiento desde tierra, la URSS tendrá que deshacerse de más de 1.400 cabezas nucleares de SS-20 y SS-4, así como de un número importante de otros proyectiles de menor alcance. Con ello no se eliminará ni mucho menos la amenaza nuclear contra la OTAN en Europa, pero se reducirá severamente la holgura con que la URSS puede en estos momentos elaborar planes de empleo de su arsenal nuclear.

No obstante, sirve para poner las cosas en su sitio el recordar que la Unión Soviética conservará un imponente aparato de misiles y aviación con el que respaldar sus ventajas en fuerzas convencionales. Por consiguiente, si bien la eliminación de las LRINF y SRINF norteamericanas de lanzamiento terrestre no va a invalidar nuestra estrategia de respuesta flexible, hemos de precavernos para que la OTAN no pierda una capacidad creíble de lanzamiento de ataques nucleares capaces de penetración profunda en territorio del Pacto de Varsovia, incluido el de la URSS. No ha de permitirse que el Kremlin suponga que la patria soviética va a constituir un refugio privilegiado en la eventualidad de una agresión del Pacto de Varsovia contra la OTAN. Si así ocurriera habríamos eliminado un factor crucial de nuestra estrategia de disuasión y elevado en correspondencia el nivel de peligro.

Después de unos acuerdos INF, pues, las capacidades de fuerza con base en el territorio quedarían reducidas por ambos lados. La OTAN conservaría, no obstante, algunos medios con base en tierra, entre los cuales estarían los Pershing IA alemanes, que hasta la fecha se han mantenido al margen de las negociaciones. La OTAN conservará también aviones capaces de lanzar armas nucleares desde bases europeas, así como fuerzas nucleares de corto alcance, que tendrían que conservarse y modernizarse. Además, los proyectiles balísticos británicos y norteamericanos lanzados desde submarino seguirán a disposición del SACEUR. Juntas, esas fuerzas seguirán representando una considerable capacidad disuasoria.

Pero para que la respuesta flexible siga siendo un factor de disuasión digno de respeto, el soporte nuclear con base en el territorio cubierto por la tríada de la OTAN requerirá de las mejoras recomendadas por mi predecesor en la reunión del Grupo de Planes Nucleares, celebrada en Luxemburgo en 1985. Entre dichas mejoras figuraba la modernización del proyectil Lance y la necesidad de un proyectil nuclear de reserva para nuestros aviones de doble función. También habría que acometer con decisión otras mejoras, entre las cuales destacarían el aumento tanto de la capacidad de supervivencia de dichos aviones como de su capacidad para traspasar las defensas antiaéreas del Pacto de Varsovia. Me preocupa que sin proyectiles de alcance medio norteamericanos por los que inquietarse, la URSS se dedique a contener a la aviación de la OTAN o a hacer perder su utilidad a las bases aéreas de la OTAN. También me preocupa lo avanzada y completa que es la red de defensa antiaérea del Pacto de Varsovia.

En nuestra consideración del control de armas nucleares no hemos de olvidar el elemento convencional de la tríada de la OTAN. Las deficiencias de las fuerzas convencionales han sido preocupación de todos mis predecesores. En la OTAN siempre hemos tenido debilidad en el lado convencional, de todos es sabido.

Hemos cometido en el pasado el error de querer depender demasiado de la amenaza de escalada nuclear, incluso después de que la URSS consiguiera alcanzar la paridad nuclear con Occidente.

A lo largo de estos últimos diez años se han logrado progresos considerables en las fuerzas convencionales de la OTAN, en especial en lo que se refiere a la modernización de armas. Hemos puesto en servicio y desplegado los Tornado, Patriot y una serie de nuevos carros de combate, así como los AWACS de la OTAN y otros medios. Los esfuerzos que hemos hecho en el campo convencional han contado con la beneficiosa iniciativa del secretario general y de mi predecesor en el cargo. Fue lord Carrington, como ustedes saben, quien en 1984 recomendó que la OTAN incrementara la potencia de combate de las fuerzas convencionales de la Alianza. Yo respaldo sin reservas sus esfuerzos y los del Consejo del Atlántico Norte en relación con la iniciativa de Mejora de la Defensa Convencional (CDI), en la que se caracterizaban una serie de deficiencias claves, que afectaban a la defensa antiaérea, capacidad de supervivencia de la aviación y capacidad para trastornar el reemplazo y adición de fuerzas por parte de la URSS. Algunos países aliados han respondido al llamamiento y, si se

cumplen los compromisos, asistiremos a una mejora ininterrumpida en un ámbito vital como es el de las fuerzas convencionales.

La determinación de Estados Unidos de cumplir su compromiso con la Alianza queda bien atestiguada por la presencia de 326.000 hombres encuadrados en distintas armas, hombro con hombro con las fuerzas europeas de la OTAN. Si la estrategia de respuesta flexible va a seguir vigente después de aplicado un acuerdo "cero-cero", la retirada de las tropas norteamericanas –o de su estructura de soporte– podría hipotecar la cohesión de la Alianza.

Es absolutamente imprescindible que empleemos nuestros recursos colectivos mejor que hasta ahora, y una de las formas de hacerlo es lograr mayor eficacia en la cooperación armamentística. Seguramente no resulta sorprendente que Estados soberanos, con situaciones distintas de orden geográfico, económico y político, discrepen en ocasiones sobre la mejor forma de garantizar la seguridad. Pero, si bien la diversidad puede ser una ventaja, no hay que ser un entendido para comprender que no debería haber ocho tipos de carros de combate en la Región Central que utilizan cuatro tipos de munición. Es igualmente inquietante que tenga que haber siete naciones de la OTAN construyendo seis diferentes sistemas de comunicación de campana que dejarán a las fuerzas de diferentes nacionalidades sin posibilidad de comunicarse entre sí, o incluso, en algunos casos, con el alto mando de la estructura militar integrada.

La Estructura Conceptual Militar del SACEUR, creada por mi predecesor, a sugerencia del ministro de Defensa alemán señor Woerner, resulta útil a tales fines, pues aporta una excelente base para la planificación a largo plazo y permite reducir duplicaciones y faltas de comunicación que consumen recursos inútilmente.

La intensificación de la colaboración y la cooperación entre las naciones de la OTAN en materia de armamentos podría permitir ahorros de miles de millones de dólares. Tales esfuerzos cobran particular importancia por cuanto hemos ingresado en una era en la que el aumento en las exigencias tecnológicas empuja hacia arriba el coste de cualquier tipo de fuerza, sea convencional o nuclear. Es obvio que ha de perseguirse con nuevas energías la mayor armonización de los esfuerzos en materia de industria de la defensa de las naciones de la OTAN, y todo ello sobre una base equitativa.

En la presente coyuntura adquieren particular importancia el sostentimiento de los compromisos nacionales con la OTAN y la afirmación de la voluntad de poner en segundo plano intereses particulares, porque la amenaza que sufren la paz y la libertad en Europa no ha disminuido, antes bien, en realidad ha aumentado en refinamiento. Mientras el Este suaviza su retórica, las fuerzas militares del Pacto de Varsovia son más poderosas que nunca. Han sido particularmente perturbadoras las mejoras cuantitativas y cualitativas de los dispositivos ofensivos más, potentes de la URSS, mejoras entre las cuales está la puesta en servicio del carro T-80 con blindaje reactivo, de helicópteros de ataque muy avanzados y de artillería autopropulsada. La preferencia soviética por las operaciones de

carácter ofensivo y el sistemático desarrollo de fuerzas capacitadas y equipadas para las maniobras en profundidad, expresan una actitud que no concuerda con la retórica soviética más reciente.

No es un ataque del Pacto de Varsovia contra Europa occidental o los flancos de la OTAN lo que más me preocupa personalmente, aunque sea ésa la amenaza última contra la que hemos de guardarnos. Más me preocupa quizás el que el equilibrio militar, y en especial en el ámbito convencional, se deteriore de tal modo que Occidente caiga en una situación de vulnerabilidad a la intimidación y la coerción por la URSS. En semejante tesitura, la acumulación de presiones soviéticas sobre Occidente obligaría a éste a transigir. Moscú podría arrancar entonces concesiones políticas y económicas y gradualmente sitiaría las libertades que ha costado a Europa siglos desarrollar y salvaguardar.

Si la URSS y otras naciones del Pacto de Varsovia están dispuestas a moderar su afán de contar con niveles de fuerza extraordinarios, más allá de toda exigencia defensiva razonable, es algo que sabremos, porque se hará evidente en futuras negociaciones. El señor Gorbachov ha querido dar evidente impresión de estar dispuesto a hacerlo. A él se atribuye el haber dicho estar a favor de la eliminación de la disparidad en determinados elementos, y no mediante su incremento en el lado donde sean inferiores, sino mediante su reducción en el lado donde sean superiores.

La URSS tiene superioridad en número de divisiones terrestres, en carros de combate, en artillería, en aviación, en armas químicas y en número de proyectiles balísticos. En su momento veremos el significado verdadero de esas afirmaciones.

Ahora que nos acercamos a la conclusión, de esta fase de trabajos de negociación entre Este y Oeste y se dibujan ulteriores negociaciones sobre armamentos, procede recordar, como hemos afirmado todo este tiempo, que nuestra seguridad se halla ligada inextricablemente al valor disuasorio de las armas nucleares. Hemos de procurar evitar que se produzcan nuevos aumentos de tales armas y estar dispuestos a negociar reducciones de ellas mientras las reducciones permitan aún una estrategia viable de disuasión. Pero nuestra máxima prioridad ha de ser una Europa a salvo de la guerra, no a salvo de las armas nucleares.

En suma, después de la presente ronda de negociaciones sobre INF, las cuestiones más imperiosas en materia de control de armamentos –esto es, el desequilibrio en el terreno convencional, el armamento químico, las fuerzas nucleares estratégicas– reclamarán solución antes de que volvamos a la cuestión de las fuerzas nucleares con base en el territorio. Estamos en paz en Europa occidental y lo hemos estado desde el año 1945. Es preciso acometer con precaución el cambio de las relaciones de fuerza que han servido a Occidente durante los años, siempre difíciles pero pacíficos, transcurridos desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

La entereza de la OTAN y los éxitos con que cuenta en su haber han estribado no sólo en las capacidades a las que me he re-firido, sino probablemente más en la unidad, determinación y voluntad que la Alianza ha desplegado una y otra vez a lo largo de su historia. El despliegue de los

proyectiles de crucero y Pershing II en medio de una fortísima campana soviética de desinformación constituyó una manifestación diáfana de la determinación colectiva de la OTAN, una señal inequívoca de que los países miembros de la Alianza Atlántica adoptarán medidas unificadas para impedir el deterioro de la unidad occidental. En la polémica sobre la eliminación de los proyectiles de crucero y Pershing II es obligado tener presente la lección que nos ofrece la historia de su despliegue: pues fue la oposición a dejarnos intimidar por el dispositivo nuclear soviético que teníamos enfrente la que produjo los primeros movimientos hacia la reducción de las armas nucleares.

Tampoco hemos de olvidar la importancia que tienen la unidad y la voluntad como elementos de respetabilidad de la disuasión, porque ésta es algo más que el mero producto de capacidades tangibles: en un sentido más amplio, es fruto de la voluntad visible y colectiva de combatir la erosión de la seguridad y la libertad occidentales. La cohesión de la Alianza está fundamentada en valores, metas, cargas y riesgos compartidos. Las cargas de la disuasión y la defensa no son fáciles de conllevar, pero es indispensable asumirlas y responden al común aprecio por la democracia, la libertad y el pluralismo que aglutinan a la Alianza. Este lazo común distingue a la OTAN –una asociación voluntaria de dieciséis naciones soberanas– del Pacto de Varsovia, en el que el único voto que cuenta es el expresado por la URSS y en el que el país que se desvíe de la línea del Kremlin es re conducido al redil so pena de una actuación militar de la URSS.

De igual modo que compartimos valores básicos, todas las naciones de la OTAN comparten un interés por la seguridad de una Europa occidental independiente y próspera. Hacemos ostensible esta unidad en el terreno militar con el despliegue de una, amplia capacidad multinacional de actuación, por ejemplo, por medio del despliegue de proyectiles, aviones y artillería de capacidad nuclear en diferentes países de la Alianza. Al compartir entre todos las cargas y los riesgos, hacemos patente una actitud firme y que infunde respeto. Y éste es, lógicamente, nuestro objetivo primordial.

No podemos confiar en que la competición entre Este y Oeste desaparezca de escena; lo que tenemos que hacer es que esa competición no degenera en guerra. Si el Mando Aliado de Europa ha de luchar alguna vez en defensa de Occidente, la situación lo encontrará preparado para ello, pero nuestra primera misión es la disuasión de la guerra, la salvaguarda de la paz y la libertad.

Balance sobre la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI)

Salvador López de la Torre

El 23 de marzo de 1983 el presidente Ronald Reagan lanzaba su Iniciativa de Defensa Estratégica –Strategic Defense Initiative–, que será conocida desde entonces por sus siglas inglesas SDI, con el ambicioso propósito de conseguir la inutilización de los misiles soviéticos estratégicos dotados de cabezas nucleares que hasta este momento, y desde la década de los cincuenta, vienen componiendo el apoyo militar de lo que conocemos bajo la fórmula de la disuasión por represalia.

Las palabras históricas del presidente Reagan han entrado ya en las antologías de la historia: “Vamos a iniciar un intenso esfuerzo global, para definir una investigación a largo plazo y un programa de desarrollo que conduzca a la eliminación de la amenaza que encierran los misiles nucleares estratégicos. Esta noche iniciamos un proceso que puede cambiar el curso de la historia. Será arriesgado y reclamará tiempo, pero yo confío en que podemos hacerlo.” El voluntarismo de la frase es digno de analizar, porque, como resulta natural, la pretensión de “cambiar el curso de la historia”, no ha sido nunca tarea fácil, ya que hará falta, además, y a partir de ese momento, modificar casi todos los fundamentos donde venía reposando el pensamiento militar de la era nuclear. La SDI no representaba simplemente un proyecto de defensa militar, sino mucho más ambiciosamente, una verdadera revolución estratégica proyectada a escala universal.

Y eso, en todos los sentidos. Tecnológico, estratégico, político e, incluso, moral. El rápido bautizo con que la Prensa gratificó a la SDI, convirtiéndola en “guerra de las estrellas”, fue quizás la Primera desventura del proceso, porque falseaba con una fórmula de insuperable efectividad propagandística los reales elementos de la iniciativa: No se podía, hablando en serio, llamar “guerra” a lo que sólo era un proyecto defensivo, destinado precisamente a acabar con la guerra nuclear y no se pretendía militarizar el espacio, sino impedir que la batalla siguiese los caminos celestiales

Salvador López de la Torre acaba de realizar un viaje a los Estados Unidos para visitar los centros de investigación y de experimentación militares y civiles donde se desarrolla la SDI.

para arrasar la Tierra. La SDI tenía como objetivo precisamente impedir la guerra y el empleo del espacio, gracias a un gigantesco esfuerzo defensivo, como camino para la aniquilación universal. Pero el eslogan resultaba demasiado atractivo como para que fuese olvidado por el lenguaje popular y así el mundo repite hoy el contrasentido de llamar guerra de las galaxias a un esfuerzo defensivo que trata de hacerla, si no imposible, por lo menos mucho más difícil.

La revolución estratégica

El discurso de Reagan contenía en sí mismo todos los ingredientes de las propuestas revolucionarias. En primer lugar, porque proponía alcanzar objetivos que en el estado actual de los conocimientos siguen todavía clasificados en el casillero de la ciencia ficción. En segundo lugar, porque la inversión total, diríamos copernicana, de la estrategia disuasoria trastornaba el orden mental de los pensadores militares y, en tercer y último lugar, descalificaba toda una teología del equilibrio entre los supergrandes. A la Mutua Destrucción Asegurada –la famosa MAD, en sigla inglesa– se la sustituía por una inédita MAS –Mutua Supervivencia Asegurada– que trastornaba los esquemas mentales vigentes. La paz no continuaría basada en una capacidad ofensiva de exterminio, capaz de disuadir la ofensiva del contrario ante el temor de recibir un castigo insoportable como respuesta, sino gracias a la construcción de una cortina impenetrable de defensas sofisticadas, encargadas de destruir al atacante durante su vuelo. Tanto cambio resulta de difícil asimilación, y las protestas no tardaron en surgir. La SDI constituía para los teólogos del pensamiento militar un verdadero escándalo.

Pero es muy posible que el escándalo haya sido mayor, por la torpe manera como Ronald Reagan presentó su proyecto. El presidente americano no consultó con nadie su enorme propuesta de cambiar, nada menos, que el curso de la Historia. No lo hace con sus propios colaboradores, que conocen el proyecto cuando el presidente habla por la televisión, ni, sobre todo, existe la menor exploración previa entre los aliados. La SDI nace como un exclusivo propósito presidencial, sin que nadie estuviese al corriente de su lanzamiento y constituye uno de los acontecimientos unilaterales de mayores dimensiones en los últimos tiempos de la historia americana. Este extraño origen puede explicar que, con razón o sin ella, el presidente Reagan provocase una verdadera tormenta con su propuesta, dentro y fuera de los Estados Unidos.

Ahora bien, dejando aparte los argumentos de unos y de otros, lo que sí queda claro cuando se contemplan las cosas con una cierta perspectiva temporal es que el propio presidente Reagan lanzó su propuesta cuando la tecnología, donde deberá apoyarse la factibilidad de su proyecto, está todavía por demostrar, invirtiendo el normal desarrollo de los procesos conocidos a la hora de aplicar un adelanto técnico al dispositivo militar de las naciones.

Lo normal, hasta ahora, era que la técnica fuese por delante de la política militar. Y dos ejemplos pueden aclarar la originalidad de la situación creada por Ronald Reagan. En primer lugar, el aeroplano. Los aviones más o menos rudimentarios, existían y volaban sin que nadie hubiese pensado en sus aplicaciones militares, hasta que durante la primera guerra mundial se descubrió la utilidad que un ingenio ya existente podría prestar a los ejércitos. La técnica fue en este caso por delante de la política de aplicación castrense. Y lo mismo sucede con el arma nuclear. Los físicos de los años cuarenta conocían las posibilidades teóricas del explosivo atómico y, al menos, en el terreno de sus cálculos, tenían previstos sus terribles resultados. Es decir, que la política militar emplea algo ya conocido, al nivel de laboratorio, o incluso de la experimentación, y desarrolla después su programa de aplicación basándose en cálculos de una cierta seguridad que, como es, natural, la necesidad bélica mejorará más tarde. Pero una bomba atómica estaba en la cabeza de Einstein cuarenta años antes del trueno sobre Japón, y, en cualquier caso, el conocimiento muy aproximado de la capacidad destructora del material nuclear recibió una articulación dentro del pensamiento militar como elemento de su panoplia estratégica después de las primeras explosiones experimentales atómicas. La bomba ensayada en Los Alamos estalla un mes antes que la de Hiroshima.

Nuevos métodos

En el caso de la SDI las cosas han sucedido al revés y Ronald Reagan, en un arranque de voluntarismo, lanza su discurso desconociendo en realidad si sus esperanzas podrán alguna vez materializarse. No hace falta recordar, porque todo el mundo lo sabe, que con anterioridad al 23 de marzo de 1983 la ciencia investigaba sobre el rayo láser y los sensores de rayos infrarrojos, pero la posibilidad de colgarlos en el espacio para conseguir un impacto artillero sobre las armas enemigas después de un dilatado viaje sideral no pasaban del terreno de la ciencia ficción y carecían de apoyos científicos comprobados. Y aquí conviene una aclaración. Un sistema de defensa antimisiles, por choque entre el proyectil defensivo y el atacante, había sido puesto a punto por ambas potencias desde los años sesenta, y precisamente por la magnitud de las dificultades que encerraba su despliegue terminó firmándose el Tratado conocido bajo la sigla ABM – Anti-Ballistic Missiles– entre los dos súper grandes. El Tratado de 1972, cuyo contenido e interpretación recobra una gran importancia política, se firma entonces, porque los dos países interesados –Estados Unidos y la Unión Soviética– comprenden que la defensa contra los cohetes estratégicos resultaba sencillamente imposible en aquel instante de la ciencia o, en el mejor de los casos, se reducían a la protección relativa de ciertos puntos pequeños y aislados.

El Tratado ABM se convierte así en una especie de confesión de impotencia. La disuasión quedaba, por lo tanto, basada en el reconocimiento de que las poblaciones de las grandes ciudades rusas y americanas se

ofrecían mutuamente como rehenes al adversario, impidiendo el desencadenamiento del Apocalipsis. La indefensión de Moscú garantizaba Nueva York y a la inversa. Era la MAD, como fundamento del equilibrio del terror. o todos muertos o todos vivos.

La SDI rompe esta simetría del miedo mutuo. De aquí en adelante, dice Reagan, no será la inmoral amenaza de la destrucción común quien sostenga la paz, sino un sistema completo que proteja bajo su invulnerable techo poblaciones y territorios. Será la defensa quien soporte la paz y no la amenaza ofensiva. Caspar Weinberger lo ha dicho con una bella frase: "Queremos destruir las armas que matan a la gente". Ya no hace falta ofrecer en rehén Nueva York para que los soviéticos tengan la seguridad de guardar Moscú, porque Nueva York quedará protegida por la bóveda infranqueable de la SDI, nueva impalpable coraza con las mismas dimensiones que el cielo. Pero hace falta construir la coraza.

A partir del discurso de Ronald Reagan se pone en movimiento el gigantesco aparato de producción de los Estados Unidos. Un presupuesto de veintiséis mil millones de dólares en cinco años –1984-1989– y la fabulosa capacidad técnica de las empresas de alta tecnología. La SDI deja de ser una iniciativa teórica o una aislada investigación de sabios curiosos, para convertirse en un organismo complejo que dirige el teniente general James A. Abrahamson, un hombre de fascinante elocuencia, curtido en las operaciones aéreas del Vietnam, que nos explica a un reducido grupo de europeos, sin la menor impaciencia, en un salón de conferencias del Pentágono, las reales posibilidades de la SDI. "Naturalmente, no hay en el mundo nada perfecto, pero la técnica permite confiar en que el proyecto defensivo resulta enteramente viable a condición, bien entendido, de disponer de los medios y del tiempo para desarrollarlo." Cuando se escucha al general Abrahamson podrá discutirse sobre la factible condición de sus previsiones en el terreno de la pura teoría, pero lo único que resulta indiscutible es la fe con que el general expone sus argumentos. Abrahamson cree firmemente en lo que está haciendo y la única inquietud que a veces aparece como entrevista, en su discurso, es la actitud de las Cámaras parlamentarias a la hora de recortar los presupuestos solicitados. "El propósito de la SDI es defender al pueblo y a nuestras fuerzas militares", dice el general, mientras va indicando, con la vocación de un convencido, las distintas fases de la complejísima defensa escalonada prevista en varias barreras defensivas que constituyen el objetivo final anunciado por el presidente.

Seis programas urgentes: SDI I

Para cumplir de la mejor y más sencilla manera la tarea de divulgación que pretende este trabajo hemos preferido concentrar el análisis sobre el desarrollo real que está recibiendo en estos momentos el proyecto de la SDI, recortando las explicaciones sobre determinados programas que por su complicación tecnológica y calendarios de investigación

aplazados en muchos años harían interminable el discurso. La SDI es uno de los más ambiciosos proyectos, por no decir el más audaz de cuantos ha emprendido el hombre contemporáneo, y parece más razonable en homenaje a la claridad elegir el camino de la modestia para hablar con suficientemente detenimiento sobre las etapas del proyecto que las autoridades americanas han considerado más factibles en plazos de tiempo relativamente cortos.

Precisamente el viaje de estudios realizado por un grupo de europeos, cuyos resultados ofrecemos en este trabajo, se hizo coincidir con la promulgación de un plan destinado a concentrar los esfuerzos actuales de investigación sobre seis proyectos específicos, entre los innumerables que componen la totalidad de la tarea general¹ de la SDI.

El 18 de septiembre de 1987, el secretario de Estado para la Defensa, Caspar W. Weinberger, hizo pública su decisión de aprobar las recomendaciones de la Defense Acquisition Board (DAB), para seleccionar seis programas y componer con ellos el conjunto de la primera fase de "demonstración y validación" de la SDI, fase durante la cual los seis programas elegidos deberán demostrar la posibilidad real de su efectividad a través de una larga serie de comprobaciones experimentales donde se demuestre la conveniencia del proyecto, para convertirse más tarde en un sistema con amplio despliegue real, que haya pasado del laboratorio a la industria.

Los seis sistemas elegidos el 18 de septiembre, que podríamos englobar bajo el título de SDI L, son los siguientes:

- 1.-GSTS (Ground-based Surveillance and Tracking System). Sonda lanzada al espacio en el momento de alerta.
2. -BSTS (Boost Surveillance and Tracking System). Sensor colocado en órbita espacial.
3. -SSTS (Space-based Surveillance and Tracking System). Sensor situado en órbita espacial.
- 4.-BM/C3 (Battle Management/Commands and Control, and Comunications). Sistema de mando receptor de las informaciones.
- 5.-SBI (Space-based Interceptor). Satélite dotado de proyectiles de energía cinética mantenido en órbita.
- 6.-ERIS (Exoatmospheric Reentry Vehicle Interceptor Subsystem). Proyectil cinético, basado en tierra.

A estos seis programas seleccionados por el Departamento de Defensa, para concentrar sobre ellos los esfuerzos más urgentes de la operación SDI, que el lector encontrará a continuación suficientemente detallados,

Cuadro 1

Segunda fase de contratos para el estudio de la defensa aliada en Europa contra misiles de corto alcance (primeros y segundos subcontratantes)

HUGHES (USA)	MBB * (Alemania)	COSYDE ** (Francia)	LTV (USA)	SNIA (Italia)
BOOZ-ALLEN (USA)	SAIC (USA)	TRW (USA)	ROCKWELL (USA)	BOEING (USA)
VANGUARD (USA)	AEROJET (USA)	PHYSICS INT. (USA)	BDM (USA)	UTC (USA)
LORAL (USA)	SIEMENS (Alemania)		WESTINGHOUSE (USA)	ORI (USA)
PHYSICS INT. (USA)	DIEHL (Alemania)		HRA (USA)	WJ SCHAFER (USA)
KRUPP-ATLAS (Alemania)	LEITZ (Alemania)		COLSA (USA)	CONTRAVES ITALIANA (It.)
IBCOL (Alemania)	RHEINMETALL (Alemania)		CONTRAVES (Italia/Alemania)	IAI *** (Italia)
MATRA (Francia)	AEG (Alemania)		DIEHL GmbH (Alemania)	MICROTECNICA (Italia)
SELENIA/SPAZIO (Italia)	SELENIA 5pA (Italia)		BRITISH AEROSPACE (Reino Unido)	TELETTRA (Italia)
EASAMS (Reino Unido)	FERRANTI (Reino Unido)		OXFORD ANALYTICA (Reino Unido)	FIAR **** (Italia)
CAPP SCIENTIFIC (Reino Unido)			RAFAEL (Israel)	
SHORT BROS (Reino Unido)				
TADIRAN (Israel)				
HOSHEN-ELIAV (Israel)				

* MBB (Messerchmitt-Boelkow-Blohm).

** COSYDE (Consorcio formado por Aerospatiale y Thomson-CSF).

*** IAI (Instituto Affari Internazionali).

**** FIAR (Fabrica Italiana Apparecchiature Radioelettriche).

se ha añadido la descripción de otros tres programas, excluidos del marco de la primera fase, pero cuyas tareas de investigación marchan lo suficientemente adelantadas como para considerar interesante su repaso.

Y, naturalmente, se ha reducido la extensión del análisis de aquellas otras iniciativas incluidas en el bloque general de la “guerra de las galaxias” que por su retraso tecnológico están destinadas a pasar del estado de la pura investigación al experimental en condiciones reales mucho más tarde, ya en pleno siglo XXI.

Para realizar esta exposición de los seis programas seleccionados para la primera fase y los otros tres que parece conveniente añadir por su analogía con ellos, puede ser útil separar en sus diversas fases el despliegue de la defensa concebida por la SDI en función de la trayectoria del misil atacante.

Primera fase

La trayectoria de un misil soviético lanzado en caso de guerra contra el territorio de los Estados Unidos se descompone en varias fases de características balísticas diferentes, que la defensa debe considerar, por tanto, desplegando sistemas de protecciones igualmente distintas. Por eso resulta necesario analizar el proceso en todas sus secuencias separadamente y los medios que la SDI tiene previstos en cada una de ellas para destruir la mayor parte de los proyectiles atacantes comenzando por la primera fase que es el lanzamiento del misil desde su emplazamiento.

(Boost phase) constituye el momento ideal para destruirlo, puesto que durante su transcurso el cohete portador se eleva íntegro desde el silo donde está enterrado, ofreciendo la máxima superficie para la detección y la más acentuada señal de calor generada por sus propulsores en plena combustión, capaz de ser denunciada por los captores americanos, gracias al sistema de rayos infrarrojos. La fase se cumple a lo largo de un recorrido vertical que se eleva hasta los doscientos kilómetros, y tiene una duración de 180 segundos, según las técnicas de propulsión empleadas por los soviéticos en los actuales momentos, aunque este período podría ser reducido casi a la mitad, con un perfeccionamiento de los motores que los soviéticos pueden adquirir en poco tiempo. Los SS-18 son más lentos en el despegue que los modernos SS-24 y SS-25. En cualquier caso, al destruir el cohete cuando todavía no ha repartido las múltiples cabezas nucleares que transporta se impide en una sola operación la posterior multiplicación de las amenazas.

Basta un ejemplo. El famoso y architemido misil SS-18, en su cuarta versión; transporta diez cabezas nucleares que serán distribuidas en las siguientes fases de su carrera espacial sobre objetivos diferentes del territorio enemigo. Son la llamadas cabezas nucleares de vuelo independiente –MIRV– distribuidas y encaminadas hacia sus respectivos puntos de impacto durante la siguiente fase del recorrido. Y si el 55-18 contiene diez cabezas nucleares, el SS-19 conduce seis. En cualquier caso, la destruc-

ción de uno cualquiera de estos cohetes en el momento de su lanzamiento quiere decir que el defensor puede conseguir con una sola operación, lo que luego requeriría diez o seis acciones diferentes separadas. La ventaja para la defensa resulta indiscutible.

Segunda fase

(“Post-boost phase” o “Bus-phase”). Separación del cohete propulsor y del llamado “bus” o dispositivo que contiene las cabezas nucleares de categoría MIRV, orientándolas hacia sus respectivos destinos con movimientos laterales pequeños, pero perfectamente calculados. Esta fase tiene una duración ligeramente más larga que la anterior, pero la defensa encuentra mayores dificultades de detección para conseguir su propósito aniquilador por varias razones. El “bus” es un objetivo menor que el gigantesco cohete inicial, y los pequeños motores destinados a conseguir los cambios de dirección que reclama, el reparto de sus cabezas distribuidas, todas ellas hacia objetivos diferentes, desprenden una cantidad de calor más pequeña y por lo tanto más difícil de detectar por parte de la estación observadora americana.

Pero además, en ese momento, el cohete, que podríamos llamar “padre”, además de poner en órbita balística al “bus”, reparte por el espacio una verdadera nube de senuelos o engaños, fabricados con singular habilidad para confundir los detectores adversarios, componiendo alrededor de cada cabeza una verdadera “nube de amenaza”, como la llaman los investigadores, aureola de materiales, todos ellos capaces de ofrecer al captor óptico o infrarrojo un eco de imagen muy parecida, con lo cual el detector se encuentra en la imposibilidad de distinguir cuál es el verdadero punto de amenaza y cuales los engañosos perturbadores de su vigilante visión. Se trata de uno de los más graves problemas que tiene pendiente la, defensa.

Sensores para la detección en las dos primeras fases

Para responder a las necesidades defensivas de estas dos fases, la SDI debe ante todo disponer de una buena detección. Saber dónde se ha producido el lanzamiento, qué cantidad de misiles fueron enviados contra el territorio enemigo y cuáles sus trayectorias. Para cumplir estos fundamentales objetivos, la SDI tiene previstos tres medios que se analizan por separado.

BSTS (Boost Surveillance and Tracking System). Ingenios colocados en el espacio, exactamente igual que los infinitos satélites de observación hoy existentes, en una órbita de seguridad contra posibles represalias soviéticas, capaces de contemplar en su integridad las áreas de lanzamiento de misiles intercontinentales soviéticos y detectar, gracias a su visión con telescopios dotados de rayos infrarrojos, la combustión de los reactores del

cohete atacante. El sistema detector comunica automáticamente sus informaciones a la base de mando, quien aplica a la destrucción de la amenaza los medios disponibles. Pero aquí conviene hacer una puntualización. La mecánica defensiva estará obligada a operar en plazos de tiempo brevísimos –tres minutos para la primera fase y apenas siete para la segunda–, durante los cuales el detector debe reconocer y adquirir su información, transmitirla al puesto de mando y este último disponer el contraataque en función de unos datos complejísimos que varían a la velocidad creciente del misil enemigo, lo que reclama millones de operaciones matemáticas tanto durante el proceso de recepción como en el de respuesta. La guerra se juega en fracciones de segundo.

SSTS (Space Surveillance and Tracking System). En realidad se trata de un satélite de vigilancia, encargado de cumplir una función detectora con rayos infrarrojos, que enlaza las dos primeras fases de la trayectoria, con la tercera y, más larga, del vuelo, para ofrecer una información complementaria del primer sistema, cuando el misil, ya despojado de sus cohetes de empuje inicial, empieza a repartir desde el “bus” con estudiadas sacudidas sus cabezas nucleares MIRV, de trayectoria independiente.

El BSTS denuncia la partida y la curva de la trayectoria inicial y enlaza su información con la recogida por el SSTS, quien, a su vez, persigue al intruso, durante su segunda y tercera fase, hasta que lo reciban y persigan los detectores de la cuarta y última. El solapamiento de las áreas designadas a la vigilancia de los diversos detectores, constituye uno de los principios fundamentales. Jamás un sistema funciona aislado, sin el apoyo de un medio auxiliar que duplique la información ante el mando, aunque, como veremos más adelante, la detección cuente todavía con otros medios.

Respuestas militares durante las dos primeras fases

Resultaría inútil recalcar que durante las dos primeras fases de la trayectoria, es decir, los diez minutos iniciales de la vida del cohete, resulta mucho más difícil, aunque sea más interesante aniquilarlo, porque se mueve en zonas más alejadas del punto de defensa, donde la distancia impone a los medios de destrucción mayores inconvenientes. Teóricamente el proyecto SDI contempla varios sistemas de ataque contra el misil, cuya madurez técnica ofrece en estos momentos resultados de laboratorio muy diferentes, puesto que, por un lado, encontramos mecánicas cuyos principios están siendo ya experimentados, y pueden concebirse desplegados en plazos de tiempo relativamente cercanos, mientras otros se pierden en el indeciso pronóstico de calendarios indeterminados.

Por eso conviene separar en el repaso lo que llamaríamos armas defensivas factibles dentro de la relatividad con la que hace falta emplear esta palabra en el campo de la SDI, de aquellas otras, destinadas a sufrir puestas a punto más alejadas.

En primer lugar, aparecen las armas basadas en el aprovechamiento de la energía cinética (KEW. Kinetic Energy Weapons) destinadas a constituir las iniciales realizaciones del programa y concretamente, dos de ellas, como se dijo más arriba, están incluidas entre los seis programas clasificados para cubrir la primera fase del desarrollo experimental de la SDI. Se trata del SBI y del ERIS.

SBI (Space-Based Interceptor). Previsto para actuar durante los dos períodos iniciales de la trayectoria del proyectil (Boost-phase y Post boost-phase). El SBI, es un satélite o plataforma en órbita media, cargado de proyectiles no nucleares –unos diez por plataforma–, capaces, gracias a un sistema propio de busca, detección y guiado, de encontrar al misil adversario, ya sea durante el primer período de su vuelo, antes de que se haya producido la separación de sus elementos o, en la siguiente, cuando una parte del cohete inicial reparte las cabezas nucleares hacia sus diferentes destinos militares.

El proyecto, técnicamente de una gran audacia, es uno de los más criticados, puesto que la destrucción se organizará a través de varias secuencias. El BSTS detecta el lanzamiento del misil y comunica su información al puesto de mando, quien a su vez ordena al SBI el disparo de sus cohetes cinéticos, adjudicándoles sus respectivos objetivos y el curso de sus trayectorias, para que sean aniquilados por choque directo entre el cohete o las cabezas. Nucleares ya esparcidas y el proyectil propio. Aquí reside la dificultad enorme del ejercicio, puesto que se trata, nada menos, que de conseguir el choque preciso entre dos cuerpos de pequeñas dimensiones, moviéndose a enormes velocidades, siguiendo uno de ellos al otro, gracias a sus medios de detección y acercamiento.

Pero los hombres del general Abrahamson han realizado ya varios experimentos previos que permiten manifestar un claro optimismo sobre la posibilidad de hacer factible su proyecto; Eh primer lugar, el ya histórico acontecimiento de junio de 1984, conocido bajo la sigla de HOE (Homing Overlay Experiment), que consiguió la interceptación de un misil por impacto directo empleando otro capaz de destruirlo en el choque.

Desde 1984 las experiencias han continuado perfeccionando y re-

Cuadro 2
Contratos SDI con países extranjeros

PAÍS	NÚMERO	VALOR (M. DÓLARES)
Gran Bretaña	24	29,963
Alemania occidental	19	45,930
Israel	10	11,443
Italia	13	4,974
Francia	4	3,408
Canadá	4	0,926
Bélgica	1	0,094
Holanda	1	0,043
Total	76	96,781

(Fuente: Gobierno USA. 1987)

duciendo el tamaño del proyectil defensivo. La maqueta a escala, que reproduce exactamente las dimensiones del HOE en el Museo del Espacio de Huntsville (Alabama), nos muestra un artefacto de más de veinte metros, materialmente imposible de encajar dentro de un satélite, obligado a albergar muchos de ellos para establecer una barrera de suficiente efectividad.

Pero la demostración de que era posible destruir un proyectil quedaba cumplida. Luego han seguido las pruebas de proyectiles incluidos en el capítulo de las armas cinéticas, en número y resultado suficientes para demostrar su posibilidad real. Los radares captores de onda milimétrica, los motores que accionan la maniobra del interceptador, para orientar en la buena dirección al cohete y llevarlo hasta el choque físico, han demostrado que la energía cinética puede proporcionar un sistema que, desde luego, no podría jamás constituir el único elemento de la defensa, pero sí puede participar con éxito en ella en un futuro no demasiado lejano como primera barrera.

Dentro de los planes inmediatos de trabajos de la SDI, que componen la primera fase de sus propósitos, estos tres programas –BSTS, SSTS y SBI–, es decir, dos detectores y un interceptador son los más avanzados en el terreno de la investigación todavía no experimentada, pero conviene tener en cuenta, sin embargo, que los tres programas destinados a cubrir las dos primeras fases del recorrido del misil adversario deberán quedar instalados en el espacio, donde, como es natural, no han realizado ningún ensayo de convalidación, ni está previsto hacerlo, al menos, hasta 1989-1990 si los trabajos marchan sin ninguna dificultad, es decir, si el presupuesto sostiene los gastos de investigación y desarrollo, y no se interpone como añadidura ninguna interferencia política.

La característica esencial de las armas defensivas animadas por el principio de la energía cinética es que se trata de un sistema cuya capacidad de destrucción se cumple entre un proyectil defensivo y un proyectil o una cabeza nuclear tipo MIRV ofensiva; unidad contra unidad, puesto que jamás la SDI empleará explosiones nucleares en el espacio, lo cual quiere decir que el número de armas defensivas capaces de aniquilar un masivo ataque de misiles adversarios se elevaría a cantidades colosales. Los críticos del sistema, abundantes en los Estados Unidos, hablan de la necesidad de contar con 100.000 proyectiles SBI para detener la gigantesca salva de los misiles intercontinentales soviéticos, una vez que sean operacionales los nuevos SS-24 y SS-25. Esta cifra es, con toda evidencia, desmesurada y forma parte de la propaganda de la oposición. Pero siempre hará falta desplegar por lo menos la décima parte, 10.000, que deberán situarse con anticipación en el espacio a bordo de satélites que, en ningún caso, podrían convertirse en gigantescas baterías celestiales –el proyecto sólo contempla dotar a cada plataforma con diez elementos–, se comprende que sobre el destino del SBI se hayan levantado importantes críticas y no pequeños escepticismos.

Ahora bien, cuando el Departamento de la Defensa ha elegido al SBI en su selección de tareas urgentes parece lógico pensar que de alguna

manera los hombres del general Abrahamson tendrán la esperanza de hacerlo factible. Incluso uno de los grandes sabios que trabajan en el cuerpo operativo de la SDI, Christopher T. Cunningham, del laboratorio experimental de Livermore, uno de los centros fundamentales de la investigación SDI, ha expresado sus dudas sobre la efectividad de las armas defensivas animadas por energía cinética para responder y aniquilar un asalto balístico de la Unión Soviética.

Es cierto que la técnica de este tipo de sistemas aplicados a la defensa está más adelantada que los láseres de alta potencia con empleo antibalístico, pero la necesidad de realizar esa primorosa contrabatería sideral que consiste en destruir en pleno, cielo un proyectil con otro, en colisión directa, preocupa técnicamente a los investigadores. Desde luego, la posibilidad de desplegar 10.000 proyectiles en el espacio, todos ellos dotados de instrucciones precisas para chocar contra un misil o una cabeza nuclear soviética resulta difícil de asimilar intelectualmente, pero la dificultad de encajar dentro de nuestros conocimientos actuales el esquema de la SDI representa el gran desafío de los hombres que conducen esta operación.

Técnicamente han demostrado al escalón experimental que son capaces de detener un proyectil durante su vuelo con el impacto de otro. Y a partir de ese punto se penetra ya en el terreno de tales hipótesis que podríamos llamar hegelianas. ¿Si se destruye uno, quiere decir que se pueden destruir diez mil? ¿En qué punto la cantidad empieza a convertirse en calidad?

Tercera fase

(Midcourse Phase.) Recorrido intermedio del misil, que se extiende desde el momento en que termina el final de la misión del "bus" o repartidor de las cabezas nucleares, destinadas a seguir solas e independientes su trayectoria balística alcanzando el apogeo a unos 1.200 kilómetros de la Tierra, hasta su reingreso en la atmósfera, después de haber realizado un vuelo cuya duración oscila entre los veinte y los treinta minutos, a una velocidad que ronda los 25.000 kilómetros por hora.

Es, como puede verse, el más largo período de tiempo durante el vuelo del misil y el que ofrece mayores oportunidades a la defensa. Entre los diez minutos de las primeras fases –"Boost y Postboost" o "busing"– y los escasos dos minutos que tardan las cabezas nucleares en caer sobre sus objetivos en el momento de entrar de nuevo en la atmósfera a cien kilómetros de altura, está claro que la fase intermedia será la más propicia para la defensa.

Pero como es natural, dentro de la eterna dialéctica entre ofensa y defensa, los planes del atacante tienen previstas las dificultades, procurando emplear los métodos necesarios para que los proyectiles, en este caso concreto las cabezas nucleares, marchen protegidas y envueltas por una verdadera nube de senuelos engaños que den una réplica a los rada-

res y captores de la defensa, idéntica a la que podrían ofrecer las verdaderamente peligrosas cargas atómicas. Como esa masa de engaños y cargas se mueve en el vacío sin resistencia, todas marchan a la misma velocidad y resulta así difícil la distinción entre la falsa y la real amenaza a la hora de asignar a cada arma defensiva su destino eficaz contra la verdadera amenaza.

La detección se enfrenta en este punto a uno de sus más graves problemas y parece justo decir que las seguridades de los entusiastas hombres comprometidos en la SDI deben ser recibidas con cautela. Es muy posible que si algún día el proceso entero de la SDI se desarrolle en su plenitud, el auxilio de los láseres de electrones libres, que constituye uno de los objetivos más perfeccionados y últimos del sistema, sea capaz de cumplir la discriminación. Pero, hoy por hoy, nos movemos en el terreno de las hipótesis.

Naturalmente, cuando las cargas atacantes entran en la atmósfera, la detección resulta mucho más fácil para los perfeccionados radares y captores que el dispositivo tiene previsto, porque las cargas nucleares, más pesadas, avanzan a mayor velocidad, pero en ese momento apenas quedan dos minutos para cumplir la interceptación. Es justamente durante el largo período del recorrido intermedio cuando la defensa debe aprovechar al máximo el tiempo disponible y la uniformidad del medio en que se desarrolla la etapa, asunto de gran importancia para el mejor rendimiento de los medios de detección y contraataque.

El problema número uno es la detección y discriminación entre falsas y verdaderas amenazas, por eso el despliegue tiene previstos varios programas para conseguir la conveniente identificación de las armas que será necesario destruir.

Es la tarea de un segundo sensor de vigilancia permanente en el espacio, SSTS (Space-based Surveillance and Tracking System). Sus funciones abarcan, además de la observación de la segunda fase, como vimos con anterioridad, la vigilancia de la tercera, que es su principal función y para la que ha sido proyectado. Cuenta con el apoyo de otro captor basado en tierra, que se estudia a continuación.

Sensores para la detección en la tercera fase

GSTS (Ground Based Surveillance and Tracking System). Es el auxiliar del STSS, basado en tierra, por lo que su lanzamiento al espacio se cumplirá cuando haya sonado la alarma de ataque. Tiene como función buscar, detectar y seguir, la trayectoria de las cabezas nucleares independientes durante esta tercera fase estratosférica, puesto que tendrá tiempo de colocarse en posición de vigilancia antes de que las cabezas nucleares adversarias hayan alcanzado el apogeo de su órbita e inicien el descenso.

Dotado de una poderosa capacidad de vigilancia, gracias a los sensores infrarrojos con que va equipado –el muy conocido LWIR (Long Wavelength Infrared Probe) –, al que los laboratorios han sido capaces de re-

solverle los enormes problemas que creaba la necesidad de encontrar un sistema de enfriamiento de tamaño reducido para que la fuente de infrarrojos pueda trabajar con aprovechamiento. El GSTS tiene la ventaja de estar basado en tierra, por lo que no puede ser aniquilado por una contramedida adversaria, y dispone de una capacidad de discriminación muy alta para distinguir los engaños que envuelven a las cabezas nucleares de las propias cargas, enviando así al puesto de mando la información necesaria para adjudicar a cada objetivo el arma de defensa y trazar su trayectoria. Con las informaciones del GSTS y del STSS, junto con las que ofrecen igualmente durante esta fase, los pequeños detectores que acompañan al interceptor cinético –SBI–, analizado en la fase anterior, se cubren las necesidades del mando.

A continuación hay que repasar las armas defensivas que durante este periodo deben impedir el paso de los proyectiles atacantes y entre ellos, siempre dentro del grupo de programas seleccionados el pasado 18 de septiembre, aparece uno de los más prometedores del actual esfuerzo americano. El ERIS.

Respuestas militares durante la tercera fase

ERIS (Exoatmospheric Reentry Vehicle Interceptor Subsystem). Es un cohete en tierra destinado a interceptar, gracias a su fuerte energía cinética, una cabeza nuclear adversaria más allá del límite de la atmósfera, es decir, durante el tercer periodo del recorrido o fase intermedia. Pero su concepción ha nacido bajo el propósito de que sea ligero, tan sólo unos 700 kilos, y sobre todo barato, puesto que si el programa resulta viable y se decidiese su desarrollo operacional harían falta innumerables ERIS para cubrir esta franja de protección destinada a responder a la amenaza de la tercera fase. Los cálculos de los laboratorios señalan que cada ERIS puede costar un millón de dólares y en principio el primer programa de realización sería de unos cien ejemplares. Dotado de sistemas de medidas de auto orientación en el espacio, gracias al IMU (Inertial Measurement Unit) y de un buscador de infrarrojos, tiene la capacidad de movimiento suficiente durante su vuelo para corregir el camino y encontrar al proyectil adversario, realizando las precisas desviaciones. Se trata de un ingenio cinético que destruye por choque directo y que es, por lo tanto, otro más de los sistemas no nucleares destinados a destruir proyectiles nucleares, es decir, enteramente obediente a la doctrina fundamental de la SDI. Responder a lo nuclear con sistemas no nucleares.

Cuarta fase

Fase Terminal. Las cabezas nucleares adversarias que hayan sobrevivido a las tres capas de interceptación anteriores deberán ser detectadas a partir de los cien kilómetros de altura durante los dos o tres minutos

aproximados de su parábola dentro de la atmósfera antes de llegar a tierra. Ninguno de los dos programas de sensores de la cuarta fase están incluidos en la selección del 18 de septiembre, porque sus técnicas de construcción son más sencillas, entendiendo la frase con las necesarias reservas, pero también parece evidente que tratándose de sistemas basados en tierra, o embarcados en aviones convencionales, su puesta en marcha tiene que resultar más fácil que calcular la instalación en el espacio de un sensor o de una maestranza de armas cinéticas satelizadas.

Los detectores son de dos clases. Un radar de fase, instalado en tierra, y un avión de observación dotado de medios ultraperfectos de detección. Las armas defensivas contra el asalto adversario se reducen fundamentalmente a una sola de energía cinética, en cierto sentido emparentada con el ERIS analizado durante el estudio del periodo anterior. El trabajo de los elementos incluidos en la operación defensiva durante el recorrido terminal tiene el inconveniente de disponer de muy poco tiempo –tres minutos como máximo–, pero la enorme ventaja de que las cabezas nucleares adversarias entran en la atmósfera prácticamente solas, porque su mayor peso las han separado de los engaños y camuflajes que habían venido acompañándolas y protegiendo contra la detección durante su recorrido al exterior de la atmósfera. La defensa dispone de menos tiempo para reaccionar, pero puede ver non mayor claridad, adjudicando a cada arma defensiva sus objetivos, aunque también, como puede comprenderse fácilmente sólo puede cubrir áreas relativamente pequeñas en extensión, un puesto de mando o una batería de misiles propios, nunca una ciudad, ni mucho menos las fronteras de un país para envolverlo íntegramente tras de su muralla protectora. Las defensas destinadas a resolver las amenazas de la cuarta fase corresponden en sustancia a los sistemas de defensa antimisiles que el Tratado ABM de 1972 admitía alrededor de dos lugares acotados, uno en los Estados Unidos y otro en la Unión Soviética.

En este punto se entra en un terreno donde la tecnología tiene bastantes años de historia, aunque en el marco de la investigación SDI los viejos sistemas americanos y rusos, hayan sido perfeccionados desde entonces hasta el refinamiento. Veremos sucesivamente los dos sistemas de detección previstos y el arma defensiva principal que debe proteger los puntos elegidos contra los proyectiles que las capas anteriores de defensa hubiesen sido incapaces de interceptar.

Detectores durante la cuarta fase

TIR (Terminal Imaging Radar). Es un radar de fase, capaz de seguir con sus múltiples detectores amenazas diferentes o de almacenar las informaciones débiles para estudiarlas, comunicando después los resultados totales de sus pesquisas al puesto de mando. Se basa en los mismos principios que los gigantescos radares de fase –Phased-array radar system– instalados por americanos y soviéticos para detectar el vuelo de los misiles adversarios como son los occidentales de Thule en Groenlandia, de Fyling-

dales Moor en Inglaterra, o de Clear en Alaska, o los "Pave Paws" que existen en los Estados Unidos, o los "House Hen" o "Dog House" soviéticos. La diferencia es que el TIR tiene dimensiones inferiores, aunque conserve casi las mismas calidades y pueda ser utilizado en cualquier punto donde se considere necesaria su vigilancia, sin necesidad de realizar previamente interminables trabajos. Entre los técnicos americanos se considera la investigación del TIRR como una de las más útiles tareas dentro del complejo mecanismo de la SDI. A pesar de no haber sido incluido en la lista del 18 de septiembre.

AOA (Airborne Optical Adjunct). Un avión Boeing 767, modificado, para instalar una estación de observación volante dotada con detectores de infrarrojos sumamente perfeccionados, con capacidad para detectar cualquier objeto sospechoso durante su cruce por las zonas superiores del límite atmosférico y desde luego continuar su persecución y seguimiento cuando penetre en la capa atmosférica. Es decir, que el AOA puede cumplir servicios de detección e identificación durante el final de la tercera fase y durante toda la cuarta. Siempre se encuentra repetido este solapamiento de medios de detección entre las diversas fases del vuelo del proyectil enemigo para disponer en permanencia de un caudal de informaciones redundante, donde el posible desfallecimiento de un sistema pueda ser corregido por otro programa auxiliar y simultáneo.

Armas defensivas durante la cuarta fase

HEDI (High Endoatmospheric Defense Interceptor). Un sistema cinético que podría destruir, siempre por choque directo contra el atacante, un proyectil adversario dentro ya de la corona atmosférica terrestre. Su fundamental mecanismo de acción resulta parecido al ERIS, analizado con anterioridad, y la cabeza buscadora del proyectil está equipada con sus propios medios de detección gracias a un delicado sistema de rayos infrarrojos que le orientan en busca de su blanco. Para la construcción de HEDI se han empleado partes de los sistemas de propulsión de los antiguos misiles antimisiles "Sprint" y "Spartan", que constituyeron durante la década de los sesenta y comienzos de los setenta la base del arsenal de defensa iniciado entonces para ser liquidado más tarde por escasamente útiles después de la firma del Tratado ABM –Anti-Ballistic Missile– de 1972.

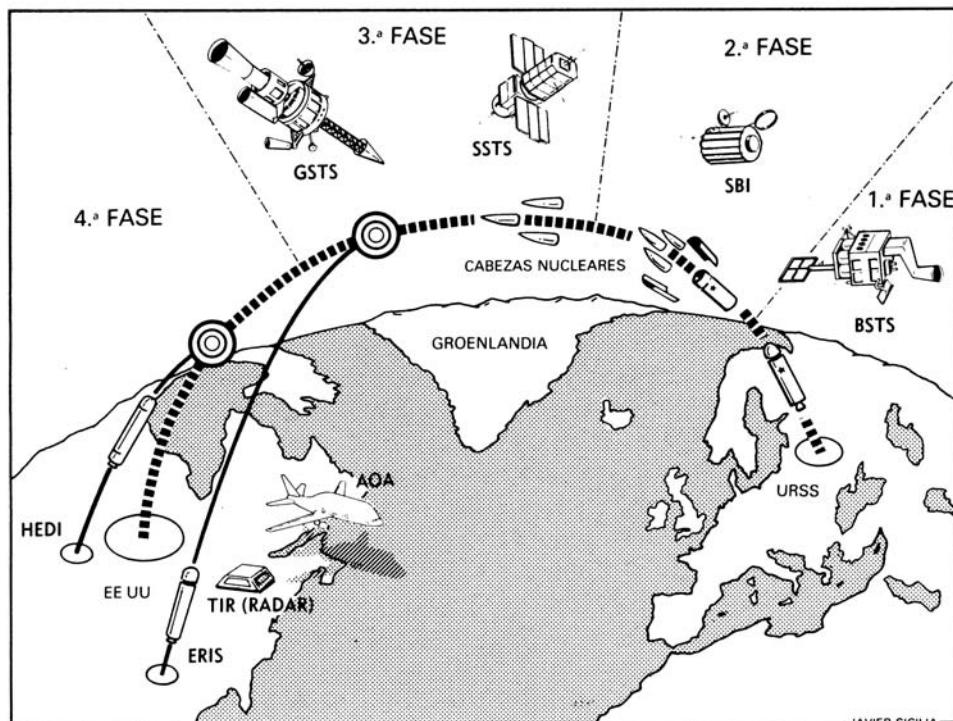
La diferencia entre HEDI y los sistemas cinéticos anteriores es que ahora la técnica dispone de medios para dotar el antimisil con su propia guía en busca del objetivo adversario. HEDI y ERIS están dotados de un "homing vehicle", es decir, un sistema de búsqueda instalado a bordo, capaz de orientar la trayectoria en función de sus propias instrucciones, en lugar de esperar las directrices enviadas desde tierra de un radar de seguimiento.

Naturalmente, también HEDI y ERIS marcha a velocidades superiores y sus cambios de orientación para perseguir al enemigo deben cumplirse en periodos de tiempo brevísimos.

El mando de la SDI

BM/C3 (Battle Management/Command and Control, and Communications). Es el sexto programa seleccionado por Weinberger y quizá quien encierra los problemas más graves de resolver de todo el proyecto SDI. BM/C3 debe organizar el orden de la batalla a la vista de las informaciones emitidas por los sensores distribuidos en las distintas etapas del vuelo del proyectil enemigo, analizando los datos recibidos y distribuyendo el empleo de las armas del sistema defensivo disponible.

Es fácil comprender que la solución afortunada de este problema encierre, técnicamente hablando, dificultades superiores a las de situar las armas defensivas y los detectores en el espacio, dotándolos de todos los elementos necesarios para cumplir sus funciones. Porque aunque resulte sorprendente será más fácil situar un láser en el espacio o un captor de rayos infrarrojos, consiguiendo el perfecto funcionamiento de ambos ingenios, que establecer el ordenamiento lógico de todos los elementos que deben componer el plan de batalla. El general de la futura batalla espacial, tiene menos dificultades para disponer, de sus fantásticas armas, que para organizar dentro de una arquitectura lógica de empleo la totalidad del mecanismo imaginado.



Los primeros sistemas previstos para la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI).

Hacen falta sensores que anuncien, armas que intercepten y mandos que combinen el aprovechamiento de ambos brazos de la operación. Pues bien: entre todos ellos, el objetivo más difícil de conseguir parece, sin duda alguna, que es el último.

Y la razón resulta muy clara. En primer lugar, no se sabe el número de satélites que o bien como captores de información o como portadores de armas de destrucción antimisiles deberán ser desplegados en el espacio o en tierra. Las cifras sobre el número de satélites donde vayan a ser embarcados los dos elementos principales del sistema general –sensores y destructores– son tan dispares, según los diferentes tratadistas, que harán falta algunos años para conocer con exactitud el número necesario.

Lo cual quiere decir que resulta prácticamente imposible saber en la actualidad la cantidad de informaciones que deberán recibir y tratar los ordenadores del mando y control, aunque se tenga una idea aproximada de su volumen, que en cualquier caso resulta enorme y reclamará respuestas en márgenes de fracciones de segundo. Si los sensores encargados de denunciar el lanzamiento de los misiles enemigos –que hemos estudiado bajo su sigla BSTS– comunican que, efectivamente, ha empezado la ofensiva, sabemos que la primera fase se desarrolla en un periodo de tiempo que oscila entre los 150 y los 300 segundos. Durante ese fugaz plazo, el sensor comunicará las características y la trayectoria de cada misil enviado y el mando decidirá qué armas defensivas deben ser empleadas, para lo cual necesitará, a su vez, asimilar y ordenar la información de alerta dando las órdenes correspondientes en breves segundos, lo cual sólo puede cumplirse disponiendo de ordenadores de la última generación dotados con los novísimos circuitos integrados de alta velocidad (VHSIC, Very High Speed Integrated Circuits), cuya técnica de fabricación han conseguido refinar los Estados Unidos gracias a sus estudios sobre los circuitos de galio y arsénico que hasta 1982 monopolizaban los japoneses y, cuya investigación, Europa ha decidido congelar en sus laboratorios. Detalle muy digno de ser tenido en cuenta, cuando se parlotea sobre la defensa real del Viejo Continente.

Deben alcanzar los cien o los mil millones de informaciones por segundo, utilizando los nuevos ingenios de tres o de cinco dimensiones prácticamente en estado de uso, gracias a los trabajos de las empresas contratadas en el proceso de investigación. Ahora bien, una vez en posesión de ordenadores y de armas hace falta preparar el código que haga factible el trabajo correcto del sistema y enlace todos sus elementos. Se llega así al punto que encierra las mayores dificultades porque el programa capaz de animar conjunto tan complejo se sitúa casi en los límites de lo imaginable.

Unos datos previos pueden clarificar la cuestión. Se ha venido admitiendo, en líneas generales, que un experto puede obtener a lo largo de su trabajo una media de ocho líneas de código por día, lo cual no quiere decir que en determinadas ocasiones no rinda más, sino que, como media, alcanzará estos resultados. Si este cálculo, que se ofrece tan sólo a título orientador, fuese aplicado a un programa de grandes dimensiones tendríamos que 300 hombres trabajando en equipo muy bien conjuntado, po-

drían alcanzar en un año el rendimiento de un millón de líneas de código, una tarea gigantesca que no se ha confeccionado jamás dadas sus colosales dimensiones. El programa existente, que se cita como el más extenso de los obtenidos hasta ahora, el famoso "Citation", destinado a regular el trabajo de los reactores nucleares, cuenta con 30.000 líneas y se han proyectado algunos de 100.000 líneas.

Pues bien, para abastecer las necesidades del mando y control de la SDI hay autores que pronostican la necesidad de poseer un código de información de diez millones de líneas, como lo hace W.J.Broad.Ware Myers, en Febrero del año pasado, establecía su propia estimación entre los diez y los treinta millones de líneas de código ("The Star Wars Software debat". Boletín de los científicos atómicos) y termina planteando una de las más delicadas Y cuestiones de toda la discusión sobre la factible condición de la SDI: "¿Es que podremos construir la técnica de ordenadores que reclama el proyecto?"

La respuesta es difícil, porque David Parnus, miembro eminente del grupo encargado de conducir los estudios sobre el sistema ordenador capaz de recibir la información y articularla dentro de un esquema de lógica aplicación, dimitió de su puesto con una confesión que quizá constituya uno de los momentos más patéticos de esta lucha del hombre contra los límites de su capacidad intelectual, aun asistida por el gigantesco arsenal de las inteligencias artificiales: "No podría hacerlo."

Basta comparar las cifras que se han adelantado como límite aproximado de la capacidad del hombre para alimentar a sus ordenadores y las necesidades del mando y control de la "guerra de las galaxias" para encontrar resultados capaces de dejar perplejo al más optimista de los expertos.

Si entre las cifras avanzadas, es decir, entre diez y treinta millones de líneas de código, elegimos una media, es decir, los veinte millones de líneas de código que adelanta Ware Myers, los trescientos hombres del ejemplo ofrecido, capaces de preparar un millón de líneas por año, necesitarían veinte para que el general jefe de la SDI pudiese apretar el botón que desencadenase de manera ajustada y efectiva su diabólica mecánica de armas espaciales y terrestres.

Naturalmente, se emplearían más hombres para acortar los plazos, pero aun así resulta necesario tener en cuenta que los datos de base destinados al ordenador en el gigantesco programa de veinte millones de líneas de código no se conocen todavía, ya que las armas y sensores están aún en período de laboratorio y no han sido experimentados en condiciones reales ni lo serán hasta dentro de tres o cuatro años. Sólo entonces podría iniciarse la confección del programa informático, con lo cual se comprueba una vez más que la empresa se proyecta sobre horizontes bastante lejanos.

Pero los hombres que cumplen el trabajo de la SDI creen firmemente en lo que están haciendo aunque comprendan mejor que nadie las dimensiones prometeicas de su ambición. "Lo podremos hacer", dicen, y siguen trabajando.

Hemos analizado las funciones que sobre la primera fase de experimentación de la SDI acaba de anunciar el Departamento de Defensa, con sus seis programas seleccionados el 18 de septiembre de 1987, añadiendo tres que, según nuestro propio criterio, podrían realizar progresos estimables en plazos no demasiado largos, pero hace falta repasar, aunque sea con menos detenimiento, los otros programas que la SDI tiene dispuestos con horizontes temporales mucho más alejados, que, sin embargo, cubrirían misiones importantísimas dentro del esquema defensivo general.

Nos referimos a los láseres, cañones hiperveloces y haces de partículas neutrales o cargadas. Es' un terreno donde la ciencia se mueve todavía con extremada prudencia y que quizá constituye, por eso mismo, la parte más fácilmente criticable sobre la viabilidad del proyecto. Todos ellos se inscriben en calendarios que alcanzan el próximo siglo, impuestos por la técnica, suponiendo que efectivamente todos ellos entren en funcionamiento, lo que hoy por hoy, y para algunos de ellos, constituye un verdadero enigma.

Pero existen en el esquema global de la SDI otros proyectos que acompañan a los ya citados dentro del campo de las armas de energía directa. Los ensayos sobre la creación de antimateria, una fórmula que gramaticalmente ya desprende en su simple enunciación una casi teológica perplejidad cuando dicen los sabios que un miligramo de antimateria equivale a seis toneladas del combustible que alimenta los motores de los misiles. Y lo mismo podría decirse de los rayos producidos por una explosión atómica controlada lanzada desde un submarino por el llamado sistema de "pop-up", llenando los cielos de calderas, de donde surgirían, convenientemente orientadas, las fuentes de energía contra los misiles enemigos. Pero también en la proyección futurista de estas armas defensivas hay que imponer determinados límites. Ni la Humanidad soportaría un sistema alimentado por explosiones nucleares en el espacio cuando todavía nadie ha sido capaz de cumplirlas de buena manera en tierra, ni existe, dentro de un futuro proyecto, la posibilidad de orientar los rayos hacia sus destinos. Aquí entramos en el futuro del futuro. En el pos-Julio Verne. Pero podemos empezar por los más factibles.

DEW (Directed Energy Weapons): SDI II

Los rayos láser. Sería el arma defensiva absoluta cuando estuviese realmente disponible y se comprenden los costosos esfuerzos que se están dedicando a su perfeccionamiento, pero es también, al menos en su empleo como satélites destructores de proyectiles colocados en el espacio, el punto que aparece como más alejado en el tiempo entre todas las posibilidades estudiadas dentro del marco global de la SDI. El novelesco "rayo de la muerte", que gracias a la concentración de fotones en un compacto haz de luz resulte capaz de destruir o, por lo menos, inutilizar un objetivo militar reflejándose sucesivamente en varios espejos colocados en órbitas espaciales como satélites, constituye la respuesta ideal frente a un pro-

yectil atacante. Lo malo es que la técnica actual no ofrece todavía la potencia que reclamaría un láser operando a enormes distancias, ya que, para desgracia de los técnicos encargados de construir el arma defensiva perfecta, la tierra es redonda y la lineal propagación del rayo de luz concentrada necesitaría adaptarse a su curvatura después de ser reflejado por dos o más espejos gigantescos colgados del espacio para alcanzar su blanco.

Es cierto que la técnica del láser, o para hablar con propiedad, de las numerosas familias del láser, está perfectamente dominada en la gama de la débil y media potencia. No existen barreras físicas infranqueables para hacer más poderoso lo que ahora se fabrica en escalones modestos.

El investigador no necesita inventar, sino perfeccionar, lo cual ya significa una buena posición de partida. Hacer lo mismo que ya sabe hacer, pero hacerlo más grande y mejor adaptado al servicio espacial.

Todo esto se refiere, naturalmente, a la construcción de una fuente de energía láser basada en tierra, donde no haga falta tener en cuenta las dimensiones del generador de haz luminoso, que hoy por hoy reclama magnitudes físicas impresionantes. "Shiba", "Nova", "Phoebus", los primeros láseres experimentales, son verdaderos monstruos.

Cuadro 3 Contratos SDI con industrias norteamericanas	
Industria	Valor (M. dólares)
Lawrence Laboratory	725
General Motors	579
Lockheed	521
TRW	354
McDonnel Douglas	350
Boeing	346
Los Alamos Laboratory	196
Rock Well Int.	188
Teledyne Inc.	180
EG X G	140
Gencorp Inc.	135
Textron	93
Sandia Laboratory	91
LTV Corp.	90
Flow General	89
Raytheon Co.	72
Science Applications	69
Honeywell	69
Nichols Research	63
Mit Lincoln Lab.	63

(Fuente: Aviation Week and Space Technology. 1986)

La fuente de problemas para los investigadores del láser aplicado a la SDI surgen alrededor de tres capítulos esenciales: la frecuencia de la onda, el tamaño de la fuente creadora de la energía y los espejos destinados a orientar el haz luminoso hasta su objetivo. Lo cual quiere decir que un láser basado en tierra y con la potencia suficiente para destruir un avión en vuelo a una corta distancia, está prácticamente disponible en el terreno.

no de la experimentación, que, dicho sea entre paréntesis, parece más avanzada por parte soviética que americana. Pero ese estado de la investigación resulta claramente insuficiente para las exigencias de la "guerra de las estrellas".

Que el láser químico -bióxido de carbono, deuterio, flúor-sea el que haya obtenido mejores rendimientos quiere decir que podrá ser utilizado en los combates terrestres o de corta distancia, pero no en el delicado mundo de la SDI, donde los láseres de electrones libres (FEEL - Free Electron Lasers) constituyen el centro de la investigación y donde ya se obtienen en algunos laboratorios rendimientos apreciables con una corta longitud de onda, diríamos ideal, en la gama del ultravioleta y con la repetición de pulsos necesarios para destruir el metálico envoltorio de la ojiva balística.

Pero se está muy lejos todavía de disponer de la potencia energética necesaria para estas misiones de destrucción militar cuyo nivel podría establecerse en un orden de magnitud cuatro o diez veces superior al actualmente disponible, aun contando con su exclusiva instalación terrestre, al menos por ahora, y olvidando la satelitización. En 1985 el organismo que dirige los trabajos de la SDI para orientar los trabajos sobre láseres de electrones instalados en tierra confirmaban la práctica imposibilidad de colgar en el espacio los monstruosos aparatos dotados de sus correspondientes fuentes de energía que reclama este sistema y concentraba su investigación sobre láseres terrestres.

Electrones libres

De momento, el programa de láseres de electrones FEE puede considerarse como un ejemplo de cómo se concibe en los Estados Unidos un esfuerzo militar dentro de este complicado y futurista aspecto de la defensa, aplicando a su perfeccionamiento los principios sacrosantos de la libre competencia industrial.

Resulta interesante estudiar el método. El láser de electrones libres, tiene en los estados actuales de la ciencia dos diferentes caminos de investigación abiertos ante los científicos, cada uno, como es natural, con ventajas e inconvenientes.

Para investigarlos simultáneamente, el organismo director del SDI ha establecido lo que entre ellos y en lenguaje coloquial llaman "carrera de caballos". El primer sistema sería la aceleración de los electrones por inducción, haciendo caminar el haz de alta energía a través de una sucesión de campos magnéticos alternativos, mientras el segundo sería un acelerador de radio-frecuencia ensayado ya en algunos centros de estudio.

La "carrera de caballos" se abrió entre dos concurrentes. El sistema de inducción se encargó al Lawrence Livermore National Laboratory, que en sus instalaciones de Livermore (California) y en unión de varias compañías privadas investiga el procedimiento.

El otro sistema, el de la Radio Frecuencia (Radio Frequency Linear Accelerator, LINAC), más tradicional, que ya había sido experimentado en la Universidad de Stanford, se encargaba a una filial especializada de la famosa sociedad constructora de aviones Boeing: Aerospace Boeing Co., de Seattle. La “carrera de caballos” iniciada en 1987 debe terminar a finales de 1988, disponiendo cada uno de los dos concursantes, Livermore y Boeing, de año y medio para demostrar las bondades de sus respectivas técnicas, y en ese momento la suprema organización de la SDI será quien seleccione al más eficaz y prometedor. El camino de la inducción emprendido por el laboratorio de Livermore tiene la ventaja de aprovechar muy bien la energía suministrada al acelerador; es decir, obtiene mejores beneficios entre gasto y rendimiento, pero, en cambio, ofrece una longitud de onda del haz luminoso demasiado larga para satisfacer objetivos militares de destrucción. La banda de longitudes de ondas cortas resulta más percutante que las largas. El sistema de Radio Frecuencia de Boeing aprovecha, en cambio, peor la energía de base, pero mejora la intensidad de lo que se llama “brillantez” del haz luminoso de fotones, que, a pesar de tan bello nombre, valora su capacidad de destrucción frente al objetivo enemigo. Además aumenta la repetición o cadencia del haz luminoso de fotones, haciéndoles más insistentes sobre el blanco. Entre los dos, y dentro de un año, sabremos quién ha ganado esta fabulosa “carrera de caballos” para coronarse con el premio del “rayo de la muerte”.

Los espejos siderales

Para utilizar con fines militares defensivos tales armas, queda por último por resolver el problema de los espejos destinados a superar la dificultad que representa la redondez de la tierra para adaptar la recta luminosidad de rayos láser a la curvatura del planeta. Cuando en uno cualquiera de los centros de estudio del Ejército del Aire se planteaba la cuestión sobre el tamaño que deberían tener los espejos destinados a reflejar el rayo láser, los investigadores, con cierto irónico pesimismo respondían que “serían muy grandes”, sin atreverse a cifrar en público las dimensiones de sus reflectores celestiales.

Se puede deducir ante tanta discreción que serán enormes, y como el tamaño de un espejo reflector reclama para su fabricación periodos de tiempo ajustados a un cierto ciclo regular, ajustado más o menos a la regla de doblar la superficie de espejo espacial a partir del modelo más pequeño y anterior cada cinco años. Un espejo de dos metros y medio de diámetro podrá convertirse en uno de cinco dentro de cinco años, que a su vez podría ser de diez al siguiente quinquenio, y de veinte, cinco años más tarde.

Esto quiere decir que en los actuales momentos de la óptica adaptativa, y partiendo del tamaño de los espejos conocidos en la actualidad, el deseado espejo tipo de cincuenta metros de diámetro que, según parece, necesitaría el sistema para trabajar militarmente, la fecha del año 2020

parece la más ajustada para disponer de una instalación en funcionamiento. Todo ello suponiendo que hasta entonces la Unión Soviética no haya previsto un sistema para deslustrar la pulida superficie reflectora del espejo con una carga imparable de partículas rompedoras. Junto a las dificultades de construcción del propio láser basado en tierra aparecen las complicaciones de su empleo, que, dadas las distancias entre el láser basado en tierra americana y la URSS, reclamaría por lo menos la reflexión en un par de espejos satelitzados, multiplicando por dos los obstáculos y plazos para la realización del proyecto.

SDI y otros países

La Iniciativa de Defensa Estratégica, que en sigla universalmente repartida venimos presentando con sus iniciales inglesas, SDI, no tuvo nunca la pretensión de reducirse a un simple esfuerzo americano del que quedasen excluidos ni en su realización, ni por supuesto, en sus objetivos finales los aliados de los Estados Unidos. Que una copiosa y no siempre responsable literatura, haya pretendido confundir la opinión mundial presentando la SDI como hija filosófica de la vieja raíz aislacionista americana puede ser motivo para la propaganda, pero desde luego no se corresponde con la realidad. El peligro sería que la propaganda acabase por convertirse en realidad. Por eso conviene analizar con cuidado uno de los capítulos menos estudiados en algunas publicaciones occidentales, sin que ellas solas sean responsables del fenómeno, porque tampoco el Gobierno americano ha mostrado, al menos durante los primeros años de la puesta en marcha de la SDI, demasiado interés por explicar sus intenciones con detenimiento.

Y sin embargo los objetivos iniciales eran excelentes. En el discurso del presidente Reagan de 1983 se afirmaba con claridad que la iniciativa pretendía fortalecer simultáneamente la protección de los Estados Unidos y de sus aliados y que estos aliados deberían participar como colaboradores en el esfuerzo. La doctrina, al menos en teoría, era impecable, salvando el error ya denunciado de no haber realizado con anterioridad al anuncio unas consultas previas.

Pero las consultas posteriores entre los Gobiernos aliados y Washington no han faltado. La Alianza Atlántica, al nivel del Grupo de Planes Nucleares, del Comité de Planes de Defensa y del propio Consejo del Atlántico Norte, institución suprema de la Alianza, han tenido oportunidad de debatir los detalles necesarios para conocer con exactitud el proceso de la SDI.

La estadística de estas reuniones no resulta superflua para obtener una verdadera imagen de las relaciones dentro de la OTAN entre los europeos y los Estados Unidos. Dos reuniones del Grupo de Planes Nucleares, siempre a nivel de ministro de la Defensa (marzo y octubre de 1986); dos reuniones del Comité de Planes de la Defensa, que convoca a los ministros de la Defensa (mayo y diciembre de 1986), y dos Consejos del Atlán-

tico Norte, que reúne a los ministros de Asuntos Exteriores (junio y diciembre de 1986), a los que se suman las cuatro convocatorias de estos organismos en 1987.

La SDI podrá parecer bien o mal, pero desde luego no es una desconocida de los Gobiernos aliados. Quizá lo sea de ciertos medios de información, pero eso es otra cuestión.

Participación europea en los programas

En marzo de 1986, una carta del titular del Departamento de la Defensa, Caspar Weinberger, invitaba a 18 naciones a participar en programas de la SDI acogiéndose a los beneficios que el presupuesto americano había programado. La oferta era interesante por varios motivos. En primer lugar, porque los Gobiernos y empresas que aceptasen la invitación recibirían las dotaciones previstas, que eran importantes; pero quizás mucho más importante que el lícito deseo de ganancia, debería considerarse la utilidad de incluirse en un proceso tecnológico sin precedentes dentro de la historia del mundo industrial contemporáneo. La alta técnica, los dominios donde todavía la ciencia avanza con tímidos pasos y donde Europa sufre un tan evidente como inexplicable retraso, se abrirán a la colaboración entre países libres, puesto que la invitación no se reducía a los aliados de la OTAN, ya que también Japón, Israel y Corea del Sur quedaban incluidas en la amistosa convocatoria de Weinberger.

Modalidades de participación

El entendimiento entre Estados Unidos y sus aliados europeos sobre el proceso de la SDI queda en principio enmarcado en tres tipos de relación, tanto en el interior de la propia SDI, como en trabajos cumplidos en estrecha colaboración con ella.

Primer sistema. Los llamados Memorandums of Understanding, cuyas siglas MOUs, va a convertirse en una imagen gráfica habitual dentro del lenguaje SDI. Son acuerdos de entendimiento y cooperación para determinadas tareas de investigación –no olvidemos jamás que todo el proceso SDI se mueve todavía en el área científica de los laboratorios– entre los Gobiernos interesados y el de los Estados Unidos. Cuatro MOUs se han firmado desde la invitación americana: con el Reino Unido, Alemania federal, Italia e Israel. Es el tipo de compromiso con más alcance jurídico, puesto que se pacta entre Gobiernos, siempre basado en un conjunto de reglas de seguridad sobre la difusión y aprovechamiento de los resultados, totalmente explicables por parte del Estado convocante.

Segundo sistema. Contratos privados entre compañías especializadas y el organismo director de la SDI. Constituye un segundo mecanismo de acceso al conjunto de determinados programas que a título privado un grupo de expertos extranjeros pueden establecer con el Go-

bierno de los Estados Unidos para trabajar sobre ciertos aspectos muy concretos del programa general. En realidad este tipo de contratos suelen establecerse entre un primer subcontratante y otro segundo subcontratante extranjero.

Tercer sistema. Las participaciones de este tipo se concentran en el estudio de la lucha contra misiles de corto alcance, que aun situado oficialmente al exterior del esfuerzo oficial de la SDI, opera siempre en estrecha relación con ella, puesto que muchos de los recursos movilizados por la SDI pueden aplicarse al desarrollo de este sector. Es el espacio conocido como Theater Missile Defense Architecture Study (TMDAS) que ofrecemos en un cuadro separado. Esta tercera vía de colaboración merecería mayor atención por aquellos países de la OTAN que no participan, porque puede ofrecer valiosas orientaciones frente a una de las grandes amenazas que pesan sobre Europa. Al menos en el terreno de la teoría de la defensa.

Tareas comunes

La aportación que los diferentes aliados de la OTAN están prestando a la SDI se reparte según sus competencias y ofertas. El, Reino Unido quizá con más contratos en número, pero con menos ingresos por contrato, ofrece a través de sus empresas especializadas trabajos en el ramo de la óptica, de los haces de partículas, del cañón electromagnético, de la meteorología y, como todos los participantes extranjeros, en el campo auxiliar que hemos señalado como tercera vía de participación, es decir la arquitectura sobre la defensa contra misiles de corto alcance en el teatro militar europeo.

República Federal Alemana. Sistemas de seguimiento de misiles, óptica en general, láseres de electrones, defensa contra misiles.

Israel. Propulsión eléctrica y química de misiles, láseres químicos de onda corta, y desde luego, como resulta enteramente explicable, investigación sobre la defensa contra misiles de corto alcance.

Italia. Trabajos en la investigación de sistemas de enfriamiento para los sensores infrarrojos, buscadores de onda corta para proyectiles de energía cinética. Naturalmente participa igualmente, como todos los europeos, incluidos en el grupo de colaboración en la investigación y desarrollo de un sistema para combatir los misiles enemigos de corto alcance.

Francia. Las empresas francesas participantes en los esfuerzos y trabajos de la SDI, operan con acuerdos privados suscritos entre sus empresas y el organismo director de la SDI, y, hasta ahora, se ha limitado al sector de la investigación sobre los rayos láser de origen electrónico; a los sensores de infrarrojos y, también, como viene siendo regla entre europeos a los estudios para proteger Europa contra misiles de corto alcance.

Bélgica y Holanda. La colaboración de ambos países se concentra en el sector antimisiles que ya hemos repetido, no constituye exactamente una actividad directa SDI, sino un trabajo auxiliar sobre el estudio de los

sistemas que puedan contrarrestar un ataque por parte de armas de corto alcance.

Balance de la colaboración europea.

Tan injusto sería decir que la colaboración de los aliados europeos en la investigación –insistimos en el matiz– norteamericana de la SDI, tiene escasa importancia, como que haya sido un éxito de entendimiento entre los aliados de las dos orillas del Atlántico. El término medio sería lo más justo. La colaboración es cierta pero modesta, puesto que países amigos de enorme importancia tecnológica como el Japón, no ha pasado del escalón de las buenas palabras, aunque puede avanzarse la hipótesis de su participación futura en algunos proyectos. Aunque todavía su inclusión en algún programa concreto no se haya consolidado. La comparación, que se ofrece con la cruel claridad de los números en nuestros cuadros, puede brindar la mejor respuesta a quien pretenda obtener una respuesta a esta delicada cuestión. El volumen de la contribución europea –Israel es apenas acontecimiento aislado, desde el punto de vista técnico– resulta muy pequeño en proporción a los pagos que la organización de la SDI dedica a empresas americanas. Pero también es verdad que existe un interés indiscutible por parte de muchas empresas europeas por incluirse en el esfuerzo de investigación que encierra la SDI, sin comparación posible con los que pueda cumplir la Europa sola. Un poco de sentido común resultaría benéfico a la hora de ponerse a comparar magnitudes incomparables.

Y en este punto resulta inevitable invitar a una reflexión entre aliados sobre las ventajas y los inconvenientes del proyecto SDI. Carece de sentido renunciar brutalmente a esta convocatoria destinada a perfeccionar técnicas que, de una manera o de otra, constituyen hoy por hoy las más útiles perforaciones de la ciencia en el camino del porvenir y parece casi ridículo añadir que semejante tipo de progresos tiene exclusivamente alcance militar. Porque abarca prácticamente todos los campos de la moderna tecnología.

Ningún país occidental debería considerar su participación en el conjunto científico de la SDI con reticencia, por la sencilla razón de que alrededor de esta gigantesca aventura tecnológica se están empujando las fronteras de la ciencia moderna.

Conclusiones

Como todas las verdaderas revoluciones, la SDI ha recibido durísimos ataques de sus enemigos y fervorosos elogios de sus partidarios, en parte porque las condiciones de su nacimiento como proyecto coherente y total estuvieron presididas por una evidente y política precipitación. Ni la técnica estaba –ni lo está hoy a pesar de sus avances cuatro años más tarde– a la altura que reclamaban las exigencias colosales de su ambicioso pro-

yecto, con lo cual, los defensores de la SDI se encuentran forzados a asegurar, bajo palabra, que son capaces de hacer lo que nadie había hecho hasta ahora, y pierden credibilidad, pero también a su vez los opositores, igualmente sorprendidos por Reagan, acumulan argumentos sin bases reales, porque nada prohíbe que la investigación vaya resolviendo las delicadas incógnitas pendientes.

Un balance objetivo de argumentos en favor o en contra, podría aceptar como razonable la afirmación de que la SDI, al menos en el sector que con más detenimiento se ha estudiado en las páginas anteriores, es decir, los seis programas de la primera fase es empresa factible, puesto que en realidad las partes que componen su gigantesco cuerpo son conocidas por los científicos al escalón de laboratorio y a partir de esta realidad concretísima, el problema se reduce a disponer de tiempo y dinero para desarrollar en grande lo que hoy se domina en pequeño.

Hablando con honestidad intelectual, la SDI parece realizable en la mayoría de sus programas, para componer entre todos ellos un sistema que no será perfecto, como bien reconoce el propio general Abrahamson, pero podría alcanzar una condición protectora lo suficientemente tupida, como para desequilibrar los cálculos soviéticos de un ataque de cohetes intercontinentales. Sin olvidar que desde el momento en que se inicie el despliegue de una defensa espacial efectiva, los ICBM soviéticos deberán reforzar las corazas protectoras de sus ojivas nucleares y aumentar el número de engaños y senuelos cargados a bordo que durante la larga fase intermedia de su carrera les protege de los sensores occidentales, con el inevitable efecto de disminuir con tantos la carga explosiva útil.

Aun admitiendo las relativas imperfecciones de la SDI, el hecho de montar de alguna manera una protección extendida a lo largo de las fronteras celestiales del país capital para la defensa de occidente, ya encierra ventajas estratégicas en relación con el estado actual de indefensión donde se apoyaba la filosofía de la Mutua Destrucción Asegurada (MAD).

Pero también es cierto que los europeos –o por lo menos una parte importante de los europeos– están acostumbrados a ordenar el pensamiento estratégico sobre la clave de la MAD y quizás en este punto, sea donde la revolución de la SDI, invirtiendo el esquema mental hasta ahora vigente, provoca el más alto malestar intelectual, sin que hablando seriamente, los escandalizados pensadores haya comprobado que sus argumentos carecen del más mínimo rigor.

Resulta, sin embargo, necesario admitir que romper de golpe los esquemas mentales que han amparado cómodamente al pensamiento estratégico universal, tiene que provocar una reacción de rechazo. La paz, sostenida sobre la Destrucción Mutua Asegurada, era una doctrina que, por inverosímil que parezca, ha mantenido la paz entre las grandes potencias durante casi medio siglo y esto es cierto. Pero también lo será la petición intelectual de considerar que semejante esquema reposaba sobre fundamentos tan frágiles que reclamaban una renovación y modernización de sus mandamientos. La disuasión por represalia, o puramente ofensiva, la Mutua Destrucción Asegurada, la entera panoplia del sistema de compen-

sación de terrores entre los supergrandes, ha servido durante mucho tiempo, y no hay por qué considerar que el pensamiento estratégico estabía equivocado con su empleo, a condición, eso sí, de reconocer que el edificio, no podía ser eterno y que en un momento u otro, después de cuarenta años de buenos y leales servicios, la disuasión por represalia –yo te mato, si tu quieres matarme, y al final todos estaremos muertos –no puede considerarse como fórmula invariable y perfecta para proteger la paz. Alguien, por algún lado, tenía que intentar romper el círculo vicioso.

Cuadro IV

Estado actual del programa SDI

Sigla inglesa y nombre del sistema	Función y emplazamiento	Compañías subcontratantes	Previsión primeros ensayos (fechas aproximadas de carácter indicativo)	Hipótesis despliegue (fechas indicativas; imposible precisión)
SDI I Programas prioritarios seleccionados al 18 de septiembre				
BSTS (Boost Surveillance and Tracking System).	Sensor dotado de un sistema de infrarrojos para denunciar el disparo del proyectil desde su silo, durante la primera fase del lanzamiento. Situado en el espacio, como plataforma satelitzada.	Lockheed Missiles and Space. Grumman Corp. Rockwell International Corp. Raytheon.	1991-1993	1999
SSTS (Space-Based Surveillance and Tracking System).	Sensor con detector de infrarrojos para seguimiento del misil atacante en la segunda y tercera fases de su trayectoria. Situado en el espacio como plataforma satelitzada.	Lockheed Missiles and Space. TRW Inc. Electronics and Defense Sector.	No determinados oficialmente. Probablemente 1992-1994.	1999
SBI (Space-Based Interceptor).	Arma defensiva provista de proyectiles de energía cinética destinados a destruir con sistemas no nucleares los misiles. Plataformas dotadas cada una con diez proyectiles. Situado en el espacio como plataforma satelitzada.	Rockwell International Corp. Martin-Marietta. Litton Industries. General Electric. LTV. Corp.	1989-1990	1997 2000
GSTS (Ground-Based Surveillance and Tracking System).	Sensor con un detector de infrarrojos LWIR para seguimiento de misiles adversarios durante la tercera fase o intermedia de su trayectoria. Basado en tierra, será disparado en el momento que el BSTS diese la señal de ataque para situarse en la órbita conveniente.	Mc Donnell Douglas Astronautics Co. Science Applications Co.	No determinado oficialmente. Probablemente 1991-1993.	1997 1999
BM/C3 (Battle Management/Command Control, Communications).	Ordenación y mando de todo el sistema defensivo SDI: recepción de informaciones transmitidas por los sensores, distribución de las misiones de las armas defensivas. Situado en tierra, y en aviones de mando.	TRW. Inc. Electronics. IBM Federal System Division. Mc Donnell Douglas Astronautics. Ford Aerospace.	1993	Indeterminada
ERIS (Exoatmospheric Reentry-vehicle Interceptor Subsystem).	Proyectil interceptor, no nuclear, animado por energía cinética, dotado de sistemas propios de orientación y búsqueda, para destruir por impacto directo el proyectil o la cabeza nuclear adversaria durante la tercera fase de la trayectoria fuera de la atmósfera. Basado en tierra, será enviado al espacio cuando haya sido dada la alerta por los sistemas avanzados.	Lockheed Missiles and Space Company.	1991	1999

Aquí es donde la SDI abre una brecha conceptual que hasta ahora los europeos y muchos americanos no parecen capaces de entender, aunque haya dos argumentos que la doctrina de la SDI ha incorporado lúcidamente a su análisis. En primer lugar, que la Mutua Destrucción Asegurada (MAD) vivía gracias a la inmovilidad de la técnica, pero –dicen con razón–

Sigla inglesa y nombre del sistema	Función y emplazamiento	Compañías subcontratantes	Previsión primeros ensayos (fechas aproximadas de carácter indicativo)	Hipótesis despliegue (fechas indicativas; imposible precisión)
SDI II Programas avanzados no incluidos en SDI I				
HEDI (High Endoatmospheric Defense Interceptor).	Arma de interceptación no nuclear, animada por energía cinética, destinada a destruir las cabezas nucleares adversarias que hayan penetrado en la atmósfera durante la cuarta fase terminal de la trayectoria gracias a sus sensores propios basado en tierra.	Mc Donnell Douglas Astronautics Co. Hughes Missiles Systems Group. Aerojet Techsystems Co.	1989-1991	1999 2000
AOA (Airborne Optical Adjunct).	Avión convencional, Boeing 767, modificado con medios de detección infrarrojos para búsqueda y seguimiento de proyectiles adversarios durante la tercera y cuarta fase de su trayectoria. En vuelo.	Boeing Aerospace Co. Honeywell Space and Strategic Avionics Division.	1989	1993
TIR (Terminal Imaging Radar).	Radar de fase basado en tierra.	Raytheon. TRW. Hughes. CDC.	1991	1996

la técnica no soporta históricamente la inmovilidad. En segundo lugar, que los soviéticos, por su parte, están haciendo exactamente lo mismo que hace el general Abrahamson y sus hombres, sólo que llevan empeñados en la tarea más tiempo y posiblemente, en ciertos sectores, marchen por delante de los americanos.

Y no se trata de inventar amenazas publicitarias, sino simplemente de conocer lo que publican todas las revistas de alta fiabilidad científica, tanto en la propia Unión Soviética como en los Estados Unidos. La SDI americana tiene una hermana gemela en Rusia (Pkoprotviv Kasmitcheskaia Oborona) que avanza con pasos desiguales respecto a los Estados Unidos, pero que, sin duda alguna, ha conseguido resultados importantes sobre todo en el sector de los láseres militares. La SDI queda así inscrita como una necesidad de la investigación al estado puro y como una ineludible respuesta al esfuerzo soviético, y las invitaciones a su paralización corresponden mucho más a la perversión electoralista que a la realidad científica. La investigación es totalmente necesaria. Podrá discutirse, si la utilidad de desarrollar a fondo los estudios sobre la SDI deben cumplirse con ritmo rápido o lento, pero parece indispensable dejar dicho además que con urgencia o sin ella, el proceso SDI se inscribe en una correcta interpretación del desarrollo de la estrategia militar. Los que aconsejan prudencia, en el desarrollo de la SDI, pueden tener tanta razón como los que reclaman dinero y permisos legislativos para coronar cuanto antes su tarea. Pero aquí, ya nos situamos en una discusión sobre ritmos y no sobre la disputa entre enterrar la SDI y mantenerla.

Desde luego la discusión sobre el programa de aplicación y desarrollo de la SDI puede resultar útil, porque ya situados en este nivel, tanto los partidarios del más rápido despliegue como los defensores del avance pausado, disponen de argumentos atendibles.

La primera consideración surge cuando se calcula la extensión de los calendarios que reclamarán las pruebas de laboratorio y las experiencias reales de las numerosas armas defensivas y sensores que componen la SDI. Las armas de energía cinética -ERIS, HEDI y SBI- que son las más avanzadas como hemos visto, no podrán recibir un despliegue real hasta el final de la década de los noventa. Los sensores de infrarrojos tanto embarcados en sondas espaciales lanzadas en el momento del ataque, como a bordo de aviones, tampoco estarían dispuestos antes de diez o quince años. Los láseres situados en bases terrestres, quizás podrían poseer la potencia suficiente para participar en la defensa terminal dentro de quince años pero, los espejos necesarios, para alcanzar por reflección el punto de lanzamiento del misil soviético, no estarán disponibles antes del tercer quinquenio del próximo siglo, lo cual quiere decir que ni los láseres en tierra para alcanzar objetivos muy lejanos, ni el láser en órbita necesitado de espejos reflectores, podrían entrar en funcionamiento antes de esa fecha.

En ningún caso una defensa total, suponiendo resueltos de modo satisfactorio los infinitos problemas tecnológicos que reclaman tan sofisticados procedimientos, estaría lista antes de cuarenta años.

En este punto es donde la inquietud europea puede tener razones para considerar peligrosa una tendencia americana a volcar todos los recursos disponibles en la SDI, olvidando qué mientras tanto, y hasta el definitivo despliegue y efectividad del sistema, la disuasión tiene que sostenerse sobre sus antiguos pilares de la Mutua Destrucción Asegurada (MAD). Y tan equivocados estarían quienes considerasen que la MAD podría ser un mecanismo eterno e insustituible de disuasión, como los que consideren antes de tiempo que la represalia y la destrucción del enemigo constituyen desde ahora mismo conceptos agotados e inservibles sustituidos por la Mutua Supervivencia Asegurada (MAS) que ofrece la SDI. Entre la MAD y la MAS se extiende un amplio periodo de transición donde el antiguo modelo de disuasión por represalia, es decir, basado en la ofensiva, debe seguir disponiendo de los mismos medios materiales que existieron hasta ahora. Cualquier precipitación en este sentido sería mortal y harían muy bien los Estados Unidos en atender con mayor cuidado los recelos europeos sobre este punto.

Queda una última advertencia a este largo repaso de un asunto interminable. La compatibilidad del Tratado ABM (Anti-Ballistic Missile) de 1972 con la SDI, punto de apoyo preferido por la oposición al proyecto, sobre todo en el Senado, donde los políticos contrarios a la iniciativa Reagan sostienen la tesis de que todo el proyecto choca de frente contra el espíritu y la letra de un Tratado que, en fin de cuentas, es el único texto donde se sostiene precariamente, eso es cierto, pero sin otras alternati-

vas, un relativo entendimiento entre los supergrandes en materia de regulación de armamentos.

La oposición tiene razones abundantes para interpretar el texto del Tratado de 1972 de manera estricta, lo que descalificaría la mayor parte de las iniciativas de la SDI cuando saliesen del laboratorio para experimentarse en un medio real, sobre todo situado en el espacio. Y la Administración Reagan no tiene ninguna razón en negar de plano estas interpretaciones, afirmando con desenvoltura que el interés de la defensa nacional está por encima de los compromisos diplomáticos.

Ni una cosa ni otra. La Administración puede en primer lugar negociar con los soviéticos, que son los otros firmantes del pacto, el límite de sus ensayos, pero dispone además de muchos sistemas para realizar ciertas experiencias, sin necesidad de denunciar la interpretación estricta, única admitida por los defensores de la rígida ortodoxia como Sam Nunn, el prestigioso senador de Georgia. En cualquier caso, la organización de la SDI no necesitará denunciar la interpretación estricta para acogerse a una versión mucho más tolerante y amplia del texto del Tratado antes de dos o tres años. Hasta entonces los ensayos que reclaman los programas elegidos en el pasado 18 de septiembre que se han analizado en detalle en este trabajo podrían cumplirse sin vulnerar ni falsificar el Tratado ABM. Esto significa que los problemas pendientes, se sitúan cronológicamente hablando, tanto al nivel presupuestario, como jurídico internacional, después de la próxima elección presidencial, cuando ya no esté en la Casa Blanca Ronald Reagan. Y eso, como decía Kipling, "es otra historia".

Una disuasión mas racional

Edward Rowny

Entre muchos intelectuales occidentales hay tendencia a una percepción deformada de realidades relacionadas con nuestra seguridad. “Voluntad de descreer en lo horrible”, ha dicho Jeane Kirkpatrick de este fenómeno, también observado por Alexander Soljenitsin, quien lo llama “deseo de no saber”. Ciudadanos como son de países democráticos, acomodados en la paz, la prosperidad, la idea de progreso, esos intelectuales encuentran, en palabras de la embajadora Kirkpatrick, “muy difícil mirar de frente a la dura verdad de nuestro tiempo”. Esta tendencia no se limita en modo alguno a las élites políticas e intelectuales, pues también nuestros educadores y creadores de opinión tienen una especial responsabilidad de esforzarse por alcanzar una percepción clara de las cosas.

Una actitud que parece frecuentemente combinada con la “voluntad de descreer en lo horrible” es el relativismo moral e intelectual con que son mirados los valores y el comportamiento de Estados Unidos en el mundo. Esta actitud lleva a atribuir a Estados Unidos y a la Unión Soviética el común denominador de “superpotencias”, sin hacer acepción de las grandes disparidades morales existentes entre ellos. Esta concepción tiende a presentar los principios e instituciones de uno y otro país como imágenes especulares unos de otros.

Tanto la “voluntad de descreer” como la falacia de la “equiválencia moral” ya fueron identificadas anteriormente en nuestro siglo. En los años treinta, Reinhold Niebuhr consideró necesario combatir esas ideas, en unos días en que ciertos dirigentes religiosos norteamericanos se negaban a creer que la agresión nazi podía conducir a una guerra mundial. Algunos de ellos propugnaron el pacifismo como respuesta moral correcta a la amenaza nazi, y ésta fue la réplica de Niebuhr: “Cualesquiera que sean las ambigüedades morales de las llamadas naciones democráticas..., es pura perversidad moral el igualar las insuficiencias de una civilización democrática con las brutalidades que los Estados tiránicos modernos practican. Si en este punto no somos capaces de hacer la distinción, entonces no hay distinciones que valga la pena hacer.”

Edward Rowny es consejero especial del presidente y del secretario de Estado de los Estados Unidos en materia de control de armamentos.

Jeane Kirkpatrick ha señalado otra actitud que a veces se combina con la “voluntad de descreer”: se trata de la disposición a “primero echar la culpa a Estados Unidos”, y a la vez adoptar una postura de mayor indulgencia hacia nuestros adversarios.

Examinaré ahora varias cuestiones de control de armamentos en las que ha dejado sentir su acción alguna de las tendencias comentadas.

En primer lugar, me referiré a la amenaza a la integridad intelectual y profesional que supone la campana política dirigida contra la Iniciativa de Defensa Estratégica. Los destinatarios de esa campana son científicos, ingenieros y expertos en ordenadores. En “campus” universitarios y centros de investigación de todo el país se desarrolla un esfuerzo ideológico organizado que ejerce su presión sobre científicos y expertos técnicos con miras a conseguir que se nieguen a participar en la investigación de la IDE.

Los destinatarios de la campana se ven acorralados por argumentos sin solidez alguna, pero no obstante eficaces. El primero de esos argumentos es que la defensa estratégica es imposible científicamente y que, por consiguiente, no hay razón para mal-gastar talento científico en un costoso ejercicio de futilidad. El argumento segundo no se plantea nunca directamente en contra-dicción del primero, pero da por supuesto que la IDE es técnica-mente viable. Desde este supuesto se salta a la idea de que la puesta en servicio de una defensa estratégica constituiría un factor dañino para la estabilidad y no serviría más que de acicate para que la URSS construyera anuas de mayor potencia ofensiva para mantener así una ventaja sobre las capacidades defensivas de la IDE. Una variación del argumento segundo, propalada principalmente por la URSS misma, es que esos sistemas tendrían unas temibles capacidades ofensivas y que no puede confiarse en que los planificadores militares norteamericanos se limiten a emplear esos dispositivos con fines defensivos sin recurrir a sus posibilidades ofensivas.

El argumento primero -que la defensa estratégica no va a funcionar- no es precisamente una hipótesis de trabajo por parte soviética. La URSS cuenta con el único sistema de defensa estratégica desplegado en el mundo, actualmente, además, en proceso de modernización. Cuenta, asimismo, con un generoso programa para la creación de tecnologías con aplicaciones en la defensa contra proyectiles balísticos. El esfuerzo soviético abarca muchas de las mismas tecnologías que actualmente se investigan en la IDE norteamericana, pero goza de unas inversiones mucho mayo-res en espacio de laboratorio y plantas dedicados a la investigación, además de en dotación de personal. Por ejemplo, solamente su programa de láser podría costar mil millones de dólares en Occidente, y en él trabajan unos 10.000 científicos y ingenieros.

El segundo argumento –que la IDE va a funcionar, pero que es desestabilizadora– soslaya el hecho de que el programa de investigación de la IDE está expresamente concebido de manera que los sistemas creados en la investigación se valoren con arreglo al criterio de su contribución a la estabilidad. Nos hemos propuesto que la IDE respete los criterios de eficiencia y de costo-beneficio.

cacia militar, capacidad de supervivencia y rentabilidad suficiente. Conforme a nuestros criterios, los sistemas de defensa estratégica no se desarrollarían ni serían desplegados a menos que se tuviera claro que no iban a crearle a la URSS un estímulo para que respondiera sencillamente con un nuevo engrosamiento de sus fuerzas ofensivas. La meta de la IDE es la de fortalecer la disuasión aportando un medio más eficaz de mantener a Estados Unidos y sus aliados inmunes a la coerción, y a restituir además la estabilidad al saldo estratégico entre Este y Oeste.

La variante sobre el argumento segundo –que los sistemas defensivos se emplearían en funciones ofensivas– dista de ser exacta desde el punto de vista técnico. Intentar emplear cualquier sistema creado por la IDE en funciones ofensivas sería absurdamente ineficaz y antieconómico. Si nuestros propósitos fueran ofensivos, tendríamos para cumplirlos medios considerablemente más eficaces que los sistemas que se estudian en la IDE.

Estos argumentos son sencillamente vicarios de una campana de presión ideológica. Ya he señalado antes que Reinhold Niebuhr luchó por la verdad en los años treinta. Durante los años que transcurrieron entre las dos guerras mundiales, muchos de los intelectos “mejores y más brillantes” respondieron a las presiones y prometieron no tomar las armas “en defensa de la patria y el Rey”. Hoy sabemos que la adopción por las jóvenes élites británicas de esta postura pagada de su propia integridad, ciega a los designios agresivos de sus adversarios y susceptible a la propaganda hostil contra los valores de la Gran Bretaña libre, no contribuyó a la defensa de su país contra Hitler. Algunos de ellos, como Max Beloff, vivirían para renacer al realismo, pero muchos no consiguieron sobrevivir a la conflagración.

Más recientemente fuimos testigos, en los años sesenta, del ataque de la Nueva izquierda: contra ‘las instituciones, norteamericanas y la libertad académica. Ese peligroso episodio ha quedado’, bien caracterizado en, un libro de éxito, “The Closing of American Mind” (“La clausura..de la, conciencia americana,”) escrito por Allan Bloom, quien recuerdo, como los ideólogos de la Nueva izquierda y los estudiantes a los ,que manipulaban descubrieron que los, profesores que, los “catequizaban sobre la, libertad, académica podían, con; un pequeño empujón que se les diera, ponerse a bailar al son que les tocaran”.

Sólo me cabe confiar en que los profesores e investigadores de hoy día demuestren más determinación frente a los ideólogos, que pretenden empujarles a comprometer, su integridad sobre la cuestión de la investigación de la IDE. El que los expertos no respondan con firmeza y decisión contra este afán puede contribuir a sembrar errores de apreciación en la opinión pública que luego, resultan muy, difíciles de corregir.

Precisamente este mes ha habido una maniobra de la propaganda soviética que nos ha ofrecido ilustraciones interesantes de cómo las ideas existentes sobre las realidades estratégicas pueden ser manipuladas y tergiversadas. Tres congresistas demócratas, todos ellos opuestos de antemano a la política del presidente en materia de defensa y de control de

armamentos, estaban a punto de concluir una visita a la Unión Soviética cuando recibieron por sorpresa una invitación para visitar el, gran , radar de disposición en fases situado cerca de Krasnoyarsk, en Siberia. Hace ya cuatro años que las imágenes que se obtienen por satélite delatan que; dichas instalaciones constituyen una trasgresión de primer orden del Tratado ABM de 1972, en razón de su emplazamiento y de su orientación. Esa estación de radar está -situada bastante tierra adentro en, el territorio soviético donde puede tener grandes capacidades de seguimiento de proyectiles balísticos. El Tratado ABM prohíbe expresamente los radares que como ese estén situados muy lejos de las fronteras nacionales.

La visita inopinada a Krasnoyarsk se efectuaba solamente días después de que el presidente Reagan hubiera pronunciado un importante discurso en el que instó a los soviéticos a hacer extensiva a los asuntos militares la campana de **glasnost** del señor Gorbachov.

En el mejor de los casos fue un mal paso en- esa dirección,

pues, aunque la visita:: no generó información que pudiera: modificar el juicio que nos hemos formado en el sentido de que el radar constituye una violación de primer orden del Tratado, se trata de un intento muy inteligente para manipular a la opinión pública norteamericana y para influir sobre nuestro Congreso.

Uno de los mayores afanes de la propaganda soviética en relación con la visita a Krasnoyarsk era que ésta pudiera servir como exhortación al poder legislativo nominal de la URSS –el Soviet Supremo– a realizar una visita a los radares norteamericanos de alerta temprana situados en Inglaterra y Groenlandia, para así poder equiparar esos radares –que son conformes con los compromisos internacionales– con el de Krasnoyarsk, que constituye una transgresión.

La propaganda soviética pide que el acto de la construcción de las instalaciones de Krasnoyarsk -que la Cámara de Representantes de los Estados Unidos ha declarado, con el presidente Reagan, violación del Tratado ABM- sea objeto de una suerte de equiparación moral con los radares norteamericanos de Inglaterra y Groenlandia. No obstante, esos radares norteamericanos son perfectamente conformes con los términos del Tratado ABM.

También querría la URSS que a los miembros de su Soviet Supremo se les concediese una suerte de equiparación moral y política con los miembros del Congreso norteamericano. En este punto es necesario insistir en las distinciones obvias que hay entre nuestro sistema y el soviético: nuestro presidente y nuestro Congreso son elegidos para desempeñar mandatos limitados en elecciones abiertas y competitivas. El Parlamento soviético, por su lado, es un aparato que se limita a estampar su sello al servicio de una dictadura de partido único. Espero que el señor Gorbachov –y todos nosotros– vivamos para ver el día en que domine en el Parlamento soviético un partido auténticamente democrático. Pero hasta entonces no habrá correspondencia entre la realidad moral y la idea que de ella intenta difundir el régimen del señor Gorbachov.

¿Hasta qué punto está la URSS explotando eficazmente la voluntad occidental de descreer en la evidencia desagradable y la tendencia a la “visión especular”? Aunque la Delegación de congresistas no se enteró ni pudo enterarse de nada que contradijera las pruebas que ya conocen nuestros Servicios de Información, el jefe de la Delegación regresó, sin embargo, manifestando que el radar soviético viola “la letra del Tratado, pero no sus fines”.

En un editorial aparecido en un prestigioso medio de comunicación liberal se expresó la optimista opinión de que la visita a Krasnoyarsk “podía presagiar un nuevo entendimiento por Moscú de cuanto es necesario para la verificación de futuros acuerdos sobre armamento”. A la vez que se reconocía que “dificilmente sería un pacto equitativo” acceder a las demandas soviéticas de que nos deshagamos de radares que son conformes con los compromisos internacionales a cambio de la promesa de la detención de las obras de Krasnoyarsk, en el mismo editorial se advertía que “debería ser negociable alguna clase de compromiso, siempre que la Administración esté dispuesta a buscar una solución en vez de a reiterar sus acusaciones”.

No se me ocurre otra manera de calificar a esta, especie de pensamiento que como ciega disposición a recompensar a una parte por violar un tratado solemne que afecta a nuestra seguridad. Después de quince años de trabajo en negociaciones de control de armamentos con la Unión Soviética, puedo afirmar que estoy cansado de “reiterar acusaciones”. Pero preferiría con mucho repetir verdades desagradables que bendecir la licencia unilateral para el engaño.

Este-Oeste: La impotencia de la democracia imperial

Bernard Bonilauri

El 11 de abril de 1945, unas horas antes de morir, el presidente Roosevelt escribió estas asombrosas líneas: "Voy a minimizar todo lo posible la cuestión general soviética; de una forma u otra este problema parece plantearse a diario [...]. Debemos mantenernos firmes; hasta ahora la línea que hemos seguido es la línea justa." El jefe del Estado americano se mantenía, por tanto, fiel a sus convicciones profundas; estimaba que la única oportunidad de construir una paz sólida, en aquel mundo destruido por las locuras totalitarias de los nazis, dependía de un verdadero entendimiento con Stalin.

La doctrina rooseveltiana no se reducía a un simple cálculo de utilidad diplomática; Roosevelt no razonaba a la manera de los enemigos del comunismo, que sólo por realismo político aceptaban discutir con los hombres del Kremlin. En el realizador del New Deal existía una convicción; una especie de idealismo ingenuo y terrible. Roosevelt deseaba creer en las virtudes del socialismo soviético. Tenía confianza en Stalin, a quien denominaba amigablemente "uncle Joe". La prueba la proporciona su correspondencia con Winston Churchill: "Sé que no le molestará que sea franco y casi brutal al decirle que personalmente puedo dialogar con más facilidad con Stalin que con el Foreign Office o incluso que con mi propio State Department." Al regreso de la Conferencia de Yalta, Roosevelt trazó un delirante retrato moral del "padre de los pueblos": "Pienso –confió a los miembros de su gabinete– que en su naturaleza abriga las maneras de ser y de comportarse de un caballero cristiano."

Como se sabe, Winston Churchill era, por el contrario, mucho más escéptico. Las ilusiones nacidas en Yalta no podían durar largo tiempo; el primer ministro británico tuvo pronto ocasión de constatar que los soviéticos, lejos de cambiar su sistema de conducta, no tenían otro objetivo que el de reforzar la dictadura comunista en las regiones ocupadas por el ejército rojo. El 8 de marzo de 1945, Churchill dirigió a su aliado americano una nota perfectamente explícita: "No deseo revelar a la opinión la existencia de divergencias entre el Gobierno de Gran Bretaña y el de los Estados Unidos, pero se ha hecho

Bernard Bonilauri, columnista en el diario parisino "Le Figaro", fue el más próximo colaborador de Raymond Aron hasta la muerte del historiador en 1983.

necesario para mí mismo dar a conocer mi pensamiento: estamos en presencia de un inmenso fracaso, de un verdadero derrumbamiento (del espíritu) de Yalta." Inquebrantable, encerrado en sus contradicciones, Roosevelt rechazó secamente los argumentos del líder inglés dándole esta respuesta que se ha hecho célebre: "No participo de la idea de que estemos abocados a una ruptura de los acuerdos de Yalta."

Para explicar esta especie de cabezonería prosoviética, los intérpretes de la "ostpolitik" rooseveltiana han acentuado, con frecuencia, la influencia ejercida por el hombre de confianza del presidente, su eminencia gris, el negociador especial Harry Hopkins. Amigo y consejero de Roosevelt, Hopkins fue un decidido partidario del New Deal; jugó un papel decisivo en la aproximación entre Moscú y Washington. Impulsado tal vez por su sensibilidad de izquierdas, no disimuló nunca la importancia que daba a las exigencias del dictador marxista-leninista.

¿Configuraron los consejos y las opiniones de Hopkins la percepción que pudo tener Roosevelt acerca de la Rusia staliniana? O mejor, ¿no encontraría el presidente, a: lo largo de sus conversaciones con Hopkins, una confirmación de sus ideas y convicciones personales? Las ideas falsas tienen un poder de contaminación incomparable por causa misma de su carácter, erróneo. El historiador y sociólogo americano Robert Nisbet, en un excelente estudio titulado "Roosevelt y Stalin"¹, recuerda cómo el amo de la Casa blanca hizo presión sobre el Papa, a principios de los años cuarenta, para que el Vaticano usase todos los medios de persuasión cerca de las jerarquías de la Iglesia católica norteamericana, que se habían declarado hostiles al proyecto rooseveltiano de ayuda masiva a la URSS. Simplemente, los obispos americanos se resistían a admitir que su país pudiese sostener, material y militarmente, un régimen de ateísmo y de persecuciones religiosas.

La utopía rooseveltiana, la de un orden mundial descansando sobre dos polos de poder y sabiduría –Washington al Oeste y Moscú al Este– provenía, según expresión del: experto en cuestiones estratégicas Hanson Baldwin, "de un error elemental". Hacia 1950, Hanson Baldwin publicó un notable librito² en que analizaba las fuentes, intelectuales del optimismo rooseveltiano. Los contrasentidos de la política de los Estados Unidos –explicaba– tienen "un denominador común: la falta de conocimiento adecuado de las fuerzas, los objetivos y las motivaciones rusas, así como una evaluación e interpretación inadecuadas de los conocimientos que efectivamente poseemos o, incluso, incapacidad para aceptar lo que sabemos, y aplicarlo [...]. El examen de la literatura marxista y el de los escritos y los discursos de Lenin y de Stalin, unido al estudio de textos de numerosos expertos americanos, habrían debido convencer a un espíritu desprovisto de prejuicios de que el comunismo internacional no había cambiado de objetivo final; simplemente el lobo se había endosado una piel de cordero. Si hubiésemos admitido esa realidad –y toda la experiencia del pasado demuestra que deberíamos haberla admitido –, la alianza de guerra con Rusia hubiese sido tomada como lo que verdaderamente era: como un matrimonio temporal". Por el contrario, los rooseveltianos dieron a esa unión circunstancial el valor de una solidaridad esencial. Una tal ignorancia de los hechos, un tal desconocimiento de la Historia –concluía

Hanson Baldwin— eran de alguna manera el antecedente intelectual de la política extranjera del presidente Roosevelt, “más marcada, tal vez, por el idealismo y el altruismo que por el realismo”.

Singularidad del marxismo-leninismo

Es necesario señalar también que generalmente el altruismo, al aplicarse a lo soviético, se tiñe fuertemente de egocentrismo ideológico: los dirigentes occidentales que rehúsan ver a la URSS como es, como los comunistas la idean y la describen, cometan un estúpido pecado. En el lenguaje de que gustaba Raymond Aron se podría decir que Roosevelt negaba la singularidad del marxismo-leninismo; el jefe del Estado americano negaba la heterogeneidad del régimen staliniano, negaba sus tendencias y sus ambiciones con respecto a las blandas sociedades democráticas. Heterogeneidad que constituye para Occidente una amenaza permanente. El odio comprensible que los rooseveltianos experimentaban frente al hitlerismo se convertía en una incomprensible simpatía por lo que se refiere al comunismo. El mal nazi eclipsaba a sus ojos al mal staliniano; en su universo mental, torpemente moralizador, no había lugar para dos tipos distintos de horror político.

Agreguemos que la chocante ignorancia de los rooseveltianos estaba ampliamente sostenida por la desinformación reinante en el seno de la gran Prensa americana. El prestigioso *New York Times*, por citar un edificante ejemplo, mantuvo durante los años 1920 a 1930, increíbles fábulas prosoviéticas: “Lenin posee un gran sentido de la realidad..., se esfuerza por eliminar las teorías que la experiencia ha revelado como impracticables y ha emprendido la reconstrucción de Rusia sobre nuevas bases sólidas.” (*New York Times*, 6-10-1921.)

“El hecho es que Stalin encarna hoy la “audacia, audacia, audacia” que el revolucionario francés Danton consideraba como la clave de la victoria. Stalin representa no sólo el leninismo, sino también el deseo y los objetivos de la Rusia más moderna, la más joven, la más fuerte, la más temeraria.” (*New York Times*, 22-12-1929.)

“Stalin aporta al pueblo ruso, a las masas rusas, no a los terratenientes, industriales, banqueros e intelectuales occidentales, sino a los millones de campesinos y de trabajadores, lo que ellos verdaderamente quieren; es decir, el esfuerzo en común.” (*New York Times*, 14-6-1931.)

¿Delirios de periodistas vueltos intelectualmente hacia las ideas progresistas? Ciertamente. Porque los Estados Unidos no escaparon a la crisis del mundo libre, magistralmente disecada por Raymond Aron, el autor de *El opio de los intelectuales*: “Yo diría que esos analistas de circunstancias deseaban, inconscientemente, dar testimonio de su libertad de espíritu, de su sentido progresista. Se trata de reconocer las virtudes y la eficacia de una organización social que, por otra parte, rechazaban por diferentes razones”, escribe Aron en sus memorias. Además, muchos de los centros de negocios y muchas de las empresas americanas que operaban en

la URSS trataban de minimizar el problema soviético, tal como deseaba el presidente Roosevelt. Y no se preocupaban para nada de informar a la opinión americana sobre la situación interior de la Unión Soviética, estremecida por las purgas stalinianas. Los expertos, los historiadores y los investigadores al servicio de los grandes sindicatos americanos se complacían en subrayar hasta qué punto es ridículo y peligroso creer que los "capitalistas", por naturaleza o por idealismo, son los adversarios lógicos del comunismo internacional. Con el fin de evitar todo debate moral en torno a su participación en la construcción de la famosa presa sobre el Niepper, la Sociedad General Electric pidió al coronel Hugh Cooper, encargado de vigilar sobre el terreno los trabajos, dar una conferencia en el club de banqueros de Nueva York al final de los años treinta; a lo largo de ella se atrevió a declarar: "Los hombres de negocios americanos circulan en Rusia, pueden observar las condiciones de trabajo, y me satisface decir que ninguno de ellos estima que allí el trabajo sea forzado." Anécdotas que dicen mucho sobre la voluntad de distensión y de compromiso por parte de los círculos "capitalistas". Las concesiones hechas a las empresas occidentales, había profetizado Lenin, no implican la paz con el capitalismo; lo que pasa –agregaba– es que "la guerra alcanza una nueva fase". El comportamiento de los directivos de las empresas americanas, convertidos en auxiliares gratuitos de la KGB, confirman la teoría de Lenin. En 1944, a lo largo de una entrevista con Eric Johnston, presidente de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos, Stalin admitió sin dificultad –y tal vez incluso con un punto de maquiavelismo– que cerca de dos tercios de las realizaciones industriales que funcionaban en el territorio soviético se habían beneficiado de la ayuda americana. El führer rojo, tal como lo había denominado el escritor exiliado Boris Souvarine, gustaba ciertamente de arrojar a la cara de sus interlocutores venidos de Occidente las paradojas de la Historia; suponiendo que las cifras dadas por el tirano comunista no fueran falsas.

El historiador Robert Conquest, indiscutible especialista en el período de las purgas stalinianas y del "Gulag", considera el espíritu de la distensión –tan caro a los responsables políticos y a los industriales occidentales de los últimos veinte años– como la expresión de una voluntad de pacificación a cualquier precio, de una perversa, psicología de la conciliación, de un compromiso que no es sino reflejo de "las flores del mal de una decadencia creciente". Esto quiere decir que, enfrentados al desafío marxista-leninista, los occidentales, en aras de la pacificación, han escogido casi siempre la desastrosa vía de la decadencia. Citemos una vez más al presidente Roosevelt: "Stalin no tiene más obsesión que la de la seguridad de su país; creo que si le otorgo todo cuanto sea posible concederle, sin solicitar nada a cambio, nobleza obliga, renunciará a cualquier forma de anexión y trabajará conmigo en la construcción de un mundo de democracia y paz." Expresión arquetípica de la política de sumisión ideológica –y a continuación diplomática– a la estrategia soviética de conquista planetaria. Es, pues, el conjunto del sistema americano, no solamente los gobernantes o los periodistas, quien, según los periodos, preco-

niza un tipo de distensión con la URSS de la que el bloque comunista saca todos los beneficios. Absurda filosofía en las relaciones Este-Oeste, mixtificación de la Prensa, duplicidad de los grandes empresarios: desde el fin de la segunda guerra mundial –al mismo tiempo que emergía la superpotencia soviética– aparecieron los datos permanentes de impotencia de la “Imperial Democracy” americana, propulsada, por una añagaza de la Historia, a situarse a la cabeza del mundo libre.

Las disensiones económicas y las divisiones políticas condenan a la democracia imperial a un infernal vaivén entre el interior y el exterior. Brian Crozier, reputado analista sobre temas occidentales, partidario de una estrategia de firmeza frente a Moscú, ha hablado del “síndrome democrático”: al evocar los meandros y los sobresaltos del “Irangate”, Crozier hace notar que el muestrario de disonancias y contradicciones irano-americanas es maravillosamente útil para la iniciativa de Gorbachov: “Lo que es cierto –escribe– es que los únicos beneficiarios de la propagación del síndrome democrático son el señor Gorbachov y sus colegas [...]. Es desesperante constatar que ahora que las acciones secretas de origen soviético contra nuestras democracias no dejan de aumentar, las contramedidas secretas se han hecho, una vez más, prácticamente imposibles en los Estados Unidos.”

Los cañones de Watergate

Con la crisis del “Irangate”, he aquí a los “cañones de Watergate” tronando de nuevo, exclaman los conservadores, hartos de la beligerancia antirreaganiana de la Prensa. La victoria total de los periodistas liberal-progresistas sobre Richard Nixon ha marcado una época; ha modificado la mentalidad profesional de los redactores y de los reporteros americanos. El éxito histórico del diario *Washington Post* obligando a Nixon a dimitir ha sido interpretado como una justificación de la actitud inquisitorial de los investigadores. John Garment, en la revista conservadora *Commentary*³, indica que en los estudiantes formados en las escuelas e institutos universitarios ha nacido una nueva forma de comportamiento. Impulsados ciegamente por una moral de la convicción, los jóvenes periodistas sueñan con dejar fuera de combate a las grandes figuras de la política, tanto de la derecha como de la izquierda. Los reaganianos se felicitaron, durante algún tiempo, del encarnizamiento con que la Prensa escudriñó en el entorno familiar de Geraldine Ferraro, ex candidata demócrata a la presidencia, para descubrir las prácticas financieras ilícitas de la empresa dirigida por su esposo, revelaciones que enturbieron la imagen moral del partido demócrata.

El mismo encarnizamiento anima a los periodistas que se ocupan del “Irangate”. La investigación periodística –escribe John Garment– es, en cualquier caso, una acción que proporciona “una ética de fiscal”. Bajo la óptica de la Prensa actual, todo político es un presunto culpable; los periodistas fiscales se convierten en jueces de la opinión, decretan que no

tienen por qué tener en cuenta los dilemas a los cuales se ven sometidos los gobernantes en la actividad diplomática. De ahí caen en la simplificación clásica de la acusación, o de la denuncia, y pasan al terreno de la propaganda burdamente antiamericana. Lo que tiene de extravagante el “affair” del “Irangate” es que la Administración, por haber obtenido la liberación de los rehenes americanos prisioneros de Jomeini, está acusada de satanismo político. Los moralismos se juntan; no tienen la misma naturaleza, pero tienen en común el espíritu de simplificación militante: los moralizadores de la gran América y los fanáticos del Islam son, circunstancialmente, por su antirreaganismo, aliados objetivos. Es el colmo de la perversion democrática.

La cruzada contra Reagan, comparada con el asalto que destruyó políticamente a Richard Nixon, presenta una diferencia de talla: el caso de Reagan mismo. El “gran comunicador”, alabado y admirado en todo el mundo por su talento como orador televisivo, se ha convertido en objeto de una especie de arreglo de cuentas profesional. Los periodistas tenían el secreto empeño de hacer morder el polvo a la autoridad política que había surgido como su principal rival.

Para convencerse basta con leer un reciente número de la prestigiosa *Columbia Journalism Review*⁴, editada por la muy rica y muy célebre Universidad de Columbia, a las puertas de Nueva York. Los responsables de la publicación constatan, no sin orgullosa satisfacción, que la caída del “emperador Reagan” es fruto de un trabajo de investigación llevado a efecto por “el Cuerpo de Prensa en su totalidad”. Y la revista expone la lista de los diarios que contribuyeron a “descubrir la verdad”.

Segunda y sustancial diferencia entre Watergate e “Irangate”: las causas profundas del escándalo que barrió a la administración Nixon fueron de orden interno; es cierto que la crisis tuvo enormes repercusiones internacionales, pero la dimisión de Richard Nixon fue consecuencia de las luchas de influencias que enfrentaron a los demócratas con los republicanos. El “Irangate” apunta de lleno a las concepciones y los planes diplomáticos de la Casa Blanca. El “Contragate” –tal como denomina la crisis la revista política *Dissent*, con el fin de subrayar mejor la dimensión terciermundista de la jugada– afecta al centro de gravedad de la política Norte-Sur de los Estados Unidos.

La campaña dirigida contra Reagan ha sido facilitada, una vez más, por el trabajo de desinformación de la Prensa, desde el comienzo de los años ochenta:

“A pesar de que una parte de las guerrillas sandinistas son marxistas, han dicho con frecuencia que el socialismo, a corto plazo, es imposible en Nicaragua y que su solo objetivo es el retorno a la democracia.” (*New York Times*, 25 de agosto de 1978.)

“En la actualidad, los discursos conmemorativos de la victoria (de los sandinistas) comportan pocos elementos susceptibles de justificar los temores de los Estados Unidos y de los conservadores nicaragüenses, según los cuales el país se orientará totalmente a la izquierda; por el contrario, los miembros de la Junta y los líderes de la guerrilla han hablado de

unidad, de eliminación de los vestigios del régimen de Somoza, de la difícil tarea que les aguarda: reconstrucción de su devastada economía." (*Washington Post*, 21 de julio de 1979.)

"El nuevo Gobierno, según la mayoría de los observadores, ha seguido una línea moderada..." (*Washington Post*, 8 de septiembre de 1979.)

"Vuelvo de Nicaragua mucho más avergonzado de mi propio país que en cualquier momento de la guerra de Vietnam. Los nicaragüenses quieren hacer una verdadera revolución democrática." (*New York Times*, 17 de julio de 1981.)

"El reino de Dios se ha establecido en Nicaragua, así como el reino de la verdad, de la esperanza y de la justicia." (P. Richard Preston, *Daily Hampshire Gazette*, 29 de septiembre de 1983.)

"El de Nicaragua no es un Gobierno leninista y el partido sandinista no es comunista. La propiedad privada continúa dominando, la religión florece y la Prensa de oposición, aunque censurada, publica artículos completamente antigubernamentales..." (*Newsday*, 1 de julio de 1985.)

"La capacidad de Nicaragua para exportar la revolución es una ficción inventada por los que sueñan con ver a los dirigentes de Managua llamar a USA "dear uncle"." (*Washington Post*, 22 de octubre de 1985.)

La democracia implica pluralismo de opiniones y organizaciones; sin embargo, el pluralismo democrático se perversa cuando sobre él se instala la tiranía de la Prensa, sobre todo de una cierta Prensa. En su artículo, John Garment narra que un alto personaje de la situación, durante las horas cálidas y siniestras del Watergate, recomienda hoy a sus protegidos que aspiren a entrar en la política, que redacten sus notas "como si fuesen a aparecer, un día u otro, en la primera del *New York Times*".

La totalidad de los nuevos pensadores a la moda que, por falta de cultura histórica y de conocimiento político, quieren reducir el poder del Estado al juego de la comunicación –los mismos, que veían en Reagan la justificación de sus teorías simplistas– comprueban, tal vez, que el gran "comunicador" de la Casa Blanca ha perdido la partida frente a la gran Prensa, a pesar de las bazas que le brinda la televisión. Los hacedores de "clichés" tienen la piel dura. La derrota de Reagan vuelve a colocarnos frente a una evidencia intelectual concreta: es el contexto político el que determina la capacidad de impacto de la comunicación, no al revés.

La amenaza de los periódicos

Al otro lado del Atlántico, los espíritus lúcidos, e informados, por próximos que estén a la filosofía reaganiana, notan subestimado nunca la amenaza que proviene de los periódicos. En la primavera de 1986, cuando la crisis del "Irangate" no había estallado de verdad, el director de la revista mensual *American Spectator*, conservador-reaganiano, explicaba a sus amigos franceses de paso por Washington que el monopolio de influencias de que gozan los diarios liberales de izquierda, como el *New York Times* o el *Washington Post*, es más real y más pernicioso que el que habitualmente

se reconoce al periódico *Le Monde*. El patrón del *American Spectator*, lector asiduo de las publicaciones en lengua francesa, aseguraba envidiar el pluralismo de la Prensa parisienne.

Los reaganianos no han tenido tiempo o no han sido capaces de cambiar la relación de fuerzas ideológicas tradicionales, favorables a los periódicos progresistas. Las consecuencias de esa incapacidad han gravitado pesadamente sobre la vida política de la América reaganiana tanto en lo que se refiere a la Casa Blanca como a otras instituciones. La Fundación Heritage –llamada Fundación Reagan porque consagra la totalidad de sus recursos a la defensa de las ideas liberales en economía y a las ideas anticomunistas en política exterior– ha tenido que dedicar, a lo largo del año 1986, cerca del cuarenta por ciento de su presupuesto (unos cuatro millones de dólares) a la sola difusión de sus documentos, de sus análisis y de sus textos. Porque, según afirman los directivos de la Fundación, la Prensa de opinión dominante rechaza sistemáticamente los mensajes y las tesis de la Heritage...

El efectismo de Reagan se ha desvanecido; la “encarnación de la inteligencia del Estado” –según la fórmula de Clausewitz para designar la cabeza del gobierna–, ha perdido su brío y su temperamento. Preocupado por preservar la presidencia de las salpicaduras del “Irangate”, Ronald Reagan, ha considerado conveniente, presentar su perfil, peor, arruinando de golpe la imagen halagüeña que los occidentales pudieran tener de su carácter. En numerosos puntos ha dado la razón a las interpretaciones polémicas de sus adversarios; para escapar del avispero ha recurrido a explicaciones crueles para su persona, para el Estado y para los Estados Unidos: a guisa de escapatoria ha recurrido a “fallos de memoria”. Aterradora confesión y no menos aterrador debilitamiento de la función presidencial.

Cuando uno de los altos miembros de la Administración confesó públicamente que arrostraba la completa responsabilidad del escándalo “Irangate”, el presidente se atrevió a declararse “en cantado”: el testimonio del almirante Poindexter confirmó sus propias declaraciones, Reacción mas bien desprovista de grandeza: Sus partidarias, tanto en América como fuera de ella, tenían derecho a esperar otras palabras y otros comentarios: Había allí errores de estilo equivalentes a errores, de fondo: en esa confusa situación, típica de la perversión democrática, Reagan ha perdido lo esencial de su carisma. La carga del poder parece en adelante demasiado pesada para sus avejentadas espaldas.

El teniente coronel Oliver North, a lo largo de su exposición frente a la Comisión de encuestas del Congreso, acusó al presidente Reagan, en términos apenas velados, de no ejercer el poder, de inclinarse ante las buenas almas de la clase política: “Me estáis sometiendo a un extraño proceso; aparentemente el presidente ha decidido no ejercitar las prerrogativas propias del poder ejecutivo y os ha permitido marcar las reglas [...]. Es inevitable que el Congreso acabe por echar la culpa al Ejecutivo, pero por mi parte pienso que el Congreso debiera aceptar al menos una parte de la censura sobre la cuestión de los combatientes por la libertad

de Nicaragua. Digámoslo simplemente: el Congreso es censurable por la inconstancia de su política imprecisa y vacilante con respecto a los “contras”. Una pura lección de veracidad política. La determinación y el coraje verbal de este actor testigo del “Irangate” han revelado a la vez la confusión y la irritación de una gran parte del cuerpo electoral americano: el hombre de la calle vuelve a encontrar en la descomposición interior de la administración los signos de impotencia que precedieron a la tragedia del Vietnam. El razonamiento de Oliver North, lleno de simplicidad y eficacia, es en primer lugar táctico: tomando un titular del periódico *Le Monde*, ha sabido “colocar a la opinión contra el Congreso”. En cierto modo, North ha reeditado el impacto psicológico conseguido por el presidente Reagan cuando el desembarco de las tropas americanas en la isla de Granada: enfrentarse con la extraña alianza formada por la Prensa y el *establishment* político apoyándose en los sentimientos del país.

Las corrientes de simpatía y a veces de adhesión que suscitaron las hábiles declaraciones de North recompensaron, en cierto modo, al que supo elevar el debate a un nivel de interés nacional: el fenómeno North puso en evidencia el error de apreciación de la Administración Reagan. Que el discurso de un teniente coronel desconocido, apelando al buen sentido político de las gentes, haya podido levantar tal eco demuestra el mal engendrado por las vacilaciones del Estado republicano.

Probablemente el Reagan del “Irangate” ha desencadenado una oleada de decepciones colectivas. El Reagan del acuerdo americano-soviético a propósito de los misiles europeos crea graves divisiones en las filas conservadoras. Ya se han oído oficialmente voces disonantes, y no se trata sólo de tomas de posición, por parte de intelectuales o de expertos. “El pacto suicida de Reagan”, este título, en letras rojas, cruzaba la cubierta de un reciente número del semanario *National Review*⁵ en el que aparecían dos artículos críticos referentes a la nueva *ostpolitik* reaganiana: uno iba firmado por Jack Kemp, posible sucesor del presidente Reagan; el otro, por Evan Galbraith, embajador en París desde 1981 a 1986. “El objetivo principal de la política extranjera de la Unión Soviética ha sido siempre interceptar a la OTAN en medio del Atlántico. Mi temor –escribe Jack Kemp– es que al concluir un tratado que obligaría a los Estados Unidos a retirar sus líneas de defensa destacadas en Europa, los soviéticos estarían muy cerca de ese objetivo final. Las armas nucleares estacionadas en Europa participan en el mantenimiento de la paz. Yo apoyaría un acuerdo sobre las fuerzas nucleares de mediano alcance con la condición de que dicho acuerdo reforzase nuestra capacidad de disuasión e hiciese progresar las oportunidades de paz.” Y, como si quisiese marcar bien sus distancias con la *ostpolitik* de la Casa Blanca, el joven líder republicano concluye con estos términos realistas, por no decir pesimistas: “Será necesario recorrer un largo camino antes de tener entre las manos tal acuerdo.”

El embajador Galbraith la emprende directamente con la personalidad del secretario de Estado George Shultz, “hombre limitado y ambicioso, capaz de sostener hasta el final sus errores y sus torpezas”. El acuerdo Shultz-Gorbachov –subraya el embajador Galbraith– acentuará, sin duda

alguna, el desequilibrio que existe en el centro de Europa. Se va a ofrecer a los soviéticos, cuyo objetivo estratégico ha sido siempre el debilitamiento de Alemania, el medio soñado para alcanzar el objetivo que desean: la neutralización política del gobierno alemán occidental.

“Un paso esencial hacia la realización de ese escenario, caro a los rusos –revela E. G. Galbraith–, es la retirada de las fuerzas nucleares americanas de Alemania occidental. Estas armas sirven para reforzar la voluntad de defensa de los alemanes; sin ellas, su determinación acabará por desgastarse.”

Mientras que Ronald Reagan prevé la conclusión de un acuerdo histórico entre los dos supergrandes, Jack Kemp habla de “perversión de la política de control de armamentos”. El diálogo a distancia entre los dos hombres refleja un desacuerdo fundamental. ¿Gesto táctico de Jack Kemp buscando situarse sobre el tablero americano a fin de recuperar los votos anticomunistas? Quién sabe si, en efecto, una vez elegido, Jack Kemp no jugaría la carta de entendimiento con Moscú, a imagen de todos los grandes dirigentes occidentales. En Occidente ser jefe de Estado significa pactar con el Kremlin a fin de superar las dificultades interiores; todo ocurre como si los gobernantes esperasen descubrir en Moscú la clave de sus problemas electorales. Contra toda expectativa, Ronald Reagan se ha plegado también a esa ley fatídica: el presidente espera, sin duda, que con el cebo del desarme en Europa se borrará el amargo recuerdo del “Irangate”. Cálculo absolutamente perverso, puesto que equivale a cambiar la supresión de un sistema esencial para la seguridad global de los occidentales por un hipotético reequilibrio de la situación interior, provechosa para los republicanos.

La gran ilusión

El hombre de la Casa Blanca que deseaba aunar las energías occidentales contra “el imperio del mal” soviético alaba ahora la política de Moscú en materia militar. El hombre que obtuvo la colaboración de los gobiernos europeos para implantar los cohetes Pershing presiona ahora a esos mismos Gobiernos para que acepten el desmantelamiento de los nuevos misiles. Lo que los comentaristas políticos resaltan lo perciben necesariamente las opiniones públicas: que el reaganismo diplomático-estratégico se hace cada vez más confuso y más contradictorio. Su involución no se limita a las palabras. Reagan está manipulando datos básicos para la seguridad de las naciones libres. El mal ejemplo proviene esta vez de lo que hay de más elevado y más seguro en el edificio defensivo occidental.

Los empecinamientos de Ronald Reagan parecen haber despertado los instintos políticos del ex presidente Nixon y del antiguo secretario de Estado Henry Kissinger, juntos han publicado un texto poniendo en guardia a los occidentales –y en primer lugar al mismo Reagan– contra un posible relajamiento de la estrategia de los Estados Unidos. Sería incomprensible y catastrófico –escriben– que los americanos, después de haber denun-

ciado las tendencias neutralistas de los europeos, de haber destacado el peligro de una disociación entre el viejo continente y América, provoquen ahora el tan temido "desacoplamiento" entre las dos orillas del Atlántico.

Ya se sabe que a los reaganianos puros y duros no les gusta nada Kissinger. Irritados por aquellas críticas, han respondido citando a Soljenitzin. Este, en su famosa carta a los occidentales⁶, presentó el comportamiento general de Kissinger como prototipo de la falta de lógica occidental, que es utilizada en su propio provecho por los soviéticos. "Es interesante señalar aquí un fenómeno que llamaré "el efecto Kissinger", aunque éste no sea el único en ilustrarlo. En tanto que se ocupa un puesto importante se preconiza una política, mezcla de capitulaciones y concesiones, que Occidente acaba pagando con largos años de esfuerzos y numerosas vidas humanas; pero tan pronto como se produce el cese, con repentina lucidez, se prodigan a diestro y siniestro consejos de firmeza."

Henry Kissinger, cuando enseñaba relaciones internacionales a los estudiantes de la Universidad de Harvard, fustigaba a los sembradores de ilusiones que atribuyen a los dirigentes soviéticos motivaciones incompatibles con la doctrina leninista: "razones para dejar de ser bolchevique", en el lenguaje kissingeriano. En aquella época Kissinger hubiera participado del juicio de Robert Conquest al estimar que para los rusos "la distensión es la continuación de la guerra fría por otros medios". Pero el hombre de Estado Kissinger se olvidó de los análisis del experto Kissinger: cuando fue secretario de Estado desplegó inmensos esfuerzos –discusiones, contactos, acuerdos comerciales– con el fin de halagar a los jefes del Kremlin.

¿Será que el poder le vuelve a uno estúpido? ¿Existe entre la acción y la reflexión una especie de exclusión natural? Soljenitzin ofrece una explicación mucho más prosaica: "No es necesario admitir que se ha tenido en todo momento una visión justa de la situación, sino que, sencillamente, uno se ha dejado llevar por la rutina política por la sencilla razón de que se deseaba mucho conservar el puesto." Kissinger hizo exactamente lo que antes había reprochado a los gobernantes ingenuos; ahora bien, sus conocimientos de la historia de las ideas y de las cuestiones diplomáticas otorgan a sus críticas un valor extraordinario. Comparativamente, Roosevelt tenía la excusa de la ignorancia. El conocimiento necesario para comprender el mundo interestatal lo poseía el profesor de Harvard; su visión de los modos de actuar y del pensamiento comunista eran, en teoría, la mejor garantía contra las ficciones de la coexistencia pacífica. En cierto modo, "el efecto Kissinger" ilustra sobre la fragilidad de los poderes del intelecto. Después de todo, el conocimiento no es más que uno de los datos para la acción política; el ejercicio del poder estatal pone en juego muchas otras facultades que no son las de la inteligencia de un universitario. A menudo, los enemigos del antiguo secretario de Estado han achacado sus errores de gobierno a fallas de su temperamento. ¿Qué se puede esperar de un líder devorado por la ambición, hasta el punto de compartir los honores del premio Nobel de la Paz con un dignatario de Vietnam del Norte, portavoz del régimen del que huyen los *boat-people*?

Después de la tragedia vietnamita, después de los desaguisados de Jimmy Carter, nada es más desmoralizador que el espíritu de renuncia reaganiano. Alrededor del presidente republicano han cristalizado las últimas esperanzas diplomáticas de resurgimiento. Sus bruscos cambios de opinión han arruinado una imagen y han terminado por arruinar una doctrina: la tentación de la *ostpolitik* destruye, tal vez, una de las últimas oportunidades de antisovietismo consecuente, al aliar la retórica con la estrategia.

La Historia trabaja para nosotros, afirmaron reiteradamente Lenin, Stalin, Malenkov, Krutchev, Bretznev. Lo mismo que sus predecesores, Gorbachov apuesta sobre el paulatino deterioro del campo adversario; la falta de continuidad política de los hombres de Estado occidentales le brinda una baza formidable: sigue siendo un soviético que sabe esperar. El cambio de rumbo de los reaganianos demuestra que los anticomunistas, que aparentemente son los más resueltos, a la larga acaban plegándose, cediendo a la presión ambiental de esos sentimientos humanitarios que Raymond Aron, en su libro sobre el pensamiento militar de Clausewitz, definía con la expresión “el adiós a las armas o la gran ilusión”.

Repasemos los párrafos finales del último libro de reflexión histórico-política escrito por R. Aron: “En verdad, la gran ilusión [...] no es ya aquella que lanzó a los pueblos de Europa unos contra otros con ardor suicida, es la ilusión de sentido contrario, la de los europeos, e incluso a veces la de los americanos, que conceden a todos sus pueblos y a todos los que gobiernan una única medida racional: la de los economistas que comparan costes con rendimientos. Los europeos querrían salirse de la historia, de esa que se escribe con letras de sangre.”

Al término de su excepcional carrera, Ronald Reagan se acoge a la retórica ilusionista; necesita implantar en la opinión la idea de que se va a producir un progreso esencial. Por ello el presidente habla de una oportunidad histórica. Si el acuerdo que se prepara con Moscú tiene una importancia capital, es preciso reconocer que Gorbachov es un hombre de valor universal; indirectamente, Reagan se ha convertido en propagandista del líder comunista. El presidente de los Estados Unidos, como justificación suprema del acuerdo militar limitado ruso-americano, invoca la razón de la Historia. Su antiguo embajador en París, E. G. Galbraith, emite a ese propósito un juicio severo: la única referencia histórica digna de evocarse – estima– son los tristes recuerdos de un pasado muniqués:

“Puede ser que Georges Shultz y el presidente Reagan crean que el pacto ruso-americano les haga figurar en la cabecera de una página de la historia de las relaciones internacionales. Se equivocan. Lo único que harán será cambiar el paraguas que ofrece la disuasión nuclear por el paraguas de Munich.”

NOTAS

1. *Modern Age*, núm. 2, 1986.
2. *Great Mistakes of the War*, Harper; 1960 (New York).
3. *The Guns of Watergate*. Commentary, abril 1987.
4. *Columbia Journalism Review*. Marzo-abril 1987.
5. *National Review*. 22 mayo 1987.
6. *L'erreur de l'Occident*. Grasset, 1980.

La disuasión nuclear sigue siendo necesaria

Ronald Lehman

Hace algunos años, un experimentado diplomático con destino en Bruselas me expresaba su temor por un próximo final del atlantismo. Sus palabras resultaban desazonadoras incluso para alguien que, como yo, ya estaba inmunizado contra las afirmaciones según las cuales la OTAN está sentenciada. El atlantismo –decía– estaba siendo destruido en Europa por el pacifismo y en Estados Unidos por lo que él llamaba el “Pacificismo”, que constituye una preocupación por rincones mucho más alejados del Globo. Se mostraba seguro de que, a medida que Estados Unidos comprometiera el dólar a lo largo de la extensa linde del Pacífico, los norteamericanos irían encontrando cada vez menos razones válidas para arriesgar a su país en beneficio de Europa, y en especial de una Europa cada vez menos dispuesta a cuidar de su propia defensa. Los norteamericanos le volverían la espalda a Europa, quizá antes, incluso, de que ésta le volviera la espalda a Estados Unidos. Inevitablemente, y pronto, la conflictividad de los intereses provocaría la disolución de la Alianza.

Estaba equivocado entonces y seguirá estando en un futuro largo como nuestra vida. Se equivocaba aun cuando es un hecho que el pacifismo influye en todas nuestras democracias. Se equivocaba aun cuando es cierto que Estados Unidos tiene intereses vitales en Asia, lo mismo que le ocurre a Europa, aunque ésta es más tarda en percibir el hecho. Se equivocaba, pues, pero no porque nuestros intereses concretos sean precisamente coincidentes siempre. Porque no siempre coinciden. Se equivocaba sencillamente porque los intereses comunes que nos unen son en su esencia más fuertes que cualesquiera otros que tiendan a separarnos.

La tecnología ha creado una economía mundial interdependiente, una cultura cosmopolita plural y un entorno político mundial interactivo. Nuestros intereses se han repartido alrededor de la Tierra, pero el mundo mismo, en términos humanos, ha ido disminuyendo de proporciones. Aunque algunos de los vínculos que unen a Europa y Norteamérica parezcan más distendidos y adelgazados, los más decisivos aparecen más apretados,

Ronald Lehman es jefe de la Delegación norteamericana en las conversaciones sobre reducción de armas estratégicas.

fuertes y numerosos. En ningún otro orden es esto tan patente como en el militar, en el cual la tecnología permite una violencia y una opresión en una escala que casi escapa a la comprensión humana. En la primera mitad de este siglo, probablemente, más de cien millones de seres humanos perdieron la vida en guerras de las llamadas convencionales, en gran medida por culpa de guerras mundiales que estallaron en Europa central. En la segunda mitad de este siglo, la entrada en escena de armas nucleares capaces de abarcar el Globo en minutos ha convertido a este mundo en un lugar desde luego muy pequeño.

No obstante, a lo largo de los cuarenta años transcurridos, desde la terminación de la segunda guerra mundial y del comienzo de la era nuclear, a pesar de las más de ciento treinta guerras libradas en todo el mundo, muchas de ellas ni siquiera, declaradas, no ha habido guerras en Europa central, ni mundiales ni nucleares. Cultivadas en esta circunstancia de paz han crecido nuestra libertad y nuestra prosperidad. No hemos de olvidar cómo fue posible esa guerra. Mientras hemos procurado fortalecer el derecho internacional, abordar las causas fundamentales de la violencia internacional, y, de nuevo, mejorar las relaciones entre Este y Oeste, hemos mantenido la Alianza del Atlántico Norte y su paraguas protector. Y lo hemos hecho no porque se nos antojen idénticas las situaciones de seguridad en todos los casos, en absoluto. Si se me permite tornar prestada la frase de Alexis de Tocqueville, nos ha movido el "interés propio, rectamente entendido lo que quiere decir que en esta era nuclear ninguna nación perteneciente a la OTAN puede nunca estar fundamentalmente más segura que cualquier otra de las dieciséis.

Nuestra fuerza nuclear de disuasión, tan vital para la Alianza, nos presenta, sin embargo, el mayor de todos los dilemas. La "espada de Damocles" nuclear que pende sobre todas nuestras cabezas es esencial para mantener la paz en el mundo tal y como es, ahora. Durante el auge de las protestas contra el despliegue de los proyectiles Pershing II y proyectiles de lanzamiento desde tierra de la OTAN, una autoridad religiosa, recordando los horrores de las guerras convencionales, rindió homenaje a la disuasión insinuando que las armas nucleares podían ser un don de Dios. Pero la disuasión no es un don; juntos nos hemos esforzado mucho para conseguirla. Y hemos de hacer por la disuasión algo más que rendirle homenaje; tenemos que garantizar que va a seguir siendo eficaz.

Es paradójico que el éxito mismo de la disuasión nuclear lleve a algunos de nuestros conciudadanos a subestimar la necesidad de contar con poderosos programas defensivos y sólidas directrices políticas. Para esos ciudadanos, que pertenecen tanto a nuevas generaciones como a otras que lo han olvidado, tenemos que hacer patentes las razones por las que en Europa hay paz. Si nuestras explicaciones resultan curiosamente coherentes a lo largo de los años no es porque hayamos dejado de examinar constantemente las cuestiones de la disuasión. Antes bien, nuestra política ha sido tan coherente precisamente porque nuestra estrategia de disuasión es fundamentalmente acertada.

Nuestra política de disuasión está basada en la estrategia de “respuesta flexible” y de “defensa adelantada”. Esta estrategia necesita de fuerzas militares que puedan detener un ataque o que en caso de necesidad puedan sostener una escalada del conflicto a la vez que la OTAN decide poner fin a la agresión. La sanción última reside en las fuerzas nucleares estratégicas de Estados Unidos. Para poner al Pacto de Varsovia ante la certeza de que la posibilidad de victoria militar es baja y que el precio de un intento tal es elevado, la estrategia de la OTAN requiere esa capacidad tanto defensiva como de escalada y se sustenta en los tres soportes de la tríada estratégica, a saber, las fuerzas convencionales, las fuerzas nucleares en Europa y las fuerzas estratégicas nucleares. Esta formulación no es tan sólo la que ofrece mejor utilización de recursos, sino que es el más seguro.

De todos modos, se han dejado oír voces en favor de que nos deshagamos o reduzcamos peligrosamente uno o más soportes de la tríada. Algunos norteamericanos han expresado deseos de que retiremos el paraguas nuclear que tenemos desplegado sobre Europa, con la esperanza de reducir de algún modo los riesgos y obligaciones nucleares de Estados Unidos. Por su parte, algunos europeos han indicado que el paraguas nuclear estratégico norteamericano elimina la necesidad de mantener las controvertidas armas nucleares de alcance corto y costosas fuerzas convencionales. Cierto es que hemos de ajustar nuestras inversiones en fuerzas convencionales y nucleares, de manera que respondan adecuadamente a circunstancias militares cambiantes, pero los que preconizan una cirugía radical deben demostrar tanto su diagnóstico como su remedio. Preguntémonos si hay alguien que verdaderamente crea que Estados Unidos iba a estar seguro mientras rugiera en Europa la guerra convencional. Y también si hay alguien que crea realmente que Europa iba a estar segura mientras las armas nucleares intercontinentales volaran entre las superpotencias. En la era nuclear, el mundo se ha hecho sencillamente demasiado pequeño para que sea admisible ese tipo de pensamiento. Estamos juntos en este mundo pequeño y tenemos que mantener juntos nuestra seguridad. Esto rige para nuestros esfuerzos en materia de defensa y para nuestra línea de acción en el orden del control de armamentos.

Es consustancial a la estrategia de la OTAN el que el control de armamentos y la política militar hayan de operar conjugadamente para que podarnos disfrutar de mayor seguridad. Cooperamos en el seno de la Alianza a fin de evitar la guerra, y por medio de nuestras iniciativas en materia de control de armamentos hemos podido emplazar a la URSS a que coopere también.

La discusión contemporánea sobre asuntos de control de armamentos se concentra a veces en disputas técnicas, en las cuales negociadores como yo mismo contribuimos a que el debate sea aún más esotérico. Pero no hemos de olvidar nunca los principios fundamentales. Este y Oeste pueden encontrar y han encontrada muchas bases de común entendimiento en el curso de negociaciones sobre control de armamentos, pero algunos objetivos del Este y el Oeste se han manifestado en clara contraposi-

ción. Desde la “creación”, como dijo Dean Acheson, de la Comunidad nortatlántica, hemos perseguido la formación de una alianza fuerte y un cabal dispositivo disuasorio basado en la cooperación entre ambas orillas del Atlántico. Durante el mismo período, la política exterior de la Unión Soviética ha perseguido la separación de Europa de Estados Unidos y también ha procurado minar los elementos del paraguas nuclear norteamericano.

Todo ello se advierte diáfana en las conversaciones sobre armas nucleares en las que la URSS ha intentado con frecuencia obligar a Estados Unidos a aceptar una merma de la seguridad de la OTAN en su conjunto y de Europa occidental en particular como precio de los acuerdos sobre control de armamentos. Por ejemplo, desde 1969 hemos afrontado dificultades con la definición de lo que son armas estratégicas ofensivas. Estados Unidos entiende que esta clase de armas comprende los proyectiles balísticos intercontinentales (ICBM), los balísticos lanzados desde submarino (SLBM) y los bombarderos pesados. Existe el antecedente de tratados que se han suscrito sobre tal definición. Pero, rutinariamente, la Unión Soviética introduce de un modo u otro una concepción diferente según la cual las armas estratégicas se definen como aquellas que pueden alcanzar el territorio norteamericano y soviético desde dondequiera están basadas. Si Estados Unidos aceptara alguna vez este planteamiento, las armas norteamericanas situadas en Europa o en zonas próximas serían objeto de limitación como armas estratégicas, mientras que no lo serían las armas soviéticas comparables que amenazan a Europa occidental. Hemos rechazado este planteamiento y vamos a seguir rechazándolo. Nuestra seguridad se halla inextricablemente articulada con la de Europa occidental.

Aun así, la Unión Soviética ha seguido intentando una utilización del proceso de control de armamentos con el fin de “desasociarnos” política y militarmente. Cuando la OTAN decidió, en diciembre de 1979, que, de no mediar un acuerdo sobre control de armamentos que lo hiciera innecesario, se desplegaran en Europa 572 proyectiles de alcance medio-largo, la URSS desencadenó una ingente campaña propagandística para impedir los despliegues y escindir la Alianza. Las fuerzas nucleares británica y francesa, la aviación de doble función norteamericana con base en Europa, las conversaciones sobre reducción de armas estratégicas, la investigación de la iniciativa de defensa estratégica, más la convocatoria de las conversaciones sobre reducción mutua y equilibrada de fuerzas figuraron entre los asuntos que quedaron hipotecados a las conversaciones sobre INF por Moscú en su desafío a la cohesión de la Alianza.

La OTAN mantuvo su firmeza y, gracias a ello, los objetivos básicos que habría de cumplir un tratado sobre INF Ajados en 1979 y en posteriores discusiones de la Alianza se han cumplido esencialmente, si no con creces. Insistimos en aquel momento en que las limitaciones que se establecieron sobre las cabezas nucleares de los proyectiles de alcance medio-largo desplegados tendrían que ser iguales y a escala mundial; asimismo, preferíamos la igualdad en nivel cero. La Unión Soviética ha accedido finalmente. Y dijimos también que los proyectiles de alcance medio-

largo también tenían que ser tratados, porque el desequilibrio creado por el imponente rearme soviético no era consecuencia tan sólo de los SS-20. Ahora la URSS ha convenido en la eliminación de todos los proyectiles con base en tierra norteamericanos y soviéticos con alcance situado entre 500 y 5.500 kilómetros, la llamada "solución doble cero global". Esperamos que este acuerdo quede consagrado este año en un tratado que prevea las medidas de verificación de mayor envergadura y rigor convenidas con Moscú hasta la fecha.

Si el nuevo tratado sobre INF es símbolo de lo que puede lograrse cuando los Gobiernos de la OTAN se consultan intensamente y permanecen unidos, ¿por qué hay preocupación sobre el tratado entre algunos de los países más amigos dentro de la OTAN? Sencillamente, se preguntan sobre, si unas reducciones de las fuerzas nucleares norteamericanas, sin reducciones importantes del superior poderío militar convencional soviético, no expondrán a Europa a mayores peligros. Advierten atinadamente que el despliegue de los proyectiles de alcance medio-largo de la OTAN refuerza el factor disuasorio de la Alianza que había perdido valor a raíz del despliegue soviético de los proyectiles SS-20. Recuerdan también que el rearme generalizado soviético de los años setenta creó desequilibrios en todo el espectro del poderío militar. Los nuevos proyectiles de la OTAN fueron desplegados en refuerzo de la política de disuasión, desarrollada por la OTAN, de respuesta flexible a la utilización de todo ese espectro de fuerzas.

¿Por qué entonces –se nos pregunta– estamos dispuestos a ceder los proyectiles de crucero de lanzamiento desde tierra y los Pershing II con que ahora contamos? La respuesta no es, como algunos quisieran, que nunca quisimos decir cero y que no teníamos más opción que la de dar el sí por respuesta. Muy al contrario, cero significa que la Unión Soviética cedería muchas más cabezas que Estados Unidos y que cederá una superioridad numérica y cualitativa que la OTAN no había siquiera pensado en igualar cuantitativamente ni en el plano de los misiles de alcance medio-largo, ni el de alcance medio-corto. Además, los misiles que la Unión soviética va a ceder son armas nucleares de alta velocidad susceptibles de empleo no sólo en ataques preventivos contra nuestras fuerzas, sino también contra nuestros medios convencionales, es decir, nuestras bases aéreas, guarniciones, instalaciones, de predespliegue, puertos, arsenales y demás. Al mismo tiempo, la eliminación de los proyectiles de alcance medio-largo y medio-corto no supone una "desnuclearización" de nuestras fuerzas destacadas en Europa, como tampoco crea ninguna discontinuidad peligrosa, en el espectro de la capacidad disuasoria de la OTAN. La OTAN conservará su aviación de doble función, capacidad en la que la Alianza posee ventajas cualitativas y menos disparidad cuantitativa, y cuyas bases ya no se verán amenazadas por los misiles soviéticos eliminados. Además, conservaremos los proyectiles de corto alcance que tenemos, más la artillería de munición convencional y nuclear. Así, seguiremos contando en Europa con más de 4.000 armas nucleares, que contribuyen a dotarnos de un factor de disuasión respetable. Asimismo, el para-

guas estratégico nuclear seguirá siendo fuerte y estando vinculado a Europa, además de que contará con una fuerza considerable de SLBM expresamente adscritos al comandante supremo aliado en Europa.

Si el tratado sobre INF que se prepara va a ser un activo militar a favor de Estados Unidos y Europa occidental, ¿por qué razón accede a él la URSS? Indudablemente, Moscú cree que un tratado de esa índole puede crear posibilidades económicas y políticas quizás para asentar una "neodéntente", quizás para obtener acceso a economías exteriores y a tecnologías que le están vedadas en el presente, quizás para conseguir que se disipe la situación actual de críticas hacia la política de Moscú. Pero ¿qué hay de la dimensión militar? ¿Está Moscú realmente dispuesta a hacer un importante sacrificio militar en virtud de la sola esperanza de obtener a cambio alguna clase de beneficio político y económico y sólo eso? Probablemente, no.

La Unión Soviética dice que los proyectiles de alcance media-largo de la OTAN son particularmente amenazadores. Moscú puso en marcha una campaña propagandística de primer orden con el misil Pershing II en el punto de mira, en la que atribuía al proyectil un tiempo de vuelo mayor del verdadero, lo cual constituye un tema de estabilidad que sigue siendo elemento central de las propuestas norteamericanas sobre control de armamentos y que normalmente la URSS rechaza.

Quizás la Unión Soviética cree que sus temores sobre los misiles de crucero de lanzamiento desde tierra y Pershing II tengan plena justificación. De ser así, este tratado sobre INF podría resultar bastante atractivo para Moscú, aunque no hemos de olvidar otra consideración: el debate sobre la "bomba de neutrones" y las protestas antinucleares de 1982 y 1983 recuerdan a la Unión Soviética que la modernización de fuerzas nucleares nunca ha sido fácil en Occidente. Es indudable que la URSS confía en que un nuevo acuerdo de control de armamentos tenga un efecto soporífero sobre las preocupaciones occidentales en el orden de la seguridad que acabe debilitando la posición defensiva de la OTAN. Quizás Moscú crea que se verán exacerbadas las diferencias, ya manifestadas en la OTAN a propósito del saldo neto de ventajas y cargas, o que las voces del unilateralismo, el neutralismo y la desnuclearización de Europa no serán desatendidas. A buen seguro, si los países de la OTAN deciden bajar sus defensas a consecuencia de nuestras negociaciones sobre armamentos, entonces habrán tenido razón las voces críticas, pero no por los términos del tratado en sí. A decir verdad, en gran medida la preocupación expresa ante el tratado INF que se perfila está movida por un cierto pesimismo sobre el futuro de la Alianza, por un temor de que el éxito en el orden del control de armamentos genere desatención de nuestras responsabilidades en materia de seguridad.

Antes, sin embargo, de aceptar esta solución como inevitable, detengámonos a pensar sobre lo que ha ocurrido realmente. La Alianza no dejó de desplegar los proyectiles de alcance medio largo; antes bien, los desplegó. La Alianza no dejó de cumplir sus objetivos en materia de control de armamentos, sino que se encuentra en vías de alcanzarlos. Tampoco se ha vuelto ciega a sus obligaciones en el orden

Tampoco se ha vuelto ciega a sus obligaciones en el orden de la defensa, por mucha que sea la tarea que quede por delante. En efecto, cuando se levantan voces responsables que nos recuerdan que no podemos perder de vista, nuestros objetivos reales en materia de seguridad y control de armamentos, tenemos que hacerles caso. Para un negociador, el que haya constantemente voces que recuerden a la Unión Soviética que Occidente no va a sacrificar sus intereses de seguridad es de más ayuda que la precipitada retórica que viene a decir que daremos cualquier cosa a cambio de un acuerdo. Hay quienes dirían que el debate interno nos hace más débiles. Yo no comparto esa opinión. En último término, la existencia del mercado de ideas nos hace más fuertes, porque, cuando se ha desarrollado un debate profundo, se puede confiar en el sentido común de nuestros ciudadanos.

En 1983 se celebraron elecciones en tres de los países donde se efectuaban despliegues de armas nucleares de alcance medio-largo y más tarde hubo en otros dos países donde también se desplegaban. En 1984 hubo elecciones presidenciales en Estados Unidos. Y en todas estas elecciones las cuestiones de control de armamentos y defensa salieron a debate. La decisión de la OTAN de diciembre de 1979 no fue objeto de rechazo en ninguno de los países y ello nos ha permitido negociar con mayor confianza. Al final, no obstante, la contribución a un acuerdo sobre INF se medirá en último término por cómo administramos nuestra seguridad en el período posterior a la firma del tratado. Los beneficios inmediatos de un tratado sobre INF quedan bien transparentes por los términos mismos del tratado, es decir, que la URSS eliminará una amenaza de primera magnitud contra nuestra seguridad mucho mayor en escala que la magnitud cuantitativa de los dispositivos que a Estados Unidos le corresponderá eliminar por su parte. De todos modos, un tratado sobre INF no nos exime de la responsabilidad que todos seguimos compartiendo de gestionar eficazmente la ecuación cuyos factores son un aparato defensivo viable, unas negociaciones sólidas y una política convincente.

Si, como es razonable esperar, se concluye un tratado sobre INF este año, ¿cómo continuaremos? Huelga decir que sigue siendo de la más alta prioridad el logro de un tratado de reducción de armas estratégicas ofensivas que sea efectivamente verificable y beneficioso para la estabilidad. Los ICBM y SLBM soviéticos que se negocian en las conversaciones START son mucho más numerosos y destructivos en potencia que los proyectiles nucleares de alcance medio-largo y medio-corto, y además pueden atacar cada centímetro de suelo de la OTAN en Europa y América del Norte. Análogamente, los dispositivos norteamericanos que se negocian en esas mismas conversaciones cumplen un papel vital en la política de respuesta flexible de la OTAN y constituyen el último factor disuasorio extendido con que cuenta Estados Unidos. Creemos que un buen tratado START podría mejorar la seguridad de la OTAN, pero no creemos que deba aplazarse un tratado sobre INF hasta que aquél esté concluido. Creemos que el tratado sobre INF que se perfila será valioso por lo que en sí representa y que no hay que mantenerlo condicionado al acuerdo START. La

Alianza se mantuvo firme frente a condiciones previas de esa clase cuando la URSS las esgrimió para obstaculizar el avance en las conversaciones sobre INF. De todos modos, debe concluirse cuanto antes un tratado START.

Pocas personas están enteradas de lo avanzados que estamos en las conversaciones START. El año pasado se perfilaron con claridad las líneas básicas que habría de seguir un acuerdo por el que se aplicase el planteamiento de unas reducciones del 50 por 100 de las armas estratégicas ofensivas. Meses atrás redactamos conjuntamente un borrador del texto de los elementos más importantes del tratado, y el 8 de mayo Estados Unidos puso sobre la mesa un proyecto de tratado START. Hubimos de esperar tres meses a la presentación del proyecto soviético, pero cuando éste fue conocido se vio que tomaba abundantes elementos del proyecto norteamericano, lo que hacía que tuviéramos más o menos tantas bases de entendimiento como teníamos en las negociaciones sobre INF a mediados de junio.

Pero pongamos las cosas en su sitio para que no desorienten el proyecto de tratado soviético contenía importantes diferencias de sustancia, una serie de ambigüedades y posibles resquicios para su elusión. Hoy en Ginebra, no obstante, ambos lados trabajan a partir de un documento único, un proyecto conjunto de tratado START que ya nos ha permitido hacer más progresos. Hace algunos meses, el presidente Reagan expresaba su confianza en que pudiera concluirse pronto un tratado START, tal vez incluso este mismo año. Ahora el señor Gorbachov ha dicho que cree que ese tratado podría estar concluido en la primera mitad del año que viene.

Es mucha la tarea que queda por hacer y nadie puede garantizar el éxito. Un examen de la situación actual demostrará de cualquier modo, que se ha avanzado un gran trecho hacia el objetivo de una reducción sensible del armamento estratégico. Ambos lados han convenido en que cada uno aplicará una limitación de los medios constituidos por los proyectiles nucleares balísticos lanzados desde submarino, los intercontinentales y los bombarderos pesados a una cifra total de 1.600, con una dotación máxima de 6.000 cargas nucleares por cada lado. Asimismo, convinimos en Reykjavik que las bombas de gravedad y los proyectiles de corto alcance que llevan los bombarderos pesados no se computasen uno a uno, sino que cada bombardero contara como una sola cabeza computable bajo la limitación de 600 y como un vehículo de lanzamiento en la de 1.600:

Un tratado START ha de establecer algo más que reducciones, pues debe mejorar la estabilidad. Nosotros proponemos conseguirlo en parte mediante el establecimiento de tres sublímites relativos a las cabezas de proyectiles balísticos. La idea de los sublímites no es nueva. Hay formas de crear las restricciones más rigurosas sobre los sistemas de armas de mayor capacidad de amenaza. El tratado SALT I estableció limitaciones más estrictas sobre los ICBM que sobre los SLBM y no limitó en absoluto los bombarderos ni las armas de que fueron portadores. El SALT II preveía una serie de límites y sublímites, cada cual más restrictivo que el anterior: en primer lugar, sobre los vehículos de lanza-

miento, luego sobre los bombarderos portadores de proyectiles de crucero, luego sobre los proyectiles con cabeza múltiple, luego sobre los ICBM con cabeza múltiple y finalmente sobre los ICBM pesados. En las START hemos adoptado un planteamiento análogo, pero que afecta a las cabezas mismas más que a los vehículos de lanzamiento. Ello es necesario para impedir que en el curso de las reducciones un lado pueda tratar de obtener ventaja a base de conservar una fuerza desproporcionadamente grande de cabezas de la clase más peligrosa mientras que el otro reduce su capacidad general de contraataque.

La resolución de la cuestión de las limitaciones sobre cabezas nucleares constituiría un logro muy importante en las negociaciones START, hacia el cual ya hemos lograda un cierto avance. Lo más importante sería la limitación sobre el número total de cabezas de proyectiles balísticos. La Unión Soviética ha dicho que podría convenir en un límite de 5.140 cabezas de proyectiles balísticos, que equivale a un 85 por 144 del total de 6.000, pero Moscú exigiría a cambio que renunciáramos a la regla de recuento de bombarderos acordada en Reykjavik. Estados Unidos tiene la firme creencia de que 5.100 cabezas de proyectil balístico es todavía una cifra muy alta y no va a aceptar prescindir de la regla de cómputo de bombarderos. La URSS había hecho anteriormente una propuesta, retirada después, que fijaba un límite para cabezas de proyectiles balísticos situado en el 80 por 100 del total existente, precisamente el compromiso que ha propuesto Estados Unidos: un 80 por 100, de 6.000 a 4.800. Esta última cifra es importante porque el sublímite establece la cifra total de cabezas de proyectiles balísticos de vuelo rápido por cada lado y a la vez, en interacción con el límite de 600 y la regla de cómputo de bombarderos, la cifra restante de proyectiles de crucero de vuelo lento lanzados desde el aire (ALCM):

Al entendimiento de este problema clave ayuda el entender sus orígenes. En un esfuerzo por empujar la negociación, Estados Unidos ofreció aceptar restricciones rigurosas sobre los ALCM si la URSS convenía en restricciones rigurosas sobre las cabezas de proyectiles balísticos. Según una propuesta previa hecha por Estados Unidos, se habrían fijado cifras de 1.500 ALCM y 4.500 cabezas de proyectiles balísticos. El pasado 22 de octubre, en un esfuerzo de buena voluntad desplegado para resolver el problema de los sublímites después de Reykjavik, convinimos en el planteamiento soviético del 80 por 100, que situaría el límite en 4.800 cabezas y tal vez en 1.000 o menos ALCM. Con su actual insistencia en quedarse con un número todavía mayor de las peligrosas cabezas de proyectiles balísticos de vuelo rápido, la URSS está intentando reducir aún más nuestra fuerza de ALCM de contraataque, lo que no iría en interés de la estabilidad.

En lo que se refiere al segundo sublímite, la Unión Soviética ha ofrecido establecerlo en 3.600 cabezas de proyectiles balísticos, pero propone a la vez que este mismo sublímite sea el aplicable a las SLBM y a la dotación de los bombarderos. Estados Unidos cree que el límite relativo a los ICBM debe ser más bajo, de 3.300 cabezas, y ha propuesto limitaciones

sobre los SLBM que prevén la libertad combinatoria orientada a la estabilidad que fuera acordada en los SALT I, SALT II y en fases anteriores a las negociaciones START.

Con respecto al tercero de los sublímites, Estados Unidos ha propuesto que haya una limitación de cabezas fijada en la cifra de 1.650 para ciertas categorías de ICBM, como los pesados y los de más de seis cabezas. El límite de 1.650 sería de aplicación a los ICBM pesados SS-18 y SS-X-24, en caso de que éste fuera desplegado, pero afectaría asimismo al MX/Peacekeeper norteamericano. La Unión Soviética ha propuesto limitar sus ICBM pesados esencialmente a 1.540 cabezas, pero no quiere que este sublímite sea de aplicación a otros ICBM. Asimismo la URSS ha indicado que la potencia de lanzamiento de sus proyectiles balísticos se reducirá en un 50 por 100, como propone Estados Unidos, pero hasta el momento no ha mostrado disposición a formalizar este compromiso en el tratado.

Los ICBM móviles presentan serias dificultades en el orden de la verificación. Las incertidumbres sobre las cifras reales de proyectiles ICBM y sistemas de lanzamiento desplegados, junto a la capacidad propia que tienen de recarga, plantean una amenaza de primer orden a cualquier tratado START que pretenda establecer reducciones profundas. ¿Podríamos decir realmente que nuestras exigencias en los planos de la reducción y la estabilidad habrían sido satisfechas si un lado pudiera desplegar una cifra de cabezas en ICBM móviles mayor que la de cabezas suprimidas en virtud del tratado? Esta preocupación ha llevado a Estados Unidos a proponer una prohibición de los ICBM móviles. La URSS no ha estado dispuesta a ello, y eso que los proyectiles nucleares de alcance medio-largo y medio-corto han de quedar eliminados por el Tratado sobre INF. Su eliminación en las negociaciones START, asimismo, reforzaría ese hecho positivo, contribuiría en alto grado a la verificación y generaría confianza en el acuerdo.

Otro número importante de cuestiones queda por resolver, y tenemos que garantizar también que el tratado sea efectivamente verificable. La Unión Soviética sigue insistiendo públicamente en que la verificación no va a constituir un obstáculo a la conclusión del acuerdo. En efecto, en una serie de negociaciones de los últimos años la URSS se ha mostrado más accesible en las cuestiones de verificación que en épocas anteriores. Sin embargo, la verificación es un ámbito en el que no puede haber nada parecido a acuerdo de principio; en ella solamente es posible el acuerdo detallado. Contrariamente a lo que puede seguirse por la Prensa, en las negociaciones sobre INF y START, Rusia sigue mostrándose mucho más reacia que Estados Unidos a aceptar planteamientos más integrales en materia de verificación. De hecho fue la oferta norteamericana de aceptar procedimientos de verificación menos extensivos, a condición de que la eliminación de los proyectiles de alcance medio-largo y medio-corto fuera completa, la que finalmente hizo que la URSS aceptara eliminar los restantes proyectiles de alcance medio-largo. Pero la conclusión de los tratados sobre INF y START aún podría verse retrasada si la URSS no demostrase una correspondencia entre sus afirmaciones y sus actos.

La Unión Soviética, asimismo, sigue condicionando el tratado START al nuevo acuerdo sobre Defensa y Espacio que ha presentado en las negociaciones de Ginebra. Estados Unidos ha rechazado este condicionamiento previo y por buenas razones. Lo que el mundo quiere son reducciones de los dispositivos de carácter ofensivo. Desde octubre de 1977 no hay en vigor ningún acuerdo vinculante sobre armas ofensivas, aun cuando durante esos diez años no había otro capítulo del armamento más plenamente sujeto a limitaciones de control de armamentos que el de los sistemas defensivos estratégicos y el del espacio. Ya existen los tratados ABM, sobre Limitación de Potencia de las Pruebas Nucleares y sobre Espacio Exterior. En la actualidad, lo único autorizado en materia de sistemas ABM son 100 interceptores con base fija en tierra, y solamente la URSS tiene desplegado un dispositivo de este tipo, de igual modo que sólo ella ha desplegado un interceptor antisatélite operativo. Pero ahora Moscú dice que incluso la investigación sobre alta tecnología de defensa, de interés para Estados Unidos, ha de quedar limitada como condición de su acuerdo en la reducción de sistemas ofensivos.

Los portavoces soviéticos sostienen que Estados Unidos no invertirían en la Iniciativa de Defensa Estratégica si no estuvieran pensando en su despliegue. Estados Unidos no ha tomado decisión alguna de desplegar sistemas ABM, pero es evidente que nuestra investigación está orientada a la averiguación de la posibilidad de que una sustentación mayor en medios de defensa estratégica ofrezca una vía mejor y más segura de disuisión de la guerra. La Unión Soviética sobrepasa este nivel en sus investigaciones. En los últimos decenios ha gastado mucho más en defensa estratégica que Estados Unidos en medios estratégicos ofensivos y además tiene un ingente programa propio tipo IDE, lo que a menudo niegan sus autoridades. Así hay que tener precaución de no tomar demasiado en serio esas propuestas soviéticas, y más especialmente cuando, aun después de que se concluya el acuerdo START, la URSS conservará casi el doble de cabezas nucleares de las que tenía, cuando se firmó el tratado ABM.

Comoquiera que sea, Estados Unidos, en respuesta a las preocupaciones expresadas por la URSS en las negociaciones sobre Defensa y Espacio, ha ofrecido renunciar a un desentendimiento del tratado ABM que hubiera tenido por objeto desplegar antes de 1994 sistemas defensivos distintos de los autorizados en virtud de dicho tratado. Hasta el momento la Unión Soviética no se ha dado por satisfecha con esta oferta, aun cuando cuesta entender por qué tendría que ser necesario en absoluto un nuevo compromiso por parte de Estados Unidos. Aun así, Estados Unidos ha formulado un planteamiento positivo. Se ha propuesto que ambos lados estudien la posibilidad de llevar adelante, en cooperación, una transición hacia una sustentación mayor en los sistemas defensivos después de 1994, en caso de que dichos sistemas resulten realizables. Con ese objetivo hemos ofrecido una serie de medidas de predicción, entre ellas el intercambio de datos programáticos, informes sobre las actividades respectivas en la materia, visitas a las instalaciones de investigación asociada y la observación de pruebas de sistemas defensivos. Lo que esperamos es

que la URSS llegue a ver en las negociaciones START, como lo ha hecho en las negociaciones sobre INF, que es contraproducente frustrar las esperanzas puestas por todos los pueblos en el control de armamentos en aras del bloqueo de una investigación que promete aumentar la seguridad y la inmunidad por ambos lados.

En esta situación en la cual los microscopios que se han mantenido enfocados en las INF van a pasar a enfocar las negociaciones START, no hemos de perder de vista el control de armamentos en su más amplia expresión. En una serie de ámbitos ya hemos conseguido éxitos, y en particular en el de los procedimientos de control de crisis. Tan sólo hace tres semanas Estados Unidos y la Unión Soviética acordaban la creación de Centros de Control de Riesgos que enlacen Washington con Moscú con sistemas de comunicación modernos. Se ha convenido ya en perfeccionar las comunicaciones de "teléfono rojo" entre los jefes de Estado, a fin de dotarlas de mayor velocidad de transmisión y de capacidad de comunicación facsímil. Asimismo, ambos países han corregido el Acuerdo sobre Medidas en Caso de Accidente, con miras a la eliminación de posibles errores de entendimiento en el caso de ciertos accidentes nucleares.

En Estocolmo, el Comité sobre Desarme y Medidas de Seguridad y Confianza en Europa (CDE) concluyó un tratado que establecía la necesidad de ampliar los supuestos de notificación previa de maniobras militares importantes y asimismo ciertos derechos de inspección a iniciativa de parte. Recientemente, y por primera vez, Estados Unidos efectuó una inspección de una maniobra militar soviética en el propio territorio de la URSS.

No obstante, no todos nuestros esfuerzos en materia de control de armamentos han experimentado tal progreso. La amenaza militar convencional soviética sobre Europa occidental sigue siendo imponente y no hay a la vista solución alguna de control de armamentos en ese ámbito. En diciembre de 1985, Estados Unidos y sus aliados europeos hicieron un gesto de gran importancia al desistir de su exigencia de que la URSS aportara información sobre sus niveles de fuerza antes de la reducción de la misma a los niveles convenidos. Todo el mundo sabe, estoy convencido, de que la Unión Soviética sostiene desde hace mucho que tiene en Europa menos tropas de las que Occidente cree. Al desistir de la exigencia de obtención de los llamados "datos previos", Occidente estaba ofreciendo dejar a un lado la cuestión del volumen de fuerzas anterior a las reducciones a cambio de poder desarrollar una verificación rigurosa del volumen de tropas resultante tras las reducciones. Por desgracia, y a pesar de las protestas de las más altas instancias soviéticas en el sentido de que las cuestiones de verificación no constituirían obstáculo, la URSS todavía tiene que convenir en las cláusulas relativas a verificación que permitirían la conclusión incluso de un tratado muy postergado sobre reducción mutua y equilibrada de fuerzas.

De hecho, Moscú ha desplazado su atención hacia un nuevo foro de negociación sobre armas convencionales que ofrece aún mayores complejidades. Para ser sinceros es de esperar que Moscú haga propuestas gran-

diosas, pero es improbable que convenga a corto plazo en medidas de control de armamento que pudieran corregir el saldo armamentístico convencional en Europa. Las fuerzas de tierra soviéticas desplegadas en Europa oriental son algo más que fuerzas de ocupación, con lo trágico que esto es ya de por sí, pues constituyen el principal medio por el que la URSS, anémica desde el punto de vista político y económico, puede influir e incluso intentar ejercer coacción sobre Occidente. Y es una posición en la que la URSS no va a ceder fácilmente. Es improbable que la Unión Soviética muestre una flexibilidad verdadera en el control de armas convencionales hasta que Moscú se haya persuadido de que Estados Unidos y sus aliados europeos están dispuestos a compartir la caída que supone contar con el volumen de fuerzas convencionales necesario para anular la ventaja soviética. Por desgracia, hemos desatendido nuestros medios convencionales y, con reducciones de nuestras fuerzas nucleares o sin ellas, tenemos que acelerar los planes ya en marcha de fortalecimiento de nuestros medios convencionales defensivos. Con ello fortaleceremos también nuestras posiciones negociadoras en Viena.

Me he referido al papel central que cumple nuestro aparato disuasorio nuclear en la salvaguardia de la paz en bien de las dieciséis naciones de la OTAN, y naturalmente de todo el mundo, y también a la importante contribución que puede suponer para ese esfuerzo la feliz conclusión de unos acuerdos sobre armas estratégicas y sobre armas de alcance medio. En suma, pues, el control de armamentos puede contribuir al mantenimiento del equilibrio militar, pero no es sustitutivo de una cabal política y unos programas sólidos en materia de Defensa. Nuestras posiciones en materia START e INF están concebidas para el mejoramiento de la estabilidad, el robustecimiento de la disuasión y el mantenimiento de la credibilidad de nuestra doctrina de respuesta flexible, y no para imponer una carga desproporcionada a nuestras fuerzas convencionales. Tenemos que mantener un aparato de disuasión incluso mientras sigamos buscando vías mejores y más seguras para la paz.

Mijail Gorbachov y las Fuerzas Armadas soviéticas

Michel Tatu

Existe una especie de fatalidad en la historia de la aviación, o más bien en la historia de los sobrevuelos de la URSS. El clima de vigilancia contra el espionaje mantenido por las autoridades a través de todas las épocas han convertido en muchos casos las intromisiones aéreas en otros tantos asuntos de Estado con graves consecuencias humanas o políticas. En 1960, el vuelo del piloto norteamericano Gary Powers, a bordo de un avión espía U-2, terminó no sólo con la destrucción del avión y la captura del piloto, sino también con una crisis de primer orden entre Moscú y Washington. El asunto precipitó las tensiones entre la URSS y China y estuvo a punto de costar su puesto a Kruschef. En 1983, el sobrevuelo de Sajalin por un avión de línea surcoreano llevó a la muerte a casi trescientos pasajeros y tripulantes, por no hablar de las grietas que el drama abrió en la alta jerarquía militar y en el entorno de un Yuri Andropov ya agonizante.

En estas condiciones, y a pesar del clima más distendido que ha suscitado Gorbachov, podía esperarse que la intrusión del joven piloto alemán Mathias Rust, desde Helsinki, el 28 de mayo de 1987, a bordo de una avioneta Cessna, en el espacio aéreo soviético, tendría consecuencias graves. Y tanto más un aterrizaje aquella misma tarde en medio de una plaza Roja llena de turistas. Y todavía un sacrilegio más grave: previamente la Cessna había sobrevolado varias veces el Kremlin y su sanctasantórum, el edificio del Senado, donde el Politburó debería haberse reunido a esa misma hora, como todos los jueves, si Mijail Gorbachov no se hubiera encontrado ese día en Berlín Este en una reunión del Pacto de Varsovia.

Se hablará mucho aún sobre lo que pueda haber detrás de este asunto sin precedentes y, por cierto, nada mal organizado, hasta en la fecha elegida: en el Oeste, la fiesta de la Ascensión; en el Este, "el día

Michel Tatu es editorialista del diario "Le Monde", de París, y especialista en relaciones Este-Oeste. Acaba de asistir en Moscú al LXX aniversario de la Revolución. Es autor, entre otros libros, de "Le pouvoir en URSS" (1967) y "Les relations Est-Ouest entre deux déten-tes" (1985).

de los guardias de fronteras”, festividad marcada por celebraciones copiosamente regadas. (se detuvo aquel día a miembros de las guardias fronterizas perfectamente amodorrados en un parque de Moscú) con las que acentuar la desorganización de los servicios de control. El hecho es que, a su regreso a Moscú, Gorbachov decidió actuar. Dos días más tarde el Politburó, reunido en sesión especial, anunciaba la destitución “por incuria y falta de organización” del comandante de la defensa antiaérea, el mariscal Koldunov, que ocupaba el cargo desde hacía nueve años. La dirección del Partido fue más prudente con el ministro de Defensa, el viejo mariscal Sokolov, limitándose a anunciar que “se reforzaría la dirección” del Ministerio. Pero *Pravda* publicó en el mismo número un decreto anunciando el “paso a la reserva” del ministro. Quince días más tarde se destituyó públicamente a un tercer mariscal, Anatoli Konstantinov, que mandaba desde hacía siete años la defensa antiaérea de la región de Moscú y que pertenecía, como los dos anteriores, al Comité Central del Partido, en calidad de suplente.

Todas estas sanciones carecen de precedentes desde, la destitución del mariscal Yukov por “tendencias bonapartistas” en 1957. Durante los últimos treinta años ningún oficial general había sido criticado y todavía menos destituido. Cabe decir incluso que el retiro ofrecido a Sokolov marca una ruptura: una ley adoptada en tiempo de Breznev prevé, en efecto, que todo oficial con graduación superior a general de brigada no puede pasar a la reserva. Sigue su carrera y disfruta de todas las ventajas de la vida activa hasta su muerte, aunque sea en destinos de pleno descanso, como el de “inspector general”. Todavía hoy el almirante Gorchkov y el mariscal Tolubko, antiguos comandantes de la Marina y de los Cohetes Estratégicos, son, a los setenta y siete y setenta y tres años, respectivamente, inspectores generales del Ministerio de Defensa y miembros del Comité Central. En esas mismas condiciones murió, en junio de 1985, el mariscal Moskalenko, a los ochenta y tres años.

Otro insulto a la jerarquía militar: el sucesor de Sokolov en la cartera de Defensa no es un mariscal, sino un simple teniente general, y no es en la jerarquía del Partido más que miembro suplente del Comité Central. Trasladado a Moscú tan sólo dos meses antes desde la Región Militar de Extremo Oriente, a cuyo mando se encontraba, para ocupar el puesto de viceministro encargado de los cuadros de mando, el general Iazov pasa por delante de todos los mariscales en activo, de tres primeros viceministros y de nueve viceministros. El golpe es especialmente duro para los que jugaban un papel de favoritos en la sucesión de Sokolov, los primeros viceministros Ajromeyev y Luchev: el primero de ellos, jefe de Estado Mayor, había acompañado a Gorbachov a Reikjavík para su encuentro con Reagan, impresionando a los americanos por sus capacidades de militar diplomático, aparentemente muy leal a su jefe; el segundo había quemado etapas hacia la cumbre al ocupar en menos de dos años los dos puestos de mando más prestigiosos (la Región Militar de Moscú y la dirección de los cuerpos de Ejército soviéticos de Alemania del Este) antes de convertirse en el número dos o tres del Ministerio.

Pero el supremo insulto es el modo en que han quedado en evidencia los militares de la unidad en cuestión, la Región Militar de defensa antiaérea de Moscú. La advertencia tuvo lugar en el curso de una reunión mantenida al principio del mes de junio de este año con la ausencia visible de los grandes jefes del Ejército, con excepción del jefe de la dirección política, el general Lizichev, aunque en presencia de Boris Eltsine, primer secretario del Partido en Moscú y promotor del *gorbachismo*. Citemos algunos párrafos de su discurso, tal como se reprodujo en *Estrella Roja* del 17 de junio:

“La reestructuración prácticamente no ha alcanzado a la región Militar, en la que nada ha cambiado desde el XXVII Congreso; es decir, desde hace más de un año. Entre los mandos de la Región reinan el apego a los viejos métodos, la alergia ,a la novedad, el inmovilismo (...), el amiguismo, los caprichos personales (...). Un estilo nefasto ha sido instaurado en todos los niveles: los jefes lanzan insultos y humillan la dignidad humana de sus subordinados (...). Un clima de autosatisfacción y de orgullo se ha extendido por todas partes (...). Estamos en el grado cero de la reestructuración. El Partido ha tenido el coraje de hablar ante el mundo entero de la situación de crisis en la sociedad, y en esta Región Militar se sigue diciendo: todo va bien, todo va bien... Sólo lo sucedido hoy marca el principio de la reestructuración en la región.”

Incluso en nuestros países resulta cuando menos inhabitual lanzar semejante chaparrón de críticas sobre los generales. Pero en la URSS no se tenía memoria de que el Ejército Rojo y sus jefes fueran tratados de tal suerte. Es cierto que, desde hace algún tiempo, se acumulaban signos de creciente mal humor del poder respecto del Ejército, al que algunos consideraban muy lento a la hora de adaptarse a los nuevos tiempos. Ya en marzo de 1987, en el curso de una reunión de comunistas del Ministerio de Defensa, se había señalado que “las fuerzas armadas no han llegado sino al comienzo de un largo y difícil camino”. El informe añadía: “Hay todavía mucho que hacer por parte del Estado Mayor y de la dirección política principal. La prolongación del estancamiento procede del hecho de que toda una generación de cuadros haya sido educada en un contexto de menor rigor. Los participantes en la reunión han subrayado nuestra confianza excesiva en los métodos administrativos, sin examinar cuidadosamente las razones internas de los procesos negativos que se desarrollan en nuestros días.” (*Estrella Roja* del 18 de marzo de 1987).

Un secretario general sin experiencia militar

La novedad de este informe no radicaba en los términos empleados, empapados en la “dureza terminológica de la reestructuración”, sino en el hecho de que se aplicaran esta vez a los militares. La extensión de la reestructuración decidida a raíz del *plenum* de enero no excluía al Ejército, y no sorprenderá que en tales condiciones Mijail Gorbachov haya aprovechado la oportunidad que le brindara el asunto de la avioneta Cess-

na para acelerar el movimiento y poner en duda la especie de *modus vivendi* que se había establecido, después de la muerte de Chernenko; entre la nueva dirección política y los mariscales. Un *modus vivendi* que reflejaba las debilidades y preocupaciones de unos y de otros.

En lo que respecta al secretario general, su mayor desventaja consistía en una falta casi total de experiencia militar y de contacto con las fuerzas armadas. No sólo no había vivido la guerra como adulto, a diferencia de todos sus predecesores, sino que ni siquiera había hecho el servicio militar ni ejercido responsabilidad alguna en la industria de la defensa. Su único contacto con el Ejército había sido muy formal y tardío: como primer secretario del Partido para el territorio de Stavropol, tenía derecho a participar en las reuniones del Consejo Militar de la región militar del Cáucaso-Norte. Recordemos de paso que no perdió la ocasión de establecer relaciones y de mantenerlas después: por entonces el comandante de esta región era el general Belikov, que posteriormente recibió, en 1986, el mando más importante del Ejército Rojo, el de las fuerzas soviéticas en Alemania.

Del lado de los militares, la debilidad procedía sobre todo de la falta de jefes carismáticos: después de la muerte de Ustinov y de la destitución del mariscal Ogarkov, ninguno de los jefes militares poseía una fuerte personalidad o un prestigio indiscutido. Pero esa debilidad procedía también de un estado de conciencia ampliamente compartido por los herederos de Breznev: bajo el reinado de este último las fuerzas armadas habían dispuesto de interminables recursos, habían consumido lo esencial de las riquezas del país e incluso las habían malgastado en empresas sin sentido o inútilmente provocadoras para Occidente, como resultó ser el despliegue de los SS-20. Añadamos que el asunto del Boeing surcoreano, ya evocado, no había contribuido a aumentar el prestigio de los militares: porque en último término no se les reprochaba tanto la muerte de los pasajeros como su retraso en intervenir y su incapacidad ulterior para distinguir el sangriento suceso de lo que trató de presentarse como “una provocación imperialista”.

Lo cierto es que desde la muerte de Ustinov, en diciembre de 1984, los grandes jefes del Ejército no podían seguir aspirando a la misma posición que mantuvieron antes en la jerarquía del Partido y del Estado. La primera prueba de ello pudo obtenerse en marzo de 1985 con ocasión de los funerales de Chernenko, en que los mariscales fueron apartados de la tribuna oficial. Se tuvo otra confirmación poco después con la elección de Sokolov, ministro de Defensa, en un puesto de mero suplente en el Politburó, no como titular, como habían sido sus predecesores desde Gretchko en 1973.

Gorbachov necesitaba afirmar su autoridad de nuevo secretario general y como tal de presidente de derecho del Consejo de Defensa, organismo que desempeña el papel de “politburó militar” y toma todas las decisiones sobre la seguridad, los programas de armamento y eventualmente de desarme. Y ese es el paso que dio al comparecer el 10 de julio de 1985 en Minsk, en un “encuentro con los cuadros militares dirigentes”. Por un

lamentable descuido aún no reparado, y una afrenta a lo que luego sería el *glasnost*, el discurso que pronunció entonces Gorbachov no está publicado y la Prensa tampoco ha llegado a precisar quién participó en ese encuentro por parte militar. Quizá no se quiere decir que uno de los asistentes era el mariscal Ogarkov, destituido algunos meses antes de su puesto de jefe del Estado Mayor, y cuya nueva posición de comandante del teatro de operaciones militares "Oeste" no ha llegado nunca a mencionarse oficialmente.

Las condiciones del *modus vivendi*

De lo anterior se deduce que por el momento sólo es posible especular acerca del contenido del *modus vivendi* establecido entonces entre la nueva dirección política y los jefes del Ejército. *Modus vivendi* que durará hasta el escándalo de la avioneta Cessna, casi dos años después. Cabe, no obstante, distinguir los siguientes elementos:

En el plano político los militares deberán resignarse a una posición menos visible, y a aceptar también algunos sacrificios en las negociaciones de desarme. Las conversaciones con los americanos fueron reanudadas en Ginebra en marzo de 1985 y algunas semanas más tarde, durante su viaje a París, Gorbachov haría las primeras concesiones sobre los euromisiles. Podemos pensar que el secretario general comenzó desde ese momento sus esfuerzos para llevar a los mariscales a renunciar a sus SS-20, un sistema de armas comenzado a fabricar en los años setenta, que desencadenó la respuesta de Occidente al instalar a partir de 1983 los misiles Pershing y los de Crucero en territorio europeo de la OTAN. Después de todo, el secretario general parece convencido: si hubiera que elegir entre 1.200 ojivas nucleares más y la perspectiva –favorable a la URSS, habida cuenta de la relación de fuerzas convencionales– de una desnuclearización progresiva de Europa y de una retirada parcial americana, el trato, al fin, no resultaría tan malo. El acuerdo, sin embargo, fue difícil de imponer, como lo muestra el episodio del "paquete no disociable" de propuestas súbitamente avanzadas por Gorbachov en el tramo final de la cumbre de Reikjavik al declarar –probablemente bajo la presión de sus militares– que las concesiones sobre los euromisiles no serían válidas sin una renuncia por parte de Norteamérica a su Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE). Al plantearlo así, el secretario general sabía que avanzaba hacia un callejón sin salida.

En febrero último acertó a deshacer el "paquete", lo que le permitió nuevos progresos en la negociación. Sin duda ha pagado este sacrificio de sus militares aceptando el fin de la moratoria que él mismo había impuesto unilateralmente en agosto de 1985 (al día siguiente del encuentro de Minsk) sobre las pruebas nucleares soviéticas. El 26 de febrero, dos días antes de que se diera luz verde al acuerdo sobre los euromisiles, los técnicos soviéticos han procedido a una prueba nuclear por primera vez después de diecinueve meses.

Conviene precisar, siempre en el plano político, que los militares permanecen en lo esencial al margen de la “reestructuración” (*perestroika*). Después del *plenum* de enero de 1987, por ejemplo, y aun cuando Gorbachov se preocupara de precisar en su informe que las fuerzas armadas soviéticas “viven también la reestructuración”, el único párrafo de la resolución final en la que no figuraba el gran eslogan del día era el que se refería a los militares.

De este modo y durante dos años el alto mando resultó apenas alcanzado por los cambios que afectaron a otros sectores del aparato. Así, y hasta la purga provocada por el asunto de la Cessna, los titulares de los tres primeros cargos del Ministerio de Defensa siguieron siendo los mismos que habían sido elegidos bajo Chernenko, en diciembre de 1984: Sokolov (ministro), Ajromeyev (jefe del Estado Mayor) y Kulikov (comandante en jefe del Pacto de Varsovia). El único cambio a este nivel había consistido en añadir a este trío, en junio de 1983, al general Luchev, promovido en julio de 1986 primer viceministro de la Defensa, en el puesto del general Petrov. No se repuso en modo alguno al mariscal Ogarkov, antiguo jefe del Estado Mayor, separado en 1984 por razón de una posible rebelión frente al Politburó. Gorbachov y sus amigos optaron por adoptar ciertas ideas de Ogarkov sin recuperar su persona, considerada demasiado ambiciosa e inquietante.

Algunos escalones más abajo, y al menos hasta la purga de mayo junio de 1987, las cosas habían cambiado algo más con el cese de cuatro viceministros, sobre once, entre ellos dos importantes comandantes relevados en 1985: el mariscal Tolubko, responsable de los misiles estratégicos, trasladado al Cuerpo de Inspectores desde junio de aquel año (coincidiendo con el encuentro de Minsk), quizá para, demostrar a las claras el abandono de la política de “totalidad nuclear” que había prevalecido hasta entonces; y el cese, poco después, del almirante Gorchkov, jefe de la Marina de Guerra desde casi treinta años atrás, separado del mando también, en este caso sin explicación alguna. También en 1985 se produjo el cese del teniente general Epichev, jefe de la dirección política de las fuerzas armadas durante veintitrés años y figura típica, a la vez, de la generación de los “nuevos cuadros stalinianos” (había trabajado en los órganos de seguridad muy al principio de los años cincuenta) y del “estancamiento” brezneviano.

Todavía en niveles inferiores se produjo el cambio de comandantes de las cuatro grandes flotas de la Marina soviética, de los jefes de “grupos” del Ejército Rojo en la República Democrática Alemana, en Polonia y en Hungría, y, por último, en once regiones militares. Pero los jefes militares se han acostumbrado a cambiar con mayor frecuencia de destino que los civiles, incluso bajo Breznev, y puede ocurrir que el movimiento de cuadros no resulte en sí mismo más importante que los de períodos anteriores. Además, a excepción de Epichev, que murió algunas semanas después de su cese, la mayoría de los dignatarios depurados conservaron sus puestos en el Comité Central del Partido, de modo notorio los antiguos viceministros Tolubko y Gorchkov.

Paralelamente, Mijail Gorbachov abordaba con la mayor energía la reforma de otro gran pilar del complejo militar industrial: los tecnócratas del armamento. El secretario encargado de la industria de defensa era entonces Grigori Romanov, rival de Gorbachov en la pugna por la dirección suprema del Partido, destituido sin más aclaraciones en junio de 1985. Fue reemplazado de inmediato por Lev Zaikov, de sesenta y dos años, sucesor de Romanov a la cabeza del Partido en Leningrado. En niveles inferiores, la comisión militar industrial gubernamental pasaba en noviembre de 1985 de las manos de Leonidas Smirnov, veterano de la industria de armamentos desde el período staliniano, a las de Yuri Masliukov, hasta entonces primer vicepresidente del Gosplan. Signo de los tiempos: como ocurría con una buena parte de los ministros breznevianos, Smirnov tenía cerca de setenta años al dejar su puesto en 1985; su sucesor, Masliukov, tenía entonces cuarenta y ocho y es todavía hoy el benjamín de los vicepresidentes del Gobierno. Igual cambio se produjo a la cabeza del Ministerio de Construcciones Mecánicas Medias, que fabrica todas las ojivas nucleares del Ejército Rojo. El nuevo ministro Riabev nacido en 1933, hubiera podido forzando un poco la suerte, ser nieto de su predecesor Efim Slavski, que era, a sus ochenta y ocho años, el ministro en activo más viejo de la URSS y muy probablemente del mundo.

Si la alta dirección de las fuerzas armadas permanecía, poco más o menos, como en tiempo de Chernenko, la perestroika transformaba a fondo la cúspide del complejo militar-industrial: Recordemos que el Ministerio de Construcciones Mecánicas Medias fue uno de los más modificados por los cambios que afectaron a la industria nuclear inmediatamente después de la catástrofe de Chernobyl: Alexandre Mechkov, primer viceministro, fue destituido en julio por “graves errores e insuficiencias” antes de ser “severamente sancionado” como dirigente del Partido. Todo ello no impidió que el Ejército ocupara un lugar de honor en los trabajos emprendidos para limitar los daños y “liquidar las consecuencias del accidente”. Pero es posible que una parte de las “experiencias” a las que se había entregado muy imprudentemente el personal de la central fueran dictadas y planificadas por las necesidades de la defensa y procedieran de los responsables del “Minsredmach” (construcciones mecánicas medias).

La ley de Asignación Máxima

En el plano económico, en fin, uno de los elementos probables del *modus vivendi* instaurado con los militares durante al menos los dos primeros años de la nueva dirección, resultaba favorable a éstos: en lo esencial, recibían la misma cantidad de recursos. Sin duda es improbable un cálculo riguroso, y no entraremos en el juego menor de los expertos dedicados permanentemente, aquí y allá, a evaluar el porcentaje de gastos militares en el presupuesto soviético (hablamos, bien entendido, de gastos reales, no de las cifras muy sobrevaluadas ofrecidas cada año a la propaganda exterior). ¿Once por ciento, trece por ciento,

veinticinco por ciento? Las evaluaciones han variado; algunos especialistas, como los de la CIA americana, han llegado a veces a revisar de modo tajante sus propias estimaciones.

Parece más sencillo establecer el principio de que, al menos desde los comienzos del reinado de Breznev y más probablemente desde el día mismo de la crisis de Cuba en 1962, la URSS decidió asignar al Ejército el máximo de lo que la economía soviética pudiera movilizar.

Como resultado de ello, el volumen global de los créditos no se reduciría aunque su proporción, dentro del total de los recursos, tampoco pudiera aumentar sensiblemente. El crecimiento, relativamente satisfactorio, registrado por la economía hasta mediados de la década de los setenta permitió la, puesta en marcha de enormes programas de armamento en toda la gama de sistemas.

Todo fue razonablemente bien hasta el “despertar de Occidente”, manifestado tras la invasión de Afganistán y el descubrimiento del programa SS-20 por un neto crecimiento de las inversiones militares de la Alianza Atlántica y por la llegada de Ronald Reagan a la Casa Blanca, en enero de 1981. Como este período coincidía a la vez con un descenso y luego con un estancamiento del crecimiento soviético; como coincidía, igualmente, con la aparición de nuevas tecnologías (las armas clásicas “inteligentes”) y su utilización acelerada por el Pentágono (primero con la “doctrina Rogers” de perfeccionamiento de sistemas convencionales, después con la Iniciativa de Defensa Estratégica, IDE, basada en el espacio), los militares se volvieron hacia el Politburó para pedir más recursos a fin de hacer frente a los nuevos desafíos.

Unos, los más conservadores, deseaban reforzar el componente nuclear de la panoplia; los otros, cuyo jefe de fila era sin duda Ogarkov, aceptaron una cierta “ralentización” de los programas nucleares mientras pedían una fuerte inyección de recursos nuevos para la ampliación, diversificación y modernización de los arsenales convencionales. Pero la *ley del esfuerzo* máximo prohibía toda flexibilidad: incluso Breznev se había visto obligado a subrayar a sus militares, en su discurso testamento pronunciado precisamente delante del Alto Mando en octubre de 1982, que el volumen global de los recursos no podía aumentarse, por lo que debía lograrse un mejor aprovechamiento de las inversiones. Es probable que la insistencia excesiva del mariscal Ogarkov durante los años siguientes condujera a su destitución por Chernenko en 1984.

Esta ley del esfuerzo máximo fue aplicada también, hasta nueva orden, por Gorbachov: las advertencias disciplinarias dirigidas a la alta jerarquía a lo largo de los meses ha permitido, sin duda, que el secretario general pudiera imponer sus criterios. En sustancia, la envoltura seguía siendo la misma, aunque el reparto resultara diferente: menos armamento nuclear pesado, más armamento convencional avanzado, más calidad y menos cantidad; mayor investigación en el frente de la “la guerra de las estrellas”. Es significativo que las nuevas tecnologías (láser, informática) hayan experimentado un nuevo impulso a partir de 1985.

El conjunto de controles sobre el Ejército llevado a cabo por Gorvachov en 1987 deberá, si se confirma, consolidar la autoridad del secretario general y, por ello mismo, la autoridad del Partido en la totalidad del sistema. En el curso del decenio precedente habíamos asistido a una evolución más bien peligrosa para dicho sistema: mientras que la autoridad política languidecía en la decrepitud y el estancamiento, el Ejército reforzaba su poder sobre el país, tanto sobre la economía como sobre la política exterior, y se perfilaba como el único elemento más o menos vigoroso de todo el organismo. De ello a pensar que los militares irían sustituyendo poco a poco al Partido desfalleciente no había más que un paso, un tramo que, llegado el momento, podría cruzarse sin excesiva temeridad. Al recuperar la iniciativa y al intentar detener la decadencia del Partido, es probable que Mijail Gorbachov salve las amenazas que planeaban sobre este último, al menos durante los próximos años.

El poder policial

¿Podrá adoptar el papel de *challenger* esa segunda rama del poder armado que constituye la Policía? Con o sin *glasnost*, la Policía conserva su papel y su importancia en la URSS. Pocas cosas han cambiado desde Breznev a esta parte en cuanto a sus atribuciones y organizaciones diversas. Ese poder está repartido entre varios Ministerios: el Ministerio del Interior o MVD, que agrupa a la Policía uniformada (milicia), a las tropas del interior, al Goulag, a los bomberos, etcétera. Viene a continuación el Comité de Seguridad del Estado, el famoso. KGB, que se ocupa de la información interior, del espionaje y el contraespionaje (es, a la vez, la CIA y el FBI de Estados Unidos), disponiendo además de tropas propias y controlando también el importante Cuerpo de guardias fronterizos. Existe por último la Policía militar y los Servicios de Información del Ejército, el GROU.

De todas estas instituciones, el MVD es la más importante numéricamente; el KGB la más poderosa y, hasta nueva orden, la más prestigiosa. Andropov logró avanzar inopinadamente hasta la primera línea del escenario en 1982, contra Chernenko, el protegido de Breznev. El propio Yuri Andropov supo hacer del KGB, a lo largo de muchos años, un instrumento esencial del sistema; primero manejó la institución homóloga llamada NKVD e hizo de ella el instrumento predilecto de Stalin, sobre el que éste asentó su dictadura. Más tarde logró el poder apoyando su aparato en los numerosos *dossiers* que había acumulado contra la *nomenklatura*. Todavía hoy es necesario dirimir los grandes problemas sucesorios en la Unión Soviética mediante el asentimiento explícito o tácito del KGB.

La llegada de Gorbachov, en marzo de 1985, no constituyó una excepción a esta regla. Todas las indicaciones y testimonios recibidos señalan que Gorbachov era, desde la muerte de Chernenko, y quizá incluso desde la sucesión precedente, un año antes, el elegido del KGB. Después de todo, tal era la voluntad de su jefe histórico, Andropov; también la del asociado y heredero de este último, Tchebrikov, presidente del KGB desde

diciembre de 1982. El ingreso de Tchebrikov en el Politburó, como miembro de pleno derecho desde abril de 1985, constituyó además con toda probabilidad la contrapartida de este compromiso decisivo. De la misma manera que Chelepin, también antiguo dirigente del KGB, había sido recompensado con el ingreso en el Politburó un mes después de la caída de Kruschev, a la que había contribuido.

En el último período, no obstante, este apoyo no resulta tan evidente: diversos episodios o indicios indican lo contrario. Desde luego que no se podrían atribuir sólo a las tareas de intoxicación del KGB todos los innumerables rumores que circulan en la URSS. Pero cuando se trata de rumores que conciernen al jefe supremo y cuando éstos consiguen alcanzar los oídos de los extranjeros destinados en Moscú, las percepciones en este sentido alcanzan máxima verosimilitud. Y es así como a partir del verano de 1986, se extiende un nuevo capítulo de murmullos entre los corresponsales de Prensa.

En primer lugar circula un rumor acerca de un atentado del que Gorbachov pudo haber sido víctima con ocasión de un viaje a Extremo Oriente, rumor reforzado por un curioso comentario hecho por Gorbachov delante de un grupo de escritores en junio de 1986 sobre el "terror", al que recurren los "imperialistas" contra la dirección soviética. Han circulado luego las especies peor intencionadas sobre la esposa del secretario general, Raisa Gorvacheva: sobre su lujoso tren de vida, sobre la construcción de una costosa *dacha* levantada para ella a expensas del Estado, sobre sus aspiraciones al puesto de ministro de Cultura, etcétera. Y se sabe (siempre según rumores que algunos corresponsales extranjeros transmiten complacidos desde Moscú) que una película en vídeo circula por la capital soviética para ilustrar este mal comportamiento.

Mencionemos también el caso Danilov, periodista norteamericano encarcelado por el KGB durante el verano de 1986, coincidiendo como por casualidad con los preparativos del acercamiento hacia Estados Unidos que deberían conducir a la cumbre de Reikjavik, en octubre del mismo año. El asunto recordaba tentativas análogas emprendidas en el pasado por ciertos elementos de los "servicios", decididos a colocar a los dirigentes soviéticos ante ciertos hechos consumados. Kruschev hubo de padecer dificultades de la misma especie con un diplomático alemán atacado en una iglesia de Moscú durante el verano de 1964, en el momento en que buscaba un acercamiento hacia Bonn. Hoy nos encontramos de nuevo con maniobras de sabotaje ante las iniciativas del secretario general en materia de política exterior. El 8 de diciembre de 1986, después del encuentro de Reikjavik, se produjo la muerte, durante su detención, de uno de los disidentes más conocidos, Anatoli Martchenko: el hecho resulta tanto más sospechoso cuando se considera que se produjo en vísperas de una serie deliberaciones de disidentes encarcelados por delitos de opinión. El KGB (o en todo caso algunos de sus responsables de más alto nivel) habría decidido sabotear así la política de apertura de Gorbachov, que no pudo dar respuesta a estos hechos.

Quizá por todas estas razones pueda disfrutar el KGB de menos recursos y de un menor espacio de maniobra a partir de la nueva fase de la era gorbachoviana, emprendida entre los últimos meses de 1986 y los primeros de 1987. Volviendo sobre un asunto al que se había referido en otoño, pero sin identificar entonces claramente a los culpables, la *Pravda* del 4 de enero de 1987 describía con detalle la manera con que un periodista de la región de Vorochilovgrad, en Ucrania, Viktor Berkine, había sido perseguido y detenido en julio de 1986 por haber desvelado escándalos que implicaban a las autoridades locales. El periódico del Partido indicaba que uno de los responsables era un tal Ditchenko, miembro suplente del comité regional del Partido, pero hizo falta esperar algunos días más para conocer su función exacta: Ditchenko era el jefe del KGB en Vorochilovgrad. La relación se hizo pública a través de un comunicado de Viktor Tchebrikov, presidente del KGB de la URSS, anunciando la destitución del denunciado y emplazando a su superior de Kiev, Stepan Moukha, "a emprender las diligencias disciplinarias contra los demás colaboradores del KGB en la región de Vorochilovgrad". El propio Moukha pasaría a la reserva algunas semanas más tarde.

Más o menos por aquellos días la milicia, ya seriamente afectada desde la desgracia seguida de suicidio de su jefe, Chelokov, fiel al círculo de Breznev, se veía acusada por una serie de casos de tortura en Carelia. Dicho de otro modo: los "servicios" de mantenimiento del orden era invitados a "reestructurarse". Decisión que queda confirmada por la resolución del *plenum* de enero: estamos ante directrices similares a las que recibieron los militares, invitando a los "servicios" de mantenimiento del orden a "aprender a actuar en el contexto de una mayor extensión de la democracia y de la transparencia".

Dicho lo cual conviene reconocer que los cambios entre los cuadros de mando han sido más limitados en el KGB que en los otros sectores durante los dos años de Gorbachov, por lo menos y hasta el último periodo: uno de los dos vicepresidentes primeros ha sido sustituido; tres o cuatro vicepresidentes, de una decena, han sido igualmente reemplazados, así como los jefes locales de la organización en cinco de las quince repúblicas. Permanecen, sin embargo, los antiguos responsables de la Policía secreta o del MVD que habían comenzado su carrera en el Partido bajo Breznev y habían sido promovidos a puestos todavía más altos por Andropov; entre ellos, tres miembros titulares del actual Politburó: Gaidar Aliev, primer vicepresidente del Gobierno; Eduard Shevardnadze, ministro de Asuntos Exteriores, y, desde luego, Viktor Tchebrikov.

Las relaciones con el KGB son más complejas y todavía más discretas que las que mantenía el Partido con sus militares. La conclusión de este proceso no puede formularse más que de modo provisional y prudente. Igual que ocurre con el Ejército, la Policía está presente en las crisis de sucesión. Y dispone, a la vez, de informaciones y de poderes que la hacen todavía más temible. Pero es menos popular por este motivo y, al mismo tiempo, todavía sigue más estrechamente controlada por el poder civil: la caída de Beria demostró que nadie, sobre todo entre los dignatarios del

Partido, desea verla de nuevo en el puente de mando. Y ésta es la razón por la que la organización policial se ve obligada a actuar de manera indirecta. No deja por eso de constituir un peligro para Mijail Gorbachov en la medida en que pudiera canalizar y utilizar a los numerosos descontentos que su política suscita en diversos sectores.

Otra vez los Balcanes

Mira Traykovich

Primavera de 1987: Yugoslavia, semiolvidada desde la desaparición de Tito, atrae súbitamente los focos de la actualidad. Las huelgas, un fenómeno jamás admitido en un país socialista, sacuden el país entero. El edificio federal, debilitado por una larga crisis, se resiente por la ausencia de una autoridad cierta y reconocida, por las veleidades escisionistas, tanto de los más débiles como de los más fuertes, y por un espíritu de fronda liberal. Una sorda inquietud se percibe entre bastidores y hace pensar en la amenaza de una intervención del Ejército yugoslavo en su propio país. Esta hipótesis es difícilmente concebible, sin embargo, en un conglomerado de pueblos que no aceptarían ser contenidos por la fuerza ni disciplinados férreamente en tanto que el nivel de vida se mantenga de forma tan lamentable.

Tres religiones, de ellas dos cristianas y la tercera musulmana, constituyen la trama de cinco pueblos eslavos encidos al carro del socialismo yugoslavo autogestionario y no alineado. ¿Por qué seis Repúblicas y sólo cinco nacionalidades? Bien sencillo: No se ha considerado ridículo que en la más heterogénea de todas ellas, Bosnia-Herzegovina se constituya una nación musulmana que agrupa a los creyentes del Islam bajo las fruncidas cejas de Marx.

Para satisfacer a las minorías se las dota de Gobiernos autónomos iguales en todo a los de las Repúblicas. El desorden se generaliza; cada cual tira por su lado, pues los intereses son diametralmente opuestos; mas todo el mundo queda descontento, buscando al "culpable", bien de su pobreza y de su falta de libertades, bien de la injusticia social, aunque sea socialista; y la solución no se adivina, pues bajo ningún concepto podría serlo recurrir al Ejército. Sobre todo cuando no se sabe qué pensaría el Kremlin que, según prueba la historia, prefiere emplear sus propias tropas por considerar que el resultado es más seguro.

El endeudamiento de Yugoslavia, cuya población asciende a 22 millones de habitantes, es de alrededor de 20.000 millones de dólares. Hasta ahora, su exangüe economía no alcanza para devolver a sus acreedores más que los intereses de la deuda. La producción, en baja constante, raras veces consigue satisfacer los criterios del mercado occidental. Durante meses, incluso durante uno o dos años, algunas fábricas no logran encontrar dinero para el pago de sus obreros, los cuales, sobre el papel,

son los dueños sus medios de producción. La inflación corriente, entre el 40 y el 60 por 100, llega en la actualidad, alegremente, al 130 por 100 y nadie promete al pueblo que finalmente saldrá de ese túnel.

Albania incita a la minoría albanesa a solicitar su incorporación a la madre Albania. Eslovenia, el más rico miembro de la Federación, querría cortar los lazos que la obligan a ayudar a los menos favorecidos. Los servicios, los únicos que tienen el triste privilegio de tener dos provincias autónomas, Kosovo y Voivodina, bullen de impaciencia exigiendo un mayor grado de democracia y libertades. Los conflictos públicos se suceden. El poder lanza amenazas y mantiene sus promesas persiguiendo, uno tras otro, a los separatistas eslovenos, a los nacionalistas croatas, a los "chauvinistas" albaneses o a los turbulentos servicios. Pero, en la hora actual, en un país en el que ya no se sabe ni cómo se llama el presidente, –dado que éste, según la voluntad de Tito, cambia todos los años– es imposible formular un juicio definitivo. ¿Puede preverse un retorno a la calma? En caso contrario ¿cuál será la actitud de los países balcánicos vecinos para los cuales todo lo que atañe a Yugoslavia repercute ineluctablemente sobre ellos?

Vuk Draskovich (1946), uno de los escritores más conocidos y más editados en Yugoslavia traza un cuadro pesimista de la situación actual de su país. Desde su primera gran novela "El juez", desenmascaró las duras realidades yugoslavas, con su lote diario de delaciones y de persecuciones del pensamiento libre. Con "El cuchillo" y, sobre todo, con "La plegaria" (la primera y la segunda) se sumerge en el infierno del genocidio perpetrado contra el pueblo servio durante la segunda guerra mundial y ocultado después. Sus obras, convertidas en "bestsellers", que próximamente aparecerán en inglés y en ruso, le han valido el anatema del poder que lo ha declarado "enemigo del socialismo autogestionario" y expulsado del Partido Comunista.

Antes de la aparición de sus libros, Vuk Draskovich pertenecía al "establishment" en su calidad de periodista bien situado en la agencia oficial Tanjug. Las autoridades no le perdonan su manera rebelarse contra las verdades oficiales; sin embargo, sus libros se reeditan de forma regular y son libremente vendidos.

Por culpa de Yugoslavia y de sus circunstancias económicas, sociales, industriales y culturales, los Balcanes siguen siendo hoy uno de los más amenazadores barriles de pólvora que siembran nuestro planeta en la víspera del tercer milenio.

Yugoslavia ‘a cualquier precio’

Vuk Draskovich

Ciertos signos de angustia, que presagian un drama similar al que vive actualmente Líbano, se multiplican desde hace algún tiempo en los Balcanes –Oriente del occidente europeo, Occidente del oriente europeo–, lugar de encuentro, tradicionalmente neurálgico, de los cristianos ortodoxos, del Islam y del catolicismo romano.

Albania y Bulgaria no ocultan sus pretensiones territoriales a costa de Yugoslavia, mientras que ésta, con sus 22 millones de habitantes, no es hoy más que una Federación, casi amorfa, constituida por ocho pequeños Estados, de los cuales seis tienen el derecho constitucional de separarse. Más aún, los antagonismos económicos y espirituales en el seno del país son considerables, sobre todo entre los “pequeños Estados” desarrollados, como Eslovenia y Croacia, y los económicamente débiles como Serbia y Macedonia. Por otra parte, es importante la separación entre la relativa democracia y la tolerancia cultural de Eslovenia y la ortodoxia estalinista de Bosnia-Herzegovina en donde la Policía espía a las gentes y los Tribunales sancionan incluso sus conversaciones más íntimas.

Este aspecto dramático de la situación queda reforzado por un paro que crece sin cesar, por el sobreendeudamiento y la tasa de inflación – que son los más elevados de Europa – y por la caída vertiginosa del nivel de vida. Y, entretanto, los servicios, el más numeroso de los pueblos eslavos y los principales artífices de esta forma de Estado, sostienen el país a costa de un verdadero masoquismo nacional.

Proyectos de desunión nacional

El más grande de los escritores croatas, Miroslav Krleza, que fue uno de los íntimos de Tito y que, ocasionalmente, intervino en política, dijo una vez que Yugoslavia, en tanto que Estado, no podría ser desmantelada ni destruida más que por la “cuestión servia”. ¿Habría predicho la verdad?

Ironía del destino: no es sino hasta este fin de siglo cuando los servicios, principalmente sus intelectuales, empiezan a dudar seriamente sobre los fundamentos legales de los sacrificios hechos en aras de la idea de una comunidad estatal creada por ellos que dura ya siete decenios. Académicos, escritores, historiadores e intelectuales se percatan ahora y reconocen que los servicios, cuando en 1918 ganaron, sobre el campo de ba-

talla, el derecho a fundar Yugoslavia y, sobre todo, desde la victoria de la Revolución Socialista en 1945, engendraron prácticamente su desunión, incluso su aniquilación biológica, y se encuentran hoy casi frente a lo irremediable: la perdida de la mayor parte de su territorio nacional.

Kosovo es para los servios lo que el Vaticano para el catolicismo romano, Jerusalén y Sión para los judíos o la tierra de Vladimir para los rusos. Kosovo fue el corazón de su estado medieval, de su cultura, de la epopeya nacional. Allí se encuentran los célebres monasterios servios y la capital patriarcal de su fe ortodoxa. De allí partieron hacia Francia, en 1389, los mensajeros servios para anunciar a la Europa cristiana que el sultán otomano, Murat I, había muerto y que los servios habían alcanzado la victoria sobre el campo de los Mirlos (Kosovo). Cuando las campanas de las iglesias parisienses repicaban por esa victoria, el ejército servio ya había sido exterminado. Evidentemente, los mensajeros no esperaron al final de la batalla, pues saltaron sobre sus caballos tan pronto como la cabeza del sultán rodó por tierra... Hoy, en esta región apenas queda un 10 por 100 de servios. El terror, organizado por los albaneses en abril de 1941 con la caída del Reino de Yugoslavia, prácticamente no ha cesado un solo día. Es desde esa época, desde cuando los servios de Kosovo no tienen ya patria y están expuestos a la violencia de los albaneses. Desde hace cuarenta años han sido más de 300.000 los que han huido de esa región. Y su territorio ha sido colonizado por un ejército de invasión de unos 250.000 emigrantes llegados de la Albania de Enver Hodja. De esa manera, sobre la tierra sagrada del pueblo servio, los victoriosos guerreros de Tito han asistido al nacimiento de un estado albanés. Por eso resulta perfectamente lógico el deseo de los albaneses de Yugoslavia de anexionar ese territorio a la madre Albania.

Un fenómeno análogo a este éxodo de los servios de Kosovo hacia Servia se observa desde hace cuatro decenios en las Repúblicas de Croacia y de Bosnia-Herzegovina. Desde el final de la segunda guerra mundial son 400.000 los servios de Croacia y más de 600.000 de Bosnia-Herzegovina los que se han exiliado. Si a esta cifra se añaden 1.500.000 servios exterminados entre 1941 y 1945 en estas regiones por los nazis croatas y musulmanes conocidos por el nombre de "Ustachis", se comprende que se asiste a una verdadera tragedia nacional.

A parte de Kosovo, la República de Servia comprende otra provincia: Voivodina. Esta, aunque poblada en su mayor parte por servios, obtuvo, por la Constitución de 1974, el Estatuto de República y goza de independencia absoluta con relación a Servia. Al mismo tiempo, la provincia adriática de Dalmacia, cuya población es tanto croata como servia, está, desde 1945, agregada a Croacia después de haber gozado, durante ciento tres años, de un estatuto de autonomía y eso en la época de la dominación del Imperio austro-húngaro.

Sin embargo, con esto no termina el desmantelamiento de la identidad nacional y la fragmentación de los territorios servios. En el interior de las fronteras de la República de Montenegro, la victoria de los comunistas en 1945 desembocó en la creación de la nueva nación montenegrina. Fue así

como la población de este antiguo Estado servio, por un acto administrativo, se encontró frente a un hecho consumado: declararse, por primera vez en su historia, como no-servia.

Los demonios turcos y austro-húngaros

Cualquier lector extranjero que no esté suficientemente familiarizado con el laberinto ideológico, étnico y religioso de las realidades yugoslava y balcánica, expresará, con toda legitimidad, su duda y planteará una pregunta perfectamente natural: ¿Cómo es posible que los servios, que son mayoría en Yugoslavia (cerca de 12 millones sobre 22), hayan podido permitir que todo esto ocurra?

Nuevo motivo de incredulidad: quienes tomaban decisiones en nombre del pueblo servio pensaban que no había precio que no fueran capaces de pagar por la supervivencia de Yugoslavia. Este objetivo altruista pero antinacional, –Yugoslavia a cualquier precio y pase lo que pase–, fue perseguido con el mismo entusiasmo por los fundadores de Yugoslavia en 1918, que por sus restauradores en 1945.

El ideal de la unión de los tres pueblos eslavos –servios, croatas y eslovenos– en un Estado común costó, en 1918, a los dos Reinos servios de entonces, Servia y Montenegro, 1.400.000 vidas humanas. Tras ese calvario, a la hora de la victoria, sólo algunos pocos servicios lúcidos lanzaron sus advertencias: “Esto será, ni más ni menos, que una fatal unificación aunque los demonios de Turquía y de Austria estén vencidos.”

El comandante en jefe del glorioso Ejército servio de la época, el regente Alejandro Karadjordjevic, desestimó las aprensiones del presidente francés, Georges Clémenceau, y se asombró abiertamente del cinismo indisimulado con que aquel gran amigo y aliado le “felicitó” por la proclamación del Estado yugoslavo.

Más de 20.000 oficiales y suboficiales croatas eslovenos y bosnios (musulmanes), que hasta ese momento formaban parte integrante del ejército austro-húngaro y combatieron, entre 1914 y 1918, contra Servia y Montenegro, fueron promovidos por un decreto especial de Alejandro, embriagado por las ideas panyugoslavistas, al rango militar superior, lo que les abría de par en par las puertas del nuevo ejército yugoslavo. El regente decretó la absolución de todos los crímenes de guerra perpetrados contra los servios; garantizó a la Iglesia Católica Romana de Croacia y Eslovenia privilegios *que no habían tenido ni en tiempos de la católica Austria; reservó a estas regiones la parte principal de los capitales necesarios para el desarrollo de su economía nacional y, finalmente, dio incluso nombres yugoslavos a sus tres hijos: servio a Pedro, croata a Tomislav y esloveno a Andrei...

Cuando los “hermanos croatas” (Ustachis) asesinaron en Marsella en 1934, al Rey Alejandro, era ya demasiado tarde para que su Majestad volviese de su embriaguez y tuviera remordimientos.

En abril de 1941 el Ejército yugoslavo no resistió frente a los alemanes más que durante doce días y eso sólo gracias a los soldados servios, ya que los otros, salvo pocas excepciones, cometieron traición. Sólo cuatro días después del comienzo, de la guerra los nazis croatas proclamaron su Estado independiente.

En ninguna otra parte se cubrieron con tantas flores a los soldados y a los carros del Ejército de Hitler como en el "Anschluss" de Austria, en 1938, y a su entrada en la capital croata, Zagreb, en 1941...

Los búlgaros se anexionaron Macedonia, los húngaros una parte de Voivodina. Comienza entonces la masacre de los servios (en la cual el ocupante nazi no tuvo necesidad de participar); algunos fueron deportados a los campos de concentración alemanes, otros fueron a exiliarse... a la Servia ocupada.

Sarajevo, la misma ciudad en la que, en 1914, el servio Gavrilo Princip asesinó al heredero austro-húngaro Francisco Fernando, dando pretexto a la primera guerra mundial; llega el gran mufti de Jerusalén, Mohammed Hadji el Husseirü. Funda dos "divisiones Handjar" musulmanas y, en nombre de Alá, lanza sus oraciones pidiendo la exterminación de los servios. Todo aquello que, a lo largo de los siglos, se había nutrido de servofobia resurgió en muy poco tiempo para vengar sobre los servios las antiguas derrotas bélicas: he ahí los demonios de la antigua Austria-Hungría y del antiguo imperio otomano levantándose de sus tumbas.

Tito y Mihaïlovic

La Historia, en su marcha inexorable, desdeña con demasiada frecuencia las leyes de la lógica. En lo más encarnizado de la guerra, con sus horrores y su genocidio, Yugoslavia renacerá de sus cenizas a semejanza del Ave Fénix mitológico. Desde el primer día del levantamiento contra el invasor nazi dos movimientos de guerrilla lucharon por ella: el del realista servio Dragoljub Mihaïlovic y el del comunista croata Josip Broz Tito.

El general Mihaïlovic combatía para establecer, tras la guerra, una monarquía federal o confederal de tres estados nacionales: Servia –que englobaría, según él, cerca de los dos tercios del antiguo territorio yugoslavo–, una Croacia reducida –que debería ser castigada por su traición y por el genocidio perpetrado contra los servios– y una Eslovenia agrandada a la cual se le agregarían ciertas regiones fronterizas de Italia y de Austria.

Por contra, Tito opta por una federación a la soviética. Quiere ser el símbolo del porvenir y la negación del pasado. Quería un orden nuevo y nuevos protagonistas en el poder. Sólo conservarán el antiguo nombre del Estado. Tito quería destruir y renovar; Mihaïlovic sólo contempla la renovación. Se lanzaron a un cruel combate singular, arrastrando al país entero a una sangrienta guerra civil.

Numerosos historiadores se esfuerzan desde entonces en contestar a la pregunta de dónde se sitúa el error fatal del general Mihaïlovic. ¿Por

qué no supo sustraerse a tiempo a las hipócritas manifestaciones amistosas de Churchill? Desgraciadamente, el planteamiento tardío de esta pregunta no sirve ya para nada. La Historia, por desgracia, no concede ninguna posibilidad de revisión.

Al aplastar a su gran rival, tanto en el campo de batalla como en el diplomático, Tito eliminará el principal obstáculo para realizar su ideal de régimen político y nacional y de equilibrio de fuerzas en el Estado conquistado. Progresivamente, y con prudencia, llevará a cabo ese ideal, sin quemar etapas. Los contornos del nuevo Estado los desveló en 1943, pero hasta 1974 no tuvo lugar el acto final.

En 1941, al principio del levantamiento, sabiendo que sus unidades estaban compuestas casi exclusivamente por servios, Tito no regateó elogios para el pueblo servio “valeroso” y “mártir”. Pero en el mismo momento en que comprendió que Stalin triunfaría sobre Hitler y él mismo sobre el general Mihailovic, hizo resurgir la consigna del Komintern sobre la necesidad de combatir la “hegemonía gran-servia”.

Las actuales fronteras de los miembros federados de Yugoslavia fueron fijadas en noviembre de 1943, a lo largo de una sesión del “parlamento de guerra” de los guerrilleros. La Academia Servia de Ciencias ha sido objeto recientemente de manifestaciones histéricas de furor y de violencia políticas sólo por haber divulgado la verdad sobre aquella, sesión y, en especial, la ausencia en ella de representantes legítimos de Servia. En realidad, había algunos, pero no habían sido elegidos por el pueblo, ni siquiera por el ejército, sino únicamente designados por decreto del estado mayor general de Tito.

Y aquel “Parlamento” de partisans así compuesto, cuyas decisiones se convirtieron, después de la guerra, en una especie de Biblia, ha hecho desaparecer, pura y simplemente, tres guerras justas y victoriosas (la primera guerra balcánica de 1912, la segunda guerra balcánica de 1913 y la primera guerra mundial de 1914 a 1918) entabladas por Servia y Montenegro para conseguir que estos dos países servios conservaran sus fronteras anteriores a 1912.

Y así fue cómo el pueblo que había contribuido decisivamente a la victoria de los comunistas, el mismo que había sufrido un genocidio, se vería mutilado, a guisa de “recompensa”, al final de la guerra de Macedonia (que se convirtió íntegramente en un estado nacional); Voïvodina y Kosovo fueron proclamados provincias autónomas y, por un simple decreto constitucional, Montenegro, la “Esparta servia” de siempre, dejaría de existir como estado servio para convertirse en una república.

Por otra parte, la Croacia nazi, cuyas divisiones fueron a combatir codo con codo con los alemanes hasta Stalingrado y que al fin de la guerra conoció la misma derrota que su aliado nazi, sería curiosamente “castigado” con la incorporación a su territorio de Dalmacia y de casi toda la costa adriática. De esa forma, Croacia ha sido el único Estado fascista de Europa que resultó ganancioso tras haber sido derrotado.

Al día siguiente de la victoria, el nuevo poder lanza el “slogan”: “El pueblo croata no es responsable ni de los crímenes de guerra de los usta-

chis ni de su colaboración con Hitler." Aceptemos todo lo que haya en ello de noble y de justo. Sólo que no es menos justo recordar que los sentimientos antinazis en Alemania no desmerecían en nada del estado de espíritu antiustachi existente en Croacia; sin embargo, la Alemania de después de la guerra conoció un destino algo diferente.

La herejía de Cosic

Entre la potente Croacia y la Servia desplumada el poder creó una "zona colchón", la República federada autónoma de Bosnia-Herzegovina. A pesar de todas las exterminaciones, los servios constituían todavía en 1945 el 46 por 100 de la población, mientras que los musulmanes eran el 40 y las croatas el 14 por 100. Dado que la inmensa mayoría de los musulmanes son étnicamente de origen servio (se trata de servios convertidos al Islam en tiempos de la dominación otomana, sin perder el uso de la lengua servia ni muchas de sus costumbres nacionales), en el campo de los partisans, durante la guerra, se oyeron ya voces favorables a la incorporación a Servia de Bosnia-Herzegovina, sin perjuicio de otorgarle cierta autonomía. Esas tendencias fueron al principio pacientemente ignoradas para finalmente ser sofocadas en los años 60, cuando el cerebro del Estado decidió y ordenó la creación de una nación musulmana. Sólo en nuestros días se ha puesto de manifiesto el impacto histórico y la perfidia de aquella decisión. En pugna con el militantismo islámico y el stalinismo ortodoxo, en ese pequeño estado situado en el corazón de Yugoslavia, los servios (alrededor de 600.000) buscan su salvación en el éxodo hacia Servia. Actualmente los musulmanes constituyen el 47 por 100 de la población; los servios, el 38, y los croatas, el 15 por 100.

Por otro lado, no es hasta el momento de la proclamación de la nación musulmana cuando el pueblo servio comienza a ver claro. Y no es por azar que el más grande escritor servio, Dobrika Cosic, amargo y desgarrado, se preguntara bien alto: ¿Qué pueblo somos que tras ganar tantas batallas nos vemos vencidos en tiempo de paz?

Era en 1968. Tito se encontraba, por fin, preso de algunas sordas inquietudes. No sólo porque Cosic fuera un gran escritor, sino porque fue su comisario político y miembro del Comité Central del partido único en el poder. El mariscal se dio cuenta de que la rebelión de Cosic no era más que un signo anticipado de la herejía naciente entre los comunistas servios, por la que algunos de ellos ya no aceptaban seguir, resignadamente y a ciegas, su táctica según la cual no podría haber una Yugoslavia fuerte y unida sin una Servia débil y quebrantada.

Se desencadenó la señal de alarma: el espíritu nacional y la memoria soterrada retornaron a los comunistas servios. Entre 1923 y 1939 el Komintern, en sus publicaciones y en sus enseñanzas, había designado al pueblo servio, por doquier, como "opresor", "antirrevolucionario" y "hegemónico". La prisión de La Lubianka, en Moscú, y los "gulags" stalinianos pululaban de comunistas servios que habían rehusado esos calificativos y

que no se avergonzaban de su pueblo. El Partido y su dirección sólo conservaban entre sus filas a aquellos que habían adoptado el estado de espíritu antiservio con el mismo fanatismo con el que un buen creyente venera el Evangelio. Tanto el Komintern como Stalin estimaban entonces que en el caso de una revolución bolchevique sólo los servios se pondrían a favor de la “Yugoslavia burguesa”. De ahí la servofobia y la resolución programada de los comunistas yugoslavos de antes de la guerra de desmantelar ese reino a cualquier coste. Ironía del destino: esos mismos comunistas restablecerían más tarde la Yugoslavia desarticulada y el pueblo “opresor” y “antirrevolucionario” de Serbia será precisamente quien asegurará la victoria de la revolución y el comunismo.

Sin poseer una instrucción particular, Tito había, sin embargo, dado pruebas de poseer profundos conocimientos sobre la naturaleza humana. Jamás intentó revisar las posturas pragmáticas del Komintern sobre “el hegemonismo gran-servio”. No quiso destruir el mito en el que se habían educado sus jefes militares y sus más próximos colaboradores de después de la guerra. Más aún, es de ese mito del que se nutren y beben las generaciones comunistas de hoy. Incluido el autor de estas líneas.

Todavía hoy gran número de comunistas servios se sienten invadidos de remordimientos ante la sola evocación de ese nebuloso concepto que fue el “hegemonismo gran-servio”.

El escritor Dovrika Cosic es, sin duda, el primer comunista servio de esa talla que se negó, después de la guerra, a admitir el término de “pueblo opresor”, llegando incluso a proclamar su pertenencia a un pueblo oprimido, amenazado y vencido en la paz. Anatematizado, tuvo que abandonar el Partido. Por temor a que “la herejía de Cosic” llegara a arraigar, Tito precipitó la celebración del acto final que simbolizaba su concepción de Yugoslavia: en el invierno de 1974 hizo votar la cuarta Constitución de después de la guerra, mientras que, desde las alturas de Belgrado, se anunciaba con salvas que el viejo mariscal había ganado una vez más.

¿Quién aprisiona a la juventud albanesa?

Hoy resulta cada vez más evidente que aquel triunfo máximo de Tito no fue, de hecho, más que una victoria pírrica. Se ve, en efecto, que, como un tren traqueteante, el cuerpo federativo que el mariscal compuso tan penosamente se arrastra sobre la vía de un confederalismo vacilante, próximo siempre al descarrilamiento, y todo porque, tras la muerte del Gran Mecánico no existe ninguna autoridad capaz de evitar la catástrofe.

Parece, pues, que Tito, con su último acto victorioso (la Constitución de 1974), ha puesto en peligro no solamente el legado histórico de su muy largo reinado, sino también y sobre todo la supervivencia de su propia creación.

Una inflación de tres cifras y más de un millón de parados (jóvenes en su mayoría) constituyen un foco latente de desórdenes sociales. Las incessantes llamadas a la democratización de la vida política y espiritual hacen

que las relaciones entre la “intelligentsia” y el aparato fosilizado del Partido sean extremadamente tensas. En ese contexto, como una espada de Damocles, la “cuestión servia” exacerbada a ultranza amenaza seriamente la obra del mariscal.

El país entero evoca el teatro del absurdo. La dirección rejuvenecida de Servia mutilada, que no había participado en los chalaneos del territorio nacional, no vacila en exigir cambios, pero no se atreve aún a formularlos con claridad a la vista de la proporción de fuerzas existentes en el seno del Estado: croatas, albaneses, bosnio-herzegovinos o voivodinos sé obstinan en defender el “statu quo” acusando a toda veleidad de cambios radicales como “anti-titismo” e “intentos anti-revolucionarios”. Creen firmemente (¿durante cuánto tiempo aún?) que el fantasma del sacro santo mariscal, aunque desaparecido hace siete años, continúa allí para gobernar sobre Yugoslavia.

El diario “Oslo Bodjenje” (Liberación) de Sarajevo publica cada día, desde la muerte del mariscal, en su portada estos versos: “¡Camarada Tito, te juramos que no nos desviaremos de tu camino!”

A lo largo de un proceso incoado contra una periodista, acusadas de haber repetido anécdotas “injuriosas para el jefe del Estado”.(Código Penal); el defensor hizo notar que Tito estaba muerto y que “ya no era el jefe del Estado”. El juez voivodino no quiso aceptarlo; según él, el extinto mariscal “no ejerce momentáneamente, por razones bien precisas (!), el cargo de jefe de Estado”.

Las campanas emprendidas contra los escritores y los periodistas han alcanzado un grado histérico, como si el viento glacial de Siberia se hubiera abatido sobre Belgrado. Se llega a decir, con una cierta amargura, que Mijail Gorbachov no se atreve a ir a Yugoslavia por temor a ser acusado de anticomunismo. Las prisiones de Bosnia rebosan de prisioneros de conciencia, servios en la mayor parte, y nada permite confiar en el próximo final del período de glaciación, en esta república de despotismo ortodoxo, extraño híbrido entre la intransigencia islámica y la rigidez staliniana.

En los últimos seis años, centenares de bachilleres y universitarios albaneses de Kosovo han sido condenados a largas penas de prisión, tras ser declarados “culpables” de haber lanzado “slogans” contra Tito, haber blandido pancartas en las que se proclamaba “no somos yugoslavos sino albaneses” y también de haber reivindicado públicamente la vinculación de Kosovo a Albania. Al propio tiempo, el aparato judicial permanece pasivo ante la “mafia” albanesa de Kosovo, que desde hace cuarenta años controla todo el poder político, económico y jurídico de la provincia y patrocina el terror organizado contra los servios, a los que desposee de sus bienes, viola a sus niños, envenena su agua potable, derriba sus monumentos históricos, incendia las iglesias y profana las tumbas de sus muertos.

Aquellos que detentan el poder, que utilizan la violencia contra los servios de Kosovo y que preparan el terreno para la anexión de esta provincia a la vecina Albania, son los mismos que serían capaces de sacrificar la libertad de sus propios hijos en nombre de “slogans” y manifiestos

desprovistos de contenido. ¿Por qué esa paradoja? Para lanzar a la faz de Europa y del mundo “pruebas” de que es el régimen servio el que llena las cárceles con jóvenes albaneses y de que son precisamente los albaneses los que sufren en Kosovo.

Ofensiva del Islam

Hace ya cuarenta años que dura un absurdo ritual que hace que cada primavera jóvenes yugoslavos atravesen corriendo el país de un extremo a otro llevando en la mano un “testigo” de madera o de metal para festejar simbólicamente el 25 de mayo, día del aniversario de Tito. Y recientemente, cuando alguien ha tenido la idea de poner fin a esta “vergüenza del mundo civilizado”, ha atraído sobre sí las iras del poder oficial que ha visto ahí un “atentado contra las conquistas revolucionarias”. El rito debe, por tanto, continuar, aunque el interesado no sea ya de este mundo.

Y es en este ambiente asfixiante donde ha sido preciso buscar una salida a la crisis general y, sobre todo, resolver la “cuestión servia”. Las fuerzas morales de Serbia se encuentran en el inicio de un gran cambio de rumbo pero, al mismo tiempo, han atraído sobre sí la cólera de los que consideran sacrílego cualquier intento de hablar de cambios. Los graníticos guardianes de la “Verdad revolucionaria” no ocultan su devoción al “statu quo” existente en Yugoslavia. El caso es hacer comprender a los servios, de manera categórica, que a pesar de su descontento no tienen ninguna oportunidad, a no ser que tomen sobre sí el riesgo de desmantelamiento del Estado.

La resistencia a todo cambio, de la que dan testimonio la Eslovenia y la Croacia, desarrolladas, y la Bosnia-Herzegovina, siempre más homogénea dentro de su aislamiento, es fácil de comprender. Estas tres Repúblicas se encuentran en situación parecida a la del primer rey hebreo, Saúl, que, habiendo salido a buscar su rebano extraviado encontró una corona. Estando de hecho en posesión del poder y de los privilegios algunos eslovenos no ocultan, incluso, que aspiran a la escisión de Yugoslavia.

Por increíble que pueda parecer, en el curso de los últimos treinta años se han construido, en la Yugoslavia atea y comunista, 700 mezquitas –muchas más que a lo largo de todo el siglo XIX cuando los otomanos dominaban la región– frente a un centenar escaso de iglesias ortodoxas, aunque los ortodoxos son cinco veces más numerosos que los musulmanes, y en muchos casos se trataba sólo de viejas iglesias destruidas durante la guerra.

Los militantes islámicos en Yugoslavia no ocultan su admiración por el ayatollah Jomeini y manejan diestramente la orientación panislámica y no alineada de Yugoslavia en el plano internacional. Ello está estimulado por las tensas relaciones existentes entre la Iglesia ortodoxa y el clero católico croata. Un libro-documento de valor excepcional, “Magnum crimen”, debido al académico croata Viktor Novak, relata la punzante verdad de la complicidad de la mayoría del clero croata en el genocidio contra los ser-

vios durante la última guerra y de la implicación personal de numerosos religiosos en aquellas masacres. El arzobispo de Zagreb aún se muestra hoy desgraciadamente incapaz de usar la virtud cristiana del arrepentimiento, lo cual dista de facilitar sus relaciones con el patriarcado servio de Belgrado.

¿Existe el “hegemonismo gran-servio?”

¿Qué decir más? Probablemente poner al lector en guardia contra la tentación de caer en la trampa de creer que desde 1945 y hasta su muerte en 1980, Tito fue el único en concebir el callejón sin salida en que arrinconó a la mayor nación de Yugoslavia. Aunque estaba situado en lo más alto de la pirámide del poder revolucionario y gozaba de una autoridad sin apelación, ninguna decisión importante fue nunca un acto aislado de este hombre. En el vértice de la pirámide estaba rodeado de otros servios que con frecuencia eran mayoría y apoyaban sin reserva cuantos golpes bajos tendían a desmantelar al Estado yugoslavo y a la nación servia. Son numerosos los que en nuestros días experimentan la necesidad de confesarse para dar una justificación. Dicen que ignoraban cuál sería el último término de la “experiencia revolucionaria” y que creían, y aún creen, que el mismo Tito no deseaba ni imaginaba la actual situación. Se comportaron –dicen– como “comunistas internacionalistas”, como portavoces de la “clase obrera” servia y no del “hegemonismo gran-servio”. ¿Cómo podían prever –continúa su justificación– que las fronteras entre las Repúblicas y las provincias dentro del seno de la federación se convertirían un día en verdaderas fronteras entre pequeños Estados casi soberanos? El día en que hubieron de rendirse a la evidencia de que su ideal de una Yugoslavia unida y supranacional estaba definitivamente roto y que no quedaban más que migajas para el pueblo servio era ya demasiado tarde para retroceder y emprender cambios.

Hay, por supuesto, una gran parte de verdad en estas confesiones tardías, pero no hay ningún indicio de reconocimiento de que el afán de poder y el deseo frenético de conservar a cualquier precio las posiciones adquiridas haya jugado también un papel preponderante. Desde finales de los años 50, Tito no permitió, con la excepción de Milovan Djilas, que sus oponentes fueran perseguidos, con la única condición, naturalmente, de que se tratase de antiguos compañeros próximos a él. Le bastaba con que fuesen desposeídos de sus funciones y obligados a jubilarse.

Unas palabras más para mejor comprender la complejidad del personaje Josip Broz Tito: aparte del testimonio de los historiadores y el de sus contemporáneos no se debe, probablemente, desdeñar el de los escritores y el de los psicólogos. Educado, desde su infancia y en la escuela, en la línea oficial de la servofobia, fue enviado al frente, en 1914, como soldado del Ejército austriaco, a luchar contra la Servia cismática y hegemonística. Más tarde, en tanto que comunista, prometedor dirigente del Komintern, recibió aún lecciones de servofobia, tufo de sus años jóvenes. Y, sin

embargo, ese mismo Josip Broz se convirtió en un gran yugoslavo y sería injusto dudar de la nobleza de sus intenciones. ¿Por qué no admitir, simplemente, que sus actos no correspondieron, forzosa y sistemáticamente, a sus intenciones? Hay una cosa cierta: Tito jamás se desembarazó, verdaderamente, del virus de la servofobia. Pero ¿lo llegó a desear? y ¿hubiera podido hacerlo contando con la pesada herencia de sus primeros cincuenta años de vida? Digámoslo sin ambages, todos los pueblos no servios de Yugoslavia son servófobos. Estos pueblos tienen, sencillamente, un miedo visceral, que con frecuencia deriva hasta la obsesión, hasta el más profundo malestar, a perder su identidad cultural y nacional que les parecen amenazadas. En el límite ese miedo sería comprensible, pero es preciso decir también que desde la creación de Yugoslavia –que constituye el “gran pecado” servio– este pueblo, aparte de su superioridad y de su papel histórico, no tiene ningún otro “pecado hegemonista” que reprocharse. Y, sin embargo, ha tenido que pagar un alto precio por su “gran pecado”. En efecto, en el siglo XX más de tres millones de servios han caído por Yugoslavia. Y, ciertamente, no murieron para permitir hoy su desaparición y, con ella, la de Serbia.

A lo largo de los siglos, la Historia ha enseñado a los servios cómo tratar a sus enemigos y han aprendido bien la lección. Ahora deben aprender cómo comportarse frente a sus “hermanos yugoslavos”. Pero, aparentemente, tienen más dificultades para asimilar esta enseñanza dado que es mucho más difícil y mucho más compleja.

Gorbachov y las democracias populares

François Fejtö

Gorbachov está indudablemente demasiado inmerso en la solución de ciertos problemas prioritarios –enderezar el rumbo de la economía soviética sacudiendo la apatía de la población, hallar una salida para la cuestión de Afganistán, buscar un nuevo “modus vivendi” con los Estados Unidos y China– para ocuparse de la revisión de las relaciones de la URSS con los países socialistas europeos. Es igualmente cierto que ha heredado de sus predecesores una situación en este terreno en la que, con excepción de Polonia y quizás de Rumania, nada exige, al menos de inmediato, la introducción de un “rumbo innovador” comparable al que trata de imponer en la Unión Soviética. Sea lo que fuere, el contraste es evidente entre los cambios masivos efectuados por Gorbachov en todos los sectores de la vida soviética y la estabilidad de la clase dirigente en las democracias populares, donde en los últimos años no ha caído ninguna cabeza. El único cambio relativamente importante se ha dado en la República Democrática alemana; mas podría decirse que el “número uno” de este país, Erich Honecker, ha precedido –y en modo alguno seguido– el ardor purificador de Gorbachov al eliminar, a partir de 1985, a su rival ortodoxo más inquietante, Konrad Naumann. No se detecta la menor prisa entre los dirigentes de los países del Este por seguir la política de **glasnost** (apertura), nueva versión de la campana autocítica lanzada en 1956 por Nikita Kruschev en el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS. Así, paradójicamente, en tanto el centro del sistema parece un poco “desestabilizado” por el reformismo de Gorbachov (el cual, sin embargo, es más limitado y sobre todo verbal que profundo y práctico), así como también por la lucha por el Poder que, iniciada al final de la era Breznev, no da la impresión de haber terminado del todo, los satélites –al menos a los ojos de observadores superficiales– se muestran aparentemente estables y no dan motivos de inquietud al amo del Kremlin.

François Fejtö es periodista e historiador. Entre sus obras más destacadas figuran: “1848 dans le monde. Le printemps des peuples” (1948), “La tragedie hongroise” (1956), “Le juifs et L’antisémitisme dans les pays communistes” (1960), “Histoire des démocraties populaires” (1969), “Chine-URSS, de, L’alliance au conflit, 1950-1972” (1973), “Le coup de Prague” (1977), “Budapest, l’insurrection” (1981).

Con ello no queremos decir que todo vaya bien en esos países, dado que, con la sola excepción de la Alemania oriental, todos ellos sufren dificultades económicas crecientes: regresión o estancamiento. La mayor parte de los mismos luchan también con problemas específicos, nacionales, ideológicos y políticos, emanados de sus tradiciones, sus mentalidades, sus especiales posiciones geopolíticas. Pero lo cierto es que 1986 ha transcurrido en todos esos países (si no se cuenta a Yugoslavia) sin trastornos graves: casi nada de huelgas, tampoco manifestaciones, atentados ni acciones contestatarias de gran envergadura. Es una situación que el Kremlin puede contabilizar en la columna de éxitos.

Tenemos, a no dudar, el caso de Polonia, donde, pese a su fulgurante derrota en diciembre de 1981, la oposición no se declara vencida, absteniéndose, indudablemente por consejo de los Ws (Wojtila y Walesa), de toda confrontación abierta. Los dirigentes de **Solidarnosc** Combatiente lo tienen difícil en su lucha contra la resignación, viendo la desesperanza, la sensación de abandono por todos que el máximo escritor polaco, exiliado en su propio país, Konwicki, acaba de expresar de manera emocionante al escribir en su último libro: "Nadie nos quiere, ni en Europa ni en otra parte. Para unos somos un eterno remordimiento en el bello entorno del continente europeo; para otros, un mal recuerdo, una horrible visión de pequeña nación postrada, una desgracia que no acaba..." Pero Polonia sobrevive, y los mejores de sus hijos –cito de nuevo a Konwicki– se esfuerzan por salvaguardar la sustancia de una nación que, por sus terribles pecados¹ se ha acercado a Dios más que ningún otro pueblo, con excepción de los judíos.

Mientras, hay motivo para creer que Gorbachov está satisfecho del modo en que Jaruzelski ha restablecido y mantenido el orden; ha normalizado lo mejor posible una situación "innormalizable", y ello sin derramamiento de sangre, sin dar una nueva acometida a la imagen pacifista de la Unión Soviética. Al asistir, en julio pasado, al Congreso del Partido Comunista polaco, ha manifestado públicamente tal satisfacción y simpatía hacia Jaruzelski, hasta el punto que el ministro polaco de Asuntos Exteriores ha podido afirmar que "gracias a Jaruzelski, Polonia ha podido recuperar su puesto principal entre los aliados de la Unión Soviética".

Es indudable que con el decreto de amnistía que liberaba a casi todos los presos políticos detenidos tras el golpe de Estado de diciembre de 1981 (225 en total), Jaruzelski llegó, al menos provisionalmente, hasta el mismo límite de su política de apaciguamiento. Así lo acaba de demostrar claramente declarando "ilegal" al Consejo Provisional de Solidaridad, creado por Walesa con vistas a reanudar el diálogo con el Gobierno. Es evidente que Jaruzelski no quiere el diálogo con Walesa, probablemente de total acuerdo con Gorbachov, quien piensa que no es posible "cohabitar" alguna entre el Partido Comunista y un movimiento sindical que pretendería ser independiente del partido.

Esta intransigencia en cuanto a Solidaridad es tanto más notable, cuanto que, al mismo tiempo, Jaruzelski ha subrayado –sobre todo después de su reciente y prolongada entrevista con el Papa en Roma– que él desea desarrollar la cohabitación con otra organización que, desde 1956, es totalmente independiente del partido, y cuyo jefe tiene su sede en Roma, y no en Moscú: hablo de la Iglesia católica. Ahora bien, tras la suspensión de Solidaridad, la Iglesia polaca tiene aire de querer sustituir al sindicato proscrito, afirmándose más y más –hecho único en el mundo comunista– como representante de la sociedad frente al Estado. No se cine a cumplir su misión espiritual, sino que habla también de política con el partido, y lo hace de igual a igual.

Es un secreto a voces que cediendo a la presión obstinada del primado de Polonia, cardenal Glemp, y probablemente del propio Papa, el Gobierno de Varsovia ha soltado a los presos políticos. Si se da crédito a los periódicos clandestinos que siguen difundiéndose en gran número como el *Tygodnik Mazowsze*, Washington ha apoyado discretamente la presión de la Iglesia, dado que el Gobierno norteamericano hizo de la liberación de los presos la condición “sine qua non” del otorgamiento de nuevos créditos que Polonia necesita vitalmente, pues su deuda exterior asciende a 23.000 millones de dólares. Podría decirse así que en Polonia, la Iglesia “cohabita” con el Estado comunista, pero que esta cohabitación es conflictiva. La Iglesia no oculta que su concepto de la cooperación es otro que el de Jaruzelski. Este, a fin de mejorar la comunicación entre el Gobierno y la población, que le sigue siendo hostil, ha establecido un “consejo consultivo”, que viene a duplicar en cierta medida al Sejm, huero de todo prestigio. El Consejo debe estar integrado por expertos y personalidades no comunistas respetables, mas sin poder decisario. Ahora bien, el Episcopado y los miembros del Club de Intelectuales católicos requeridos con tal fin han rehusado formar parte del Consejo, pues no quieren afianzar con su participación una medida de pseudodemocratización: El cardenal Glemp ha roto también sus negociaciones con el Gobierno respecto a la participación de la Iglesia en la gestión del Fondo Agrícola, que el primado proponía crear con el dinero recaudado en los Estados Unidos por la generosidad de tres millones de norteamericanos de ascendencia polaca. La Iglesia tomó tal iniciativa hace ya dos años, pero las negociaciones con el Gobierno se prolongaban desde tiempo atrás, ya que la Iglesia exigía administrar el Fondo con total independencia, en tanto que el Gobierno reclamaba el derecho de controlar la gestión. Monseñor Glemp terminó por renunciar al proyecto antes que admitir el derecho de voto gubernamental en una empresa que debía servir no sólo a la elevación de la agricultura polaca, en pleno estancamiento, sino también para reforzar la posición y el prestigio de la Iglesia. El aspecto conflictivo de la cohabitación fue puesto asimismo en evidencia durante la reciente reunión plenaria del Episcopado polaco, en la que se criticaron ciertas lagunas de la amnistía y se reivindicó –en términos que hubieran podido proceder de Solidaridad– la libertad de asociación.

“Esperamos –han declarado los obispos– que las autoridades hagan posible que los ciudadanos usen sus derechos, garantizados por la Constitución, para asociarse independientemente de todo partido político. La ausencia de tal posibilidad no puede menos que empobrecer la vida pública, mientras que la de crear asociaciones independientes, el restablecimiento de la igualdad de todos los ciudadanos podría contribuir a evitar desórdenes sociales, conflictos, tensiones.”

No olvidemos que el año 1981 vivido en Polonia se parece mucho al año de la “Primavera de Praga” vivido por Checoslovaquia. En 1981, como trece años atrás en Checoslovaquia, el Gobierno soviético consideraba explosiva la situación. En ambos casos, el Kremlin no excluía la hipótesis de una intervención militar, esperando recuperar las riendas de la situación sólo gracias a medidas de intimidación, de demostraciones de fuerza. En 1981, el Pacto de Varsovia organizó unas maniobras que reunían a las fuerzas de los países miembros en las orillas del Báltico y el norte de Polonia. El 15 de julio, el Ejército soviético tenía el control de las principales vías de comunicación del país, al igual que en 1968 en Checoslovaquia. Diez días después se supo que habría nuevas maniobras soviético-polacas en Silesia, al sudeste de Polonia. Sólo cuando se hizo palpable que Solidaridad no se dejaba intimidar, tuvo el general Jaruzelski luz verde de Moscú para proclamar la ley marcial, preparada con alto tecnicismo. No hay duda de que si en 1968 el Ejército checo, tan bien instruido como el polaco, hubiese estado mandado no por el senil y sentimental Svoboda, sino por un general enérgico como Jaruzelski, los Ejércitos del Pacto de Varsovia habrían podido evitar invadir el país de Jan Hus, de Comenius y de Masaryk.

Es preciso señalar también que, evidentemente, los hombres de la Iglesia polaca no podrían hablar tan libremente si, al mismo tiempo, no prestaran un gran servicio al Gobierno actuando como elemento moderador.

Los “innovadores” húngaros

La situación de Polonia no carece de afinidades con la que Hungría conoció desde el inicio de la década de 1960, cuando Kàdàr notando su poder consolidado, puso término al período de represión y comenzó a buscar un modus vivendi con la clase intelectual y el resto de la población. Sobre esta base, su éxito resultaba incontestable y bastante sorprendente. Treinta años después de la insurrección de 1956, Hungría se beneficia en muchos aspectos de condiciones privilegiadas en relación con otros países. Ciertamente, la Prensa occidental tiende a exagerar el liberalismo y la prosperidad de Hungría, olvidando no sólo el modo en que Kàdàr fue llevado al Poder, sino también que el sistema institucional húngaro, como subraya uno de los mejores especialistas de Hungría, Péter Kende², “no se aparta esencialmente del modelo soviético, aun si el Estado funciona allí con más flexibilidad y racionalidad que en la mayoría de los restantes

países comunistas. Las estructuras del Poder, la jerarquía interna del sistema, son las mismas. “Hay, no obstante, diferencias de detalle que no son desdeñables. Kàdàr se da por demás cuenta de las realidades, de los movimientos de opinión; tolera debates de ideas que a menudo influyen incluso en las decisiones gubernamentales. La vigilancia policiaca se ha hecho más discreta; la arbitrariedad ha cedido terreno a la igualdad; el sector privado de la economía, la economía paralela, ha crecido; se han tornado más abiertas las fronteras hacia Occidente; ha desaparecido el monopolio ideológico del marxismo. Bien es verdad que aquellos observadores que gustan de husmear tras la fachada harán algunas preguntas: querrán saber, por ejemplo, por qué los médicos húngaros ganan tan poco, que han de pedir propinas a sus clientes; lo que hay respecto a la protección legal de los pequeños empresarios privados contra los riesgos; cuánto cuesta el mantenimiento de sinecuras tradicionales en las grandes empresas no rentables; si es aún posible detener el insensato proyecto de construcción de una central nuclear en el Danubio, etcétera³. Pero los observadores han visto con asombro, a principios de enero, que, en el Congreso de Escritores, se eligió una nueva directiva de 71 miembros –de los que sólo dos son afiliados al Partido Comunista–, y los escritores escogieron para la presidencia a un novelista no conformista y muy popular, Tibor Cseres. Una revuelta de palacio se desarrollaba bajo las mismas narices del representante del Gobierno, el ministro Berecz, al que se considera como el delfín de Kàdàr; y se ha hecho caso omiso de sus actitudes, predominantemente amenazadoras. El Gobierno se esfuerza actualmente en dar vida a otra sociedad de gente de letras más conforme con sus puntos de vista, mediante la ayuda de los comunistas eliminados, pero éstos no tienen más autoridad ni más éxito que algunos intelectuales colaboracionistas de Polonia.

Este despertar del espíritu contestatario entre los escritores (hasta muy recientemente, los llamados disidentes, los que se denominan “oposición democrática”, no constituían más que un minúsculo grupo aislado) no carece de relación con el brusco deterioro de la situación económica, que ha obligado al Gobierno a refrenar proyectos suyos de reforma un tanto audaces, a los que los economistas del régimen califican de “tercera ola de reformas” (tras las de 1968 y, después, las de 1979-1982). No obstante, sería erróneo subestimar las modificaciones que los innovadores húngaros han ideado y aportado ya a su sistema de regulación, al introducir nuevas formas de incentivos en el terreno salarial, en la organización industrial, al descentralizar y activar el sistema bancario y legalizar las iniciativas privadas individuales y cooperativistas⁴. Sin embargo, Hungría se ve afectada ahora por la recesión internacional, y su situación se ha, degradado tanto respecto a los mercados occidentales como en cuanto a la URSS. Por ello, el Gobierno magiar ha tenido que recurrir a brutales medidas de frenado del crecimiento y a una recentralización parcial del sistema decisori: como ha hecho observar Richet, se constata en este sentido una cierta similitud con la política económica adoptada en las economías occidentales. Empero, de creer a los dirigentes económicos, el Gobierno

húngaro no ha renunciado, pese a todo, a avanzar de nuevo por la vía de la casi economía de mercado, de un socialismo de tipo particular, haciendo cohabitar la planificación incentiva con la dinámica de mercado. Queda aún por demostrar si tal modelo es viable: cómo el Gobierno va a arreglarse para poner en liquidación las empresas insolventes (de momento se habla de unas sesenta) sin tener que enfrentarse a dificultades de tipo social. Los economistas más osados, inspirándose en el ejemplo yugoslavo (pero ¿ha dado éste resultado?), consideran la elección del director de empresa y la concesión de un papel de decisión importante a los consejos de empresas. Mas ¿cuál sería la eficacia de tales medidas en un clima caracterizado por el estancamiento, la debilidad de las inversiones, la baja cada vez más acusada del nivel de vida? Al analizar la situación de Hungría, el observador tiene evidentemente la ventaja de que –al igual que en Yugoslavia– estas cuestiones se debaten abiertamente en la Prensa económica, la cual se pregunta también si Hungría, según el modo de los otros países socialistas y en gran medida a causa de sus compromisos hacia la URSS y el Comecón, no malogrará la tercera revolución industrial. Y si, cuestión más espinosa todavía, se podrá proseguir el desarrollo del socialismo de mercado sin una reforma de las instituciones políticas. Actualmente, la incertidumbre se apodera de los espíritus en lo que toca al porvenir del país tras la partida, ahora ya próxima, de Kàdàr, que ha hecho del éxito de la reforma económica la legitimación principal de su poder, adquirido en circunstancias que sus íntimos desearían hacer olvidar. Sin embargo, se da la circunstancia de que Gorbachov no ha sido parco en elogios respecto al éxito económico de los húngaros, pese a estar amenazado, e incluso declara inspirarse en las medidas con las que Kàdàr ha conseguido aumentar la productividad de la agricultura magiar.

El “milagro negativo” rumano

Nadie parece plantear la cuestión de la democratización en Rumania, país del “milagro negativo”: es, en efecto, casi milagroso que un pueblo tan mal gobernado y administrado, sometido a una presión constante de la Policía y de los denunciantes y a una demagogia nacionalista –un pueblo que conoce una penuria sin precedente en su historia–, continúe viviendo o mayormente vegetando en una calma tan grande. El problema más serio que turba las aguas estancadas del país es el creciente descontento de la minoría húngara de Transilvania, cuyos miembros se sienten doblemente oprimidos: en tanto que ciudadanos de un país despótico y policiaco y como minoritarios privados progresivamente de los últimos vestigios de autonomía heredados del antiguo régimen real. El problema de los húngaros de Rumania perturba igualmente las relaciones entre los dos Estados, que jamás han sido tan malas. El Gobierno húngaro, que por espacio de años esperó arreglar este contencioso mediante negociaciones secretas, no pone ya obstáculos a la discusión abierta en Hungría sobre la persecución de los magiares en Transilvania. Así, a finales de enero de este año,

el Consejo Ecuménico de las Iglesias de Hungría, que agrupa a los rectores de las Iglesias reformada, luterana, baptista, metodista y ortodoxa (el 35 por 100 de la población), se dirigió públicamente a la Iglesia ortodoxa rumana para pedir su intervención en favor de la minoría húngara, cuyas tres cuartas partes pertenecen a las confesiones calvinista y unitaria⁵.

Es probable que Gorbachov no observe con mucha simpatía la política de Ceausescu, quizá porque tema que la paciencia con la que el pueblo rumano soporta su "socialismo de penuria" tenga sus límites. No es ciertamente casualidad que Ceausescu fuera el último jefe comunista invitado por Gorbachov, en mayo de 1986, para un "intercambio amistoso de puntos de vista". Tributario de la ayuda económica soviética, está por ver si Ceausescu podrá continuar mucho tiempo más distanciándose del Gobierno soviético en el plano de la política exterior: oposición a las tendencias integracionistas del COMECON, disminución de su presupuesto de defensa –sin consulta previa a Moscú–, gestos espectaculares hacia Occidente y China, oferta de mediación entre Israel y los palestinos, etcétera, gestos que no cuestan nada, pero que reportan sobre todo créditos norteamericanos.

Búlgaros "por encima de toda sospecha"

Ha habido algunas nubes en las relaciones de la URSS de Gorbachov con Bulgaria, considerada hasta ahora como una aliada por encima de toda sospecha. Ciertos dirigentes soviéticos han criticado la manera en que su ayuda económica –nada despreciable, por otra parte– es administrada por Bulgaria. Han corrido rumores sobre la eventual dimisión de Todor Zivkov, que rige el país desde hace treinta y dos años. Parece, empero, que Zivkov ha logrado apaciguar las impaciencias moscovitas, pues en abril de 1986 pudo ser reelegido sin dificultades para la jefatura del partido y algunas semanas después para la del Estado. Su setenta y cinco cumpleaños se celebró con mucho fasto. Gorbachov le concedió con ese motivo la orden de la Revolución de Octubre.

El gran jefe soviético sin duda le ha visto con simpatía por su celo en adoptar el estilo "gorbachoviano" al rejuvenecer el personal dirigente, sobre todo en la esfera económica, y lanzar, también él, una campaña contra el alcoholismo y la corrupción. Incluso se empieza a hablar en Bulgaria de reestructuración de la economía, la cual ha conocido algunos sinsabores: las exportaciones hacia los países no comunistas han bajado en el curso de los seis primeros meses de 1986 un 20 por 100, en tanto que sus importaciones se vieron aumentadas en un 30. Ello ha situado el endeudamiento con Occidente en 3.900 millones de dólares. En el otoño de 1986, la Prensa búlgara se ha hecho eco de multitud de quejas en el tema de la penuria de ciertas mercancías esenciales y de la mala calidad de la producción de la industria ligera (setecientos mil pares de zapatos invendibles en un año). Pero cuando se trata de mejoras, los búlgaros toman antes ejemplo de los alemanes orientales que

de los húngaros o los yugoslavos: ellos “perfeccionan los mecanismos” recentralizando más que descentralizando.

Bulgaria tiene asimismo problemas con sus minorías. Si en lo que concierne a los macedonios ha llegado a un “modus vivendi”, con los yugoslavos, ha suscitado, por otro lado, bastante tensión en las relaciones con Turquía, al intensificar la “bulgarización” de la minoría turca. Según un informe de Amnistía Internacional, en 1984-1985 fueron asesinados unos cien turcos por haberse negado a cambiar su nombre turco por uno búlgaro. Un ex diputado de la Asamblea Nacional de Bulgaria, Halil Ibishev, y el campeón del peso ligero, Nag Soleymakov, se han refugiado en Turquía y tratan de sensibilizar a la opinión mundial sobre el problema de sus compatriotas víctimas de la decisión tomada por los búlgaros de “homogeneizar” su población que, como la de todos los países balcánicos y de la Europa central, es tradicionalmente pluriétnica.

Asimismo, numerosos turcos buscan refugio en Grecia. Sin embargo, de entre sus vecinos, con esta última nación mantiene Bulgaria relaciones casi amistosas, confirmadas por la visita que en noviembre de 1986 hizo Andreas Papandreu a Sofía. El papel jugado por tres búlgaros en la tentativa de asesinato del Papa no ha contribuido tampoco a aumentar el prestigio internacional de Bulgaria.

Los alemanes orientales: “gorbachovianos” antes que Gorbachov

En cambio, el prestigio de la República Democrática Alemana ha aumentado tanto en el Este como en Occidente, sobre todo como resultado de sus logros económicos y deportivos. El plan quinquenal de 1986-1990 prevé el mantenimiento del crecimiento en su nivel del 4,4-4,7 por 100 de los quince últimos años. Honecker se jacta, por otra parte, de hacer “gorbachovismo” antes que Gorbachov: aumento del 8,6 por 100 en la productividad de la industria, rápido progreso de las industrias electrónicas (8,5 por 100 al año). Lo que distingue también a la Alemania democrática de otros países comunistas es que su economía cumple generalmente las previsiones de los planes. Por eso los economistas alemanes orientales hablan con cierto escepticismo del reformismo húngaro, del socialismo de mercado. Es probable, por otro lado, que Gorbachov se sienta más próximo a los conceptos económicos de los alemanes del Este que a los de los húngaros que experimentan sus ideas en un país pequeño. Y ha expresado espectacularmente su simpatía hacia Honecker con motivo del XXVII Congreso del PCUS.

Al igual que los otros países comunistas que hemos mencionado, la RDA tiene asimismo su problema de sucesión debido a la avanzada edad de Honecker (setenta y cuatro años). Pero, según observadores alemanes occidentales, el jefe de la Alemania del Este ha logrado crear bajo su égida un cuerpo de dirigentes bien equilibrado entre veteranos y elementos más jóvenes, pragmáticos e ideólogos, centralistas y regionalista. Por ello,

su partida de la vida pública no debe provocar un *shock* comparable al de la llegada de Gorbachov. Quizá un poco envanecido por sus éxitos, que tantos elogios le valen, Honecker no cree necesario imitar, como Zivkov, las contraseñas, las campañas del jefe soviético.

Por contra, en el plano de la política exterior, se muestra actualmente más sumiso, especialmente en lo que concierne a sus relaciones con la Alemania federal, sobre todo desde que Kohl ha comparado a Gorbachov con Goebbels como maestro de la propaganda. Nada se habla ahora de la prevista visita de Honecker a la República Federal de Alemania. Dicho esto, y sin ir demasiado lejos en la crítica de la política alemana occidental, el XXV aniversario del muro de Berlín ha dado lugar a una conmemoración más bien moderada. En mayo de 1986 los dos Estados alemanes han firmado un acuerdo cultural, y no han tardado en producirse los primeros intercambios⁶. Por lo demás, Honecker continúa cultivando el acercamiento a los socialdemócratas federales. Los dos partidos han firmado una declaración conjunta contra el establecimiento de instalaciones químicas y nucleares en la Europa Central. La visita oficial de Honecker a China –que precedió en algunas semanas a la de Jaruzelski– ha sido interpretada como un éxito de prestigio para la Alemania del Este. Hay por ello razón para creer que Gorbachov ve con buenos ojos la reanudación de relaciones de China con los partidos comunistas de los países socialistas, incluso si Pekín no quiere, hasta nueva orden, normalizar sus contactos con la URSS más que gradualmente y sólo en el plano de Estado a Estado. El acercamiento de Pekín a los partidos comunistas de las democracias populares totalmente sometidas a la Unión Soviética (con excepción de Rumania y aun así) puede contemplarse como un primer paso de la vuelta de China a la familia comunista internacional.

En el plano de la política interior, la acción un tanto acrecentada de elementos disidentes causa cierto cuidado a los dirigentes alemanes orientales. Con ocasión del aniversario del Muro de Berlín, un número bastante importante de intelectuales dirigieron una petición a la Cámara Popular pidiendo la liberalización de las comunicaciones con Occidente. Y más grave todavía fue que, con motivo del treinta aniversario de la insurrección húngara, una cincuentena de los intelectuales, universitarios y artistas más conocidos firmarán, junto con sus colegas checoslovacos, polacos y húngaros –a los cuales se unieron posteriormente tres escritores rumanos–, una enérgica declaración en favor de la democratización de los países comunistas.

Checoslovacos resignados

Señala un viejo dicho que los países felices no tienen historia. El caso de Checoslovaquia parece demostrar que los países, aun los más desgraciados, pueden no tener historia tampoco, en el sentido en que historia significa movimiento, cambio, progreso o crisis. Se diría que Checoslovaquia no vive, pero vegeta y funciona. Los checos y los eslovacos (estos últimos

reciben un trato un poco mejor de su compatriota Husak, que jamás ha sido checófilo) soportan su suerte con una resignación, una casi indiferencia, muy dignas. Como siempre a lo largo de su pasado, poseen una élite intelectual que mantiene en alto la antorcha "en esta parte de Europa que se trata de aislar del resto del continente", como ha dicho el escritor disidente Vaclav Havel; el puñado de miembros del grupo Carta 1970 continúa desafiando al poder que por táctica, una táctica sugerida sin duda por Moscú, le persigue con moderación. Pero el resto del país está estancado; como los propios checos dicen con un humor negro: se deja deslizar lentamente por la vía del subdesarrollo, buscando refugio y consuelo en la vida privada, el ocio, la música y un nivel de consumo que, comparado con el de Rumania o de Bulgaria, parece casi lujoso.

Si el término comunista "normalizar" se traduce por sojuzgar un país, hacer imposible toda oposición organizada contra el monopolio político e ideológico del partido, entonces Gustav Husak ha culminado la tarea que voluntariamente escogió. En la medida que más le interesa lograr en la Europa Central –la de mantener la posición dominante de la URSS sin demasiado ruido, ni acaloramiento–, Gorbachov puede estar descontento de la política de Husak. Es indudable que una Checoslovaquia más dinámica, al modo alemán oriental, le complacería más, pero en ninguna forma ha desautorizado a Husak, quien, tras haberse entrevistado con él en 1985, ha declarado: "No seguimos el camino del socialismo de mercado; hemos tenido experiencias bastante negativas en este terreno". "Mas –añade– eso no quiere decir que tengamos miedo de toda reforma. Seguiremos atentamente lo que se hace en la Unión Soviética." Por otra parte, Gorbachov ha expresado muy discretamente, en un discurso pronunciado en noviembre en Moscú, su asombro por la poca viveza de la economía de Checoslovaquia, país que no ha visitado todavía. Resulta significativo que el número de *Pravda* en que aparecía su discurso no haya sido distribuido en Praga.

En realidad, Husak tiene entre sus colaboradores "pragmáticos" que, como el primer ministro V. Strougal, querrían mejorar la mecánica. Pero el Congreso del partido, celebrado en marzo de 1986, no pudo estar más deslucido, y no ha aportado el menor rejuvenecimiento del estamento dirigente. Sin embargo, en el plano económico, el año 1986 ha estado caracterizado por una ligera recuperación, aun cuando una veintena de empresas electrónicas y una cuarentena de fábricas que trabajan para la exportación no hayan cumplido su plan, y la calidad de los productos, a decir de las numerosas quejas publicadas en la Prensa, no se haya mejorado. En el curso de los nueve primeros meses de 1986, las importaciones de Occidente han aumentado un 8,4 por 100, mientras que las exportaciones disminuyeron un 6,3. Checoslovaquia ha tenido que solicitar un préstamo de quinientos millones de dólares para financiar sus importaciones. (En 1985, el préstamo solicitado fue de 350 millones.) De todos modos, Checoslovaquia es el menos endeudado de los países comunistas –su deuda total se estima en unos 2.600 millones de dólares– y, contrariamente a sus vecinos, el Gobierno de Praga no se ha dejado disuadir por el accidente de

Chernobyl –que ha provocado un profundo efecto en Polonia y Hungría– en cuanto a la realización de su ambicioso programa de energía nuclear.

Los comunistas yugoslavos

“El embrollo húngaro” es el título del excelente artículo del escritor alemán occidental Hans Magnus Enzensberger tras su estancia en Hungría, donde había participado en 1986 en un contrafórum Helsinki, organizado por los oponentes húngaros y que se reunió en presencia de numerosos intelectuales occidentales, pese a la prohibición del Gobierno. Pero este término de “embrollo” convendría mucho más a la Yugoslavia pos-Tito que a Hungría, aun cuando la crisis del sistema yugoslavo haya comenzado algunos años antes de la desaparición del mariscal.

Ciertamente, a los yugoslavos no les gusta que se trate de ellos en el marco del comunismo europeo centro-oriental. En efecto, con la independencia y la soberanía conquistadas en 1948 tras la ruptura con la URSS, los sucesores de Tito pretenden conservarlas y las guardan celosamente. Pero si Yugoslavia es independiente de Moscú, centro del sistema comunista internacional, no lo es respecto al comunismo. Sus dirigentes se declaran como tales comunistas, y han conservado lo esencial del sistema: el monopolio sociopolítico del partido. Es cierto que el Partido Comunista yugoslavo no solamente ha cambiado su nombre por el de Liga Comunista; es diferente de los otros partidos comunistas no ya porque es autónomo y nacional, sino también porque es el primer Partido Comunista que comenzó a experimentar un “socialismo de mercado”, con sus accesorias: una amplia apertura a Occidente, descentralización económica, extensión del sector libre, creación de la autogestión. De este hecho, el Partido Comunista yugoslavo ha servido de ejemplo y modelo organizativo primero a los húngaros y luego, al cabo de algún tiempo, a los chinos e incluso a países no comunistas, como Argelia.

Por desgracia para los yugoslavos, este modelo del que se sienten tan orgullosos no les ha evitado enormes dificultades y aún, debe decirse así, una crisis grave. En tanto que, en la década de 1960, el dinamismo yugoslavo causaba la envidia de sus vecinos, hoy son los yugoslavos los que envidian la relativa prosperidad de los húngaros y la estabilidad de los búlgaros. En 1986, la situación económica se ha deteriorado más. La inflación ha pasado del 100 al 120 por 100; el endeudamiento asciende a 23.000 millones de dólares; el país tiene 1.300.000 parados (el 16 por 100 de los asalariados del sector industrial). En marzo de este año, el líder croata, Juri Bilic, ha rechazado la responsabilidad de esta crisis cargándola a “la histeria anticomunista mundial”, que habría hecho difícil a los dirigentes comunistas del país dominar los problemas económicos y políticos. Pero la mayoría de los economistas y expertos en política más caracterizados que participan en el gran debate público nacional sobre las causas de la crisis y los posibles remedios hacen responsables del hecho a las contradicciones del sistema, ya que por primera vez, desde 1945, la so-

ciedad yugoslava, hasta en su vida cotidiana, se asemeja a las sociedades europeas orientales más subdesarrolladas: hay colas ante los comercios de alimentación; es imposible mantener el nivel de vida anterior, relativamente satisfactorio, en especial para la clase obrera; ciertas autoridades neoestalinistas dirigen campanas contra los escritores y periodistas que critican al poder .

De hecho, la crisis actual de Yugoslavia demuestra que no se puede permanecer indefinidamente a medio camino entre el discurso y la realidad, proclamar la autogestión y crear un sistema institucional que dificulta su desarrollo. Los dirigentes yugoslavos se hallan enfrentados a dos deseos contradictorios: quieren preservar el prestigio conquistado por Yugoslavia, que había optado por el concepto de socialismo democrático; pero desean preservar también su monopolio en cuanto a determinar el dinamismo y la velocidad del desarrollo social, “más concretamente, su posibilidad de continuar en sus poltronas”⁷. El sociólogo Stojanovic denuncia, como una de las contradicciones más flagrantes del régimen, el hecho de que éste quiere introducir una competencia de mercado manteniendo por entero el monopolio de la *nomenklatura*, el monopolio general de la politocracia, “que ha destruido la economía yugoslava y bloqueado su desarrollo”.

Varios oradores en el XV Congreso del partido, que se celebró en Belgrado en junio de 1986, señalaron como una de las causas principales de la crisis “la desunión que causa estragos en el seno de la jerarquía del partido”. El congreso ha dado la imagen de tal circunstancia. Mas es cierto que en ningún otro país comunista ofrecen los congresos del partido el espectáculo de discusiones tan abiertas y a menudo tan violentas. Por otra parte, el congreso ha tenido como resultado la victoria de los “innovadores” sobre los ortodoxos, victoria que se ha caracterizado por un considerable rejuvenecimiento del Comité Central: de los 165 miembros, 127 son “hombres nuevos”.

Otro aspecto de la crisis yugoslava atañe a los problemas nacionales. Es preciso recordar que, contrariamente a los dirigentes de los otros países comunistas, Tito alentó, en vez de tratar de asimilar, de “yugoslavizar” las diversas etnias del país, la formación, en el marco de la federación, de *naciones nuevas*, como la nación macedonia, cuya misma existencia niegan búlgaros y griegos; e incluso de una nación “musulmana”, creación tendente a hacer desaparecer una vieja fuente de conflictos entre servios y croatas, puesto que cada una de estas etnias había reclamado para ella a los musulmanes de Bosnia-Herzegovina. “La idea de un régimen comunista que trata de formar una nación sobre la base de creencias religiosas (lo que por otra parte ha arrastrado la preponderancia del Islam en Bosnia) tiene algo de paradoja”, ha señalado a este respecto un especialista británico ⁸. Más, por una ironía de la suerte, este método titista de regular el problema nacional ha funcionado *demasiado* bien. Así, en la región autónoma de Kosovo, que forma parte de la República de Serbia, los albaneses, que allí son mayoría (80 por 100), reclaman tumultuosamente un estatuto de república y maltratan, con métodos terroristas, a los minorita-

rios servios, montenegrinos, turcos y gitanos de la región. A finales de septiembre de 1986, la Academia de Ciencias y Artes de Servia ha dirigido una Memoria a la Asamblea Nacional protestando de la persecución de los servios por parte de sus conciudadanos albaneses.

En cuanto a Gorbachov, el líder del Kremlin manifiesta respecto a los yugoslavos –que no han dejado de temer una intervención del Gran Hermano– la misma actitud de reserva amistosa, no sin segunda intención, que sus predecesores. En un brindis pronunciado en un banquete ofrecido el 10 de diciembre de 1986 en honor del presidente del Presidium (jefe del Estado) yugoslavo actual, señora Milanko Renovica, Gorbachov subrayó que el Partido Comunista Soviético no reivindica para su modelo la “verdad absoluta”, lo que implica el reconocimiento por la URSS del derecho, al menos de los yugoslavos, de construir el socialismo al modo que les convenga dijo que estudiaba con “respetuoso interés” la evolución de la experiencia yugoslava. Estas amabilidades no significan, claro está, que los soviéticos hayan renunciado a su deseo de recuperar Yugoslavia cuando las circunstancias sean allí favorables. Pero el Kremlin no se siente apremiado.

Albaneses estalinistas

Albania es, después de Yugoslavia, el segundo país comunista europeo que ha roto con Moscú manteniéndose, por lo demás, apartada de los bloques. Mas en tanto el comunismo nacional yugoslavo proviene de una ruptura con el estalinismo, el de los albaneses se deriva de una ruptura con la desestalinización. Enver Hodja se afirmó, desde 1948, como un anti-Tito; luego, a partir de 1956, como un anti-Kruschev, y permaneció hasta su muerte fiel a Stalin. Pero puesto que en la actitud de Hodja jugó un papel importante su antipatía personal hacia Tito y Kruschev, podría creerse que, tras su muerte, sus sucesores trataran de sacar a Albania de su aislamiento de “estalinismo en un solo país”. Ahora bien, el nuevo jefe del partido, Ramiz Alia, no ha dado hasta el momento el menor indicio de querer modificar la “línea” de Hodja que él siempre había servido con una fidelidad irreprochable. El primer congreso que ha presidido, el de 1986 (IX del Partido Comunista albanés), ha confirmado la continuidad de la política albanesa: nada de reconciliación con los supergrandes, ni una sola brecha en la planificación sobre centralizada, nada de buscar ayuda extranjera. Dicho esto ha habido, pese a todo, algunos cambios discretos en los contactos con los otros países comunistas (con excepción de la URSS), sobre todo en el terreno de los intercambios comerciales, culturales y deportivos. Pero Albania no ha reaccionado de ninguna manera al gesto de Gorbachov, que consistía en reconocer que Moscú ha podido equivocarse en lo que concierne a su comportamiento respecto a Albania y afirmar que las divergencias ideológicas no deberían afectar las relaciones entre los Estados.

El desaparecido jefe ha dejado un homogéneo equipo de discípulos. Tras la misteriosa eliminación, por parte de Hodja, de su delfín Mehmet Shehu hace seis años, la composición del Politburó no ha variado. No obstante se han rectificado ligeramente los conceptos económicos: se habla, por ejemplo, de la necesidad de estímulos materiales para mejorar la productividad. Esta fórmula ha estado estigmatizada, desde el tiempo de Hodja, como grave desviación revisionista. Más pronto o más tarde, la voluntad de mejorar un nivel de vida muy bajo y amenazado de descender todavía más, ya que la población aumenta a un rápido ritmo, obligará a los dirigentes albaneses a cambiar de jefe. Ahora, el estilo de la Prensa se ha "humanizado" un poco. Todo es como si los dirigentes quisieran indicar que Albania no será siempre esta sociedad puritana y espartana que gustaba dar esa impresión de sí misma en la época de su fundador.

Se puede llegar a la conclusión, con este rápido repaso de la situación de la Europa central y oriental comunista que Gorbachov ha heredado de sus predecesores, constatando que no debe preocupar particularmente al nuevo líder de la URSS. Después de 1956, 1968, 1981, los pueblos adscritos en 1945 a la zona de dominio soviético han acabado por comprender que no poseen medio alguno para escapar de la potencia que los domina, y que no pueden contar en absoluto con una ayuda extrajera, con la ayuda de las potencias que, en 1975 en Helsinki, confirmaron su acuerdo sobre la división de Europa decidida al final de la guerra. Han comprendido también los límites que la sumisión a la URSS impone a su evolución interior, a sus aspiraciones democráticas, a su libertad de expresión. Añadamos a esto que el comunismo, el nacionalismo peculiar de los países del Este, ha tomado una coloración y una intensidad nuevas: las tensiones entre checos y polacos, húngaros y rumanos, servios y croatas, yugoslavos y búlgaros, yugoslavos y albaneses, se han acentuado respecto a la preguerra, lo que permite a los soviéticos aparecer como un factor de mantenimiento del equilibrio y del orden en la región.

El descontento popular puede engendrar revueltas, vocaciones al martirio; la vía de la revolución le está cerrada por el inmenso poderío militar de la URSS. En lo que concierne a los países del Este, Gorbachov podrá dormir tranquilo⁹. Teniendo esto en cuenta, pienso como Milovan Djilas, el Sajarov yugoslavo, al que las autoridades de su país acaban de devolver el pasaporte para viajar al extranjero, que le fue retirado en 1970, y retornar a Yugoslavia, que si Gorbachov logra consolidar su poder en la URSS, su política podrá tener repercusiones en los otros países del Este¹⁰.

NOTAS

1. Como se ve, Konwicki no se muestra amable con su pueblo, al que, no obstante, ama con pasión. Cf. "Fleuve souterrain, oiseaux de nuit", Laffont, 1987.
2. Pierre Kende, "L'Etat-Parti et les problèmes du destin national" (en húngaro), Munich, 1986.
3. Idem, p. 49.
4. Cf. Xavier Richet, "Le modèle hongrois. Marché et plan en une économie socialiste", Lyon 1985.
5. Cf. el artículo de M. Berindei: "Les minorités nationales en Roumanie", en la revista *Alternatives*, noviembre 1986.
6. Ha habido también intercambios de otro tipo: La República Federal de Alemania ha conseguido la liberación de 2.500 presos políticos en la República Democrática Alemana a cambio de una compensación financiera cuya cuantía se ignora. Hay que hacer notar, asimismo, que pese al lento pero constante aumento del nivel de vida en la Alemania oriental, veinte mil personas emigraron aún a la Alemania Federal en 1986.
7. Cf. Z. Golubovic y S. Stojanovic. El estudio de la crisis del sistema yugoslavo apareció en el marco del proyecto de investigación de los sistemas de tipo soviético dirigido por Z. Mlynar.
8. Cf. el artículo de George Schöpflin en la revista *L'Autre Europe*, número de agosto de 1986.
9. Cf. István Bibó, "Misère des petits Etats est-européens", París 1986; Jenő Szűcs, "Les Trois Europes", con prefacio de F. Braudel, París 1985; F. Fejtö, "Autodétermination et Impérialisme", en *L'Autre Europe*, núm. 10, 1986; S. Kopácsy, "L'arrière-plan international des réformes est-européennes" (en húngaro), Valóság, Budapest, diciembre 1986; "Eastern Europe: An Overview", R. F. E., Munich, enero 1987.
10. Cf. su entrevista en "Il Giornale", 20-1-1987.

América vacila

Sir James Goldsmith

De nuevo el mundo libre vuelve la vista hacia su líder, los Estados Unidos, afligidos por una depresión nerviosa, política y económica. De 1981 a 1985, creímos que los americanos habían recuperado su espíritu de confianza, orgullo y responsabilidad. Durante esos años demostraron cómo podía triunfar una democracia fundada en la libertad individual y de empresa.

El ejemplo resultó contagioso. Por todo el mundo, la democracia comenzó a florecer como los árboles en primavera. Naciones que casi habían olvidado la libertad, como Argentina, Guatemala, Turquía y otras muchas, volvieron a descubrir la democracia. Por doquier, los políticos emprendían campanas para condenar la intrusión de los Estados, privatizar las inoperantes industrias nacionalizadas o liberar las energías de sus pueblos. De repente, gracias a la televisión sin fronteras, el mundo entero contempló cómo la democracia norteamericana se desmoronaba en cuestiones tales como el Irán-contra y el nombramiento de Bork.

Puede ser útil evaluar algunas de las consecuencias de ésta tragedia:

En Europa, si se lleva a cabo el proyectado acuerdo sobre los misiles de alcance intermedio (INF) y el sugerido recorte del 50 por 100 en las armas estratégicas, se habrá renunciado a la capacidad de intervención. Enfrentados con una abrumadora supremacía militar soviética, Estados Unidos quedará aislado en su Continente. Sus amigos europeos desearían que se mantuvieran allí sus tropas, pero sabrán, también, que esas tropas representan sólo una trampa, rehenes potenciales para obligarles a una guerra en Europa que habrían de librarse mal equipados. Por eso, todos comprendemos que en su momento se verán obligados a retirarse de Europa. Con lo que los soviéticos habrán logrado su objetivo fundamental: desacoplar a Europa de los Estados Unidos.

La segunda etapa de la estrategia soviética, que ya ha comenzado, es evitar que Europa, por efecto del miedo, cree su propio sistema militar independiente y eficaz. Los soviéticos saben que sin Alemania occidental, Europa es económicamente incapaz de hacerlo. Por eso juegan con la idea de la reunificación de Alemania, convertida en zona neutral. Esa solución desestabilizaría a Alemania, especialmente en un momento en el

Sir James Goldsmith, conocido empresario internacional, es presidente del Comité editorial de *L'Express*.

que el pacifismo constituye una fuerte tentación en el país. El canciller Helmut Kohl será incapaz de resistir, pues su ministro de Asuntos Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, un aliado poco seguro, amenazará con anular las alianzas y conducir a su partido, el liberal FDP, a una unión con los socialistas del SDP, destruyendo así la mayoría CDU-FDP en el poder.

La tercera manifestación de la estrategia soviética será convencer a los europeos de que el mercado natural para sus exportaciones es el bloque oriental. Moscú explicará que, puesto que a la industria europea le resulta difícil competir con los japoneses en los mercados mundiales, la situación será del todo diferente en el bloque oriental, donde recibirá un trato preferente. Esta parte de la estrategia ha comenzado también. Los líderes de los sindicatos comunistas y los políticos de izquierda de toda Europa están ya promoviendo esta política. A continuación, sólo bastará que los soviéticos convenzan a los Bancos europeos para que financien las exportaciones de Europa a la URSS y sus satélites.

Como resultado de todo ello, Europa resultará finlandizada desde el punto de vista militar y dependerá de los soviéticos para sus exportaciones; y, en consecuencia, para la buena marcha de su actividad industrial y del empleo. Y, lo que es más grave, el desarrollo de la URSS será financiado por los Bancos europeos. Europa se habrá convertido en la vaca lechera del imperio soviético.

En cuanto a la economía, como todas las naciones que han perdido su voluntad de triunfar, los americanos, sistemáticamente eligen la opción más cómoda. Por ejemplo:

– Si su economía nacional no es competitiva, devalúan su moneda. Esta solución ha sido intentada una y otra vez sin éxito a lo largo de la historia. Al devaluar, reciben menos dólares por sus exportaciones y pagan más dólares por sus importaciones. Para compensarlo, deben vender cada vez más. Como una droga, el efecto inicial es grato: sus fábricas producen más y, expresado en dólares devaluados, las ganancias de su industria aumentan. Pero a corto plazo habrán de pagar las consecuencias.

La industria norteamericana no habrá experimentado las adaptaciones indispensables para resultar competitiva, pues la constante devaluación creará la ilusión de que lo es. Y lo que es más grave, el funcionamiento mismo de esta estrategia aumenta el riesgo de inflación. El aumento de la producción ejercerá presión sobre el empleo, que está ya en su máximo nivel histórico en los Estados Unidos; se importará inflación porque, a medida que las importaciones resulten más caras, su industria tendrá también que aumentar los precios. Habrán vuelto a crear comportamientos inflacionistas, con las profundas consecuencias que ello acarrearía a su economía: cada devaluación conducirá fatalmente a otra.

– Si una industria determinada en los Estados Unidos resulta incapaz de hacer frente a las fuerzas de un mercado internacional competitivo, la solución es radical: "Eliminar esa competencia." El Congreso propondrá la aprobación de medidas proteccionistas.

– Si una empresa determinada resulta no competitiva por culpa de una gestión deficiente, se aprueban leyes especiales para proteger a sus di-

rectivos de la sanción de los accionistas y del propio mercado. De un golpe se impide el cambio; se crea una oligarquía irresponsable y autoperpetuable, y se otorga carácter vitalicio a la ineficacia. El mundo ridiculizaba a Gran Bretaña cuando sus sucesivos Gobiernos socialistas protegían industrias deficitarias. Hoy, los legisladores norteamericanos dan la impresión de querer santificar la administración de las empresas ruinosas.

Desgraciadamente, todo esto no funcionará. Estados Unidos necesita endeudarse en el exterior para financiar su presupuesto. ¿Por qué razón, dentro o fuera de América, habría nadie de invertir en bonos del Tesoro norteamericano si el propio Gobierno de los Estados Unidos está empeñado en una política de continua devaluación de su moneda? Se verá obligado a aumentar los tipos de interés, como hacen quienes emiten bonos desacreditados. Y eso sólo puede conducir al desastre económico.

En el resto del mundo, el vacío de liderazgo que se habrá creado tendrá efectos profundos por doquier. En el cercano Oriente y en el sureste asiático otros Estados tratarán de llenar ese vacío.

En el propio Continente, en Ibero América, las nacientes democracias se verán asfixiadas. Tras el abandono americano, los soviéticos se instalarán allí, como lo hicieron en Cuba y Nicaragua. Entonces los Estados Unidos habrá perdido incluso su "aislamiento continental". Habrán traicionado la doctrina Monroe.

Acaso estemos viviendo unos tiempos trágicos. Quizá sea éste uno de los grandes giros de la historia. No es imposible que nuestra civilización, la civilización europea y americana, esté en trance de transferir el liderazgo mundial a otros. En la década de los veinte, Inglaterra también perdió su voluntad. Y transmitió a Estados Unidos el liderazgo económico mundial. Ellos no lo deseaban especialmente, pero soportaron la carga con coraje y sentido de la responsabilidad. Fue una transferencia entre primos, en el seno de una cultura semejante. La próxima transferencia no será tan fácil. Si se transfiere la preeminencia económica al Japón y la supremacía militar a la URSS, los dos ansiosos de ellas, el mundo temblará bajo los efectos de un cataclismo histórico.

Los aspectos económicos de esta catástrofe podrían evitarse si se adoptan medidas globales. Es inevitable que USA haya de soportar una recesión. Podría aplazarla un poco, pero cuando llegue hará sentir toda su dureza.

Es un hecho que necesitan reducir su déficit económico y que les va a resultar cada vez más difícil financiar su déficit presupuestario. Por consiguiente, necesitan aminorar la demanda interior, reducir el gasto público y aumentar los ingresos por la vía de los impuestos indirectos. Pero al mismo tiempo debe producirse un relanzamiento fuera de los Estados Unidos, en aquellos países que puedan permitírselo, principalmente Japón y Alemania occidental. Sólo de esta forma podremos alcanzar un "equilibrio cero"; es decir, compensar la recesión en los Estados Unidos con una expansión general en el extranjero. Esto evitará una recesión mundial y permitirá a sus industrias paliar parcialmente la caída de la demanda interna mediante las exportaciones a mercados extranjeros en crecimiento.

Simultáneamente podrían adoptarse cierto número de medidas:

- Japón debería ayudar a los países menos desarrollados a salir a flote y a volver a ocupar un papel activo en la economía mundial. Japón podría conseguirlo prestándoles de 30.000 a 40.000 millones de dólares.
- Otros países desarrollados, cada uno según sus circunstancias, podría seguir el ejemplo del relanzamiento alemán y japonés.
- Los “cuatro dragones” del Pacífico –Hong Kong, Taiwan, Singapur y Corea– deberían desligar sus monedas de la zona del dólar y dejarlas flotar libremente en el ámbito de un mercado libre.

Pero para que esto ocurra, los Estados Unidos deberían mostrar el camino. Alemanes y japoneses piensan, y no les falta razón, que si relanzan sus economías antes de que ellos actúen, la presión desaparecerá y de nuevo sólo hablarán de reducciones pero no las aplicarán. Por consiguiente, se precisa un acuerdo firme y verificable. Si tal acuerdo es propuesto por Washington, otros países desearán unírsele, ya que lo será en su propio beneficio. Una recesión mundial no sólo afectaría a la economía de cada país, sino que tendría consecuencias desastrosas para sus estructuras sociales y políticas.

Pero desgraciadamente todo esto resulta improbable, pues la Administración republicana ha perdido su nervio y busca la popularidad en lugar del respeto. Y el Congreso democrático disfruta del colapso de sus oponentes políticos y espera beneficiarse vendiendo un veneno edulcorado en forma de medicina.

Los americanos y los ciudadanos de las demás naciones del mundo se merecen algo mejor que eso.

Seis medidas para devolver la confianza económica en el mundo occidental

Malcolm Fraser

Tras el reciente colapso de los mercados de valores de todo el mundo, muchas personas se preguntan qué ocurrirá ahora. Naturalmente, se ha resquebrajado la confianza y los inversores no ocultan su nerviosismo.

Desgraciadamente, son responsables de la situación cierto número de factores negativos, factores no dependientes de sentimientos ni del pánico, sino de la realidad económica. A partir de ahora, los Bancos van a vigilar con extrema cautela los límites de descubierto y las líneas de crédito; algunos de ellos los han reducido e incluso suprimido ya. Muchas empresas e individuos sin solvencia suficiente se verán obligados a vender sus activos en el mercado, lo que ejercerá una nueva presión a la baja en una situación ya de por sí bastante difícil y sensible.

La caída de la Bolsa destruyó en un solo día el 25 por 100 de la riqueza empresarial de los Estados Unidos; en Australia no fueron mejor las cosas. Por ello resulta inevitable que se aplacen o suspendan las compras de bienes de consumo. Incluso quienes no han invertido en las Bolsas experimentarán esta incertidumbre sobre el futuro y todo ello ejercerá su impacto en el curso del próximo año. Muchas decisiones de inversión se aplazarán o devolverán a las empresas, mientras éstas tratan de observar cómo afecta a los consumidores el actual estado de cosas.

La desregulación operada en los países occidentales ha favorecido estas incertidumbres. En los años treinta se aplicaron muchos controles prudentes a los mercados financieros para tratar de evitar que volviera a repetirse el "crack" de Wall Street de 1929. Con las prisas y la precipitación de esas medidas liberalizadoras, muchos de esos prudentes controles se han abandonado. Las instituciones financieras están actualmente mucho más interconectadas, lo que hace mucho más probable que la desgracia de un sector se extienda por todo el sistema. Esto no es un argumento

Malcolm Fraser fue primer ministro de Australia entre 1975 y 1983. En la actualidad es consultor de importantes compañías de Australia, Estados Unidos y Japón.

contra la desregulación; es una crítica a la forma en que se ha llevado a cabo.

No hay duda que el presupuesto y el déficit comercial de los Estados Unidos son las causas fundamentales del reciente colapso. Estos déficit gemelos han minado la confianza en el liderazgo político y económico de los Estados Unidos, lo que resulta particularmente evidente en Japón, no tan responsable como se cree del déficit comercial de Estados Unidos.

Entre 1981 y 1986, el déficit comercial de los Estados Unidos con Japón se triplicó, pero con el resto del mundo se quintuplicó. Con Japón, el déficit creció de 40.000 a 58.000 millones; con la Comunidad Europea pasó de un superávit de 9.000 millones en 1981 a un déficit de 26.000 millones en 1986. El deterioro fue de 18.000 millones de dólares con Japón y casi el doble, 35.000 millones, con la CEE.

Habrá de adoptarse cierto número de medidas urgentes:

- El Congreso y la Casa Blanca deberán llegar a un acuerdo rápido y satisfactorio para reducir en 50.000 millones de dólares el déficit presupuestario norteamericano de este año y en otros 50.000 el del año próximo. El Congreso y el presidente Reagan deberán alcanzar un compromiso para que las reducciones del gasto público en sectores como el de la defensa puedan ir acompañados de ciertos aumentos en los impuestos. Una reducción sustancial del déficit presupuestario tendría casi con toda certeza efectos deflacionistas, pero el desequilibrio ha llegado a tal extremo que ya no existe otra opción..

- Tras el acuerdo con el Congreso, el presidente podría persuadir a Alemania occidental, Gran Bretaña y Japón para que emprendan las adecuadas políticas de expansión. Japón ha iniciado ya este proceso, pero tras una reducción importante del déficit presupuestario norteamericano podría impulsarlo aún más.

- Gran Bretaña deberá ser persuadida para que se una al Sistema Monetario Europeo. A continuación, los Estados Unidos, Japón y la CEE deberían examinar las formas de estabilizar los tipos de cambio. También debería considerarse la ampliación del SME. Las fluctuaciones salvajes de hasta el 70 por 100 entre el yen y el dólar norteamericano han resultado muy beneficiosas para los mercados financieros, pero enormemente dañinas para el comercio tradicional, del que depende la riqueza de las naciones. Los acuerdos del Plaza y del Louvre entre los Bancos centrales supusieron el reconocimiento por las grandes economías del enorme impedimento que supone el que los tipos de cambio extranjero sean exclusivamente determinados por las fuerzas del mercado.

- Es preciso un acuerdo entre los grandes Bancos centrales para mantener los tipos de interés lo más bajo posible. Sin embargo, en los Estados Unidos deberán ser lo suficientemente altos para atraer inversiones alemanas y japonesas que financien el déficit comercial norteamericano. Los Bancos centrales han adquirido ya 90.000 millones de dólares en títulos del Gobierno norteamericano para estabilizar el dólar este año. Pero hay un límite: los Estados Unidos no pueden ignorar por más tiempo las reacciones a su política en los países acreedores.

• Aquellos países cuyos Bancos han prestado grandes sumas a países de Suramérica y del Tercer Mundo deberían inmediatamente perdonar la mitad de esa deuda, condicionando la medida a la adopción de políticas razonables en cada uno de los países deudores. Tal medida sería calificada por Occidente y Japón como interesada, no altruista. Muchos de los países del Tercer Mundo fuertemente endeudados han experimentado ya un notable descenso en sus niveles de vida, que por otra parte jamás fueron altos. Exonerarles de una parte sustancial de sus deudas les brindaría cierta esperanza para el futuro. Si sus economías estuviesen en fase de expansión, compraría también al mundo industrializado.

• El presidente Reagan debería comprometerse a vetar cualquier nueva medida proteccionista del Congreso y buscar compromisos equivalentes en los otros grandes Estados industriales.

Estas medidas devolverían la confianza en el liderazgo económico del mundo occidental, al tiempo que supondrían una garantía para los mercados financieros. Nunca volverían a los índices máximos anteriores, pero podría contenerse la caída.

Incluso con estas medidas correctivas, la recesión acaso resulte inevitable. Pero lo que resulta evidente es que si no se aplican remedios, Occidente se enfrentará a una gran depresión.

Perspectiva internacional del ‘lunes negro’

Juan Velarde Fuentes

Las consecuencias de las crisis económicas mundiales han sido siempre especialmente fuertes en el terreno internacional. Sin ir más lejos, la famosa crisis de Wall Street en 1929 cambió la faz del mundo. Con el detonador de la gran depresión llegaron al Poder los demócratas en los Estados Unidos, iniciando la larga presidencia de Roosevelt; pero también se destrozó la política de centro-derecha, vinculada a la acción económica de Poincaré, en Francia, hasta empujar al Poder al Frente Popular. Sin esa gran depresión no hubiera sido posible que, en medio del paro y la desesperación, Hitler llegase, tras el Pacto de Harzburgo y de la mano de Hindenburg, a la Cancillería en Alemania. Incluso si se prescinde de ella se explica mal la reorientación de la política económica soviética en la etapa de los planes quinquenales con un Stalin que desencadena el terror, sobre todo a partir del asesinato de Kirov en Leningrado; que crea el archipiélago Gulag, que hace aprobar por la Internacional la propuesta de Dimitrov de una política de Frentes Populares y que ostenta una actitud general diplomática dirigida a romper el aislamiento internacional que había oprimido como un dogal la vida del país. Hace todo eso porque sin todo ello la crisis hubiera golpeado también con mucha fuerza a la URSS.

Aquella depresión se explica también en algún grado por las penosas consecuencias de la política de reparaciones, que desde su nacimiento fue criticada de modo acerbo por Keynes; por la política proteccionista creciente; también porque no fue posible implantar el patrón oro de forma similar a como había funcionado antes de la primera guerra mundial, y porque la caótica economía balcánica y eslava, tras la lamentable ruptura del Imperio austro-húngaro, más ampliaba las perturbaciones que las frenaba.

Por consiguiente, trastornos aparentemente sólo ligados al mundo financiero, pronto trascienden no sólo al económico, al político y al social; sino que alteran el escenario internacional. Simultáneamente éste es, más de una vez, demiурgo de tales crisis económicas.

Juan Velarde Fuentes, catedrático de Estructura Económica de España en la Universidad Complutense, terminó el original el 26 de octubre último.

Ahora mismo podemos comenzar a observar esto en relación con el estallido de la burbuja alcista de acciones en Wall Street.

Aunque llevemos pocos días de cataclismo financiero, desde principios del mes de octubre, y sobre todo desde el 19 de este mes, día del “lunes negro”, se despliega ante nosotros todo un haz de consecuencias de tipo internacional. Lo sucedido también, a su vez, es consecuencia de decisiones que se adoptaron precisamente en este ámbito.

Para comprender lo que se dice no es malo iniciar el examen con el estudio de la propia naturaleza del estallido. Efectivamente, la atención inmediata se dirigió hacia Nueva York y a lo que de Wall Street recogía el índice “Dow Jones”. Sin embargo, inmediatamente, el hundimiento se difundió por todo el mundo. No se trata de una crisis bursátil de los Estados Unidos. Es, lisa y llanamente, una profunda alteración financiera de todo el mundo occidental. Para su inicial comprensión parece que basta contemplar lo que fue el “lunes negro” en los valores que constituyen el *Índice Mundial bursátil FT-Actuarios*, ordenados los mercados nacionales de mayor a menor caída:

Mercados nacionales	Cuadro I	
	Porcentajes de baja (-) o subida (+) de los valores seleccionados respecto al viernes 16 de octubre de las cotizaciones del:	
	19 de octubre	22 octubre
Estados Unidos.....	- 20,0	- 12,5
Singapur.....	- 13,5	- 24,3
Malasia.....	- 11,5	- 19,9
Suiza.....	- 11,5	- 18,0
Hong-Kong.....	- 10,8	- 10,9
Holanda.....	- 10,1	- 15,0
Gran Bretaña.....	- 9,2	- 20,8
Bélgica.....	- 9,2	- 5,3
Canadá.....	- 9,0	- 15,6
Francia.....	- 8,1	- 9,5
Noruega.....	- 7,6	- 20,9
Suecia.....	- 6,1	- 12,7
Alemania occidental.....	- 5,8	- 10,2
Italia.....	- 5,2	- 9,2
Irlanda.....	- 5,0	- 21,3
Nueva Zelanda.....	- 3,5	- 15,8
Australia.....	- 2,6	- 21,7
México.....	- 2,3	- 18,8
Dinamarca.....	- 2,0	- 8,5
Japón.....	- 1,7	- 9,0
Austria.....	- 1,2	- 5,9
España.....	- 0,9	- 9,0
Africa del Sur.....	+ 2,3	- 13,6
Indice mundial.....	- 9,6	- 12,2

Es evidente que, tras una rápida difusión, el mismo “lunes negro” se había generalizado cuando llegamos al jueves siguiente, mientras se homogeneizaba el fenómeno dentro de la agudización general del proceso.

Esto, y ello es una constatación que conviene tener presente, se presenta, por tanto, a escala mundial y no nacional.

El proceso viene de atrás. Los cambios institucionales ocurridos, primero en Wall Street con bastante suavidad, a causa de la transformación paulatina que experimentó y del clima alcista que se respiró durante el cambio, y después en la City, empujaron en esa dirección. Concretamente, en el cambio del mercado bursátil de Londres se mostró un decidido esfuerzo en iniciar una nueva etapa en todos los sentidos. Una de las características que se esperaba tuviese Londres con la puesta en marcha, hace ahora justamente un año, del llamado, con nombre entre augural y onomatopéyico "Big Bang", fue precisamente la de convertirse en uno de los tres vértices de algo así como el mercado financiero mundial. Los otros dos, por supuesto, son Nueva York y Tokio.

Ahora mismo, en vísperas de la crisis, bajo el epígrafe de *globalización*, se dio otro importantísimo paso precisamente en esta dirección de un reajuste general y coordinado de los mercados financieros del Planeta. A partir de los mencionados tres vértices se pretende conectar a la mayor parte de todo lo financiero significativo que en el mundo capitalista existe, sobre todo en cuanto se refiere a los mercados de valores. Como se explicaba recientemente en *Business Week*¹, se pretendía "ser capaz de vender Telefónicas españolas a los estadounidenses; bonos del Tesoro norteamericano, a los japoneses, y promesas de conversión de deuda externa mexicana en acciones, a los europeos".

El mundo financiero internacional, por lo tanto, no sólo se intercomunica con gran rapidez, sino que, en estos momentos, está sometido a tensiones importantísimas. Los dos formidables déficit norteamericanos están en la raíz de tales amenazas. Con motivo de la reciente crisis bursátil se han recordado y actualizado tan preocupantes tirantes. En un reciente comentario a la crisis se subrayaba cómo ha estado planteado el problema de financiar el déficit de setenta y ocho mil millones de dólares de la balanza por cuenta corriente a lo largo de la primera mitad de 1987, hasta constituir un factor desestabilizador económico de primera magnitud. La explicación es simple. Para cubrirlo se observó que era preciso escuchar la opinión de los capitalistas privados. Estos subrayaron que "precisaban un buen y antiguo incentivo capitalista para comprar otro montón de valores en dólares: éstos tendrían que ser más baratos y/o rentar más"². El problema se complicaba porque el déficit comercial norteamericano de julio de 1986 a mayo de 1987 oscilaba en torno a una cifra media mensual de catorce mil millones de dólares; sin embargo, desde mediados de 1987 el desequilibrio se acentuó, hasta saltar en agosto a los dieciséis mil millones. Todo esto, en román paladino, quiere decir que los Estados Unidos necesitan allegar fondos crecientes, y que para conseguirlos en los mercados extranjeros tenían que optar entre una gama no demasiado amplia de combinaciones que contenían, a la fuerza, situaciones con un dólar más devaluado y otras con tipos de interés más alto.

Pareció que se optaba por lo primero, con los famosos Acuerdos del hotel Plaza de septiembre de 1985. Por supuesto que esto produjo alguna

incomodidad en algunos inversores extranjeros, sobre todo japoneses y árabes. La baja decidida del dólar significó algo así como una especie de quita a costa de estos capitalistas. Sin embargo, se decidió que esta perturbación era menor al lado de la que comenzaba a producir un dólar sobrevaloradísimo. Aunque desde marzo de 1985 inició éste un descenso, lo cierto es que era tan lento e inseguro, que fue preciso darle un empujón con la colaboración de los Bancos emisores de los países más importantes.

Inmediatamente, como reacción, surgió una afirmación muy generalizada y de tipo nacionalista: se está vendiendo Norteamérica al extranjero, a lo que se incita con este dólar baratísimo. Comenzaron a ofrecerse casos de japoneses, británicos, franceses y alemanes, que adquirían empresas que, tradicionalmente, parecían ser castizas estadounidenses. Esa mezcolanza financiera internacional sobre los Estados Unidos no ha cesado de aumentar, al compás del incremento general del gasto de los ciudadanos de ese país y, por supuesto, de los desembolsos de esta gran potencia en el terreno de la defensa de Occidente. En el fondo, estos consumos de tan variado tipo se financian con estos fondos procedentes del exterior. Se trata de una asignatura que, por cierto, está ya muy estudiada por los españoles. Cuando se repasa esta cuestión, a la fuerza vuelven una y otra vez a la memoria los libros esenciales de Ramón Carande³. Lo que en ello se predicó de la Hacienda de nuestros Habsburgo, hoy se contempla en la de los Estados Unidos de América.

Con estas presiones de tipo nacionalista e incluso xenófobo, y con los agobios derivados de la inflación que se desprende de un dólar barato, se inició la segunda de las opciones, a través del llamado Acuerdo del Louvre. La amenaza inflacionista incitaba a mantener con fuerza esta solicitud de sostenimiento del dólar por parte de las grandes instituciones financieras del mundo libre. Recientemente, en la última previsión de *Fortune* sobre el futuro de la economía norteamericana, se consideraba que el índice de precios de consumo en el país sería al final de 1987 del orden del 4 por 100, a finales de 1988 se alcanzaría el 6 por 100. El declinar futuro de la moneda norteamericana no podría ya compararse, en lo que es posible imaginar, con la caída de un 40 por 100 en las cotizaciones respecto a la cumbre alcanzada por ésta a principios de 1987. De ahí que los precios de los artículos de importación se carguen cada vez más con menor intensidad a los precios interiores norteamericanos vía dólar devaluado. La influencia inflacionista fuerte pertenece ahora a la conducta del factor trabajo, al acercarse la economía norteamericana a una situación de pleno empleo⁴.

Para no reforzar estas tensiones inflacionistas se prefirió que la solución del problema viniese, más que de una bajada del dólar, de la subida en los tipos de interés, única alternativa imaginable a los Acuerdos estabilizadores del Louvre. Por eso las ya citadas cifras del comercio exterior de los Estados Unidos se siguieron este verano casi con tensión ansiosa. Si las ventas al exterior se enderezaban, no sería preciso echar mano de un procedimiento curativo tan doloroso, pero, como hemos visto, con terque-

dad las cifras fueron malas. Por eso el conocimiento del muy considerable déficit de agosto causó espanto en los medios bursátiles de todo el mundo. Este espanto se transformó en un freno a la expansión existente hasta entonces. Esto es, cuando se escogía la devaluación del dólar se aceptaba la inflación. Cuando se pensó que no era posible pasar por eso, al asumir, para captar los capitales, mayores tipos de interés, se decidió optar por la depresión.

El parón de la Bolsa norteamericana en el propio mes de agosto, los amagos de crisis de septiembre y que ésta se desatase francamente en octubre, significó que Norteamérica se daba cuenta de que la opción del Louvre significaba cabalmente eso; frenar su propia máquina productiva.

Todo esto, de modo inmediato, se complica con otro hecho de grandísima importancia. A causa del permanente déficit, Estados Unidos ha consolidado una colosal deuda exterior. En estos momentos se ha convertido en el mayor deudor universal. En la clasificación más que duplica al que le sigue por magnitud de estos créditos. Automáticamente se ha planteado el problema del servicio de la deuda. Algo que agobia a brasileños, mexicanos y argentinos, también lo hace, y con muchísima fuerza, al Departamento del Tesoro de los Estados Unidos.

La cuestión parece requerir, según Stephen Marris, del Institute for International Economics, de Washington, una nueva depreciación del dólar de un 20 por 100⁵. De otro modo, correría el riesgo Norteamérica de convertirse en un país que bordease la suspensión de pagos. ¿Van por ahí las oscuridades en las que se refugiaron los Acuerdos del Louvre? ¿Se planteó algo de esto en la reunión, de la que Baker no ha dicho ni una palabra en cuanto a detalles concretos se refiere, con el ministro de Hacienda alemán, Stoltenberg? ¿Acaso se pretendió que éste empujase hacia abajo los tipos de interés, no ya alemanes, sino europeos? ¿Se pretende, acaso, mantener la extravagante financiación del déficit norteamericano, no a través de entidades privadas, sino, como sucede ahora mismo, por las instituciones bancarias centrales más importantes del mundo capitalista? No se relaciona todo esto con que en este momento precisa Norteamérica, de modo vital, de diez a quince mil millones de dólares al mes en forma de inversiones venidas del extranjero? Todo esto es cierto, pero, como señala Marris, “el extranjero, al fin decepcionado, ya no parece dispuesto a suministrar ese apoyo. Los resultados de este cambio de actitud constituirán el elemento mayor de inquietud para todo el mundo: empresas, Estado, simples ciudadanos”⁶.

Para complicarlo todo aparecieron difundidísimas unas declaraciones de Baker que, en el mejor de los casos, tendrían que calificarse como sorprendentes. No es difícil creer que a ellas se atribuyese, creo que muy probablemente con justicia, más de un desequilibrio presente. Muchos entendieron que el secretario del Tesoro había amenazado con una próxima devaluación del dólar. De una manera más exacta, lo que dejó entender fue que los Acuerdos del Louvre podrían ser revisados. *The Times* calificó sus palabras como dichas “sin juicio”⁷. Por su parte, François Renard habló en *Le Monde*⁸ de “aterrador camino del secretario del Tesoro” y de

“la increíble ligereza” de que hizo gala James Baker, quien “después de haber sembrado la tempestad con posturas alocadas, ahora se calla”.

Lo acontecido tiene una lectura evidente: no existe más que una especie de semianárquico orden financiero internacional. En Alemania occidental, de manera notablemente autónoma, el Bundesbank decidió subir el precio del dinero con el fin de borrar hasta la última sombra de inflación. Inmediatamente esto amenazó la situación financiera de todos los países, empujados hacia una escalada también de tipos de interés. De algún modo se quebraba con esa decisión alemana el espíritu de los acuerdos de estabilización verificado por las mayores potencias económicas. Nadie dejó de pensar que con esta acción, que tanto justificaba Poehl al frente del Bundesbank echaba a andar una especie de guerra financiera, a golpes de variación de los tipos de interés. La reacción en contra fue una mezcla de pánico y de protesta. Lo único que se podía hacer era escapar, como fuese, de los Estados Unidos. Los fondos invertidos en esta nación comenzaron a esfumarse, en lo que podían, con enorme prisa además, con el fin de no pagar ese impuesto durísimo que significa para los norteamericanos la caída libre del dólar. La charlatanería de Baker estuvo presente, pues, en este primer desarreglo, y ello va a ser difícil que se olvide.

La proyección internacional evidente de todo eso empieza a conocerse ahora. Los Estados Unidos no pueden salir en solitario de la ciénaga en la que se han metido. Más en el momento en que se habla de excesos en el gasto y de cortar, concretamente el de defensa, las naciones aliadas han reaccionado con muchísima viveza. En primer término se alarman ante la posibilidad de que su situación defensiva pase a tener que ser financiada a sus expensas cada día con más fuerza. También temen las consecuencias de la política exterior norteamericana. Téngase en cuenta todo ello cuando se plantea desde la perspectiva de unos pocos datos. Estados Unidos dedica el 6 por 100 de su producto interior bruto (PIB) a los desembolsos relacionados con las Fuerzas Armadas; Europa sólo se acerca al 4 por 100; Japón sobrepasa ligeramente el 1 por 100 de su PIB. Añadámosle que un punto porcentual del PIB norteamericano equivale a treinta mil millones de dólares. O sea, que simplemente con efectuar en el lado de los gastos del presupuesto el mismo sacrificio porcentual que Europa, dejaría un remanente de sesenta mil millones de dólares. Es evidente que esto, con todas sus consecuencias para la defensa, la política internacional, las relaciones con la Unión Soviética y, claro es, con la marcha del conjunto de la economía, tendría que discutirse muy a fondo en un forum internacional de la máxima categoría.

Para comprender las inextricables conexiones así establecidas añadamos la observación de cómo se entrelazan, al menos de momento, tanto las noticias puramente económicas como las bélicas, porque de ellas se derivan importantes impactos en la cotización de los crudos del petróleo con todas sus consecuencias.

Para Claudio Aló, a todos los argumentos económicos que hasta ahora se manejan en relación con todo lo expuesto para aclarar la crisis, hay que agregar “la decisión estadounidense de castigar al Irán”⁹⁹. Sin embar-

go, ha aparecido un enlace entre problemas bélicos y problemas económicos, que se percibió instantáneamente en la Bolsa. Sencillamente, este era: Despliegue naval en el Golfo Pérsico, Aumento de los gastos de defensa de Norteamérica, Incremento del déficit del sector público al formar parte de la doctrina de Reagan el no subir los impuestos, Desequilibrio de la balanza comercial y por cuenta corriente, Subida de tipos de interés para no devaluar más el dólar. Queda claro que las cosas tenían difícil arreglo, porque los enlaces anteriores entre fenómenos internacionales y defensivos alcanzaban un considerable grado de estabilidad. El día que se destruyeron las dos plataformas petrolíferas iraníes se generó por ello una reacción en las Bolsas que se enlazaba con otra: el conflicto puede cortar ya los suministros iraníes, o los kuwaitíes, o los saudíes, o todos a la vez. Eso significaría el peligro de una inflación generalizada a través de un nuevo *choque petrolífero* que retrotraería al mundo a los años 1974 ó 1979 con todas sus consecuencias. La carga de estos problemas resultó por todo ello intolerable para las Bolsas.

Es posible pues, que todo se complique por la adición de cuestiones políticas puras. Poco lo alivia la distensión con la Unión Soviética, porque, para emplear la jerga habitual, ya había sido descontado su efecto por el mercado financiero hace muchísimos meses. Eliminados sus aspectos positivos, sólo cabría ahora pensar que una posible complicación sería en las conversaciones con Moscú –por ejemplo, que no sólo se frenase, sino que se hiciese dar marcha atrás a la retirada de misiles de Europa– sí sería un factor, para agravar bastante las cosas. No me parece imaginable que esto pudiera ocurrir, porque también es delicadísima la situación económica soviética. Si la URSS desea un mínimo bienestar –la política de Gorbachov se orienta en ese sentido– tiene que apoyar de modo radical una política de distensión. Dado que ésta conviene ahora a las dos partes sólo a pésimos negociadores correspondería la responsabilidad de complicar las cosas. Volvamos al mundo occidental y a las conexiones tempestuosas que pueden aparecer en la actual coyuntura económica. Hasta ahora eran pésimas las relaciones en este sentido entre quienes incluso eran fieles aliados para lo mejor y lo peor, tanto en la defensa como en otros aspectos de la vida internacional. Los tres grandes bloques que constituyen el eje esencial económico del mundo occidental, integrado como un todo en la OCDE, han planteado sus políticas económicas de espaldas los unos a los otros. Por supuesto que, fruto de las reuniones del G5 y del G7, han surgido algunos intentos, tímidos, es bien cierto, de colaboración. En resumidas cuentas, cada uno de los poderosos subconjuntos de este conjunto occidental rico y dirigente de la economía del mundo ha tratado de llevar el agua a su molino, importándole poco lo que sucediese a los otros. Veamos un par de detalles significativos.

Japón ha dado siempre muy buenas palabras. Incluso Nakasone, tras la entrevista con Reagan en Los Ángeles, ofreció colaboración seria para frenar las importaciones niponas a los Estados Unidos. Sin embargo, no se ha visto una colaboración seria de Tokio para abrir de una vez las fronte-

ras del Imperio del Sol Naciente tanto a los productos como a los servicios competitivos del mundo occidental. Tampoco prosperan planes para que el mercado interior japonés, a través de una seria mejora en su nivel de consumo, absorba tanto más producción propia como importaciones. La revalorización del yen respecto al dólar, que es congruente con esto, está en buena parte detrás del revés electoral que puso fin a la carrera política de Nakasone. Ahora ha de estarse muy atento a su sucesor, Takeshita, y a la política económica que de modo efectivo trate de desarrollar...

Por lo que se refiere a Europa, toda ella gira en torno al palacio Carlomagno de la CEE. Es evidente que no está dispuesta, como ha concluido por comprobar Yeutter, el asesor especial de Reagan para discusiones comerciales internacionales, a rebajar con facilidad sus niveles de protección, en especial los inherentes a la llamada Política Agrícola Común (PAC). Por supuesto, esto no quiere decir que se cierre a la banda en este sentido el mundo comunitario respecto a áreas vinculadas a sus intereses tradicionales: los restos del Área Europa de Comercio Libre (EFTA), el mundo del Mediterráneo o el de los llamados ACP –los países de África, Caribe y Pacífico conectados a través de los sucesivos Acuerdos de Lomé–; incluso, en adelante, pudiera pensarse en el establecimiento de algunos otros lazos especiales, como bien pudiera suceder respecto al grupo hispanoamericano. Mas por lo que se refiere a los grandes poderes económicos de Japón y los Estados Unidos, su agresividad y tenaz resistencia es, por supuesto, muy grande.

Es en este sentido, si se quiere insolidario contemplado desde la perspectiva norteamericana, donde se encuentra su decidido talante para luchar en Europa contra la inflación. A lo largo de los últimos meses existieron en el marco comunitario algunos intentos para lograr un despegue productivo un poco más vivo apoyado en el mercado interior. El resultado mereció en la última parte del verano el apelativo de *recalentamiento*. Las estructuras productivas no son capaces de tensarse lo suficiente ante una demanda interna un poco viva. Por eso producen impactos en los precios. Como esto se origina una vez que éstos se ven presionados al alza por una consolidación ligeramente en auge de los mercados de crudos, el resultado es el de alarma general ante todo lo que huele a inflación. También lo refuerza el cambio experimentado en el precio de las materias primas esenciales para el proceso industrial, mientras, sin embargo, descendía el precio de los bienes alimenticios. Tales materias primas se habían desplomado hace año y pico, pero desde entonces las cosas han cambiado un tanto. Para comprender lo que sucede en estos mercados se presenta a continuación la subida de los precios de tales productos a lo largo de 1987, medidos por tonelada, en los diversos mercados libres –"spot"–, ofreciendo además los datos de estos precios tanto en dólares como en libras esterlinas¹⁰:

Todo está claro tras la lectura de este cuadro: el efecto suavizador para el mercado en libras esterlinas de la caída del dólar; la baja en los precios de los artículos alimenticios; finalmente, la firme subida de aquellos que son materia prima para la industria. Es congruente esto con las últimas noticias que se tienen de los índices *The Economist*, aunque, por supuesto, las cotizaciones a partir del 20 de octubre han entrado en una situación próxima al caos. En este sentido debe subrayarse que en el mercado norteamericano se observan pérdidas considerables en los sectores del cobre, carne, café, jugo de naranja y azúcar. Los rumores de que la Unión Soviética podría necesitar cereales sostuvo estas cotizaciones. La caída en los precios de estas mercancías se debió, sobre todo, a ventas de comerciantes para cubrir, como pudiesen, las pérdidas originadas por el desplome de la Bolsa. Los metales básicos comienzan ahora mismo a ceder ante las sospechas de que pueda aparecer una tendencia depresiva en la economía mundial. Por ejemplo, el cobre y el aluminio, que habían subido un 32 y un 62 por 100, respectivamente, este año, han perdido en un solo día en torno a un 10 por 100¹¹.

Me parece que queda claro que, hasta el “lunes negro” Europa y, en general, el mundo de la OCDE, vivía con el temor a una inflación a poco que creciese su demanda interna. Eso explica, como ya se ha subrayado, que los tipos de interés tendiesen al alza para proteger contra la subida de precios. Aquí es donde aparece, con semblante de desesperado que busca un salvavidas por cualquier parte, Baker para conferenciar con Stoltenberg en Francfort, aunque es evidente, como se apresuró a destacar *The Times* al día siguiente del cataclismo, que últimamente la subida de tipos de interés se reducía a unos pequeños ajustes en Alemania occidental “seguidos por una modesta alza en los Estados Unidos”. Por eso –añade–, más que frente a esto, los mercados financieros están reaccionando contra la aparente quiebra de los líderes financieros del mundo libre, falta

Cuadro II

Artículo	Cotización en dólares			Cotización en libras esterlinas		
	Dicbre. 1986	Agosto 1987	Increm. (%)	Dicbre. 1986	Agosto 1987	Increm. (%)
Cobre.....	1.331,47	1.753,73	+31,71	931,88	1.099,79	+18,02
Aluminio.....	1.129,47	1.820,04	+61,14	790,50	1.141,36	+44,38
Estaño.....	6.448,29	6.716,95	+ 4,17	4.513,06	4.212,31	- 6,66
Plomo.....	515,88	653,37	+26,65	361,06	409,74	+13,48
Cinc.....	772,38	803,09	+ 3,98	540,58	503,63	- 6,84
Café.....	2.957,63	2.129,66	-27,99	2.070,01	1.335,54	-35,48
Cacao.....	1.998,29	2.018,21	+ 1,00	1.398,58	1.265,65	- 9,50
Azúcar.....	128,16	124,34	- 2,98	89,70	77,98	-13,07
Soja.....	181,42	191,99	+ 5,83	126,97	120,40	- 5,17
Maíz.....	57,76	53,37	- 7,60	40,43	33,47	-17,21
Caucho.....	927,51	1.116,22	+20,35	649,15	700,00	+ 7,83
Té.....	1.930,74	1.582,21	-18,05	1.351,30	992,23	-26,57
Yute.....	216,67	326,25	+50,57	151,64	204,60	+34,92
Trigo.....	112,17	92,49	-17,54	78,51	58,00	-26,12
Petróleo (barril)...	14,01	17,39	+24,13	9,81	10,91	+11,21

que se mostró tras la reunión celebrada en Washington el mes pasado. Recuérdese que se mostraron incapaces para coordinar sus políticas –no sus palabras– dirigidas a corregir los desajustes financieros¹².

Ante la posibilidad de un dólar enclenque a causa de las desatinadas palabras, ya mencionadas, del secretario del Tesoro norteamericano, sería forzoso introducirnos en un mundo de altos tipos de interés para atraer capitales que corriesen el riesgo de adquirir activos valorados en una moneda débil. Pero inmediatamente esta tendencia alcista se difunde por todo el planeta. Basta recordar que los Estados Unidos generan un tercio del conjunto de PIB del mundo libre. La condena inmediata a un escaso ritmo de crecimiento parece evidente. Asustado, el canciller del Exchequer, Nigel Lawson, reaccionó “como un honrado intermediario”¹³ entre el Bundesbank –quien con su acción independiente de considerar prioritaria la rebaja de un crecimiento excesivo en la oferta monetaria germana frente a la estabilidad en la relación de los cambios había desencadenado la reacción de Baker– y la Reserva Federal. La comprensión de acciones de este tipo puede empezar a encajar las cosas.

Puede haberse iniciado en Francfort una política internacional diferente si son algo más que palabras lo que los dos interlocutores aseguraron haber convenido. Parece que están decididas a asumir lo que debería constituir su tarea conjunta: estabilizar los tipos de cambio y evitar alzas innecesarias de los tipos de interés. Pero inmediatamente Paul Fabra¹⁴ nos ha recordado las –consecuencias que se pueden desprender de esta nueva ruta emprendida. Denuncia la posibilidad de que de modo silencioso –llega a decir que “con sordina”, y que “incluso se podrá asegurar impunemente lo contrario”– se produzca la absorción del Sistema Monetario Europeo (SME) por la zona del dólar. ¿Cómo puede originarse esto?

La explicación es sencilla. Imaginemos que las autoridades monetarias de Washington continúan, como lo hacen a menudo desde hace muchos meses, “alimentando la economía con recursos monetarios abundantes”. La consecuencia será un dólar débil. Para impedir su caída, los Bancos de emisión europeos y el de Japón tendrán que proseguir sus masivas intervenciones en el mercado de cambios. De esta manera estos Bancos financiarán una parte significativa, tanto del déficit comercial como del presupuestario de los Estados Unidos. El motivo es simple. ¿Qué pueden hacer con estos dólares débiles que compran con sus políticas de intervención, aparte de suscribir bonos del Tesoro de los Estados Unidos?

Este aflujo de moneda americana genera en Alemania, y en general en este ámbito dedicado a sostener al dólar, presiones inflacionistas vía subidas en la oferta monetaria. Pero si por eso se plantea una política restrictiva en forma de más altos tipos de interés, se rompe la solidaridad con Norteamérica. En cambio, para mantenerla es ineludible “hacer como los Estados Unidos”. Esto afectaría tanto a la República Federal Alemana como a sus socios del SME, que, si así aceptan “la hora americana” presidida por su déficit presupuestario, pueden esperar una recompensa: la esperanza derivada de vivir en una situación expansionista; por supuesto, con todos los riesgos que esto significa. Entre otros, el de caer con cierta

rapidez en una depresión profunda. Porque la cita de Lionel Robbins que verifica Fabra es muy oportuna: "El único medio de evitar una depresión es impedir el estallido del optimismo que la precede."

No quedan más cosas que hacer. Si Baker, a causa de todo el conjunto de lazos políticos que se trenzan entre Estados Unidos y Alemania occidental ha sabido obtener ventajas del apoyo militar norteamericano, puede haberlo logrado para una ayuda sin fisuras del marco alemán al dólar, liquidando para siempre la que se calificó por Fabra de "heroica obstinación", encabezada por la terquedad del "intratable Bundesbank". Por consiguiente, el área del dólar habría fagocitado al SME con todas sus ventajas y también con todos "sus venenos".

Sería algo así como una especie de institucionalización a largo plazo de los Acuerdos del Louvre, adoptados el pasado 22 de febrero de 1987. Ahora todos están de acuerdo que, sencillamente, pretendían ser un preludio. Por una parte impedirían una especie de estruendosa especulación a la baja del dólar, pero también se procuraría una coordinación de las políticas económicas. Esto significaría obligar a Norteamérica a alterar muy profundamente su política económica. Lo malo es que ésta ha demostrado ser rigidísima al cambio, sobre todo a partir del control del Congreso por los demócratas. Si el presidente se mantiene en su empecinamiento de no aumentar la presión de los impuestos, convencido de ello desde su etapa de gobernador de California, porque esto era lo mejor tanto para la prosperidad como para las victorias electorales, y con un Congreso dispuesto a no rebajar gastos que considera ineludibles para atender con alguna decencia a los ciudadanos de los Estados Unidos, se genera una especie de déficit presupuestario políticamente estructural. Con esa absurda política económica no debería caber ninguna colaboración seria por parte de los europeos. Pero ¿cómo construir otra cosa? El pasado 24 de octubre fueron muy fuertes los rumores de que el G7 iba a reunirse para alterar los Acuerdos del Louvre. Sólo por eso bajó el dólar, pues nadie cree posible que de una reunión de este tipo se derive otra cosa que algún tipo de retirada hacia lo que pasa a ser puramente racional.

La combinación que se hizo, en vísperas del 19 de octubre, del empujón del Bundesbank para apretar un poco más el acelerador en el aparato que genera los tipos de interés y lo que quedaba de los Acuerdos del Louvre motivó que los prestamistas, encabezados por los japoneses, no se fiasen en absoluto del riesgo norteamericano. Por eso los empréstitos del Tesoro de los Estados Unidos a partir de esa fecha tuvieron que ofrecerse a tipos de interés cada vez más altos. Partieron del 7,5 por 100 y en cada suscripción trimestral dirigida a allegar fondos pasaron primero al 8 por 100, después al 9 por 100, últimamente al 10 por 100. Todos anunciaban ya que la próxima emisión se haría al 11 por 100. Esta subida fue una de las causas que reventó la burbuja alcista de las Bolsas de todo el mundo.

Lo que se discute en estos momentos es nada menos que el nuevo e inexorable orden económico financiero que debe implantarse, so pena de contemplar bien pronto masivas retiradas de fondos de ciertos mercados financieros, lo que generaría una oleada de quiebras sencillamente esca-

lofriante. En la crisis de 1929 ya se vio algo de esto con los fondos situados en los antiguos Imperios centrales –Alemania, Austria y Hungría– con un resultado catastrófico. Lo más positivo, sin embargo, es que parece que la opinión pública norteamericana ha comprendido el problema. En un artículo de David S. Broder aparecido en *The Washington Post*¹⁵ se señala, al comentar el hundimiento reciente de Wall Street, que “el pueblo norteamericano conoció, a expensas de sus desventuras, que no se puede caminar indefinidamente más allá de sus medios sin hacer frente a las consecuencias. Un país que paga 80 dólares y algunos centavos de impuestos por cada 100 dólares vinculados a los servicios de defensa y al resto de los servicios públicos que le proporciona el Gobierno es un país que depende cada vez más del ahorro extranjero para financiar su deuda pública; un país que compra más en el extranjero que lo que es capaz de venderle es un país que se enfrenta con la congoja”.

Todo esto empieza a tender hacia una rectificación considerable, aunque no parece que se pueda llevar adelante sin resistencias. Sobre todo porque significa una muy clara alteración de la política económica de Reagan. Los planteamientos del lado de la oferta exigían reducción de impuestos, eliminación del intervencionismo –la famosa desregulación– y reprivatizaciones generales. Las declaraciones de Reagan, verificadas en la conferencia de Prensa del pasado 22 de octubre, constituyeron el inicio de una penosísima marcha hacia Canosa. ¿Qué pruebas, qué penitencias, qué fríos no van a serle exigidos a este emperador para alcanzar el perdón, en este caso, del sistema financiero internacional?

De momento ha de contemplar con calma que, nada más recibir el premio Nobel de Economía, Solow le echase a la cara que la *reagonomía*, con su obsesión antiimpositiva, era un “disparate”. Agregó además Solow: “La combinación de déficit de la balanza de pagos y de déficit del presupuesto federal, al conducir a nuestro país a financiar un consumo muy fuerte por empréstitos extranjeros, va a llevarnos durante numerosos años a procurar salir de un hoyo que nosotros mismos hemos cavado, y esto a lo largo de los seis o siete últimos años”¹⁶.

Cuando declaró Reagan, con vistas a una reunión con el Congreso, que “ponía todo sobre la mesa” de negociaciones sin “ninguna condición previa”, tras haber declarado hace bien poco tiempo que para aumentar los impuestos sería preciso “pasar por encima de su cadáver”, resultó evidente que la *reagonomía* iniciaba el sendero de la penitencia.

No dejemos a un lado el otro hachazo que la política económica del lado de la oferta acaba de sufrir en el despliegue, ahora imposible, de la política reprivatizadora. Por supuesto que para que ésta marche bien es preciso que sea respaldada por una Bolsa situada bajo el signo alcista del toro. La llegada de los osos bajistas ha tenido que significar una retirada en toda la regla tanto por lo que se refiere a Francia como por lo que respecta a Gran Bretaña¹⁷.

Es evidente que el otro pilar, que parecía firmísimo, de la política económica por el lado de la oferta, ha resultado estar tan carcomido como

el que mantenía la postura de que era necesario impedir la subida de los tipos de interés.

Quiere decir esto que triunfe quien triunfe en las próximas elecciones no será posible ya a los Estados Unidos jugar con gentil desembarazo, como estaba acostumbrado desde hace muchísimo años, en el mercado financiero internacional. ¿Estamos por eso en vísperas de un cambio del liderazgo económico internacional? Eso es lo que apunta de modo clarísimo un reciente artículo de Bruno Dethomas¹⁸, donde sostiene que “aparte de las necesarias correcciones macroeconómicas actuales, acaba de sonar el fin de la hegemonía norteamericana. Ahí reside la principal analogía con la crisis de los años treinta, cuando el Imperio británico pasó el testigo del liderazgo a los Estados Unidos de América, que tardaron algún tiempo en comprender que tenían el cetro”. Dethomas opina que este emigrante bastón de mando de la economía mundial, que saltó el Atlántico en los años treinta, ahora, al filo de los noventa, parece ya empaquetado para que cruce al otro lado del Pacífico. Como antaño estuvo Europa en lo económico a merced de los norteamericanos, ahora éstos se encuentran en grandísima parte a merced de los pueblos de las orillas del Pacífico, pero muy en particular en las de Japón. Las consecuencias serán, a la fuerza, muy grandes.

Quiere esto decir que poco a poco se abre paso la idea de que lo que estalló con brusquedad el 19 de octubre de 1987 es un proceso histórico de gran calado que alterará en adelante los planteamientos políticos en más de una ocasión. Como todas las alteraciones de este tipo, es evidente que más de una vez nos encontraremos con planteamientos traumáticos y, por ello, muy dolorosos. En resumidas cuentas, glosando unas recientes palabras de Mitterrand, se ha iniciado el baile del sufrimiento porque se entremezclan al oído dos valses diferentes: el de los tipos de cambios y el de los tipos de interés. El mundo ha de comprender que si no se logra un acuerdo entre ambos, lo que se oye puede llegar a ser la chirriante melodía que acompaña a una danza de la muerte. La bailarán todos los que pretenden que aquí no ha pagado nada y que lo mejor es que en adelante las cosas no varíen esencialmente.

NOTAS

1. Cfs. William Glasgall, Sarah Bartlett, Richard A. Melcher, Wall Streets new austerity. A wave of cutbacks shows the global market can be a dangerous place, en International Business Week, 26 octubre 1987, núm. 3.020-350, págs. 16-17.

2. Cfs. When the bull turned, en The Economist, 24 octubre 1987, vol. 305, núm. 7.521, págs. 13-14.

3. Véanse los tres volúmenes de su monumental Carlos V y sus banqueros, editada por Moneda y Crédito: La vida económica en Castilla, 1516-1556 (Madrid, 1943); La Hacienda real de Castilla (Madrid, 1949), y Los caminos del oro y de la plata (Madrid, 1967).

4. Cfs. Todd May Jr., Higher profits lie ahead. Investors can count on another year of slow but decent economic growth though and uptick in inflation may rattle some nerves, en Fortune, otoño 1987, vol. 116, núm. 10, págs. 61-63.

5. Según la nota The Dollar. And for our next trick, and The Economist, 24 octubre 1987, vol. 305, núm. 7.521, págs. 81-82.
6. Cfs. Las declaraciones de Stephen Marris a Charles Lescaut, publicadas bajo el título Wall Street: tout coupables, en L'Express, 30 octubre 1987, núm. 1.894, pág. 10.
7. En el editorial When bull turned to bear, en The Times, 20 octubre 1987, número 62.904, página 13.
8. En su artículo Les accords du Louvre, le lessiveuse et le couvercle, en Le Monde, 23 octubre 1987, año 44, núm. 13.291, pág. 30.
9. Cfs. La excelente síntesis de éste publicada bajo el título II vento della sfiducia, en II Messaggero di Roma, 20 octubre 1987, año 109, núm. 288, pág. 1.
10. Las cifras básicas proceden de los llamados Indices South, que me parecen suficientemente representativos. En este caso concreto se toman de South, febrero 1987, núm. 76, pág. 109, y de South, octubre 1987, núm. 84, pág. 80. Los cálculos son míos.
11. Cfs. Commodity price index, en The Economist, 24 octubre 1987, vol. 305, número 7.521, página 119.
12. When bull turned to bear, editorial cit.
13. Ibidem.
14. En su artículo L'absorption du SME dans la zone du dollar, en Le Monde, 23 octubre 1987, año 44, núm. 13291, págs. 1 y 30.
15. Americans and the crash: People knew all along, que se reproduce íntegramente en el International Rerald Tribune, 24-25 octubre 1987, núm. 32. 544, pág. 8.
16. Recogidas en la información Nobel attempt instead punditry, en The Times, 22 octubre 1987 núm 62906, pag. 25
17. Cfs. Jean-Pierre Robín, Matra, taux d'interêt: la prudence de Balladur, en Le Figaro, 22 octubre 1987; Yves Guinannoc, Privatisations: une pause est nécessaire, en Le Point, 25 octubre 1987, núm. 787, pág. 65; Bloodshed at BP, en Financial Times, 22 octubre 1987, núm. 30.369, pág. 22; Richard Tomkins, As BP bites the dust... other privatisations stocks plummet, en Financial Times, 24 octubre 1987, núm. 30.371, pág. IV del suplemento Weekend.
18. Cfs. La fin de l'hégémonie américaine, en Le Monde, 24 octubre 1987, año 44, núm. 13.292, págs. 1 y 28.

El español en el mundo: Notas sobre una doble indefensión

Miguel García-Posada

La historia es conocida, pero merece la pena recordarla. Fue el 17 de abril de 1536. Ese día Carlos V desafía solemnemente a Francisco I de Francia en Roma, ante el Papa, y lo hace en español, no en francés ni en latín. El obispo de Mâcon, embajador de Francia, se queja de no comprender su discurso; el emperador le replica: "Señor obispo, entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana."¹ Era la proclamación pública del castellano como lengua internacional. El sueño de Antonio de Nebrija –"siempre la lengua fue compañera del imperio"– alcanzaba así su plenitud. Se ha dicho que ese rango internacional se habría consolidado si con la abdicación de Carlos V no se hubieran separado las coronas y cancillerías de España y de Alemania². Es probable; pero también es cierto que el declive del español como lengua de prestigio, si no diplomática, comenzó a producirse con el de nuestra hegemonía política. Tras la paz de Westfalia y de los Pirineos, nuestra cultura, y con ella el idioma, entra en franco retroceso en toda Europa, sustituida por la francesa. Tocaba ya a su fin la época de las imprentas de Venecia, Milán, Amberes, Bruselas, París o Lyon, que editaban en castellano a nuestros autores.

Desde entonces, ¿cuál ha sido la suerte del español en el mundo? Una suerte cambiante y no del todo adversa; sorprendente y problemática a la vez. El episodio de mayor calado lo representa la independencia de las naciones de Hispanoamérica. La política de la Corona de España consistió durante siglos en no obligar a las poblaciones indígenas a aprender el castellano; eran los misioneros los que aprendían las lenguas nativas. Cuando llega la emancipación, sólo las minorías criollas hablan español. Y, sin embargo, contra todo pronóstico, es entonces cuando América hace suyo el idioma y se convierte en la gran fuente de hispanización, en un proceso ininterrumpido hasta hoy. Se invertía así el principio enunciado por Nebri-

Miguel García-Posada es catedrático de Lengua y Literatura.

ja³. El español se transformó en la lengua de la independencia, en signo nacional y santo y sena de afirmación cultural e histórica. No cabe duda alguna de que éste ha sido el mayor regalo que el destino le ha concedido a nuestro idioma: Hispanoamérica es su gran capital, su potencial máximo. Ni siquiera en Puerto Rico, pese a los tenaces esfuerzos de la Administración norteamericana, ha podido ser puesta en entredicho la enorme vitalidad del castellano. Si en las Filipinas pudo Estados Unidos erradicarlo, se debió a que allí había sido, sobre todo, una lengua de prestigio, utilizada por la minoría dirigente. (Claro es que sin la acción norteamericana el castellano ocuparía hoy el lugar del inglés en las islas.) Cuestión distinta es la de cómo incluso ese rango de lengua de élite se ha volatilizado en los últimos años.

No son las Filipinas el único lugar donde el idioma ha experimentado pérdidas sustanciales. Los cien años de protectorado español sobre el norte de Marruecos se han saldado con la gradual conversión de nuestra lengua en un instrumento de comunicación secundaria, cada vez más secundaria, desprovisto de plataformas de Prensa, educativas y culturales. En tanto, el francés ha ido transformándose en la segunda lengua del país, como ha ocurrido también en Túnez y en Argelia. Estas y otras pérdidas deben considerarse en relación con un hecho indiscutible: *el Estado español ha carecido y carece de una política de defensa y apoyo del idioma*. Esa carencia se inscribe en el marco de nuestra desventurada historia más reciente, que nos ha alejado de todos los centros de decisión. Importa agregar que esa política no existe ni en el exterior ni en el interior, y es presumible cierta conexión entre ambas *indefensiones*.

Con Hispanoamérica la política cultural española ha consistido en la pirotecnia verbal. Por fortuna, en esto la vitalidad del idioma y de la literatura ha conseguido, por sí sola, neutralizar los efectos paralizantes de ese discurso de la madre patria, la Hispanidad, etcétera. Concretamente, la actividad editorial refleja la existencia efectiva de unos vínculos que la vida oficial ha hecho, *velis nolis*, cuanto ha podido por aflojar o disolver. Por referirme a los últimos años, ha de tenerse en cuenta que el llamado *boom* de la novela hispanoamericana tuvo en España uno de sus grandes centros editoriales. Un fenómeno similar en buena medida al que durante los años de la guerra civil y los más duros tramos de la posguerra impulsó la edición en América de los títulos sustanciales de la literatura española contemporánea.

No ha existido una política de defensa y apoyo del idioma. La dictadura del general Franco no la tuvo; pero no sólo pecó por omisión. Con la persecución abierta del catalán, expulsado de la enseñanza y de la edición, y el menosprecio por las otras dos lenguas minoritarias, envenenó la *cuestión lingüística española* hasta extremos antes desconocidos. No cabe efectuar comparaciones con los decretos de Nueva Planta de Felipe V; por más que éstos fueran una espoleta de efecto retardado. Pero el objetivo centralizador, al modo francés, de la monarquía borbónica era inocente –por sí mismo y por las circunstancias históricas– en comparación con la indisimulada agresividad que latía en la consigna fascista de

“habla la lengua del imperio” (aderezada a veces con un increíble “habla en cristiano”), una de las mayores falsedades que nunca se han formulado: el verdadero imperio no impuso su lengua a los indígenas de América ni a los súbditos no castellanohablantes de la metrópoli. Felipe II jamás se inmiscuyó en los hábitos idiomáticos de sus compatriotas. De hecho, desde finales de la Edad Media, el prestigio de la lengua castellana era tal que no despertaba recelos. Su expansión amistosa y pacífica era evidente, como lo confirma el que en el XVIII se había generalizado ya la denominación de *española*. Los decretos de Nueva Planta de Felipe V fueron una torpeza, entre otras cosas porque resultaban innecesarios⁴. Ya en la agonía, la dictadura permitió la reintroducción en la enseñanza de las llamadas “lenguas vernáculas”, no sin bastantes restricciones. Mal y tarde. La edición en catalán se había ido abriendo paso con anterioridad, poco a poco.

Y de esos polvos estos lodos. La transición española ha presenciado una insólita, aunque previsible, explosión de los *nacionalismos lingüísticos*, sobre un paisaje de aldeanismos mentales de toda clase. Gregorio Salvador ha hecho su análisis y balance⁵. Los datos que pueden aducirse no son escasos ni faltos de sustancia. Para comenzar, el nombre del idioma. Durante las discusiones de las últimas Constituyentes, las minorías nacionalistas, encabezadas por la catalana, se opusieron tajantemente a la enmienda propuesta por el escritor Camilo José Cela, entonces senador, que había sido aprobada por la comisión senatorial correspondiente el 22 de agosto de 1978, en el sentido de que el *castellano* se denominara también *español*. El portavoz de esas minorías fue un político moderado, el señor Roca Junyent. No se trata de mero nominalismo, es claro, sino de un *recelo* profundo ante el hegemonismo centralista. Sólo los ingenuos pueden admitir la fragilidad de las argumentaciones; sentido discriminatorio de la enmienda, las demás lenguas son también españolas... Pero ¿no existe la *antonomasia* como figura retórica aceptada y utilizada desde hace siglos? Naturalmente, y los objetores lo sabían, pero no era ése el fondo de la cuestión. Ese recelo se dio también en América, donde ya está superado⁶. Una conciencia traumática vigila ahí ante la posibilidad de cualquier *trato de favor* al *castellano*, lengua-de-Castilla (del centralismo, etcétera). Frente a esto poco importa el hecho evidente de que la lengua común al mundo hispanohablante no sea el *castellano*, sino el *español*, pues el primero no constituye en pureza, sino una variedad regional del segundo, de modo que castellanohablantes estrictos sólo son los nacidos en Castilla. Lingüísticamente un andaluz (y tampoco un canario, un extremeño o un murciano) no es *castellano*⁷. México puede denominar *español* a su lengua; el Estado español no puede.

Y de aquí se han seguido: múltiples consecuencias. La cooficialidad de las lenguas minoritarias está convirtiéndose en algunos puntos del territorio nacional en una clara agresión a la lengua oficial. Están violentándose las fronteras lingüísticas en beneficio de las “políticas”: así ocurre en el caso del valenciano y del vasco. El Estatuto de la Comunidad Autónoma de Valencia habla de la necesidad de respetar la territorialidad lingüís-

tica, cosa que se incumple en la práctica al fomentarse el uso exclusivo del valenciano en territorios históricamente castellanohablantes. Por lo que respecta al eusquera unificado o batua, se ha hecho obligatoria su enseñanza allí donde nunca se habló –el tercio occidental de Vizcaya y toda la provincia de Álava⁸. La política de la Generalitat de Cataluña se está basando en el principio de que el español es la *lengua fuerte*, por lo que no necesita cobertura oficial alguna. El hecho de que el 52,14 por 100 de la población catalana declarara en 1981 tener el castellano como lengua familiar⁹, resulta, al parecer, perfectamente irrelevante.

La culminación de esta “política” ha venido a representarla la sentencia dictada en mayo de 1987 por el Tribunal Constitucional por la que se reconoce a los españoles que no comprendan o no hablen bien el castellano y, más concretamente, a los que ostentan la condición de vascos, el derecho a ser asistidos por un intérprete desde el comienzo mismo de las actuaciones policiales¹⁰. El Alto Tribunal admitía así el recurso del Gobierno vasco contra la ley 14/83 que desarrollaba la asistencia letrada al detenido. El fundamento de la sentencia estriba en que, puesto que los extranjeros tenían ya atribuido este derecho, no extenderlo a los españoles “supondría una flagrante discriminación prohibida por el artículo 14 de la Constitución”. Y estima también que no cabe objetar en su contra el derecho y el deber constitucional de todos los españoles a conocer el castellano en tanto que lengua oficial, “ya que lo que aquí se valora es un hecho (la insuficiencia o conocimiento insuficiente del castellano) en cuanto afecta al ejercicio de un derecho fundamental cual es el de defensa”. Argumenta también que este derecho será en cualquier caso gratuito y aplicable “fuera o dentro de la Comunidad Autónoma Vasca”. Es decir, que por vía indirecta se salta sobre el artículo 3 de la Constitución, que puntualiza “el deber y el derecho” que tienen los españoles de conocer la lengua oficial. ¿Existen fundamentos sociolingüísticos, pensando sobre todo en el País Vasco, para esas conclusiones? Los datos de que se disponen no parecen autorizarlas: las situaciones históricas de diglosia pueden haber inducido en algunos casos un conocimiento imperfecto, pero nunca insuficiente, de la lengua oficial hasta el punto de amenazar la capacidad efectiva de defensa de un detenido^{10bis}.

De un modo u otro, la *questión lingüística* sigue envenenando la vida española. Las *leyes de normalización* de las lenguas minoritarias han sido, están siendo, en la práctica, leyes anticastellanas. Por tales leyes “se entiende –ha escrito Amando de Miguel– el esfuerzo de los poderes públicos en promover la enseñanza y difusión de la lengua particular o propia de esas regiones en detrimento del castellano, aunque sea éste el habla natural de una parte importante (incluso la mayoría) de la población de esas regiones. Ningún partido político se opone resueltamente a esa desviación política. La defensa del idioma castellano se considera por lo general política reaccionaria, o por lo menos innecesaria. Detrás está esa vaga creencia de que “las lenguas oprimen”, cuando son las personas con poder las opresoras”¹¹.

Apenas si queda añadir ciertos datos a este panorama. Los hay pintonrescos, como los lamentos porque Andalucía no tenga una lengua propia que facilitara la cuestión autonómica, o los intentos de “aragonesización” idiomática de Aragón y de “bablización” de Asturias, que en ocasiones han llegado incluso a la señalización de carreteras¹². Pero también existen otros datos de más entidad, como el hecho de que en los planes de Bachillerato vigentes la lengua española no sea obligatoria en todos los cursos, y el idioma extranjero, sí. Esta situación se arrastra desde 1975, en que se promulgaron los actuales planes. La tecnocracia reinante era estricta en cuanto a la necesidad del uso de la lengua comercial por excelencia, esto es, el inglés. El desarrollo de la legislación autonómica no ha hecho sino recortar aún más las horas lectivas dedicadas a la enseñanza de la lengua y literatura españolas.

Apenas si como una noticia perdida se ha hablado alguna vez de una ley de defensa del idioma. Posiblemente sería innecesaria si existiera la *voluntad política* de cumplir con rigor el artículo 3 de la Constitución, que jerarquiza –o jerarquizaba– la función de las distintas lenguas peninsulares. Esa sería la única defensa *ad intra muros*. Lo demás –mejora de la enseñanza *y* de los niveles idiomáticos–, aunque importante, es, hasta cierto punto, accesorio.

Era necesario trazar el poco halagüeño panorama que he trazado para mostrar la dificultad de una política de defensa y apoyo del idioma en el mundo. ¿Cómo va a realizarse esa política si en la propia casa las cosas están como están? Y están así por razones históricas, pero también sin duda por una íntima falta de fe, o de convicción, o de como se lo quiera llamar, en lo que objetivamente representa hablar la segunda lengua del mundo. Nuestros dirigentes, a veces lo recuerdan; pero en la práctica ese reconocimiento no se concreta en realidades tangibles.

Sólo en este cuadro de referencias puede entenderse un episodio como el del referéndum de California (noviembre de 1986) sobre la oficialidad del inglés. Nadie discute a los Estados Unidos el derecho a poseer ese instrumento vertebrador de cualquier comunidad que es el idioma. Es más: una defensa a ultranza de la minoría hispánica puede desembocar en un perjuicio aún mayor para ella. Es evidente que sin el dominio de la lengua inglesa el hispano no puede abrirse camino en la sociedad americana. Pero también lo es que a los impulsores de la campana “English only” no los movía la promoción de los chicanos, sino el erigir un muro de contención contra la amenaza de una población que se reproduce a enorme velocidad. Ni una sola voz cualificada de la Administración española se levantó para condenar lo ocurrido. (Hablo de voces con responsabilidades políticas.) Puede imaginarse cómo habría reaccionado Francia ante un referéndum de esta naturaleza en el Estado de Louisiana. Pero es más que presumible que la hipotética consulta no habría llegado a producirse. En el mundo de las relaciones externas, estas cuestiones se solventan de modo previo. La inteligente política francesa había resuelto ya el asunto al conseguir, en 1968, que la legislatura estatal de Louisiana proclamara oficialmente que el Estado era bilingüe. Lo que significa políticamente el

referéndum de California es la escasa relevancia de España como potencia capaz de tener alguna voz en el mundo. Pero resulta que este idioma, el castellano, posee un peso objetivo, muy superior cualitativamente a esas lenguas que, con criterios mostrencos, suelen equiparársele en las estadísticas de enciclopedia, como el chino o el hindú. Y que debería ser el gran instrumento de nuestra presencia en el mundo. Lo que nos une con las naciones de América no es ni la visión de la realidad, por más que las tesis de Whorf sigan en boga, ni tampoco la religión, aunque el catolicismo continúe ejerciendo influjo considerable; ni siquiera el concepto de familia y la función de la madre dentro de ella, pese a la importancia de este último factor. Es la lengua lo que nos une a cerca de trescientos millones de personas repartidas por varios continentes. La lengua, forma primordial de nuestra instalación en el vivir, anterior a toda estructura social o referencia ideológica, patria profunda del hombre. Renunciar a esta fuerza política y cultural constituye una aberración. Pero en la aberración estamos.

La nueva Constitución filipina (1987) ha eliminado el español como lengua oficial del país: junto al árabe pasa a ser idioma optativo. Sería parcial reprochar a los filipinos actuar como lo han hecho. Estados Unidos impuso desde 1898 la obligatoriedad del inglés y la prohibición del español. Sin embargo, cuando llegó la independencia (1946), la Asamblea Constitucional otorgó el rango de lengua oficial al español, en unión del inglés y del tagalo. La medida tenía como objetivo no romper el cordón umbilical con el pasado de las Islas y su nacimiento como nación: en castellano se habían escrito sus textos fundacionales. Posteriormente se dictaron, medidas para robustecer la enseñanza del español en la Universidad y en los grados medios. Aunque bienintencionadas, llegaban tarde. Los casi cincuenta años de proscripción oficial, la fuerte americanización política y cultural del país, habían caído como una losa sobre una lengua que nunca fue popular, aunque sí de prestigio. Este prestigio hoy comienza a ser pura arqueología. El reconocimiento de lo que la historia fue ha quedado reducido a ese modesto papel de lengua optativa. Los filipinos han hecho, en buena medida, lo que han podido. En cambio, ¿qué hizo la Administración española desde 1946? Poco, demasiado poco. Una de las causas –aunque no la mayor tampoco secundaria– del derrumbamiento del español como *lengua de élite* ha sido la falta de profesorado competente¹³. ¿Tan escasos estábamos de recursos humanos? Lo estábamos, porque hasta el final del sesenta no comenzó a haber suficientes profesores de español mínimamente preparados: el mercado interior no los requería; al idioma se le concedía una escasa atención en los programas oficiales, ahogado por la hipertrofia de la enseñanza –es un decir– histórico-literaria (o sea, el aprendizaje del nomenclátor literario, con una parva frequentación de textos) y del latín. Llegado el caso, castellano enseñaba cualquiera. ¿Cómo íbamos a exportar los profesores que no teníamos?

De cuando en cuando se produce alguna noticia feliz para el idioma. De tal puede calificarse el acuerdo de cooperación firmado en agosto en 1986 entre España y Marruecos, mediante el cual la televisión de este

último país emitirá programas íntegros en castellano “con el fin de que los telespectadores marroquíes hispanohablantes tengan ocasión de practicar los conocimientos de esta lengua”, según reza el texto del acuerdo¹⁴. Acuerdo plausible, ciertamente. Pero que llega para sancionar una realidad ya existente: amplias zonas del norte de Marruecos recibían las emisiones de Televisión Española. Y el país mogrebí sintonizaba con regularidad un canal francés y el de la RAI. Por otra parte; el mismo texto del acuerdo revela las carencias de la situación: con las emisiones de TVE, los hispanohablantes podrán *practicar* sus conocimientos de español. Y es verdad, porque las escasas instituciones culturales y educativas de antes de la independencia se han volatilizado o reducido a unos cuantos centros mal dotados de enseñanza básica y media. No hay Prensa española en Marruecos, no hay centros culturales en que de modo sistemático se cultive y difunda la lengua. Sí hay más de dos millones de hispanohablantes, una cifra respetable, que han quedado a la deriva desde 1956. El español fue tan idioma del protectorado como el francés, pero mientras la inteligente política francesa ha conseguido hacer de su lengua la segunda del país, la nuestra se ha batido en retirada. Mas este acuerdo, digno, insisto, de todos los pronunciamientos favorables, es prácticamente el único que la iniciativa oficial ha alcanzado en los últimos años. Y se ha conseguido al margen de cualquier diseño de estrategia global. Ha sido la directora general de RTVE, Pilar Miró, la que ha llevado las negociaciones ante la mirada de piedra del organismo al que correspondería dirigir la defensa y promoción de la lengua española en el mundo: el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Ante nuestros ojos se está desarrollando el drama de otro pequeño desgarrón en el tejido del idioma: su suerte en la antigua Guinea española. Aunque no son excesivas las noticias de que se disponen, todo parece indicar que la traslación del país al ámbito francófono se está produciendo de modo gradual e irreversible. Es posible que en el juego de fuerzas del área éste sea un fenómeno imparable, frente al cual poco puede hacer la Administración. Pero, que sepamos, no existe ninguna política destinada a asegurar la presencia cultural en el territorio ecuatoguineano después de casi doscientos años de colonización. Con lo cual, en poco tiempo, y salvo cambios políticos imprevisibles, el rango de *lengua de élite* que el español había alcanzado será sólo vagoroso recuerdo.

Hablar de la defensa y apoyo del idioma implica, obviamente, la existencia de una situación de fragilidad o vulnerabilidad. Es evidente que ésta existe. Sobre el idioma actúan fuerzas centrífugas endógenas, que, por el momento, no parecen peligrosas, neutralizadas como están por una ortografía común y un fondo idiomático hoy por hoy suficientemente sólido, además de por una literatura pujante¹⁵. Sin duda que el español de la metrópoli no es hoy un paradigma de buen decir ni de buen escribir¹⁶. La envidiable salud del idioma en la América hispanohablante compensa seguramente de su no excesiva salud en España. Los cambios sociales y políticos, sobre todo los primeros, más el enorme desarrollo e influjo de los medios audiovisuales, han determinado una

evidente relajación de la norma idiomática, que tiende; a hacerse fluida, cambiante, no selectiva, esto es, a diluirse¹⁷. Impropiedad y pobreza léxica definen hoy en buena medida el castellano en España. Ahora bien, la buena salud del idioma en América no debe echar en saco roto el peligro que representa su enorme extensión, en un área quebrada además por múltiples divisiones culturales, con bolsas de analfabetismo considerables y desarrollo escaso de las comunicaciones.

Con todo, entiendo que las mayores amenazas que hoy se ciernen sobre el idioma son de naturaleza exógena. Y pueden reducirse a dos: el inglés y la revolución tecnológica, dos componentes inseparables de un mismo binomio. Rubén Darío temía al poder imperial de los Estados Unidos (“¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?”). Hoy, ese imperio tiene un rostro cada vez menos político, en el sentido fuerte del término, pero también cada vez más técnico. La gran revolución tecnológica se está haciendo en inglés, incluso en el inglés... del Japón. La electrónica y la informática arrojan continuamente sobre nuestro idioma cientos de palabras que designan nuevas realidades. Se dirá que no es la primera vez que ocurre y que la lengua puede aceptar extranjerismos, sin que su estructura se resienta; ahí están los miles de arabismos y galicismos con que cuenta. Las circunstancias son distintas: aquellos términos los recibía un castellano local, no una lengua de extensión tan vasta. El problema está justamente en esto: en que el idioma carece de instrumentos de respuesta rápidos frente al tecnicismo. En mala hora, es mejor el anglicismo rudo y crudo que la proliferación de términos distintos. No es sólo esto: la expansión del inglés está erosionando gravemente los regímenes preposicionales (*de acuerdo a, en base a, en orden a, etcétera*). También los anglicismos semánticos anidan cada vez con más frecuencia en castellano. Y frente a esto ¿qué defensa tiene el idioma? En América, sólo el nacionalismo; en España, ni eso.

El español está inerme ante la revolución tecnológica. Ni España ni ninguno de los países hispanoamericanos se encuentran hoy en condiciones de crear tecnología propia. Basta ver cualquier manual de informática traducido para darse cuenta de ello. Las comunicaciones han experimentado una aceleración vertiginosa. La televisión vía satélite y los bancos de datos son, ahora mismo, dos hechos decisivos. ¿Con qué redes de esta clase cuenta el mundo hispanohablante? A comienzos de siglo, el Espasa hizo las veces de banco de datos, que no faltó durante muchos años en las Redacciones de los periódicos hispanoamericanos; hoy, ya, algunos de éstos poseen terminales conectadas con “bancos” norteamericanos, que están en vías de funcionamiento en España¹⁸. La verdad es que, en estas condiciones, el español afronta el futuro con enormes hipotecas, que en Hispanoamérica son especialmente onerosas. Decir que el español allí es una lengua de pobres puede resultar hiriente, pero es cierto. Nuestro idioma es un gran gigante con los pies de barro. Su unidad hoy es un hecho que tiene bastante de prodigioso. Pero los prodigios tienen un límite.

Los organismos encargados de velar por la defensa del idioma son la Real Academia Española y las Academias constituidas a su imagen y semejanza en América. El instrumento esencial de esta defensa es el Diccionario. Pero es evidente que éste ha quedado anticuado, como consecuencia de los embates del casticismo y del purismo, reacios a la novedad y a los términos extranjeros y, sin embargo, propicios a mantener formas arcaicas o dialectales absolutamente inútiles, dentro de una falta general de sistematismo. Por eso ha podido escribir Fernando Lázaro Carreter: "... nuestro Diccionario representa una extraña idealización del léxico hispano, en el que conviven sincronía y diacronía, voces comunes y extravagantes, modalidades diastráticas y diatópicas que no se justifican más que otras ausentes; y en la que pueden producirse omisiones asombrosas, por el modo del trabajo lexicográfico, que no procede a revisiones y rastreos metódicos. El resultado es que la lengua reflejada en el Diccionario no se ha usado nunca en parte alguna; y que la lengua que se usa, sólo muy parcialmente está en él"¹⁹. Lisa y llanamente, esto significa que el Diccionario no cumple hoy la función de limpiar, fijar y dar esplendor para la que fue creado. Valía en otra época, cuando la cultura era un fenómeno plenamente jerarquizado, dirigido a una minoría, en la que se utilizaba un idioma de base literaria; no hoy, en una sociedad de masas, con un idioma fuertemente oralizado y sometido a un dinamismo sin precedentes²⁰. A esto debe agregarse la penuria en que se mueve la institución, carente a veces de los medios materiales más elementales. Para la, sociedad española, la Academia parece ser, sobre todo, un gran escaparate de vanidades. Pero si la institución quiere estar a la altura de los tiempos, no le queda otra opción que la de transformarse en un instituto de filología avanzado, y lo mismo a sus homólogas americanas. Instituto que debe trabajar con los medios de que hoy dispone la tecnología: en un tiempo en el que es posible conversar por ordenador, no puede continuarse con el anejo sistema de las papeletas enviadas por correo y las solemnes reuniones cada equis años. Evidentemente, esto requeriría una especie de reconstitución de la Docta Casa y sus colegas de América, que pasarían a convertirse en el órgano coordinador de la defensa del idioma, en alianza estrecha con los medios de comunicación: "Han de unir –ha señalado F. Lázaro Carreter– la autoridad que ellas deben poseer merecidamente con el poder impresionante de radio, Prensa y televisión"²¹.

Una acción de esta naturaleza sólo sería posible en el marco de una política oficial de defensa del idioma, que pusiera a su disposición los medios y canales del Estado moderno. No hay nada que inventar: el modelo existe; es el de Francia. Tras la segunda guerra mundial, la lengua francesa pierde de modo gradual su *status privilegiado* de lengua internacional. Ante la nueva situación, el Estado francés reaccionó adecuadamente a partir del sesenta. Hubo un concepto clave que rápidamente hizo fortuna: la *francophonie*, relanzado por Sédr Senghor en las páginas de la revista *Esprit*, y que ya en 1968 figuraba en los diccionarios franceses definiendo el hecho de ser de habla francesa, así como la comunidad de personas que hablan francés. En 1961 se creaba el Ministerio de la Cooperación, hoy de

la Francofonía, seguido en 1966 por el establecimiento de la Alta Comisión para la Defensa y Expansión de la Lengua Francesa, que en el 73 pasaba a denominarse Alto Comité de la Lengua Francesa. En la actualidad existen cerca de doscientas instituciones privadas y públicas que intervienen en cuestiones relativas a la francofonía, además del Ministerio de Asuntos Exteriores. Entre ellas están el Consejo Superior de la Francofonía, la Comisaría General de la Lengua Francesa, las Comisiones Ministeriales de Terminología, la Agencia de Cooperación Cultural y Técnica y, en fin, la veterana Alianza Francesa, que supervisa 1.200 escuelas en 103 países, con una matrícula global de 300.000 estudiantes. En marzo de 1986 se creaba además la Secretaría de Estado para la Francofonía. Y, hecho decisivo, en febrero de 1986 se reunía en París la primera "cumbre" de las Naciones Francófonas, en la que se adoptaron, entre otros, los acuerdos de crear una televisión francófona que emitirá a escala mundial un noticiero de veinte minutos cada día en francés; la creación de una red internacional de bancos de datos en lengua francesa y la ampliación de la cobertura de la red francesa TVS para abarcar Norteamérica, el África francohablante y el Oriente Medio²². La segunda "cumbre" francófona acaba de celebrarse en Montreal, en septiembre de este año, y en la agenda de conversaciones estos temas han desempeñado papel relevante.

La actuación francesa es una construcción política basada en la inteligencia y en una conciencia muy precisa de las relaciones internacionales. A primera vista el futuro del francés podría parecer más problemático que el del español, entre otras razones por el menor peso demográfico y territorial y por su condición de lengua no materna, sino de cultura, de más de la mitad de sus usuarios. Pero es evidente que el Estado francés está haciendo cuanto está en sus manos para conservar y potenciar la presencia del idioma y su cultura como instrumento de influjo en el mundo. El Mogreb y el África subsahariana se presentan como las dos áreas especialmente privilegiadas de esta acción. Me parece oportuno aducir aquí unas recientes declaraciones del señor Thierry de Beaucé, responsable de la todopoderosa Dirección General de Relaciones Culturales, Científicas y Técnicas del Ministerio de Asuntos Exteriores²³. "En un mundo de intercambios intensos—afirma—, en un mundo de mediaciones en el que aumenta el nivel intelectual, la irradiación internacional de nuestra cultura es, evidentemente, una prioridad. Se trata de un dominio que, más que cualquier otro, no es político porque está justamente en el corazón de nuestra significación nacional." Pese a las restricciones del término *política* en este pasaje, los planteamientos de fondo del Estado francés resplandecen en estas otras palabras: "Disponemos, en efecto, de un fantástico instrumento de presión en el extranjero [con la Dirección General de Relaciones Culturales...], con el mismo título que una defensa independiente o que una potencia industrial: al principio de la disuasión militar responde, invirtiéndolo, el principio de una invitación cultural." (Soy yo quien subraya.) En el curso de la entrevista, Thierry de Beaucé se enorgullece de dirigir "la más grande multinacional del mundo", con más de 15.000 profesores y expertos culturales, 352 centros educativos, que dis-

ponen de más de 8.000 enseñantes y 160.000 alumnos. Ante ciertas reticencias de su entrevistador, le señala concluyente: “¿Está usted dispuesto a admitir que el nombre de Francia sea menos conocido que el de la Coca-Cola?” Un dato final: la Dirección General de Relaciones Culturales... de M. Thierry de Beaucé –nombrado por los socialistas y mantenido por el Gobierno conservador– tenía para 1987 un presupuesto de 3.700 millones de francos (unos 74.000 millones de pesetas), más del 36 por 100 del total del Ministerio.

¿Cuál es el panorama de la Administración española? Una raquítica Dirección General de Relaciones Culturales, una red de centros de Enseñanza Primaria y Media diseminados por Europa y América para atender necesidades elementales de la emigración, y poco más. De vez en cuando, de la mano de Picasso o de los grandes pintores del Siglo de Oro, montamos una exposición importante en alguna capital europea o norteamericana, con lo que nos damos por satisfechos. Alemania e Italia poseen una infraestructura cultural muy superior a la nuestra. Diez años de democracia no han aportado ni un cimiento para la construcción de un edificio sólido de relaciones con nuestro universo lingüístico y cultural y también con el no hispanohablante que, a causa de la enorme fuerza de “la América española” (Darío), y aunque sólo sea por motivos comerciales, está interesado en nuestro idioma. En cambio, hemos presenciado una política de hostigamiento y menosprecio del español, aquí, en su propio solar, realmente impresentable por provinciana, por anacrónica.

Con todo, el idioma calza muchos puntos todavía. Su condición de segunda lengua mundial resulta hoy indiscutible: 275 millones de hablantes lo tenían en 1983 como *lengua materna* y más de 300 poseían el idioma²⁴; es oficial en veinte naciones y cuenta con la minoría Hispana en los Estados Unidos, que ya es demográficamente la segunda del país. Existe además –condición básica– una literatura poderosa, con cuatro premios Nobel en los últimos veinte años, y de amplísima difusión internacional –me refiero a la hispanoamericana.

Para no convertirse en una mera *lengua regional*, con núcleos crecientes de dispersión léxica, sobre todo en el campo técnico, el español necesita de una política de defensa y apoyo que hoy no existe. Pero que es imprescindible. ¿Para qué y por qué?, se me dirá. Aunque en parte la pregunta está ya contestada, conviene ahora matizar y profundizar la respuesta.

El español es hoy una lengua de “coiné”, multirracial y pluricontinental. La lengua de una cultura de mestizaje. Las últimas investigaciones (Ángel López García sobre los estudios de Alarcos Llorach)²⁵ tienden a poner de relieve que en su origen fue también así: una “coiné” navarro-aragoneso-riojano-castellana, fuertemente vasconizada, que surgió en el valle del Ebro como instrumento de comunicación entre quienes ni hablaban vasco ni lo que con el tiempo sería el catalán. El castellano no fue en principio sino una variedad de esta lengua común, lengua de todos y de nadie, que con los siglos se convertiría en el idioma de todos los españoles. También el inglés es, ahora, una “coiné”; pero hay un abismo entre

ambas lenguas: el inglés constituye, hoy por hoy, el idioma del poder, del poder político y también, y sobre todo, del técnico, industrial y comercial. El español representa justamente lo contrario. Pues bien, en su desposesión puede estar su futuro. En ser una lengua fraternal, de hombres libres, educados y crecidos en el derecho a la diferencia, étnica y cultural, y en el deber de la justicia para todos. "Una sociedad de hombres libres, distintos en su ser comunitario, pero iguales en su estar político y social – escribe López García–; he aquí el mensaje que la "coiné", a pesar de los errores del pasado y de algunas desafortunadas reivindicaciones del presente, proclama a los cuatro vientos"²⁶. No otro es el mensaje profundo del *Quijote*, el libro por excelencia del idioma, su evangelio, como lo llamó Unamuno²⁷. Pero esta "coiné" libre y solidaria necesita ser apoyada y defendida. Existe una acción política, de Estado, que resulta imperdonable no se haya acometido aún, pues en el terreno de los objetivos inmediatos dotaría a España de un relieve y capacidad de influjo en el exterior de que hoy carece. La operación tendría incluso *amortización rápida*, referencia ésta que parece obligado invocar para evitar cualquier reproche de "ensoñación" ante lo que son realidades evidentes: piénsese en la gran demanda de libros y Prensa española que existe en los Estados Unidos, hoy escandalosamente desatendida²⁸.

NOTAS

1. Cf. Rafael Lapesa, **Historia de la lengua española**, Gredos. Madrid, 1983. Página 297.
2. **Ibid.**, ibíd.
3. Cf. A. Rosenblat, "La hispanización de América. El castellano y las lenguas indígenas desde 1492", en **Presente y futuro de la lengua española**, II, Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1964. Páginas 189-216.
4. Fernando Lázaro Carreter, **Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII**, Crítica. Barcelona, 1985. Página 187.
5. Gregorio Salvador, **Lengua española y lenguas de España**, Ariel. Barcelona, 1987. Lo tengo en cuenta, sin más, para algunos datos de esa "explosión".
6. Cf. el clásico estudio de Amado Alonso, **Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres**, Losada. Buenos Aires, 1943. Por motivos nacionistas estos recelos se han dado también en los Estados Unidos (**lengua americana** se ha llamado al inglés) o en Brasil (**idioma brasileiro o nacional** se denomina al portugués). Esto es precisamente lo grave en el caso español: los recelos en el interior de la misma nación. Hay que recordar además que la primera denominación de **castellano** en el *Diccionario de Autoridades* (se llamó *Diccionario de la lengua castellana*) fue de origen puramente sinónímico. Cf. Fernando Lázaro Carreter, "El primer diccionario de la Academia", en **Estudios de lingüística**, Crítica. Barcelona, 1980. Páginas 93-94.
7. Como demuestra, quizás con excesiva contundencia, la obra de José María Vaz de Soto, **Defensa del habla andaluza**, Edisur. Sevilla, 1981.
8. Cf. Gregorio Salvador, **Lengua española....**, cit., páginas 89-113. Me permito añadir este dato reciente: cerca de 40.000 estudiantes de EGB, en 150 colegios, recibirán este curso 1987-88 la enseñanza íntegramente en valenciano. Habrá también diez Institutos de Enseñanza Media con el mismo tipo de educación, en aplicación de las nuevas normas de la Generalidad, según informaba *El País*, edición de Valencia, 6 de agosto de 1987, página 17.

9. Apud Gregorio Salvador, **Lengua española...**, página 130. Otro dato concluyente (pág. 29): Una encuesta en la Universidad de Barcelona reveló que sólo el 24,3 por 100 de los alumnos preferían la enseñanza en catalán.

10. Sentencia dictada el 25 de mayo de 1987 (S-74-87).

10 bis. La sentencia del TC recoge las conclusiones en sentido contrario de un estudio del Gabinete de Prospectiva Sociológica de la Presidencia del Gobierno vasco, que me parecen problemáticas.

11. Amando de Miguel, **La perversión del lenguaje**, Espasa-Calpe. Madrid, 1985. Páginas 211-212.

12. Cf. Gregorio Salvador, **Lengua española...**, páginas 25 y 101-102.

13. Cf. Belén Argüelles, "El estado presente de la enseñanza y aprendizaje del idioma español en Filipinas", en **Presente y futuro de la lengua española**, cit., I, páginas 281-296. Incluye la legislación sustancial a favor del español promulgada en las Islas desde la independencia. En la misma obra y volumen, véase Guillermo Verdín Díaz, "Problemas del castellano en Filipinas", páginas 297-302. Son dos textos crepusculares desde la situación de hoy. "Poco a poco el español se va muriendo en Filipinas –escribía Verdín, página 302–. Hay que procurar por todos los medios posibles avivar ese estrato español que aún perdura en diversas regiones; imitar, según nuestro alcance, el ejemplo de los Estados Unidos que envían a Filipinas profesores y toda clase de materiales [...] y que han logrado conseguir que los mismos filipinos se entiendan unos con otros por medio de la lengua inglesa en vez de la lengua nacional, que es el tagalo."

14. "El País", 18 de agosto de 1987, página 38.

15. Cf. un resumen de la cuestión en el librito –encantador– de Ángel Rosenblat, **Nuestra lengua en ambos mundos**, Salvat-Alianza, 1971. Aunque han pasado diecisésis años desde entonces, no se olvide.

16. Remito a la ya citada obra de Amando de Miguel, **La perversión del lenguaje**, para una buena consideración, lúcida y cáustica, del asunto.

17. Cf. Fernando Lázaro Carreter, "Los medios de comunicación y la lengua española", publicado en "ABC" del 12, 15 y 16 de octubre de 1985, páginas VI-VII (del suplemento "Sábado Cultural"), 60-61 y 56-57, respectivamente. Se trata de la ponencia presentada al Congreso de las Academias celebrado en octubre de ese año.

18. Según informaba "ABC", 25 de julio de 1987, página 11.

19. "Los medios de comunicación..." (I), página VI.

20. **Ibíd.** Página VII.

21. "Los medios de comunicación..." (III), página 57.

22. Estos datos proceden del **Service d'Information et de Presse** de la Embajada de Francia en España (octubre de 1986).

23. "Un entretien avec M. Thierry de Beaucé. La France comme "multinationnelle culturelle", **Le Monde**. 3 de enero de 1987 páginas 1 y 6.

24. Para las cifras, cf. Gregorio Salvador, **Lengua española...**, páginas 45-67.

25. Cf. Ángel López García, **El rumor de los desarraigados. Conflicto de lenguas en la Península Ibérica**, Anagrama. Barcelona, 1985.

26. **Ibíd.**, páginas 147-148.

27. En el soneto "**La sangre del espíritu**", **Poesía completa**, I, ed. Ana Suárez Miramón, Alianza. Madrid, 1987. Página 300. Cf. su primer cuarteto, que ilustra algo de lo que he querido decir en estas páginas: "La sangre de mi espíritu es mi lengua / y mi patria es allí donde resuene / soberano su verbo, que no amenga / su voz por mucho que ambos mundos llene".

28. Termino este artículo coincidiendo (septiembre-octubre de 1987) con el viaje del Jefe del Estado a los territorios hispanohablantes de los Estados Unidos, a excepción de Florida. Los informes de Prensa han puesto de relieve ante la opinión pública las carencias culturales de la población hispana, víctima de una clara situación de diglosia. Cf. el penetrante y lúcido artículo de Francisco Ayala "De las misiones a los chicanos", **El País**, 3 de octubre de 1987, página 11.